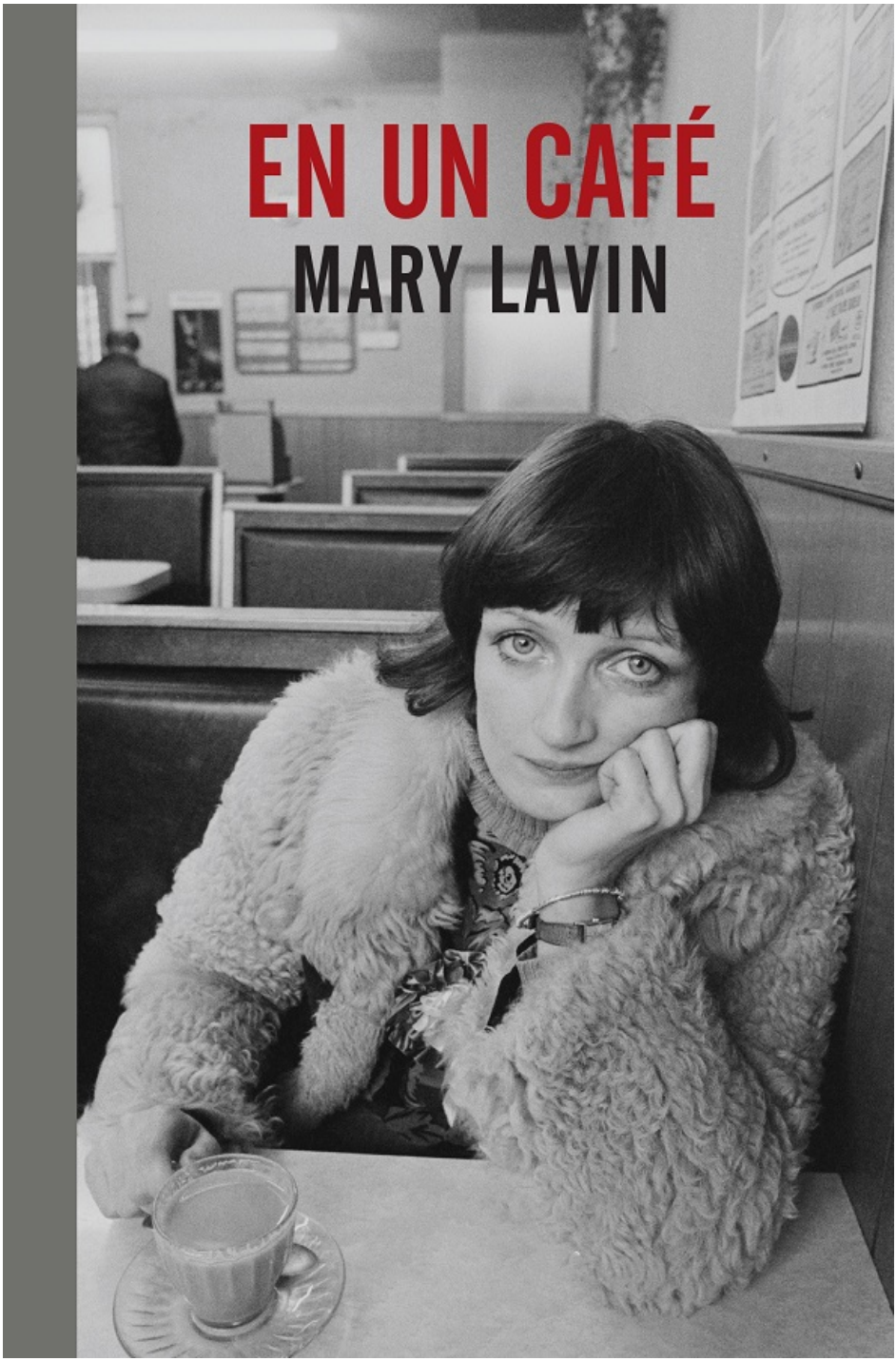
EN UN CAFÉ

MARY LAVIN



Pocos han oído hablar de Mary Lavin, pues no contábamos con traducciones de su obra en nuestra lengua; sin embargo, a partir de ahora, estamos convencidos de que estos magníficos relatos formarán parte del imaginario de muchos lectores.

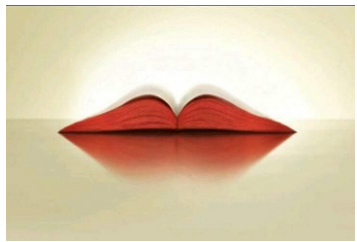
Sí, un descubrimiento, uno de esos libros míticos que llamamos clásico contemporáneo.

¿Los escenarios? La Irlanda verde, campestre y tan atractiva como dura, y la Irlanda de las ciudades oscuras y grises —en ocasiones recreada, revivida, desde Estados Unidos—, la de la memoria y el deseo de tantos jóvenes expatriados, de tantas viudas.

Un libro a la altura del Dublineses de Joyce en muchos momentos. En la senda de Chéjov unas veces, de Katherine Mansfield otras —y anticipando la obra de Edna O'Brien—, los relatos de Lavin sorprenderán y cautivarán a los lectores en español, y les mostrarán también el poder que encierra un «simple» cuento, lo formidable y evocador que puede llegar a ser ese «artefacto narrativo» antiquísimo e inigualable… Una de las certezas que tenemos al leer esta reunión de historias es que, todas juntas, forman casi una cosmogonía, la novela de una vida, de una familia, de un país. Y pese a estar muy arraigadas en la sociedad irlandesa de su tiempo, trascienden la época y el lugar, pues se ocupan de temas centrales, y desde perspectivas por las que no pasa el tiempo: el amor, el desamor, la familia, la maternidad, la emigración, los tabús…

Mary Lavin

En un café



Título original: *In a café*
Mary Lavin, 1995
Traductora: Regina López Muñoz, 2018

-

Editor: Vins
Revisión: 1.0
Fecha 31/07/2019

En memoria de Thomas y Nora Lavin.

EN MEDIO DE LOS CAMPOS

Igual que una roca en el mar, los campos la aislaban, la hierba densa lamía la casa y el ganado la vadeaba como si fuese agua. Hasta sus suaves movimientos eran objeto de melancolía cuando por las tardes avanzaban en dirección al refugio del bosque. Un día de lluvia podía caer un rayo en un henil al otro lado del río, ¡ni siquiera una vivienda! Y, sin embargo, en Meath lo añoraba menos que en cualquier otra parte. Ansiedad y preocupaciones de día, y de noche vagos miedos sin nombre, las piedras que obstaculizaban la entrada a la tumba. Pero ¿quién iba a entenderlo? La gente pensaba que se aferraba a todos y cada uno de los recuerdos suyos que conservaba. ¿Qué sabían ellos de recuerdos? ¿Qué era el recuerdo sino otro nombre para un amor estéril y un yermo anhelo? Incluso trataban de descargar en ella sus propios recuerdos, insignificantes e inútiles. «Es como si lo viera cada vez que miro hacia aquí», le decían al marcharse, lanzando una mirada nerviosa a los campos en penumbra. «Me parece que está a punto de salir de entre los árboles». ¡Por el amor de Dios!, pensaba ella. ¡Por un momento me había olvidado de él!

Cuando *ella* miraba los campos no lo veía a él. Veía los espantosos copetes de hilachos y grama que blanqueaban las puntas de la hierba y le conferían el aspecto del mar durante una tormenta, espolvoreado de espuma deshecha. Habría que podarla. ¿Cuánto costaría?

Al menos Ned, el viejo vaquero, conocía a la persona que podría hacerlo.

—Bartley Crossen es su hombre, señora. Su marido lo conocía muy bien.

Al principio no lo ubicaba. Pero luego lo recordó.

—Ah, sí… Aquel henil que se ve allá es de él, ¿no? ¡Claro, claro!

Yo también lo conozco muy bien… de vista, digo.

Y era verdad: salpicando al pasar por la carretera en un coche grandote y embarrado, con las ruedas siempre cubiertas de tierra y la mujer en el asiento del copiloto, a su lado.

—Le diré que se pase por aquí a hablar con usted, señora —resolvió el vaquero.

—¡Antes de que anochezca! —le advirtió ella.

Aunque la advertencia estaba de más. El anciano sabía que ella trataba de estar en la planta de arriba antes de que cayera la noche y se encerraba en su cuarto, que comunicaba con el dormitorio de los niños; allí, rezaba con fervor para no tener que volver a bajar para nada, muy especialmente para abrir la puerta. Aquello era lo que más temía: que llamaran a la puerta siendo ya de noche.

—Claro, claro, señora. ¿Quién iba a venir por aquí sabiendo que es usted una mujer sola con niños pequeños que podrían despertarse y echarse a llorar? Es más, ¿dónde iba a estar usted más segura que en medio de los campos, con sus inocentes criaturitas dormidas a su lado?

Si él mismo necesitaba ir a la casa a altas horas de la noche, por el motivo que fuera —coger agua caliente para lavarle la pata a un animal, o llamar al veterinario—, prestaba especial atención a dar un grito mucho antes de llegar a la fachada.

«¡Soy yo, señora!», gritaba. «¡Ya voy, ya voy!», replicaba ella, agradecida, tan veloz como un eco. Desatrancaba la puerta, bajaba y abría de par en par. ¡Fuera la hora que fuera! ¡Por muy negra que fuese la noche! «Vuélvase a la cama, señora», le decía él desde la oscuridad, donde ella distinguía la lamparilla en movimiento, cada vez más cerca, igual que la luz de un barquito aproximándose a un muelle. «Yo apago las luces y cierro cuando me vaya». Relajada ante la idea de que hubiera alguien en la casa, efectivamente volvía a la cama, y no solo eso, sino que además ya estaba casi del todo dormida cuando oía la puerta cerrarse. La oía como si se encontrara a miles de kilómetros.

No tenía por qué preocuparse. Ned se encargaría de que el tal Crossen llegara antes.

Todavía no era de noche cuando Crossen aparcó junto a la puerta

de la casa. Lo acompañaba su mujer, como de costumbre, sentada en el asiento del copiloto, en la misma postura que quienes ocupaban el hueco de las carretas hace mucho tiempo, con las rodillas muy juntas, sin concederse ni un ápice de relajación. El vaquero iba con ellos, pero solo se apearon Crossen y él.

—¿No prefiere su mujer esperar dentro, señor Crossen? —preguntó ella.

—No, en absoluto, señora. Le gusta estar en el coche. Bueno, ¿dónde está lo que necesita que le siegue? ¿Hay piedras que puedan echarme a perder la cuchilla? —Rodeando la casa, echó un vistazo al terreno.

—No hay ni piedras ni tocones —intervino Ned—. ¡Vas a hacerlo todo de una sola pasada, no como en cualquier otro sitio, que tendrías que afilar las cuchillas veinte veces!

—Ya veo, ya —respondió Bartley Crossen, un tanto ausente, le pareció a ella.

Había cruzado el césped hasta llegar a la desvencijada cancela de madera que daba al pastizal, y se apoyó en ella. No obstante, no parecía estar contemplando los campos, sino la pequeña ristra de raquíticos espinos que crecía por toda la ribera, con las ramas tan inclinadas sobre las aguas que las raíces quedaban casi del todo al descubierto.

De repente, dio media vuelta y suspiró.

—Naturalmente, no necesito verlo. ¡Lo conozco de sobra! —Al ver que ella se mostraba sorprendida, Crossen soltó una risa, casi juvenil—. Ahí cortejé yo a una muchacha, de chaval. ¡Hace ya muchísimo tiempo de aquello, se lo digo yo! —Se volvió hacia el anciano—: Usted lo mismo se acuerda… —Y la miró a ella de nuevo —. Usted ni habría nacido por aquel entonces, señora —dijo, y tanto su mirada como sus palabras transmitían cierta simpatía—. Supongo que querrá que se lo siegue pronto, ¿no? ¿Le parece bien mañana a primera hora?

A ella se le iluminó el semblante. Pero aún tenían que acordar el precio.

—No será tan caro como segar un prado, ¿verdad?

—Ah, le haré precio, señora. Se lo prometo.

—Muy amable —respondió, con cierta reticencia.

Detrás de Crossen, Ned asintió, dando su aprobación.

—No se apure, señora —le susurró mientras regresaban al coche —. Es de fiar.

Y cuando Crossen y su mujer se habían marchado, volvió a tranquilizarla.

—Es un hombre respetable. —En ese momento soltó una carcajada, que también sonó juvenil para una persona de su edad; como un empujoncito—. ¿Ha oído lo que ha dicho? Lo de la muchacha que cortejó. ¿Sabe quién era? ¡Su primera esposa! ¿Sabía que está casado en segundas nupcias? Bueno, fue hace tanto tiempo que no me extraña que no lo supiera. Fíjese en cómo él mismo habla de ella, como si fuera una muchacha cualquiera de la que ya se ha olvidado. ¡Los espinos se la han recordado! Allí era donde se veían, de muy jovencitos, cuando empezaron a salir.

»Pobre Bridie Logan. Salvaje como una liebre. Y locamente enamorada, ¡con lo joven que era! Ya se hablaban cuando los dos estaban todavía en la escuela. Solo que nadie lo tomaba en serio (puede que él menos que nadie), hasta el invierno en que Crossen se fue a estudiar a la facultad de agrónomos de Clonakilty. Ella empezó a escribirle. Yo la veía correr hacia el buzón del cruce todas las tardes. Y el pueblo entero sabía a quién iban dirigidas las cartas. A la familia de él se la llevaban los demonios cuando en verano llegó diciendo que no pensaba volver, y que iba a casarse con Bridie. Aun así, su padre los instaló en una casita en sus terrenos. La que ahora se usa como establo, detrás de la casa nueva. ¡Pero, en fin, ahora no se puede juzgar tal y como era entonces! Por muy atolondrada que fuera Bridie, más alocada que una vaquilla, tendría usted que haber visto cómo tenía la casa. La habría desgastado de tanto fregotearla de arriba abajo si no se hubiera quedado en estado. ¡En cuanto Crossen se enteró de que estaba embarazada le prohibió coger la fregona!

—¿Estaba delicada de salud?

—¿Bridie? ¡Bridie era más robusta que una potrilla! Pero ya le he dicho que estaba loquita por él, ¿no? Bueno, pues después de casarse no mejoró la cosa; al revés, se diría que fue a peor. ¡Todo le parecía poco para él! Era como si le hubieran dado unas fiebres. Solo había que mirarla a los ojos para darse cuenta. ¿Sabe? Desde entonces, hasta hoy, no creo que haya conocido a otra mujer tan activa como ella. ¿Alguna vez ha visto usted a los pajarillos

revoloteando por el cielo, como si estuviesen haciendo travesuras? ¿Y ha visto esas volteretas que dan por el aire, como si se obligaran a subir todavía un poco más, más de lo que deberían? Pues así es como actuaba Bridie cuando correteaba alrededor de la casa haciendo esto y aquello para que él estuviera cada vez más orgulloso de ella. ¡Como si pudiera estar más orgulloso todavía, y ella con la tripa, que ya se le notaba!

—¿Murió de parto?

—No. No de parto propiamente dicho. Tuvo al bebé sin problemas, y en su propia casa, además, que a él solo le costó unos pocos chelines mandar venir a una de aquellas mujeres que se encargaban de esas cosas antiguamente. Y todo salió a pedir de boca. Enseguida se recuperó. ¡Yo estaba allí la primera mañana que se quedó sola en la casa! Ya estaba levantada y vestida cuando yo llegué; él se disponía a ir a ordeñar.

»"Qué ganas tenía de salir", dijo, respirando hondo el aire de la mañana desde la puerta, y sin quitarle ojo a él. "¡Espera, que te acompaño!", se le ocurrió de pronto. Y a continuación echó un vistazo al bebé, que dormía en la cunita, junto a la ventana.

»"¡Está muy lejos para ti, Bridie!", le contestó él. Las vacas estaban al final de la parcelita que había al lado del río; usted sabe cuál es, la que va en paralelo a la carretera, al pie de la colina, a este lado del pueblo. Y, como Crossen sabía que ella trataría de convencerlo, siguió andando, con las lecheras en la mano.

»"¡Como tiene que ser!", pensé yo. Pero, cuando me quise dar cuenta, ella ya había echado a correr por el patio.

»"¡Pues si está muy lejos para ir andando, cojo la bici!", dijo. Y se montó en la vieja bicicleta, y dejó atrás la cancela a golpe de pedal.

»"¿Tú estás mal de la cabeza, Bridie?", le gritó cuando pasó por su lado como una bala.

»"¡Bah! ¿Qué me va a pasar?", le gritó ella.

»Yo me puse rígido de terror solo de verla. Y pensé que él también, cuando soltó las lecheras y echó a correr colina abajo tras ella. Pero, visto ahora, me parece que fue como si ella le hubiera contagiado aquella fiebre suya. Locos de amor estaban los dos… Ella solo quería contagiárselo a él, ¡y él, encantado de la vida!

»"¡Espérame!", le gritó, pero antes de llegar abajo ella empezó a

frenar, apoyando el pie en el suelo, como hace la chiquillería, levantando tal nube de polvo que casi ni la veíamos.

—¡Frenó con demasiado ímpetu!

—¡Qué va! En un abrir y cerrar de ojos paró la bici, se bajó, la giró y echó a pedalear otra vez como una loca, colina arriba, con la cabeza pegada al manillar, como un ciclista de carreras. ¡En qué mala hora!

—¡Ay, no! ¿Qué pasó?

—Dejó de pedalear de pronto, la bici se quedó quieta un segundo y entonces se fue cuesta abajo, como si resbalara con la grava del arcén. Es lo que yo creo que pasó, y él también, supongo, porque los dos echamos a correr hacia ella. Acababa de caerse cuando la recogimos. Pero de nada sirvió. Le dio una especie de hemorragia interna. La metimos en la cama y los vecinos llegaron corriendo, pero antes de la noche ya había muerto.

—¡Pero qué desgracia! ¿Y el bebé?

—¡Era un bebé muy fuerte! Ahora es un buen chicarrón. El muchacho que le lleva el tractor, su hijo mayor, Bartley.

—Bueno, imagino que el segundo matrimonio le ha dado más alegrías, visto lo visto.

—Exacto. Y es una buena mujer; la segunda, digo. ¡Cómo crio al niño de Bridie! Y año tras año ha dado uso a la cuna, con hijos suyos. Sí, las cosas al final han salido bien, pasara lo que pasara —dijo, e hizo amago de marcharse.

—Un momento, Ned —lo detuvo ella, apremiante—. ¿Usted cree de veras que se ha olvidado de ella con los años?

—Yo juraría que sí —opinó el anciano, que acto seguido le dedicó una mirada adusta—. Y a usted le pasará lo mismo —añadió, amable—. No lo dude. A su debido tiempo, todo pasa y todo se olvida.

Ella negó con la cabeza, vacilante, al tiempo que él asentía con énfasis.

—Si cae el árbol, ¿cómo va a hacer sombra? —añadió. Y se marchó.

¡Será posible!, pensó ella mientras volvía a la casa, envidiando la actitud pragmática de la gente de campo, que hacía buenos los defectos de la naturaleza con la misma diligencia con que la tierra removida se reintegra en el césped.

Aquella noche, cuando subió a su cuarto, miró hacia el río y pensó en Crossen. ¿De verdad la había olvidado? A ella le costaba creerlo, y con un suspiro agarró el cepillo y empezó a pasárselo por el pelo. Como todo lo demás en ella en los últimos tiempos, su pelo estaba sin vida y caía con contundencia, pero al cabo de unos pocos minutos sometido a las raudas cepilladas, se aligeró y abombó un poco, y poco después le revoloteaba alrededor del rostro igual que salpicaduras de agua por encima de una presa. Siempre había tenido el pelo así, incluso de niña. Apenas había sufrido los primeros tirones de las cerdas cuando su madre exclamaba: «¡Mira, mira! ¡Electricidad!», y una chispa azulada brillaba por un instante, como una estrella en las grises profundidades del espejo.

Era la única electricidad que conocían en aquellos tiempos de luz tenue, en los que unos valles de sombras se extendían entre un mueble y otro. ¿Era la escasa iluminación de los cuartos lo que provocaba que viera con tanta frecuencia aquella estrellita azul? De pronto, la abrumó el anhelo de volver a verla, y, poniéndose de pie con brío, fue a apagar la luz.

Fue entonces cuando, abajo, alguien levantó el puño de la aldaba y una mano segura lo hizo retumbar contra la puerta.

No fue un golpe furtivo. Se dio cuenta incluso en su parálisis y su miedo, a oscuras. Y entonces, una voz vagamente conocida la llamó con confianza desde abajo.

—¡Soy yo, señora! ¡Espero no molestar!

—¡Ah, señor Crossen! —exclamó, aliviada. Abrió la puerta de su cuarto, cruzó el rellano y levantó la ventana de ese lado de la casa —. ¡Ahora mismo bajo!

—¡No hace falta! —gritó él—. Solo quiero decirle una cosa.

—Sí, sí, bajo. —Fue a ponerse la bata y a recogerse el pelo, y mientras lo hacía lo oyó pisar la gravilla. El día había sido templado, pero con la caída de la noche había refrescado y, por mucho que estuvieran a finales de primavera, desde el río soplaba un cortante viento del este—. Ahora mismo bajo; no se va a quedar ahí, con el frío que hace —explicó, y, retorciéndose la melena, se la sujetó en la cabeza con una mano, sin molestarse en agarrarla con una horquilla, y bajó corriendo las escaleras, descalza, a desatrancar la puerta.

—¡Estaba ya metiéndose en la cama, señora! —dijo, como

acusándola, en cuanto ella abrió. Ante la impaciencia de Crossen, ella reaccionó quedándose inmóvil en el umbral—. He visto que las luces de abajo estaban apagadas cuando venía por el caminillo —añadió, contrito—, ¡pero no pensaba que ya fuera a acostarse!

—¡Es que no iba a acostarme! —replicó, no del todo sincera, para no incomodarlo—. Solo había subido a cepillarme el pelo. Discúlpeme… —añadió, porque una brisa le levantaba la bata de las rodillas y para recomponérsela tuvo que quitarse las manos del pelo, de modo que la melena le cayó sobre los hombros—. ¿Le importa cerrar la puerta? —pidió, un tanto abochornada, e hizo amago de subir la escalera—. Por favor, pase al salón. —Y le indicó con la cabeza la puerta del saloncito que comunicaba con el vestíbulo—. Encienda la luz. Yo bajo enseguida.

Pero, pese a que él había obedecido y había entrado, cerrando la puerta tras de sí, se quedó plantado en medio del recibidor.

—No tendría que haber venido. ¡Ya sabía yo que estaba metiéndose en la cama! ¡No hay más que verla! —exclamó de nuevo con el mismo tono acusador, como si esta vez la retara a negarlo. Le miraba el pelo—. Perdone que se lo diga, señora, pero nunca había visto un pelo tan bonito. ¡Que Dios se lo bendiga! —añadió deprisa, temeroso de haber resultado descortés—. Qué diferencia marca un pequeño detalle, ¿eh? —comentó, impulsivamente—. ¡Parece usted una chiquilla!

Muy a su pesar, ella sonrió complacida. Aun así, no quería que la cosa fuera a más.

—¡Pues no me siento así, precisamente! —replicó con aspereza.

Lo que pretendía provocar el efecto contrario, sin embargo, pareció encantarle y hacerlo sentir maravillosamente a sus anchas.

—¡Es usted una mujer sensible! Se nota. —Y, acercándose al pie de las escaleras, se apoyó con tranquilidad en la barandilla—. Quédese como está, señora. Solo tengo que decirle una cosa, no voy a tardar ni el tiempo que empleará usted en subir. ¡Deje que le diga lo que le tengo que decir y siga a lo mío! No quiero hacer esperar a mi mujer.

Ella vaciló. ¿Pretendía aquella alusión a su esposa hacerla sentir a gusto?

—Primero voy a ponerme las zapatillas —dijo con cautela. Tenía los pies fríos.

—¡Ah, sí, vaya a ponerse algo en los pies! —exclamó, dándose cuenta de que iba descalza—. Pero, en cuanto al resto, yo ya dejé atrás lo de prestar atención a lo que una mujer lleva puesto. ¡Ya quedan muy lejos los tiempos en que me fijaba en las mujeres!

Ella había visto algo para ponerse en los pies. Bajo la mesa del vestíbulo había un par de botas viejas de Richard, con forro de lana. No se había decidido a regalarlas junto con el resto de su ropa, y aunque le quedaban grandes y se sentía muy torpe con ellas, con frecuencia se las calzaba cuando volvía del campo con los pies embarrados.

—Bueno, pase al calor del salón —lo animó.

Ella bajó los pocos escalones que había subido, introdujo los pies en las botas y abrió la puerta de la sala.

Se alegraba de haber bajado. Él jamás habría podido encender la luz.

—La luz de arriba no va bien —comentó al tiempo que tanteaba el zócalo en busca del enchufe de la lamparilla de lectura.

Estaba en un sitio un poco raro, detrás del escritorio. Tuvo que ponerse de rodillas.

—¿Qué le pasa? —quiso saber él cuando, con el interés pragmático de los hombres de campo, pulsó varias veces el interruptor, sin que sirviera de nada.

—No creo que sea nada grave —dijo ella, distraídamente—. ¡Aquí está!

Había dado con el enchufe, y la estancia se iluminó con un intenso fulgor blanco.

—¿Por qué no la deja enchufada? —preguntó, crítico.

—Pues no sé. Creo que alguien me dijo que las lámparas de lectura es mejor desenchufarlas de noche. Por si hubiera un cortocircuito, o a los ratones les diera por mordisquear el cable, o algo así… Ya no me acuerdo de lo que me dijeron exactamente. Cogí la costumbre, y la mantengo. —Se sintió un poco boba.

Él, en cambio, estaba preocupado.

—No creo que pase nada por dejarla enchufada —dijo con gravedad. Pero enseguida se olvidó del problema—. En cuanto a lo de mañana, señora —empezó, un tanto a la ligera, o eso le pareció a ella—, me he decidido a pasar por aquí esta noche porque no soy de los que faltan a su palabra; y menos aún, con una mujer.

¿Adónde pretendía llegar?

—Vamos a ver —atajó, rápidamente—. Como usted comprenderá, señora, para mí segar es lo mismo que cortar el heno. Tardo lo mismo. El coste de la faena, el mismo. Y las cuchillas se desgastan y deterioran igual. ¿Me sigue?

Ella asintió, alerta.

—Y yo diría, señora, que para usted no es igual. A usted la siega no le proporciona el rédito inmediato que obtendría con el heno…

—¡No hay rédito ninguno! —protestó ella, irritada.

—¡Venga, señora, no sea así! Una buena pradera rinde tan bien como todo lo demás; ¿sabe?, una tierra descuidada no dará buena manduca para las bestias, sino unos hierbajos sucios que se les enreden en las patas. Lo que pasa es que el beneficio no es inmediato, de ahí que, como bien sabe, le haya hecho un precio especial.

—¡Lo sé muy bien! —exclamó ella, impaciente—. Pero pensaba que eso ya estaba hablado y cerrado.

—No, no pretendo que renegociemos, si es eso lo que está pensando —la tranquilizó, afable—. Me alegro de hacer lo que pueda por usted, señora, más todavía cuando veo que no cuenta con un hombre que se encargue de estas cosas, que está usted sola.

—Sé cuidar de mí misma perfectamente —repuso, levantando la voz.

De nuevo sus palabras tuvieron el efecto contrario al que pretendían. Crossen se echó a reír, con ganas.

—¡Eso les gusta pensar a todas! Bueno —dijo en otro tono de voz, y a ella le molestó comprobar que él parecía pensar que habían llegado a alguna clase de acuerdo—, el caso es que me vendría muy bien (y creo que a usted le daría igual) dejar su trabajito para más entrada la semana, pongamos para poco antes de que se recolecte el heno. Porque para entonces ya tendré la barra de corte preparada, afilada y lista para usar. Mientras que en cambio ahora, que todavía hay faenas de arado por aquí y por allá, tendría que ir alternando el arado y la segadora, ¡y coger uno un rato y la otra otro rato!

—¡Como si todavía hubiera alguien arando a estas alturas del año! —Se le endureció la mirada—. ¿A quién pretende poner por delante de mí? —quiso saber.

—Tranquila, señora. A nadie. Y mucho menos sin consultarlo

primero con usted.

—¡Querrá decir sin decirme antes que no piensa cumplir!

—No, señora, no se irrite. Solo estoy intentando facilitarnos las cosas a todos.

Pero ella estaba furiosa.

—Siempre lo mismo. ¡Creí que tendría usted un poco de consideración conmigo! ¡Ahora tendré que esperar hasta que acabe con fulanito y menganito, y los campos se me van a desmandar!

Él estaba un tanto avergonzado.

—Para nada, señora, eso no va a ser así en absoluto. Aunque, cuidado, hay gente que no está a favor de que se siegue, ¿sabe?

—¡Pues yo estoy muy a favor!

—Bueno, hay opiniones para todos los gustos —reconoció, reacio—. Aunque, en mi opinión, cortar la mala hierba en julio es como segar.

—¡A la hierba que se corta antes de que arraigue le engordan tanto las raíces que no sale ninguna mala hierba! —replicó ella, tan enfadada que no se dio cuenta de lo autoritario de su tono.

—¡No sabía que estuviera usted tan enterada de esas cosas, señora! —dijo, observándola con admiración, pero ella se dio cuenta de que no iba a dejarse achicar—. Aun así, señora, no irá usted a decirme que unos días más o menos van a cambiar algo…

—¡Unos días más lo cambiarían todo! El suelo de esta finca es pedregoso, por muy exuberante que sea la hierba. Unos cuantos días de sequía la secarían hasta el tuétano. ¿Y cómo iba yo a segar entonces? ¿Qué pasaría con «la manduca», como decía usted hace un momento? —Muy enojada, imitó su acento sin pensar.

Él levantó las manos.

—En fin, supongo que un hombre tiene que saber reconocer una derrota… Incluso cuando lo vence una mujer. Y no podrá usted decir que he roto mi promesa.

—No puedo decirlo, no, pero no porque no lo haya intentado usted —repuso, de mala gana, aunque la había calmado saber que se salía con la suya—. ¿Le apetece tomar algo? —propuso entonces, ansiosa por poner el punto final a la discusión.

—¡No, no, señora! ¡Nada, muchas gracias! Tengo que irme ya a casa. —Se puso de pie.

Ella también se levantó.

—Espero que no crea que he intentado aprovecharme de usted —dijo al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Es solo que todos tenemos que mirar por lo nuestro, ¿no le parece? Y no es que yo crea que no sabe cuidarse sola, permítame que se lo diga. Nadie pensaba que se quedaría usted aquí cuando su marido murió. Imagino que lo hizo por los niños… —Levantó la vista hacia el hueco de la escalera—. ¿Están durmiendo?

—Sí, desde hace ya rato —contestó con indiferencia a la vez que abría la puerta de la calle.

El aire nocturno se coló de inmediato, como poco antes. Pero esta vez traía desde muy lejos el leve perfume del heno recién segado.

—¡Vaya, ya hay quien está cortando el heno! —exclamó, sorprendida. Y levantó la cara para respirar toda su dulzura.

Por un segundo, Crossen concentró su mirada detrás de ella, en la oscuridad, y a continuación volvió a mirarla.

—¿No se siente sola por las noches? —preguntó, de pronto.

—¿Se refiere a si tengo miedo? —corrigió ella, con rapidez y frialdad.

—¡Sí! Sí, a eso me refiero —contestó él, pillado por sorpresa—. ¡Pero por qué iba a tener miedo! En qué sitio iba a estar más segura que aquí, en su casa, rodeada de sus campos.

Lo que decía era tan cierto, y él mismo, allí de pie, con el sombrero en la mano, resultaba tan normal y natural, que era absurdo pensar que en cuanto saliera por la puerta ella subiría corriendo, como una niña.

—Puede que no se lo crea —le dijo—, pero a veces me muero de miedo. Casi me da un ataque cuando lo he oído llamar a la puerta. Si estaba arriba es porque tengo miedo —añadió, en otro arranque de confianza—. Siempre subo en cuanto se hace de noche. En mi cuarto no tengo tanto miedo.

—Qué raro, ¿no? —respondió él, y ella se percató de que le había parecido una reacción incomprensiblemente femenina. Aun así, se mostraba compasivo—. ¡No tendría que estar sola! Esa es la verdad. ¡Vaya una pena!

—Bueno, qué le vamos a hacer. —En cierto modo prefería sacudirse su comprensión, mientras a la vez había una parte que deseaba aceptarla—. ¿Me haría usted un favor? —preguntó,

obedeciendo a un impulso—. ¿Se esperaría y apagaría usted las luces, para que yo pueda subir ya?

Por un instante se sintió como una idiota, pero enseguida se dio cuenta de que, si acaso, a él le parecía un favor insignificante. Se preocupaba de verdad por ella. Y no solo por el momento presente; parecía estar ponderando el problema de su aislamiento y soledad en su totalidad.

—¿No hay nadie que pueda quedarse aquí con usted? Aunque solo sea por las noches… Tendría que ser otra mujer, claro —añadió rápido, y a ella le inspiró mucha ternura que, sin mediar ella palabra, descartara esa solución—: Usted no querrá que haya otra mujer en su casa —dijo, sin más.

—Estoy bien, de verdad. Ya me iré acostumbrando.

—Aun así, es una lástima. —Lo dijo con impotencia, y la hizo avanzar en dirección a las escaleras—. Esta noche, en cualquier caso, no le va a pasar nada. Suba, suba, que yo apago las luces.

Ya se había dado media vuelta para entrar de nuevo en el salón.

Sin embargo, por algún extraño motivo ella no se sintió a gusto, y empezó a subir con reticencia.

—¡Un momento! ¿Cómo apago esta? —llamó cuando ella aún no había llegado a la mitad de las escaleras.

—Ah, esa mejor la apago yo —dijo, pensando en la extraña posición del enchufe.

Volvió a bajar, pasó por su lado, se arrodilló y tiró del cable. El salón se sumió instantáneamente en la oscuridad. E instantáneamente tuvo la sensación de que había cometido una estupidez. No era como apagar una luz mediante un interruptor junto a la puerta y poder salir enseguida al vestíbulo iluminado. Se puso de pie tan rápido como pudo, pero, al hacerlo, vio que Crossen se había acercado al umbral. Su silueta se recortaba contra la luz que quedaba a su espalda.

—El resto se lo dejo a usted —dijo, con el fin de romper el particular silencio que se había hecho en la casa.

Pero él no movió un músculo. Se quedó allí plantado, ocupando todo el vano de la puerta.

—Los otros interruptores están ahí, al lado de la entrada —le indicó, reacia a pasar por su lado. ¿Por qué no se movía?—. Ahí —repitió, estirando un brazo y señalando.

Pero él, en lugar de apartarse, agarró su brazo extendido y apoyó la otra mano en el quicio, para obstaculizarle el paso.

—Dígame… —susurró, con mucha cadencia—. ¿No se siente usted sola… sola de verdad?

—¿Cómo dice? —preguntó con voz nítida, porque la espesura de la voz de él le dio náuseas. Apenas si había oído lo que le había dicho. Solo pensaba en salir de allí.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Me das un besito? —susurró, y para agarrarla mejor apartó la mano de la pared, pero antes de poder agarrarla con las dos ella ya se había liberado y, humillándose, había pasado por debajo de su axila y ya se encontraba en el vestíbulo iluminado.

Allí —dado que la luz era lo único que necesitaba para protegerse del pobre idiota— se echó a reír. Solo tuvo que esperar a que él saliera, muerto de vergüenza.

Pero había pasado por alto una cosa: no había contado con que su vergüenza tuviera un elemento de patetismo. Había algo lastimoso en su forma de salir a la luz arrastrando los pies, cabizbajo. Y se sintió tan sorprendentemente conmovida que antes de poder articular palabra alargó una mano.

—No se sienta mal —lo animó—. No me ha molestado.

Ni siquiera entonces la miró. Se limitó a cogerla de la mano y apretársela, con gratitud, mirando hacia otro lado. Y, para su consternación, se dio cuenta de que le goteaba la nariz. Igual que un niño pequeño, se la secó con el dorso de la mano, manchándose la cara.

—No sé qué me ha pasado —dijo, muy despacio—. Me estoy haciendo viejo. Yo creía que estaba por encima de esas cosas. —Se enjugó de nuevo la cara—. Por encima de dejarme llevar de esa manera, quiero decir —se corrigió con tristeza.

—No ha sido nada —repuso ella.

Él negó con la cabeza.

—Lo que he hecho no tiene justificación.

—¡Pero si no ha hecho nada! —protestó.

—A mí no me parece que no haya sido nada —replicó él, afligido.

Por un momento se quedaron los dos callados. La puerta estaba aún entornada, pero ella no se atrevió a cerrarla. ¿Qué hago ahora?,

pensó. Como no me ande con cuidado, lo voy a tener aquí toda la noche. ¿Qué hora era, a todo esto? La noche parecía haber perdido toda escala y proporción.

—¡Bueno, señor Crossen, pues hasta mañana por la mañana! —dijo, con toda la naturalidad que pudo.

Él asintió, pero no se movió.

—Espero que sepa que no era mi intención faltarle al respeto, señora —dijo entonces, con una mirada implorante—. Siempre le he tenido mucho aprecio. Y a su marido también. Esta misma noche pensaba en él, mientras venía para acá. Y luego otra vez, cuando ha salido usted a la puerta con esa pinta de chiquilla. He pensado que es una pena que él ya no esté con usted, ¡con lo jóvenes que son los dos! Ay, ¿qué me ha dado? ¿Y qué diría Mona si se enterase?

—No se lo irá a decir, ¿no? —exclamó ella. ¡Qué imagen daría ella si él contara que había bajado descalza y con el pelo suelto!—. ¡Ni se le ocurra contarle nada! —lo advirtió.

—No, no creo que se lo diga —dijo, pero inseguro y taciturno, y se apoyó contra la pared—. Mona ha sido muy buena conmigo. No quisiera yo que nadie pensara otra cosa. Hasta los niños se lo podrían decir. Ha sido una madraza para ellos todos estos años. Jamás ha hecho distinción entre unos y otros. ¡Hay quien dice, incluso, que tiene predilección por Bartley! Lo crio ella desde que tenía una semana. Era vecina nuestra por aquel entonces, cuando… —Vaciló—… Cuando me quedé solo con él —acabó con voz plana —. La primera noche vino y se lo llevó a dormir a su cama. Y cuidado, que eso no es moco de pavo para una mujer que no tenía ni idea de bebés, y que ya no era lo que se dice una chiquilla, pese a que luego me ha dado una gran prole. Aquella noche se lo llevó a su casa y se encargó de él. Eso no lo hace cualquiera, cuidar de un recién nacido. ¡Eso a un hombre no se le olvida así como así! Muchos que yo conozco dirían que si no se lo hubiera llevado ella, ya habría llegado otra, pero nadie lo habría hecho como lo hizo ella.

»Lo tenía todo el día en su casa, le daba de comer y demás. Pero por las tardes, cuando yo volvía del campo, me lo traía y lo dejaba en su cunita, junto al fuego, a mi lado. Me daba a entender que tenía cosas que hacer en su casa, se iba, y nos dejaba solos. Pero el verdadero motivo no era ese. Ella sabía que yo pasaba horas

mirando el fuego, preguntándome cómo hacer frente a los años que tenía por delante, y ella me dejaba al niño allí para que interrumpiera mis pensamientos. Y hacía bien. No me daba lugar a cavilaciones. El niño se echaba a llorar, o gimoteaba, y yo tenía que salir corriendo a llevárselo a ella. O bien ella misma lo oía y venía corriendo sin que yo la llamara. A menudo pensaba que dejaba abiertas las puertas y las ventanas de su casa, por miedo a perderse cualquier ruido. Y así, poco a poco, volví a ser un hombre vivo. Muchas veces me he preguntado qué habría sido de mí si no llega a ser por ella. Hay hombres que, cuando se les cierra el camino de la luz, no saben qué hacer y se meten en el de la oscuridad. Y yo era esa clase de hombre.

»Le he contado que se llevaba al niño durante el día y me lo traía por las tardes, ¿verdad? Pero se lo llevaba otra vez cuando caía la noche cerrada. Lo acostaba en su propia cama. Pero me di cuenta de que, conforme pasaban los meses y el bebé iba creciendo, cada vez le costaba más llevárselo y dejarme a mí solo. El niño empezaba a sonreír, a jugar con los puñitos, y hacía mucha compañía. "¿Y si se lo dejo aquí esta noche?", me decía entonces, noche tras noche. Y a veces se metía en el cuarto que había al lado de la cocina y lo acostaba en medio de la cama de matrimonio, pero al poco volvía a cogerlo en brazos. "¡Me da miedo que se duerma usted encima de él y lo asfixie, líbrenos Dios!". "Es mejor que se lo lleve", le decía yo, aunque no soportaba verlo marchar. Aun así, me daba miedo que se echara a llorar en medio de la noche, ¿qué iba a hacer yo? Si salía a buscarla en plena noche, la gente empezaría a hablar. Y ya bastante se hablaba por aquel entonces, se lo aseguro, aunque sin fundamento ninguno. Yo ni siquiera pensaba en ella como mujer, ¿se lo puede creer? Pero una noche en que lo cogió y luego lo acostó, y lo acostó y lo volvió a coger, sin decidirse entre dejarlo o llevárselo, no me quedó más remedio que echarme a reír. "Qué pena que no pueda usted quedarse aquí con él. Sería la solución", le dije. Estaba bromeando, pero se puso más colorada que un tomate, ¡y se echó a llorar! No sin antes coger al niño y envolverlo con su abrigo. Entonces me echó una mirada terrible y se fue corriendo con él en brazos.

»Y así fue como empezó todo. Yo no tenía ni idea de que ella sentía algo por mí. Pensaba que solo le interesaba el niño. Pero los

hombres estamos tontos perdidos, como bien saben las mujeres, y ella supo mucho antes que yo lo que era mejor, lo más adecuado para los dos. Y para el niño también. ¡Algunas mujeres tienen mucha intuición para estas cosas! Y el Señor me abrió los ojos y vi a la mujer que había en ella, y comprendí que era mejor quedarme con ella y dejar de penar por la que había perdido. Hice lo correcto, ¿no cree?

—Pues claro que hizo usted lo correcto —dijo ella rápidamente.

Pero Crossen volvió a apoyarse en la pared, y su mirada volvió a cargarse de desdicha.

Jamás voy a librarme de él, pensó desesperada.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó, impaciente—. Olvídese de lo que ha pasado, ande.

—No puedo —repuso sin más—. Y no solo por mí… pienso también en mi mujer. ¡La he deshonrado!

—Por el amor de Dios. Esto no tiene nada que ver con ella.

Sorprendido, la miró.

—Espero que no se considere usted la responsable.

Se habría echado a reír si no hubiera visto que estaba haciendo avances. Un toquecito más, y se lo quitaría de encima.

—¡Qué va! Nosotros no tenemos la culpa de nada. No tiene nada que ver con ninguno de nosotros: ni con usted, ni conmigo, ni con la mujer que lo está esperando en su casa. ¡Ha sido la otra! ¡La otra chica, su primera mujer, Bridie! ¡Ha sido ella! ¡La culpa es de ella! ¡De ella! —Las palabras le salían solas. Por un instante, pensó que estaba histérica y que no sería capaz de parar—. Creía que podría olvidarla, ¡pero mire lo que le ha hecho ella en cuanto ha tenido ocasión!

Se calló y lo miró fijamente.

Crossen estaba de pie frente a la puerta abierta. No se giró para mirarla.

—Que Dios la tenga en su gloria —dijo, y se sumergió en la noche.

UN PARECIDO FAMILIAR

—Laura, ya casi estamos en abril. Debe de haber prímulas en el bosque.

Ada lanzó el azaroso comentario mientras su hija y ella tomaban el café de media mañana, esperando que llegara la hora de levantar a Daff. Daff tenía cuatro años, pero se despertaba con las primeras luces del día, y casi todas las mañanas volvían a acostarla un rato para que durmiera un poco más.

—Qué buena idea, mamá. En cuanto despierte, salimos.

Laura se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana a mirar más allá de los campos, hacia el pequeño hayedo que había en la linde de la finca. Claramente estaba imaginando matas de prímulas salpicando la marga parda bajo los árboles, cada mata dispuesta como un ramillete hecho a mano sobre un collar de hojas verdes.

—¿Y si voy a despertarla? Ya ha dormido suficiente. —Laura fue hacia el vestíbulo—. ¿Daff? —llamó en voz baja por las escaleras. Y luego, un poco más alto—: ¿Daff?

Ada se debatía entre la convicción de que un niño nunca duerme suficiente y el anhelo de charlar con su nieta. Ada habría agradecido que Laura y Richard dejaran de usar aquel diminutivo ridículo. Su nombre, Daphne, era tan bonito…

—Es un milagro que no la llaméis Dotty —dijo, irritada, cuando Laura volvió a sentarse a la mesa.

—Mamá, por favor, déjalo ya —zanjó Laura. ¿Cuántas veces habían mantenido la misma discusión? Pero no pretendía ofenderla —. ¿La niña es tuya? ¿No, verdad? —añadió.

Era una broma recurrente entre ellas desde que naciera Daff, y varias veces había servido para atajar alguna de las tempestades repentinas que ni todo el tacto ni todo el amor del mundo podían impedir que estallaran en medio de un cielo raso.

Ada, que sospechaba que la estaban acallando, hizo un tímido intento de decir la última palabra:

—No le hace justicia a una niña tan bonita —dijo.

—Es una monería, ¿verdad? —replicó Laura, para poner el punto final a la discusión, y cuando, acto seguido, oyeron pisadas en el rellano de arriba se acercaron corriendo al pie de las escaleras, Ada para abrir los brazos y que Daff se le echara encima, Laura para coger una brazada de prendas de abrigo del pasamanos de la barandilla. A pesar del sol, hacía algo de frío—. ¡No hay tiempo que perder! —exhortó, introduciendo los brazos de Daff en las mangas de un abriguito blanco de felpa que Ada le había comprado.

Ada cerró los ojos. Qué frágiles eran los brazos de una criatura, y cuando Laura se dio la vuelta y trató de obligarla también a ella a ponerse el abrigo, se apartó.

—Ese abrigo es tuyo, Laura.

—¿Y qué más da? —Laura era tan displicente que Ada prefirió no poner más pegas.

Cuando Laura estaba creciendo y esponjándose, ella misma se encontraba aún en plena forma, y la hija no se privaba de tomar prestados sus vestidos y blusas. Ahora era Ada quien se alegraba de aprovechar prendas de segunda mano, un impermeable o una bata, o incluso algún que otro par de medias desechadas si la carrera estaba en el talón o en el muslo, donde no se viera. Pero este abrigo le quedaba tan grande que Ada exhaló un suspiro. La edad la había consumido hasta los huesos, igual que un campo secado por los vientos invernales.

—No me cuesta nada subir a coger mi abrigo, Laura.

—No hace falta.

Cierto, no hacía falta. Con otro suspiro Ada se ciñó el abrigo, y el trío, bien arropado, puso rumbo al bosque. En efecto, hacía un frío desagradable, pero solo bajo la sombra de la casa. Una vez fuera de la sombra del tejado a dos aguas hacía bastante calor para aquella época del año. Para llegar al bosque primero tenían que subir unos peldaños.

—Ven, que la abuela te ayuda, Daff —se ofreció Ada.

—Déjala, mamá. Ella se las apaña sola.

Mejor que yo, pensó Ada con tristeza cuando necesitó que la ayudaran a subir los escalones. Daff, en cambio, ya se había

zambullido con valentía en la hierba, que le llegaba hasta la cintura. La altura era francamente extraordinaria para el mes de abril. Era un buen presagio, encontrarían al menos unas cuantas prímulas.

Laura estaba exultante.

—Vamos a hacerle a Daff una pelotita, mamá, como las que me hacías cuando yo era pequeña. Nunca he entendido cómo hacías para juntar todas las flores sin que asomaran los tallos.

—Con hilo negro. Siempre llevaba un carrete en el bolsillo. Ojalá me hubiera acordado de traer uno hoy. —En realidad Ada no prestaba atención a lo que decía su hija. Observaba los avances de Daff. Costaba vadear la hierba alta con cuatro años. Entonces, volvió a hacerle caso a Laura—: Las pelotitas se hacían con onagras, Laura, no con prímulas.

—Ah, bueno. Tal vez encontremos onagras también.

—En el bosque, desde luego, no. Solo se crían en pastizales, o en praderas. —Ada miró en derredor—. Puede que haya algunas por aquí. —Se sobresaltó con violencia—. ¿Eso de ahí es ganado? —Instintivamente, agarró a Daff de la mano.

—Tranquila, mamá. Están muy lejos. Solo vienen por aquí para pasar la noche. La hierba que hay cerca de los árboles les resulta muy amarga. Mira. Están tumbadas. Y con razón. Hace un día glorioso.

Ada reprimió sus temores lo mejor que pudo cuando vio a Daff arrastrándose con audacia hacia delante. A la propia Ada le parecía que el bosque estaba más lejos de lo esperado.

—¿No crees que haríamos bien en cogerla en brazos, Laura?

—¿Tú? ¿O yo? —Laura empleó un tono fogoso—. Me parece que todavía no te has dado cuenta de que la niña está ya muy grande, mamá. A veces me dejas boquiabierta. Sabes muy bien que no me conviene fatigarme estos días. —Le dio a Daff una palmadita en la espalda—. Venga, aligera —le dijo. Sin embargo, percibiendo la disconformidad de Ada, su siguiente comentario fue un claro intento por complacerla—: Qué buena idea has tenido, mamá.

—Espero que no te defraude —repuso Ada, para no pillarse los dedos. Su mirada recorrió un terraplén herboso. A decir verdad, ella misma empezaba a albergar dudas sobre la excursión—. Ahora que lo pienso, el bosque tampoco es el mejor lugar para buscar

prímulas. Las prímulas crecen mejor en los terraplenes soleados. —Señaló—: Mira, allí. Mira. ¡Lo que yo decía! —Indistintas pero inconfundibles, como el fulgor de las estrellas en la Vía Láctea, montones y montones de prímulas tachonaban el terraplén.

—Vaya. Ya no quieres seguir andando, ¿no, mamá? —preguntó Laura—. Puedes volverte si quieres, y yo me llevo a Daff a la linde del bosque para que vea las…

—¿Para que vea el qué? Las flores están en el terraplén.

—Efectivamente. —Laura tuvo la amabilidad de darle la razón —. Bueno, pues pongamos que Daff y tú vais para allá, y te sientas mientras la niña coge una pocas, y yo llego hasta el bosque. Hace siglos que no voy, y es importante que haga ejercicio.

Tan tenue como el pinchazo de la aguja más pequeña, una con el ojo tan estrecho que resultaba imposible de enhebrar, la tristeza perforó el corazón de Ada. ¿Se había percatado su hija de que le fallaban las fuerzas? Ella, que hasta hace tan poco tiempo era infatigable y había tenido mucha más energía que Laura en toda su vida.

—No quiero sentarme, Laura —replicó. Con una punzada recordó el énfasis quejumbroso que su propia madre ponía a ciertas palabras—. La hierba estará húmeda —añadió, sumisa.

—¿Húmeda? ¿En ese terraplén que lleva al sol desde que amaneció? —Laura se echó a reír, pero al mirar a su madre pareció cambiar de actitud—. Bueno, no tiene nada de malo que hagamos un descanso todas —dijo—. Ven, Daff. Por aquí.

Por qué tendría que dirigirse a la niña en un tono tan imperioso, se preguntaba Ada.

—Las prímulas están por allá, cariño —explicó. Al ver que Daff no se movía, apeló a Laura—. La niña está muy cansada.

—Pues mejor. A ver si así duerme toda la noche de un tirón, para variar. —Laura giró sobre sus talones con énfasis—. Esta noche me ha despertado por lo menos tres veces.

—Yo no he oído ni un ruido. ¿Por qué no me has avisado? —Ada intentó no levantar la voz.

—¿Y para qué?

Ada no estaba segura de si su hija se refería a que no habría sido de ninguna utilidad o si insinuaba que no se habría levantado para echarle una mano. Miró acongojada la hierba.

—¿Por qué no me has avisado? ¿Por qué? —insistió.

Laura la miró con frialdad.

—Bastantes veces te he oído ya decir que no hay música más dulce que el llanto del hijo de otra.

¡Uy, uy, uy! Qué manera de tergiversar sus palabras. Ada estaba indignada.

—Pero no lo aplico a tu hija, Laura. No lo aplico a mi nieta. A Daff, no. —No recordaba haber dicho semejante cosa salvo, tal vez, para hacer que alguna madre primeriza se sintiera a gusto en un hotel si el bebé había berreado durante la noche—. Tendrías que haberme avisado, Laura.

—Vamos a dejarlo estar. Por favor. No es que esta noche haya sido una excepción. Todas las noches igual. Estoy molida. Casi no he pegado ojo.

Habían reanudado el paseo cuando, cerca del promontorio, bajo sus pies, donde escaseaba la hierba, Ada vio una boñiga de vaca.

—¿No decías que aquí no pastaba el ganado? —preguntó, y acelerando el paso se acercó al terraplén. Desde allí escudriñó el prado—. Ya no las veo. ¿Dónde se han metido? —preguntó, ansiosa. Había más de una boñiga. Localizó varias.

—¿Y qué más da? —Laura se hizo a un lado—. Bueno, Daff, ¿qué te parecen las prímulas?

Había una cantidad de flores increíble.

—¿Puedo coger? —preguntó Daff, impresionada.

—Claro que sí, vida mía.

—Se hace así, Daff. —Ada se olvidó de las vacas. Con dedos aún hábiles hurgó entre la espesura de las hojas de una mata grande compuesta de veinte flores o más, escarbó cerca de las raíces y arrancó una prímula con el tallo muy largo, fresco y verde, y la base levemente teñida de rosa—. No queremos arrancarles la cabecita, ¿verdad que no? —dijo, vivaracha—. Y solo cogemos una de cada mata, para que los demás también puedan disfrutarlas.

Era un inmenso placer ilustrar una mente joven. Se alegraba de ver que Daff la escuchara con atención. No tendría que regañarla la próxima vez que decapitara una flor del jardín.

—Por el amor de Dios, mamá, que solo son flores silvestres. Que las disfrute.

—No podría estar disfrutándolas más —dijo Ada mientras Daff

levantaba con orgullo una prímula con el tallo tan largo como el de una judía—. Precisamente por ser silvestres podemos enseñarle a coger flores como está mandado.

Guio la mano de Daff a las húmedas profundidades de otra mata. Luego, viendo que su nieta le había cogido el tranquillo, empezó a componer un ramo para ponerlo en su cuarto, con cuidado de coger también unas pocas hojas que lo enmarcaran. Pero cuando Laura, indiferente al hecho de que estaba aplastando varias matas, se sentó en el terraplén y se tumbó para tomar el sol, se sintió impelida a advertirle:

—Todavía no hace tiempo para eso, Laura.

Laura se incorporó de inmediato, pero solo para dirigirle mejor una réplica airada:

—Me da igual si pillo una neumonía. No tienes ni idea de lo cansada que estoy, mamá. Cuando yo tenía la edad de Daff tú tenías sirvientas y vivías como una reina.

A Ada la pilló desprevenida el arrebato y se sentó bruscamente.

—Estás muy equivocada, Laura. La única ayuda que tuve fue la de una chica del pueblo, una incompetente, que venía unas horas a limpiar un poco. Nunca le permití que se ocupara de ti.

—Pues vaya estupidez. —Laura dejó caer la cabeza de nuevo en la hierba.

Ada la miraba fijamente. ¿A qué venía aquel ataque?

—Tu padre, por supuesto, era maravilloso —dijo—. Si te despertabas en plena noche era él, y no yo, el que te paseaba por toda la casa.

De nuevo, Laura se incorporó como un resorte.

—¿Insinúas que Richard no arrima el hombro? Se te olvida que es quien gana el pan. La niña es tarea mía.

—Nadie está discutiendo eso. No creas, cariño, que no me he dado cuenta de lo agotada que se te ve últimamente. Para mí no es fácil verte tan pálida, tan demacrada.

Laura, que yacía con su hermoso rostro enmarcado en flores, hizo amago de sentarse por tercera vez, pero en lugar de eso giró la cabeza y le clavó a Ada una mirada que la atravesó, no como una aguja esta vez, sino como una horquilla.

—¿Qué pretendes exactamente, mamá? Ya bastante tengo con sentirme como un trapo para que encima tenga que escucharlo.

—¿Yo he dicho eso? —Ada miró con tristeza el ramillete de flores silvestres que tenía en la mano—. Toma, Daff, coge las mías. —Daff negó con la cabeza; decaía su interés por las prímulas. Las pocas que había cogido estaban desperdigadas por la hierba. Ada dejó a un lado el ramo, que se desbarató, con los tallos ahora más rosados que verdes. Parecen gusanos, pensó, estremeciéndose. Tal vez debería rescatar de los tiempos de su joven maternidad alguna experiencia que le demostrara a Laura que comprendía su cansancio. Dio con una de inmediato—. A mí, mi madre me sacaba de mis casillas cuando tú eras pequeña y me decía que algún día recordaría aquellos años como los mejores de mi vida.

Pero al oírse a sí misma repetir unas palabras tan trilladas Ada sintió que el adagio era cierto. De pronto, Laura se entregó a un recuerdo gratuito y vivo de su abuela, un recuerdo que, dadas las circunstancias, podía tener la intención de hacer daño.

—Pobre abuela. Qué pena me daba lo mal que la tratabas.

—¿Mal? ¿Que yo la trataba mal? —Ada hizo una mueca.

Laura, que a buen seguro era consciente de la herida que había infligido, no se arrepentía lo más mínimo.

—Yo la quería mucho. Era un amor, tan alegre y feliz casi todo el tiempo. Se volvía loca de alegría cada vez que yo subía a su cuarto a escuchar sus historias. Se sabía miles. Qué bien nos lo pasábamos. Lo que nos reíamos las dos juntas.

—¿De qué? —Ada estaba desconcertada. Y cuando Laura esbozó una sonrisa enigmática se vio abocada a la autojustificación—. Hacia el final de su vida, tu abuela me puso las cosas muy difíciles, te lo aseguro.

—No la entendías. Ese era el problema —rebatió Laura, tan engreída que Ada apartó la vista, desairada. Seguía haciendo sol, pero sintió frío, como si se hubiera ocultado tras una nube—. Me cepillaba el pelo —añadió, cerrando los ojos.

A Ada le parecía que había una nota falsa en la nostalgia de su hija.

—Cuando le parecía bien a ella —espetó—. Cuando yo necesitaba que me echara de verdad una mano siempre tenía algo más importante que hacer.

—¿Como qué? —Laura abrió un ojo.

—Esto y aquello. —Ada se sentía acorralada y se aturullaba—.

Bueno, para empezar, siempre andaba leyendo la prensa, incluso periódicos atrasados una semana.

—¿Y qué más?

—Déjame pensar… Pasaba horas y horas recortando noticias que, al parecer, tenían un significado especial para ella. Sabe Dios por qué. Y lo mismo con las revistas. Ah, sí, otra cosa: tenía una colección de postales viejas que no se cansaba de ordenar. —Ada se interrumpió. De alguna manera, no le parecía que aquellas ocupaciones de su madre dieran buena cuenta del espantoso desbarajuste que reinaba en su cuartito—. Acumulaba cuerdas y dedicaba horas a deshacer nudos o unir pedazos pequeños e inservibles. Tu padre me pedía a menudo que hiciera algo para que mantuviera la puerta cerrada. Como es natural, ella nunca la cerraba. Tu abuela vivía según sus propias leyes.

—No veo qué importancia podía tener una puerta abierta o cerrada allá arriba, en la planta más alta de la casa. Nadie subía jamás, solo él y yo, y quienquiera que le llevara la comida.

—Se la subía *yo*. ¿Quién si no? Siempre tenía que subirle las bandejas porque ella nunca bajaba a las horas de las comidas. Era muy caprichosa para algunas cosas. Y si alguna vez se dignaba bajar era cuando a ella le parecía, cuando ya habíamos lavado los platos, guardado las cacerolas y las sartenes y fregado la cocina. Y ya sabes lo irritante que es eso para una sirvienta.

—No. —Y, como si el monosílabo no hubiera sido lo bastante mortífero, Laura añadió—: De la gente mayor no se puede esperar que sea precisamente normal.

—Siempre fue así, desde que tengo memoria —rebatió Ada—. No la recuerdo haciendo nada cuando correspondía.

Cuando yo era pequeña y volvía del colegio nunca estaba la comida en la mesa. Ni siquiera tenía lista la cena por las tardes cuando mi padre volvía del despacho, cansado y muerto de hambre. Le importaba un comino hacernos esperar mientras ella se entretenía con cualquier fruslería.

—¿Como por ejemplo?

—Ay. —Ada suspiró, desalentada. Los recuerdos de su madre se volvían demasiado dolorosos como para revivirlos—. Por aquel entonces creo que le dio por escribir cartas —dijo, apática—. Pasaba horas en la mesa del comedor garabateando una página

detrás de otra que luego salía a echar al buzón, ignorándonos por completo.

—¿Cartas para quién?

—¿Y yo qué sé? —La exasperaba el interrogatorio, pero justo entonces sintió como si un rayo de luz cayera sobre la mano de aquella escribana ya fallecida, y se quedó pasmada ante lo que revelaba—. No, espera, Laura. ¡Sí que lo sé! Le escribía a su madre. A mi abuela. ¿Cómo se me ha podido olvidar? Le escribía día sí, día no, cartas interminables.

—No me sorprende. Quería con locura a su madre. No se cansaba de hablar de ella —dijo Laura, vagamente. De pronto, abrió los ojos y su semblante adoptó una mueca de asombro—. Dios santo. La madre de tu madre es la tatarabuela de Daff. ¿No irás a decirme que te acuerdas de ella, mamá?

—Pues claro que me acuerdo de ella. Mi madre tenía una foto suya al lado de la cama. Recuerdo que tenía unos ojos negros inmensos, serenos y acuosos, con una mirada curiosamente vulnerable, como un gamo o una gacela. Y te aseguro, además, que las repetidas alusiones por parte de mi madre la convirtieron en una presencia constante en nuestra casa. —Ada tuvo otra visión de la difunta mano, apenas capaz de domeñar el amor que hacía correr la pluma por el papel—. Supongo que yo sentía celos de mi abuela —dijo, pensativa—. Me molestaba que acaparase todo el cariño de mi madre, no solo por mí, sino también por mi padre. La odiaba. Aunque ahora, con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que no tuvo una vida nada fácil. A fin de cuentas, parió nada menos que doce hijos. ¿Te imaginas? No es de extrañar que mi madre le tuviera adoración; puede que yo haya sido injusta, además de cruel.

Sorprendentemente, Laura estiró una mano y le acarició la rodilla.

—De eso hace ya mucho tiempo, ¿quién sabe? Y, además, ¿acaso cambiaría algo a estas alturas?

Ada le agradeció el gesto, pese a la escasa diplomacia.

—A veces me arrepiento de no haberle hecho más caso cuando se ponía a hablar del pasado. Nunca tenía tiempo para eso.

—Siempre puede uno sacar tiempo. —Laura había sufrido otro cambio de humor—. Tal y como yo lo recuerdo, tú esperabas que estuviera a tu completa disposición solo porque vivía contigo.

Aquello le pareció tan imperdonable que se sintió obligada a cambiar rápidamente de tema.

—¿Qué está haciendo Daff? —preguntó, a pesar de que la niña estaba a pocos metros y parecía muy contenta. Pero según formulaba la pregunta, Daff soltó un chillido de éxtasis y Ada vio que, aburrida de las prímulas, se había acercado a la boñiga y estaba a punto de hundir los dedos en ella—. ¡Laura, ve a por la niña! —gritó. Ella no habría conseguido llegar a tiempo.

Laura se puso de pie con torpeza.

—¡Daff, no toques eso, so boba! —gritó, agarrando a la niña y zarandeándola—. ¿Qué quieres, ponerte perdida? Apártate de aquí ahora mismo.

Y volvió al terraplén tirando de la niña, sin aliento.

—Seguramente estaría seca —opinó Ada, con la esperanza de quitarle hierro al asunto.

—Si hubiera metido los dedos habríamos averiguado enseguida si estaba seca o no.

Ada se sintió humillada. Era cierto que Laura parecía cansada; se había tumbado en el terraplén otra vez y había cerrado los ojos de nuevo, dejando a la niña plantada delante de ella, indecisa.

Ada consideró que la niña ya había hecho suficiente penitencia.

—Juega donde quieras, cielo, mientras no te ensucies —le dijo. Pero la criatura no se movió, esperando que su madre le hablara. Al cabo de un minuto, Ada tuvo que recurrir al famoso cebo para atraer la atención de un padre o una madre—: ¿Tú a quién crees que se parece Daff, Laura?

Laura no picó.

—¿Y qué más da?

—Hombre, depende.

—¿Qué significa eso? —Laura abrió un ojo con tiento.

—Pues que tú puedes dar gracias por parecerte a tu abuela, cariño mío —explicó Ada. Para su consternación, vio que a Laura le cambiaba la cara instantáneamente, de la desconfianza a la irritación—. Sé muy bien que te molesta que te lo diga, pero…

—¿Te extraña, acaso? Cuando era pequeña siempre estabas amenazándome con que de mayor sería como ella.

—Ah, pero me refería a que no me habría gustado que heredaras su carácter. Pero en sus años mozos mi madre fue una mujer

guapísima, y lo mejor que se te podía desear era que te parecieras a ella. Tú dirás lo que quieras, pero eres su vivo retrato.

»A ti te molestaba, cariño, porque solo la conociste de muy mayor. De joven era la viva imagen de una medalla griega. Y hasta el último momento tuvo el cutis suave y sin una sola arruga. Tenía esa tez aceitunada que no se apergamina nunca, a diferencia de la mía, o la tuya, ya que estamos. No te lo tomes a mal, yo siempre he estado orgullosa de tu piel de porcelana, pero ese tipo de piel no es tan resistente como una tez olivácea. —En ese momento se agachó y escrutó el rostro de su hija—. Laura, ¿me estás escuchando? Espero que te hayas puesto protección solar, sobre todo con este viento tan desapacible. Como no te pongas, cualquier día de estos amanecerás con algunos capilares rotos. Pero, volviendo al parecido entre mi madre y tú, ¿te acuerdas de esa foto en la que sale con una blusa blanca de encaje inglés, con aquel pelo castaño precioso que tenía recogido en un moño alto, y conmigo en brazos? Era muy joven cuando se la hicieron. —De repente, Ada ahogó un grito—: ¡Fíjate, Laura! Debía de tener la edad que tienes tú ahora. A ver… —Empezó a echar cuentas con los dedos—. No me lo puedo creer. Tienes tú más años ahora que ella entonces. Un año, por lo menos. No, dos años. Laura, ¿me estás escuchando? —preguntó. Volvió a inclinarse sobre ella. Estaba dormida.

Ada se sintió tan desconsolada como si Laura se hubiera marchado y la hubiese dejado completamente sola. Entonces se acordó de Daff. Daff hurgaba algo con una ramita. ¿La boñiga? No… Pues sí. La niña estaba removiéndola, liberando un olor nauseabundo. Eufórica, la cría empezó a darle capirotazos, provocando una lluvia de estiércol suave y húmedo que le caía en el vestido, la cara y el pelo resplandeciente.

—Laura, Laura. —Ada zarandeó a su hija—. ¡Rápido, despierta! Daff está otra vez jugando con la boñiga.

Su propio agotamiento era tan grande que no se sentía capaz de afrontar la situación.

LIMONADA

No podía durar. Al menos, no toda la limonada.

—¿Quieres otra botella? —preguntó el tío Pauddy.

—Coge una siempre que te apetezca —dijo el tío Matt.

La metió detrás de la barra y le enseñó a usar el abrebotellas.

Tomó varios botellines solo por el placer de quitar las chapas, cuando en realidad estaba empachada de limonada. Los tíos se comportaban como si no la hubiera probado hasta que llegó a Irlanda. En el barco bebió un montón. Y en Boston los amigos de papá solían invitarla.

«Tú haz lo que quieras, Dinny», decían, «¡pero no podemos permitir que la niña se vaya con sed a casa!». Aunque, para ser justos con los tíos irlandeses, la niña debía reconocer que en Irlanda la limonada no generaba ambigüedades. En Boston, en cambio, nunca sabía si mamá o papá se referían a limonada de verdad o a la que bebía papá. Creaba confusión, como la víspera de que zarparan hacia Irlanda.

Todos los amigos de papá y mamá se presentaron en casa para despedirse, o, mejor dicho, todos los amigos de papá. Mamá no podía verlos ni en pintura.

—¡En nuestra última noche! —suspiró cuando papá anunció que vendrían.

—Ya lo sé, ya lo sé —concedió papá—. Pero yo no les he dicho que vengan. ¡Se han invitado ellos solitos… con toda su buena voluntad! —añadió.

—¡… o tal vez —aventuró mamá— para remediar la sequía!

—Venga, mujer, no te amargues la última noche… —dijo papá.

Y al final vino la cuadrilla de amigotes al completo. Casi no había sitio en el salón para todos, con los baúles y las cajas, atadas y anudadas con cuerdas blancas nuevecitas, por el suelo, y encima

de uno de los baúles un ramo inmenso de ásteres envueltos en papel de periódico húmedo.

—¡No os sentéis encima de las flores, haced el favor! —repitió mamá toda la noche.

—Un momento, un momento, chavales —dijo papá cuando los amigotes se presentaron en la puerta, y levantando las faldillas rojas afelpadas que cubrían las patas de la mesa extrajo un cajón—. De este bulto nos podemos deshacer para que haya más espacio, si me echáis una mano para vaciarlo.

Todos se echaron a reír, excepto mamá.

—Venga, señora —dijo uno de los amigos, señalando los redondos sellos de lacre soldados al alambre retorcido de cada nudo —. ¿Qué puede tener de malo? ¿No ve que está cubierto de medallas?

Mamá no le hizo ni caso.

—Dinny, me diste tu palabra de honor… —dijo.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! —exclamó papá—. ¡Pero no entra en vigor mientras no zarpe el barco, nena! Venga, no me seas aguafiestas.

Un minuto después el cajón estaba abierto, y papá fue a la cocina y volvió con un montón de copas que agarraba por el tallo, como si fuesen flores.

—Bueno, ¿quién quiere limonada? —jaleó. Entonces se mordió un labio—. Jolines, cielo —dijo, y fue corriendo hacia Maudie—. Qué mal papi soy… Se me ha olvidado comprar limonada de verdad para ti.

A Maudie se le empañaron los ojos, pero no porque estuviera decepcionada, sino por verlo a él tan triste.

—¡Ea! —exclamó mamá nada más ver las lágrimas—. ¡Ya sabía yo que pasaría esto!

Pero Maudie se enjugó las lágrimas.

—¡No me importa, mamá! —exclamó. Zarandeó a su padre por el hombro—. ¡De verdad que no!

—¿De verdad? —Papá la miró—. ¿De verdad que no, nena? —Se le iluminó el semblante otra vez. Ahora ya solo tenía una nena que serenar—. ¿Y si le damos a la niña un poquito de lo que tenemos (diluido, por supuesto) para congraciarnos? —le susurró a mamá.

Mamá se quedó prácticamente sin palabras.

—¡Dinny Delaney! Cuando dices esa clase de cosas sé que estoy haciendo bien en…

Pero papá le tapó la boca con la mano y se puso a hablar en voz muy baja, para que nadie salvo Maudie lo oyera.

—¡No hay más que hablar! ¡Tsch, tsch! Un trato es un trato. Unas pequeñas vacaciones (quedamos en que así lo llamaríamos, y en que a ti te hacían mucha falta); si alguien se merece unas vacaciones, esa eres tú, reina. Unas pequeñas vacaciones. Sin pedir ni dar explicaciones. ¿O no lo decidimos así? Y que no se te olvide tampoco, cuando llegues al otro lado. —Por un instante pareció muy enfadado, y se quedó mirando la bebida que había en su copa. Entonces levantó la vista—. Lo cierto es que un traguito no te sentaría nada mal… ¡Es bueno para la salud! —añadió rápidamente —. En serio, no hace falta que te pongas tan tiesa, y mañana a esta hora seguramente te alegrarás al recordar lo que te estoy diciendo: la mejor preparación para una travesía por mar es una gotita de esto de aquí —y le dio un toquecito a la copa que tenía en la mano —. Ya veo que no me haces ni caso, pero sé lo que me digo, y a mí me contó un camarero… ¡no, calla! Qué digo, no fue un camarero sino un azafato de barco; me contó que en uno de sus viajes hubo una mujer joven, justo de tu edad, que se puso tan mala que el médico del barco pensó que no había nada que hacer, y puede que hubiera tenido razón si no llega a ser por el saber hacer del azafato, que la obligó a beber un poco. ¡Es la pura verdad, reina! Tú acuérdate de lo que te digo. Y acuérdate de que si la niña se pone mala… —Llegados a este punto fue a sentarse otra vez al lado de Maudie, pero mamá soltó un grito.

—¡Cuidado con los ásteres! —exclamó—. Hala, ya se han estropeado —dijo, cogiéndolos y examinándolos.

Estaban un poquito echados a perder. Se habían caído muchos pétalos andrajosos que ensuciaban el suelo, como pedacitos de lana.

—Con la ilusión que me hacía tenerlos durante el viaje… —gimoteó mamá.

—¿Cuántas veces ha hecho usted el viaje, señora? —preguntó educadamente uno de los amigotes.

—¿Cuántas veces he cruzado yo el Atlántico, Dinny? —preguntó mamá, y sin esperar la respuesta—: Cuatro. Contando esta, claro —añadió, meticulosa.

—¡Eso todavía está por ver, reina! —terció papá—. Hay una cosa que se llama icebergs, ¿sabes? —Se giró y miró con seriedad a sus invitados—. Por mucho que haya avanzado la ciencia y todo eso, todavía no estamos del todo a salvo de los icebergs.

—¿Qué es un iceberg? —quiso saber Maudie.

—Ah, nada, nada de nada —se apresuró a decir papá—. Además, quién sabe, lo mismo a mami le da la morriña antes de la cuenta y se lo piensa mejor a última hora, ¡y os quedáis aquí!

—¡Jo, pero yo *quiero* ir! —exclamó Maudie—. Le he dicho a todo el mundo que me voy, a las maestras y todo.

—Ah, conque *tú* también me quieres abandonar, ¿eh? —dijo, observando el fondo de la copa, que estaba ahora vacía.

—Ni se te ocurra salirle con esas a ella… a una *niña* —intervino mamá—. Pues claro que está deseando vivir una experiencia tan emocionante. Aparte, sabe, o más bien le hemos dicho, que tú vendrás a recogernos en primavera.

—Sí, eso le hemos dicho, ya lo sé —dijo papá, melancólico.

¿Por qué empleaba un tono tan peculiar? ¿Y por qué mamá levantaba la voz y desperdigaba sus palabras por toda la habitación?

—Será el decimocuarto viaje de Dinny… cuando venga a buscarnos —informó ella.

Se quedaron todos con la boca abierta.

—¡Catorce veces has cruzado el charco…! —exclamó Pa Spiddal, infinitamente impresionado. Spiddal no era su verdadero nombre, sino el del pueblo irlandés del que era oriundo. Hablaba tanto de él que lo habían bautizado así.

—*Pues sí* —confirmó papá, tomando la palabra otra vez—. Y algunos viajes tendrían que contar por dos, porque las travesías de hoy en día no tienen nada que ver con las de las primeras veces que vine. ¡Ay, aquellos viajes…! ¿Os he contado alguna vez cuando…?

—¡Ya lo creo que sí! —lo interrumpió mamá, pero los demás estaban deseando que siguiera.

Eran todos irlandeses, pero no de nacimiento, y por lo tanto la participación en la partida de la mujer y la hija de Dinny tenía un doble elemento de nostalgia para ellos, la nostalgia por la madre patria, y también la de su gente, muerta hacía mucho, a través de cuyos ojos habían visto la tierra perdida.

—Pues —continuó Dinny, ignorando a mamá—, para que os hagáis una idea de cómo se viajaba por aquel entonces, os diré solo que las mesas tenían un reborde para que las tazas y los platos no se cayeran al suelo. ¡No! Espera, espera, yo creo que eso fue ya más adelante… En los primeros, primerísimos, cuando yo era un chaval y me embarqué por primera vez, las tazas y los platos estaban encadenados a las mesas, la vajilla era de esmalte, o puede que de latón, pero…

—¡Dinny! —A mamá le ardían las mejillas—. ¡Eso sería en tercera! —gritó.

—Claro, claro, en tercera —dijo papá, sin vergüenza, y sin percatarse del rubor de mamá—. Ni idea de cómo sería en primera clase… aunque, como decía yo en aquellos tiempos, poca diferencia habría si el barco se iba a pique.

Pero, aun cuando uno o dos de los viejos amigotes se rieron, Maudie notó que dos de las mujeres intercambiaban una mirada. Y justo entonces percibió un movimiento sigiloso junto a sus pies, que colgaban del baúl, y al bajar la vista —también con sigilo— vio que la vieja Ma Spiddal había estirado un pie y con la punta de la bota negra con botones separaba, despacio pero con seguridad, los dos arcones.

Pero mamá también se dio cuenta. Agarró con fuerza los ásteres.

—¿Qué quieres, ver las etiquetas, Ma Spiddal? —le preguntó con aspereza—. No es que la tercera de ahora no sea casi tan buena como la primera de antes —dijo, enseñando, no, colocándole las etiquetas a Ma Spiddal delante de las narices—. Aun así, no merece la pena preocuparse por unos pocos dólares aquí o allá. ¡Ni que fuéramos emigrantes!

—Uh, la diferencia es de mucho más que unos pocos dólares, mujer —replicó Ma Spiddal, con una mezcla de resentimiento, envidia, y, por encima de todo, remordimiento.

—Bueno, eso es cosa de Dinny, no mía —zanjó mamá, un poco más suave. Miró con cierta sorpresa los ásteres que seguía teniendo en la mano—. ¡Voy a poner esto en agua!

—¡Agua! —papá sufrió un violento escalofrío—. Una palabra sacrílega esta noche —dijo, y volvió a meter medio cuerpo en el cajón para sacar otro puñado de botellas.

Pero mamá le susurró algo y acto seguido Maudie sintió cómo

papá la levantaba del suelo. Y todo el trayecto escaleras arriba notó la cabeza menearse de lado a lado.

—¿Estoy en el barco? —preguntó—. ¿Se está hundiendo?

—¿Ves tú? —increpó mamá a papá—. ¡Estarás contento con tus chorradas! ¡Vaya viajecito me va a dar ahora!

—¡Bendito sea Dios! —exclamó papá—. Cualquiera que te oiga pensará que fue idea mía que te fueras, y no…

—¿Y no qué? —le espetó mamá.

—Bah, qué sentido tiene discutir eso ahora —dijo papá, y se hurgó un bolsillo—. Toma. Ya que estamos, guárdate los billetes.

Mamá los cogió y los examinó.

—¿Solo ida?

—Así te sentirás con más libertad —le dijo papá.

—Perdemos dinero si no compramos ida y vuelta.

—Solo si vuelves —rebatió papá de un modo muy extraño.

Aquellas palabras le llegaron al corazón a Maudie, por muy adormilada que estuviera. Y papá se dio cuenta.

—¿Quién sabe, nena? Igual voy yo para allá y no volvemos —añadió, bromista, pero la jocosidad no lo satisfizo ni siquiera a él—. Déjame un momento los billetes. —Se sacó un lápiz del bolsillo y trazó un cruz en el reverso de uno de ellos—. Esto es para la limonada —le dijo a Maudie—. Tú se lo enseñas al azafato del barco, que él lo entenderá. Es mi señal. Significa que ya la pagaré cuando viaje la próxima vez… Mamá se encargará de todo si hay algún problema.

Mamá le quitó los billetes de las manos, nada contenta.

—¿Es que nunca vamos a poder hablar de nada en serio? ¿Acaso no está ya decidido que vendrás en marzo para recogernos?

—Esa era la idea inicial —convino papá.

—¿Entonces? —dijo mamá.

—¿Entonces? —dijo papá—. Que sí, que iré —añadió, despacio —, pero quién sabe si no será para quedarnos allí los tres.

Mamá se mostraba escéptica.

—Las compañías de allí no serían tan de tu gusto.

—Mira que eres amarga, ¿eh? Amarga hasta el tuétano. Pues te voy a decir una cosa. Antes de que nos conociéramos tú y yo, mi intención era acabar en la madre patria. No recuerdo la lengua antigua, aunque se la oí hablar a los viejos en nuestra propia casa.

No sabía muy bien lo que decían, pero aquello era tan normal como los graznidos de las grajillas que entraban por la chimenea. Me acuerdo de un dicho que se decía siempre al final del rosario, todas las noches junto al fuego: *Bás in Éirinn*. «Ojalá mueras en Irlanda», era lo que mi madre nos deseaba a todos, que prosperásemos lo suficiente para volver a la madre patria.

—Solo hay una manera de hacer realidad ese deseo —dijo mamá con acritud—, y no veo yo que vayas a conseguirlo, al paso que vas.

—Te equivocas. ¡Como siempre! Y la vivienda no es tan cara como aquí, ¿sabes? Un amigo me contaba el otro día que se están vendiendo fincas por una miseria; en Leitrim y en Roscommon las están regalando.

—¡Claro, allí! —saltó mamá—. Gracias por nada.

Papá dio un salto de la cama.

—¡Ya estamos otra vez! No sirve de nada intentar hacer planes con una mujer como tú. ¡Ni el mismísimo Dios te contentaría! ¡Estoy seguro de que hasta el cielo te defraudará!

—¡Pues mira, no me sorprendería! —gritó mamá—. Con lo acostumbrada que estoy ya a las decepciones… Pero tú no tienes ni idea de lo que estás diciendo. ¡Leitrim! ¡Roscommon! ¡Allí no habría ni un alma con quien hablar en todo el día!

—¡Como aquí, entonces! —gritó papá—. ¿Y cómo es que yo hago amigos en todos lados?

En ese momento a mamá se le llenaron los ojos de lágrimas.

—*A mí* esa pregunta no me la hagas, Dinny. ¿O no ves que en la respuesta está el origen de todos nuestros problemas, de todo lo que nos pasa, ahora y desde siempre? Mira, estoy ya cansada, muy cansada, mucho. —Alzó la cabeza y pareció escuchar con repugnancia las voces y las risas que subían por las escaleras desde el salón—. Mejor será que bajes; se van a pensar que pasa algo. ¿O es que van a quedarse toda la noche?

—¡Pues claro que no, por Dios! —dijo papá, y recurrió otra vez al gaélico para la ocasión—. ¡Les soltaré una indirecta! Una ronda más, y luego: ¡*deoch an dorais*! ¡«Una para el camino»!

—¿De verdad que no vamos a volver, mami? —preguntó Maudie cuando él bajó.

—¿Por qué preguntas eso? —dijo mamá, muy seca—. ¿No te gustaría quedarte en Irlanda con todos los tíos y las tías, y estudiar

en un convento para que las monjas te refinen?

Eran las cuatro de la mañana y, de haber habido algo de luz, se habría visto la costa irlandesa, como una fina hilera de algas flotando en el horizonte. Pero lo único que se distinguía era el haz de luz del faro.

—¡Maudie, despierta, despierta! Es la primera vez que ves Irlanda. ¡Mira!

A través del ojo de buey, empañado por la respiración de ambas, lo único que vio Maudie al principio fue el mismo derroche de aguas grises que las había bañado cada día del viaje, con la diferencia de que ahora la alumbraban los destellos de las luces de la sala de máquinas. Cuando se le acostumbró la vista a la penumbra, distinguió a lo lejos otros destellos blancos que iluminaban la fría espuma. Entonces, de pronto, en la distancia, un puño negro se abrió, liberó una bola azul de luz y volvió a cerrarse, luego se abrió otra vez… Y se cerraba y se abría, se cerraba y se abría, se cerraba y se abría…

—No era Irlanda de verdad, ¿a que no? Solo eran rocas, ¿a que sí? —preguntó tímidamente más tarde, ya de día, cuando estaban en la gabarra en Cobh y a lo lejos un litoral verde flotaba encima de las aguas.

Tenía mucho sueño, pero no se durmió hasta que no estuvieron en el tren.

Se hundió, agotada, contra los ásperos asientos rojos que olían a polvo y a humo de carbón, y le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando mamá la zarandeó para despertarla y que los abriera.

—A ver, trae que te arregle un poco —dijo—. Ya solo queda una estación para que lleguemos a… ahí.

Maudie sabía que había estado a punto de decir «a casa», pero que había cambiado rápidamente por el «ahí». A pesar del cansancio, percibía cierta apatía en mamá. ¿Qué había sido de la impetuosidad que la despertó para que viera Fastnet Rock?

Y en aquel momento —de repente—, antes de que el tren se detuviera del todo en el andén, forzando la puerta del coche, gritando, riendo, cubriendo de besos a mamá y cogiendo el equipaje, aparecieron tres de los muchachos más guapos que Maudie había visto jamás. Eran los tíos, los legendarios tíos.

—¡Pero si estamos todavía en Clare Junction! —exclamó mamá.

—¡No podíamos esperar más! —declararon los tíos al unísono, como colegiales—. Hemos cogido un tílburi para venir a recogerte. Os acompañamos. —Se amontonaron en el coche—. ¿Cómo estás, cómo estás? Bienvenida, por fin. ¡Ya era hora de que volvieras!

Maudie estaba abrumada. ¡Cuántas risas! ¡Cuántos besos! Con razón mamá los echaba tanto de menos y hablaba de ellos sin parar, contando sus correrías y tejemanejes.

—¿Se baja alguien aquí? —exclamó el tío Pauddy cuando el tren volvió a detenerse—. Cuidado con el escalón, cuidado con el escalón —advirtió según se apeaban en la estación mal iluminada —. ¡Agárrame del brazo! —gritó en el momento en que salían a la calle, negra como boca de lobo, detrás de la estación.

—Me sé muy bien el camino —replicó mamá, irritada—. ¿Y qué pasa con los baúles? —Pero el tío John-Joe ya estaba cargándolos en un carrito apoyado contra la pared.

—Lo usamos para trasladar los barriles de cerveza negra hasta la caseta embotelladora —le explicó a Maudie—. ¿Sabes lo que es la cerveza negra?

—¿Es como la limonada? —conjeturó. Todos se echaron a reír.

—¡Pobre Dinny! —dijo John-Joe.

—¿Todavía te acuerdas de eso, después de tantos años? —dijo mamá.

—¿Cómo está Dinny, a todo esto? —intervino Matt, rápidamente.

—Ah, bien —contestó mamá.

—Me alegro —dijo Matt con sobriedad—. Vendrá más adelante, ¿no?

—Ese es el plan —dijo mamá, tajante.

—Estupendo —dijo Matt—. A ver si lo convencemos para que compre un terrenito aquí y os establezcáis definitivamente.

Ya habían dejado muy atrás la estación y caminaban por una calle estrecha sin acera, hombro con hombro por el centro de la calzada, que estaba blanda y embarrada.

—No me digáis que hoy ha habido feria —dijo mamá al pisar un charco.

—Pues sí, sí —dijo John-Joe, en tono de disculpa—. Hoy ha sido el segundo día de la feria grande de octubre.

—¡Buen día he elegido para volver! —protestó mamá.

—Anda, mujer —intervino Matt—. No empieces a comportarte como una yanqui.

—Pues es lo que soy, digo yo —dijo mamá.

—De eso, nada —exclamó Matt—. Eso solo han sido unas pequeñas vacaciones… Esta vez os quedaréis todos aquí definitivamente, ya verás. —Estrujó a Maudie.

Pero mamá retomó deliberadamente las palabras de Matt.

—¿Unas vacaciones, dices? ¡Diez años! ¡Pues sí que se han alargado las vacaciones! —Soltó una carcajada—. Según Dinny, las vacaciones son *esto*. ¡Volver son las vacaciones, según él! —Bajaron unos pocos escalones—. ¿Quién de los dos estará en lo cierto? —agregó, y al doblar una esquina dio una repentina palmada—. ¡Mi antiguo cuarto! —exclamó—. ¡Hay luz! ¡Ay, bien por Cass! ¿Cómo está? ¿Cómo está Cass? Mira que no haber preguntado todavía por ella… Mira, Maudie, mira… —Señaló una luz rosa que brillaba al final de la calle—. Aquel era mi cuarto cuando era pequeña, aquel era mi cuarto, el que está debajo del extremo del tejado… ¡Ay, cuánto he añorado esa luz, ese cuarto! —Echó a correr. Y cuando llegaron todos a la puerta de la casa subió las escaleras a toda prisa, diciendo por encima del hombro—: Se me había olvidado contarte que la casa está encima del local. —Pero Maudie miraba a su alrededor, embelesada.

Por todas las escaleras, y por todo el pasillo empapelado de rojo, a escasa distancia, había unas lamparillas rojas de hojalata en la pared. Detrás de cada lámpara había un reflector acanalado también de hojalata que emitía una luz tan brillante que el papel pintado parecía estar sangrando.

Por fin llegó al final del pasillo y vio a una mujer menuda allí plantada.

—¡Cass! —gritó mamá, echando a correr.

—No he bajado porque…

—¡Bah, para qué! —la interrumpió mamá cuando se encontraron y se dieron un beso.

—Bueno… —dijo Cass, dando un paso atrás—. ¿Qué tal todo? ¿Cómo está Dinny?

—Estupendamente… estupendamente —contestó mamá.

—Espero que no contaras con instalarte en tu antiguo cuarto… —dijo Cass entonces—. Me quedé con él porque no pensaba que

fueras a volver —añadió a la defensiva—… salvo por vacaciones.

—No pasa nada —dijo mamá—. Nos meteremos donde sea. ¡Estoy tan cansada que sería capaz de dormir en el suelo! —Pero se detuvo a medio camino en el umbral del dormitorio—. ¿Qué te piensas que es esto, sino unas vacaciones? —preguntó.

Cass no dijo nada.

—¿Te creías que no iba a volver con él? —insistió mamá.

En aquel momento apareció el tío Matt con un baúl a la espalda.

—¡Vamos a obligar a Dinny a comprar una parcela! —dijo—. Oye, Cass, ¿y si nos haces un té? ¿Qué tomará la niña? ¿Te apetece una limonada?

—¿A estas horas de la noche? —protestó mamá—. Bueno, que se la tome en la cama, si acaso. La iré desvistiendo mientras tanto.

Y se metieron en su cuarto.

—Si necesitas algo… —dijo Cass, que salió y cerró la puerta.

Cuando se hubo marchado, mamá echó un vistazo a la habitación.

—Hay que reconocer que no es de extrañar que se largara de *este* cuarto —dijo—. No tenía ni idea de que fuese tan feo y oscuro. ¡Y justo encima del local! ¡Escucha! —Les llegaba un eco de pisadas, como si las dependencias de abajo estuvieran vacías—. Ese es Pauddy, que está cogiendo la limonada —dijo, frunciendo el ceño —. Mi cuarto, en cambio, estaba encima del saloncito —comentó al tiempo que apartaba las sábanas—. Nunca se oía un ruido. Pero no me quejo, ¿eh? Además, yo ya sé lo que hay detrás de todo esto. —Bajó la voz—. ¡Los celos! Porque, verás, a mí no tendría que haberme tocado el mejor cuarto, siendo yo la hija más pequeña. Pero —y mamá susurró tan bajito que Maudie la oía a duras penas — yo era la preferida de tu abuela. Era su consentida. Y la tía Cass me guarda rencor. No he caído hasta ahora mismo. Y, como te decía, no me extraña que se quedara con el cuarto cuando me fui. Pero me parece a mí que podía habérmelo cedido durante la visita.

De modo que era *solo* una visita. Cuánto se habían dilatado y encogido los límites de aquel viaje, aunque al pensar en las paredes resplandecientes color rubí y los preciosos reflectores acanalados en la parte de atrás de las lámparas tuvo la sensación de que no querría abandonar nunca semejante palacio. ¡Pero si las ventanas tenían hojas de cristal rojo y verde con forma de rombo! ¡Vidrieras

de colores! ¡Un auténtico palacio! Y en el rellano, justo al otro lado de la puerta, había visto un gran pedestal sobre el que había una urna de hojalata llena de helechos. El pedestal era de mármol. ¡Un verdadero palacio!

Al día siguiente Maudie se despertó antes de que hubiera luz. Tardó menos de un minuto en levantarse, vestirse y salir al rellano.

Uy, pero ¿dónde estaba el papel pintado rojo sangre? Por desgracia, las lámparas apagadas no arrojaban fulgor sangriento alguno, y los extremos acanalados de los reflectores estaban romos de óxido. ¡Y el pedestal de mármol…! ¡Cuando lo tocó, percibió el tacto suave y cálido de la madera! El veteado rojo era pintado. El marmolado, falso. Y por la superficie veteada se movían —acabáramos— unas criaturas de color masilla como las que trepaban por los bancos de la iglesia, que mamá le explicó que eran cochinillas. Se puso de pie y examinó todo. Qué listos, hacer que *pareciera* mármol. Estaba preparada para que las vidrieras de colores del rellano fueran también falsas.

Y lo cierto es que no eran más que cristal corriente y moliente sobre el que habían pegado rombos de papel celofán rojo y verde. Y las partes cercanas a la guillotina, donde no llegaba el papel, eran cristal normal, transparente. Maudie se inclinó para mirar más de cerca. Ni siquiera daba a la calle, sino al propio local, y ahí descubrió al tío Pauddy mirándola, que al instante siguiente se acercó al pie de las escaleras para saludarla. Fue entonces cuando se la llevó detrás de la barra y le enseñó a manipular el abrebotellas.

—¡Tómate otra limonada, anda! —la animaba, a lo loco. ¡A las ocho de la mañana!

Era extraño lo pronto que se hartó de la limonada. Otro gallo habría cantado con las galletas, pero nadie le había dicho que cogiera galletas cada vez que le apeteciera, a pesar de que había una caja grande en medio del local, con una tapadera de cristal. La encargada de la parte de comestibles era la tía Cass, que desde el principio se mostró contraria a la manga ancha que los tíos tenían con ella.

—¿No te da miedo ponerte mala? —le dijo.

—¡Yo nunca me pongo mala!

—Uy, pues no es eso lo que me ha dicho un pajarito…

¡Qué maldad! Solo por despecho, Maudie abrió la tapa de la caja de galletas y cogió no una ni dos, sino tres galletas de las grandes.

—Si comes demasiadas no las vas a disfrutar —le advirtió Cass. Y luego, mirando por la ventana, exclamó—: ¡Ah! ¡Ahí hay una niña que daría los dos ojos de la cara con tal de comerse una galleta ahora mismo!

Maudie se dio media vuelta para mirar. En el ventanal, escudriñando el interior —pero solo un instante—, había una niña más o menos igual de alta que ella. Pero, caray, qué flaca estaba, y qué oscura tenía la piel, o qué sucia, ¡y qué greñas a la altura de los hombros! Maudie solo pudo captar una breve mirada, porque en cuanto se giró, la niña, con la frente arrugada, se escabulló rodeando la fachada.

—¿Por qué no le das una galleta? —recriminó Maudie a la tía Cass en un arranque de malicia. A continuación le vino una inspiración mejor—. Ya se la doy yo.

Y hundiendo otra vez la mano en la caja extrajo un puñado de galletas y salió corriendo en dirección a la puerta.

—¡Ven aquí! —gritó Cass—. ¡Ven aquí ahora mismo! ¡Te estás pasando!

Pero Maudie ya había salido. Se echó a la calle oscura. Al principio pensó que la niña se había esfumado, pero cuando los ojos se le acostumbraron a las sombras vio que seguía allí, en una esquina entre la fachada y la gran cerca del patio, y tenía encorvados los hombros huesudos, como los ángeles de algunas estampitas, que aparecen representados con las alas tan recogidas en torno a ellos que los bultos blancos de los huesos casi se les juntan a la altura del pecho.

—¡Hola! —Maudie hablaba exactamente como si le hablara a cualquier persona sin el más mínimo rasgo peculiar o particular—. ¿Quieres una galleta? —preguntó.

—No tengo dinero —respondió la niña, rotunda.

—Ah, pero yo te la regalo.

—¿Y por qué?

—Pues… —Maudie arrastró la palabra para ganar tiempo—. Porque a mí no me han costado nada. —Aquello eliminaría cualquier recelo entre ellas.

La niña parecía más asustada que nunca.

—Si las has robado, tendrás que contarlo cuando te confieses —susurró—. ¡Tendrás que contárselo al cura!

Y con un extraño encogimiento de hombros se marchó.

Maudie volvió a la tienda. Comprobó con incomodidad que Cass hablaba de ella. Y mamá estaba allí también.

—¿Me estás diciendo —decía Cass, muy sonrojada—, me estás diciendo que no ves ninguna diferencia entre que las coja para ella y que las coja para repartirlas por la calle?

—*A mí* me parece que eso demuestra que la niña tiene un instinto de caridad —dijo uno de los tíos.

—Para mí el instinto no es eso —opinó la tía Cass—. Pero qué se puede esperar… Cuando el diablo se aburre, matamoscas con el rabo… Qué se puede esperar, cuando no está donde tendría que estar… ¡en la escuela!

—Pero Cass, mis planes son todavía muy indefinidos —dijo mamá—. ¡Y aquí solo hay una escuela pública!

—Para nosotras fue suficiente, ¿no?

—Bueno, de todos modos, primero tendría que hablarlo con Dinny —añadió mamá con languidez—. No sé qué le parecería a él. Pero cuéntame —dijo, más animada—, ¿a qué escuela va esa pobre niña de la que estábamos hablando hace un momento, la hija de Mary la loca? Ya sé que es digna de lástima, pero es que no me creo que sea una chiquilla normal, viviendo en ese cuchitril, y con esa madre…

—¿Esa es la niña que he visto fuera? —intervino Maudie—. La niña que…

—¡No interrumpas! —la cortó mamá, irritada—. Nadie te ha dado vela en este entierro. Como iba diciendo… —Y siguió, girándose hacia los demás—. No es que no me dé lástima la criatura. Pero no me puedo creer que una niña así pueda ser buena compañía para…

El tío John-Joe la interrumpió.

—¿Y qué crees tú que habría que hacer con una niña así? ¿Dónde habría que mandarla, si no es a la escuela del pueblo?

—¡Pues…! —Mamá vaciló—. No lo sé, pero seguro que en América…

—¡América, América…! —gritó la tía Cass, enfadada—. Si era

todo tan maravilloso, ¿por qué te la has traído de allí? En cuanto a las amistades, ¡yo creía que eran las compañías de Dinny por lo que no te gustaba aquello!

Mamá abrió los ojos como platos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pues tú, ¿quién si no?

—Ay, Cass… —dijo mamá entonces—. ¡Tú no cambias! Una persona te dice una palabrita de nada, sin mala intención, y tú te la guardas durante años con toda tu amargura para escupírsela en la cara cuando menos se lo espere.

—¡Pero si me lo dijiste *tú*!

—¿Y qué si te lo dije? —exclamó, y se volvió hacia los tíos—. ¡Está tergiversando mis palabras! —Miró en derredor buscando a Maudie y la rodeó entre sus brazos—. ¿Sabéis lo que os digo? —preguntó de repente—. Que a la niña no le sentará nada mal salir de vez en cuando del ambiente de esta casa. ¿Dónde está mi sombrero? ¡Voy a pasarme por el convento ahora mismo!

—Tranquila, mujer —dijo el tío Pauddy.

Pero Maudie conocía a mamá. La limonada no era lo único que se estaba acabando.

El edificio de la escuela estaba al final del pueblo. Mientras Maudie y mamá remontaban la calle, a su lado, corriendo descalzos con carteras abultadas a la espalda, había varios niños pequeños.

—¿Ellos también van a mi colegio? —preguntó Maudie.

—Llevan los zapatos dentro de la cartera, cielo —explicó mamá —. Vienen del campo. —Y de buenas a primeras se echó a reír—. En mis tiempos tenían que llevar un terrón de turba cada uno para la chimenea de la maestra. Nosotros le llevábamos un penique. Los niños del pueblo, digo. Me pregunto si se mantendrá todavía la costumbre… ¡Tendré que preguntar!

Maudie se rezagaba.

—¡Mira, mamá, mira qué casitas tan pequeñas! ¿Son de verdad? —Había una hilera de casas, todas ellas de un blanco deslumbrante y con tejados de paja.

—Venga, cielo —le dijo mamá—. Ahí está el convento. Mira. ¿Lo ves, a través de esos arcos? —Señaló un viejo pórtico de piedra justo delante de ellas, bajo el que pasaba la carretera, como si fuera lo más normal del mundo que una carretera pasara por debajo de

los arcos de una antigua abadía. ¡Como si no fuera una carretera, sino un río! Y en el momento en que pasó por debajo con su madre, Maudie sintió un escalofrío. Hacía frío y humedad.

—¡Hala! —exclamó, pues al levantar la vista hacia las piedras relucientes y mojadas le cayó un goterón de agua helada en todo el ojo.

Seguramente por eso no vio la casa al otro lado del pórtico hasta que ya casi la habían dejado atrás, o tal vez fue porque mamá la atrajo más cerca de ella cuando pasaron por delante; fuera como fuera, cuando la miró sintió otro escalofrío.

En cierto modo era igual que las otras chozas, de las mismas dimensiones, con una ventana a cada lado de la puerta —dos ojos y una boca—, solo que esta tenía los ojos tristes, y la boca famélica, y alrededor era todo cochambroso y lúgubre. Del tejado en descomposición brotaba hierba, igual que por las grietas de los deteriorados muros, mientras en torno a la puerta se formaban charcos de agua. Y en los charcos crecían cosas verdes, ¿se movían, quizá? Pero mamá le dio un tirón.

—No te quedes mirando así —le susurró—. Que no se cortará de salir y tirarnos una piedra, o una palangana de agua sucia. No sería la primera vez que lo hace, o al menos eso me han contado.

¡Ah, conque ahí vivía Mary la loca!, pensó Maudie, pero a continuación le entró tal tristeza que se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Ahí vivía la niña pobre, la niña que se había agazapado junto a la fachada? ¿En esa choza limosa y repugnante, a la sombra del pórtico?

—¿Qué hay detrás del muro? —preguntó, amilanada, porque no había ya más casas, solo un muro de piedras sueltas, enredadas de hiedra y con huecos, pero nunca los suficientes ni lo bastante bajos como para revelar lo que había al otro lado.

—Nada, un cementerio viejo —dijo mamá con impaciencia—. Hace mucho tiempo había un monasterio, de ahí que haya un pórtico. ¡Pero ahí tienes la escuela!

Porque ahora iban por un pulcro sendero de cemento en dirección a un colegio tan pulcro como una caja de zapatos, con ventanas en todos sus lados. Y cuando llegaron, y mamá empujó la puerta, vieron filas y filas y filas de colegiales, todos ellos mirando hacia fuera, con la boca abierta.

—¡Ah, aquí está nuestra pequeña yanqui! —dijo una monja alta y joven, acercándose y cogiéndola de la mano—. Supongo que todavía no conoce a los demás niños, ¿no?

—Me temo que no —dijo mamá.

Pero justo en aquel momento Maudie reconoció una cara familiar.

—¡A ella la conozco! —exclamó, señalando hacia el fondo del todo, donde estaba sola la niña rara, ataviada con un harapiento vestido negro—. ¿Me puedo sentar con ella? —preguntó con entusiasmo, pero enseguida se dio cuenta de que algo pasaba. La monja seguía cogiéndola de la mano. Muy fuerte.

—Hum, ¿no prefieres sentarte aquí delante, Maudie? —le preguntó, y, al percibir la resistencia, le lanzó una mirada a la niña de negro—. ¡Además, no creo que a Sadie Dawe le haga ninguna gracia que te pongas a su lado! Siento tener que decirlo, pero Sadie no hace muchos amigos. Por eso se sienta allí sola. Sadie todavía no ha aprendido que tenemos que comportarnos de cierta manera si queremos caer bien a la gente, y congraciarnos con los demás.

¡Eso era mentira! Maudie estaba segura.

—¡A mí me da igual cómo se comporte *la gente* —exclamó—, mientras *a mí* me caiga bien! A lo mejor sí quiere ser amiga *mía*. —E igual que el goterón del pórtico le había caído directamente en el ojo, Maudie le lanzó a Sadie una sonrisa directa a los ojos.

Hubo un momento de suspense. Y entonces Sadie le devolvió la sonrisa, directa a los ojos de Maudie.

—Bueno, puedes sentarte allí hoy —cedió la monja, dirigiéndole a mamá una mirada conciliadora, pero mamá retuvo un segundo a Maudie para decirle una última cosa.

—¿Cómo puedes ser tan calcada a tu padre? —susurró, hecha una furia—. ¿Por qué has tenido que escoger a esa niña de entre todos los niños del pueblo?

—Perdón, mamá —dijo Maudie, aunque sabía que no le pedía disculpas por el presente, sino por el futuro. Y entonces fue a sentarse al lado de Sadie.

El impulso que había desencadenado la sonrisa de Sadie se había extinguido, sin embargo. Cuando Maudie la miró de soslayo se dio cuenta de que había apartado la cara, y ahí estaba, con una expresión taciturna e introvertida. Solo una vez, cuando la monja

tuvo que salir un segundo a la puerta, giró Sadie la cabeza.

—¿Por qué camino has llegado a la escuela? —quiso saber.

Maudie la miró a los ojos.

—¡Por delante de tu casa! —respondió, atolondrada.

Y al cabo de un instante que obró como un impacto físico, Sadie no solo sonrió sino que soltó una risita. Envalentonada por aquella risa, Maudie le susurró:

—¿Qué pasa en el recreo?

—¡Que juegan! —explicó Sadie.

A Maudie no le pasó desapercibida la persona verbal.

—¿Y tú no juegas?

Por fin, Sadie se giró del todo.

—A mí no me quieren —dijo—. Lo que ha dicho la monja no es verdad.

—¡Lo sabía! —exclamó Maudie, triunfante—. Pero yo sí puedo ser tu amiga, ¿verdad?

—A lo mejor nadie más te quiere a ti, entonces —dijo Sadie, sombría.

Sin embargo, cuando, minutos más tarde, sonó la campana del recreo, los demás alumnos salieron al patio en tropel y las dejaron solas.

—¿Ves? Te lo dije.

Atravesaron el patio.

—¿Y tú qué haces? —preguntó Maudie.

—Me siento en el muro.

—¿Todo el rato?

—Todo el rato. Pero no hace falta que te quedes conmigo si no te apetece.

—Sí me apetece —rebatió Maudie, incondicional.

—¿Por qué?

¿Que por qué? Maudie estuvo a punto de decir que era porque le daba lástima. Pero se tragó sus palabras.

—¡Porque eres mi amiga!

Y cuando Sadie se encaramó a la tapia, ella la imitó. Sadie llevaba el almuerzo en el bolsillo, envuelto en una bolsa de papel grasienta. Consistía en dos rebanadas de pan más gordas que la hoja de una puerta, con un pegote de mantequilla en medio, más gordo y duro que un pedazo de queso. Maudie sacó su naranja.

—¿Solo traes eso? —preguntó Sadie, y Maudie tuvo miedo de que le ofreciera la mitad de su pan. Pero no lo hizo—. El primer día que vine al colegio —dijo de repente— la monja me dio una naranja y yo la mordí como si fuera una manzana. Nunca antes había comido naranjas.

Maudie por poco no se echa a reír, hasta que reparó en el semblante de Sadie.

—Se rieron todos de mí —añadió—. Hasta la monja. —Miró a Maudie.

—¿Sabes lo que yo habría hecho? ¡Me habría reído también! ¡Me habría *partido* de risa! Y fíjate lo que te digo: ¡tú también te habrías reído si le hubiera pasado a otra!

Pero Sadie negó con la cabeza.

—Yo nunca me reiría de nadie, nunca, jamás. Hiciera lo que hiciera.

Maudie meneó las piernas en el aire un buen rato después de aquello.

—Es muy raro, eso —dijo por fin—. Seguro que cambias cuando seas mayor.

—No, de mayor voy a ser igualita que ahora —discrepó Sadie con pasión—. Seré igualita que el primer día que vine a la escuela.

—Yo no creo que cambie mucho, tampoco —convino Maudie, pero sin mucha convicción, y entonces se dio cuenta de que Sadie no la estaba escuchando. Estaba mirando más allá del jardín del convento que había al otro lado del patio, hacia donde, gracias a la depresión del terreno, se veían claramente las ruinas del monasterio, y bajo su sombra, su propia casa. En la puerta había una silueta muy quieta.

—¿Es esa tu madre? —preguntó con cautela Maudie.

—Sí —respondió Sadie, escueta, y entonces, en el momento en que la silueta se metía dentro de la casa, sus hombros se relajaron con alivio—. Siempre me siento donde pueda verla —añadió—, porque si la viera venir para acá me… me…

Parecía no encontrar las palabras para expresar lo que haría en una circunstancia en la que no quería ni pensar.

—Una vez vino, ¿sabes? —agregó entonces, despacio—. Porque me habían pedido que trajera un terrón de turba. Ella decía que lo que yo tenía que llevar era un penique, como todos los niños del

pueblo. No pasaba nada, en realidad, podía traer la turba. No me importaba, porque el pórtico está en el límite entre el pueblo y el campo, y nuestra casa queda fuera del pórtico, pero a mi madre le parecía que lo hacían por señalarme.

—¿Y era verdad? ¿Estaba tu madre en lo cierto?

—Ni idea —reconoció Sadie. De pronto se la veía cansada—. Eso era lo de menos, lo grave fue cómo se presentó en el colegio… —Se llevó las manos a la cara.

—¿Estaba…? —Maudie casi dijo «enloquecida»—. ¿Estaba muy enfadada?

—No, no, estaba muy tranquila y hablaba sin levantar la voz y con mucha educación, pero lo malo fue que nadie le llevó la contraria en ningún momento. Teníamos una supervisora, pero ella hizo venir a la monja, y las dos cedieron y le dijeron que podía traer lo que quisiera.

—Pero eso es bueno, ¿no?

Sadie dijo que no con la cabeza.

—Fue horrible. Le tenían *miedo,* ¿no te das cuenta?

Por fin salía el tema.

Al escucharla, Maudie se sintió tan terriblemente triste que no supo reaccionar, pero al cabo de un momento pensó que estaba muy bien que Sadie supiera lo que pensaba la gente. No habría necesidad de ir siempre con tiento.

—¿Cuándo se volvió así? —preguntó como si nada—. Un poco rara, quiero decir —añadió.

—Creo que nunca ha estado del todo bien —dijo Sadie despacio, escogiendo las palabras—, pero empeoró mucho cuando murió mi hermano.

—Ah, no sabía nada —comentó Maudie.

—Nadie habla de eso. Se murió por algo que hizo *ella*.

Maudie sintió un espantoso nudo de terror en la garganta, pero al cabo de un momento se tranquilizó.

—Pobre mami —continuó Sadie—. Fue por ignorancia. Alguien le dijo que así se curaría; una mala persona, tuvo que ser, ¡o alguien peor de la cabeza o más perdido que ella!

—¿Qué pasó? —jadeó Maudie.

—Tenía un sarpullido. Era un simple sarpullido, pero alguien le dijo que se lo lavara con… —se interrumpió—. No te lo puedo

decir. —Y, de pronto—: A lo mejor lo adivinas. —Le ardían las mejillas—. Bueno, de todos modos ya suena la campana, tenemos que volver a clase.

No tuvieron más oportunidad de hablar hasta que dieron las tres. Y allí estaba mamá, esperando a Maudie.

—Hasta mañana, Sadie —le dijo Maudie desde lejos—. ¡Guárdame el sitio!

—¡No creo que nadie quiera quitarte el sitio! —dijo mamá con frialdad—. Y una cosa te voy a decir, Maudie: ¡hazme el favor de no hablar mucho de tu nueva compañera durante la cena!

No obstante, fue ella misma quien habló de Sadie. Dos veces, dos por lo menos, cuando Maudie entró en el salón le estaba hablando de ella a los tíos.

—¿Y no tenía otro hijo? —preguntaba la primera vez. Se interrumpió en seco cuando Maudie entró—. Nada, ya me lo cuentas luego.

Pero en cuanto salió un momento, volvieron a la carga. Esta vez no la oyeron volver.

—Qué asquerosidad —exclamaba mamá—. ¡Eso solo se haría en una tribu primitiva!

—Pobre criatura, pagó por la ignorancia de su madre cuando las llagas se infectaron. El pobrecito tuvo que sufrir lo que no está escrito antes de morir.

—¿Y está así desde entonces?

—Podría decirse que sí —afirmó el tío Pauddy—. Aunque nunca estuvo muy centrada. Entre que se casó y nació la niña estuvo bastante normal, y tenía su casa limpia, encalaba las paredes, y cosas así, pero pasado un tiempo se fue deteriorando, y poco a poco perdió el contacto con la realidad.

Fue entonces cuando mamá vio a Maudie.

—¡Creía que habías salido!

No se habló más de las Dawe. Maudie se quedó sin saber qué era aquello tan asqueroso y terrible que había hecho Mary la loca; en realidad, prefería no saberlo.

—¿Te dio mucha pena que se muriera tu hermano? —preguntó al día siguiente a Sadie cuando estaban sentadas en la tapia.

—Pues… no fue peor que cuando vivía, si es a eso a lo que te refieres —dijo Sadie—. No hablábamos nunca de nada. No como tú

y yo, quiero decir. Porque era muy pequeño. Tenía solo siete años. Ni siquiera tuvo un ataúd en condiciones, pero no porque fuéramos pobres, no. Fue porque era muy pequeño, y lo enterraron en una cajita pintada de blanco. —De pronto se giró hacia Maudie—. Cuando lo bajaron al hoyo y le echaron encima la tierra, pensé que mi madre se volvería loca del todo, y me fijé en que la gente la miraba; debían de estar pensando todos lo mismo. Me sentí fatal. ¿Sabes lo que deseé? Deseé estar yo dentro de la caja blanca. El que fuera blanca, y el que Tony estuviera dentro, hacía que no pareciera tan malo morirse. No tanto al menos como estar allí de pie rodeada de gente y pensando que mi madre estaba a punto de dar el último espectáculo, el definitivo.

—¿Y pasó algo?

—No, no hizo nada —dijo Sadie, pensativa, como si reparara en ello por primera vez.

—Seguro que te arrepentiste de desear morirte tú también —aventuró Maudie—. Imagínate lo horrible que sería para ella no tener a nadie en absoluto.

Sadie la miró.

—Nunca se me había ocurrido —reconoció despacio—. Solo pienso en cómo es para mí convivir con ella; pero nunca he pensado realmente en cómo es para ella convivir conmigo. Ni siquiera me he parado a pensar en serio cómo será para ella que Tony ya no esté. —De pronto pareció como si se le acabara de ocurrir una idea—. ¿Quieres ver la tumba de Tony? Mi madre la tiene muy bien cuidada, hay que reconocérselo. ¡Y no es fácil! No es como en el cementerio nuevo, que no hay mala hierba que recubra las lápidas… El viejo, el del monasterio, es todo mala hierba y zarzas. En cuanto quitas las de tu parcela te invaden las de las demás.

—Pero tu hermano no estará enterrado en el cementerio del monasterio, ¿no? —Maudie no pudo evitar el tono de sorpresa—. ¡Qué siniestro, que esté justo detrás de vuestra casa!

—No veo qué diferencia hay entre un sitio u otro —dijo Sadie—. Y para mi madre es mejor. Se siente más cerca de él. Y la gente no la espía ni critica que pase demasiado tiempo en la tumba porque no la ven entrar ni salir cuando cruza la tapia. Hay un agujero grande en la parte de atrás de la casa, y la tumba de Tony queda solo un poco más allá. Había un montón de ortigas en medio, pero

ella las ha ido aplastando de tanto pasar por encima, y ya no pican. Es una tumba preciosa. Tiene cosas preciosas, rosas blancas de mármol, y una paloma de plata con una hoja en el pico. Se habían caído de otras tumbas, pero ella no las ha robado, ¿eh? Se las ha ido encontrando entre la hierba, porque nadie se encarga ya de esas tumbas, y la hierba ha crecido por todos lados, como una manta enorme. Incluso encima de las tumbas, en algunos sitios. Claro que eran lápidas pequeñas ya de entrada, supongo, o estarían rotas. Y algunas están hundidas, por la tierra, que ha cedido.

¿Sabías que las lápidas podían hundirse? Si el ataúd es barato y se comba, la sepultura se hunde por el centro. Uy, el cuidado que hay que tener con esas… Te puedes partir una pierna o torcerte un tobillo en menos que canta un gallo, y caerse en un cementerio no da precisamente buena suerte, ¿lo sabías? ¡Si te caes encima de una tumba, te mueres en menos de un año!

—¡No me lo creo! —protestó Maudie, pero al mismo tiempo sintió un escalofrío de excitación—. ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—No sé quién me lo ha dicho, pero se aprende mucho en un sitio como el monasterio, paseando entre las tumbas y leyendo las inscripciones. ¡Hay un señor enterrado con sus tres mujeres! ¿Cómo te quedas? Y la lápida está partida en dos. ¿A que no sabes por qué?

—A lo mejor por todas las veces que tuvieron que moverla…

—¡Pues no! —se burló Sadie—. ¡Porque saquearon la tumba! A veces los ladrones sacaban ataúdes de señoras casadas para quitarles las alianzas de oro, y estos pensaron que se pondrían las botas con tres mujeres en una misma tumba, pero pincharon en hueso, porque el hombre usó el mismo anillo con todas. Encima, no permitió que las enterraran con él puesto, a ninguna de las tres, hasta que él ya se estaba muriendo, y entonces se lo puso en el meñique, pero a los ladrones no se les ocurrió mirar en su ataúd.

En esas sonó la campana. Sadie saltó de la tapia.

—Jo, podría contarte cientos de historias —dijo.

—¡No sabía que un cementerio pudiera ser tan interesante! —exclamó Maudie.

—¡Bah, no todos! El cementerio nuevo es el sitio más aburrido del mundo. A mí no me verán por ahí ni muerta, aunque en el viejo paso mucho tiempo. Pero yo no soy como mi madre, claro. Sé que

cuando te mueres, te mueres.

—¿Y ella eso no lo sabe? —Maudie también saltó de la tapia.

—¡Espérate a ver la tumba de Tony! —exclamó Sadie—. Esta tarde te llevo.

Durante el resto del día, cada vez que Maudie pensaba en ir al cementerio viejo se le llenaba el corazón de un miedo placentero; pero a las cuatro de esa misma tarde, cuando saltaron la tapia y aterrizaron encima de la hierba alta amarilla, lo que experimentó fue otra clase de miedo, mucho menos agradable.

Era cierto que nunca segaban la hierba. Estaba dura y apelmazada. Cuando cayeron sobre ella se les quedaron los pies atrapados, al menos eso le pareció a Maudie. Sadie daba unas zancadas amplias y elásticas y no tropezaba. ¿Sería verdad lo que le había dicho sobre caerse en un cementerio?

—¡Espérame, Sadie! —gritó.

—¡Chist, chist! —la calló Sadie—. No se puede enterar nadie de que estamos aquí.

Maudie miró por encima de su hombro. No parecía que nadie fuera a enterarse. Cada vez que pasaba junto a la tapia, por fuera, pensaba que aquel sitio era todo silencio y tranquilidad. Ahora, en cambio, le parecía como si el silencio procediera del pueblo, que quedaba al otro lado, como si el reloj se hubiera parado, mientras que unos sonidos apenas audibles a su alrededor estallaban en sus oídos. Hasta los pies sobre la hierba apelmazada hacían escándalo. El viento, que agitaba apenas la hiedra que trepaba por las lápidas, provocaba sin embargo que las hojas puntiagudas emitieran un golpeteo misterioso allá donde tocaban la piedra. Y en algún punto de la hierba, a un lado, se produjo un sonido extraño, medio suspiro, medio canturreo, cuando el viento pasó por encima de un lío de alambre oxidado.

—¡Uau! ¿Qué es eso? —exclamó, reculando—. ¿Es una trampa para ratas?

Sadie soltó una carcajada.

—¡Es un árbol de la vida! —dijo, pero le resultó imposible hacerle ver a Maudie cómo había sido antes de que profanaran la campana de cristal que lo protegía y las flores artificiales se rompieran y desaparecieran entre la mala hierba—. Vamos, que me muero por enseñarte nuestra tumba. ¡Ya se ve desde aquí! —

Levantó un brazo y señaló.

Pero Maudie apenas si había dado un paso para seguir a su amiga cuando, inexplicablemente, Sadie retrocedió.

—Igual no quieres verla. Igual te pican las ortigas. ¡Igual mejor venimos otro día!

—¡Hay algo que no quieres que vea! —protestó Maudie, acusadora. Y, como sabía dónde estaba la tumba por la forma en que Sadie se la había indicado, la adelantó y fue directa hacia ella.

La tumba era como un pequeño calvero en medio del bosque de acederas y ortigas. Un rectangulito tan pulcro como cualquier sepultura del cementerio nuevo, decorado, precioso, con toda clase de objetos: tarros de mermelada llenos de alhelíes, figurillas de escayola, y, como le había adelantado Sadie, pedazos de estatuas de mármol, un pergamino, una crucecita blanca, y, sí, bien encajado en la arcilla suelta, un ángel blanco con las alas extendidas, una de ellas un poquito rota en la punta, solo un poquitín.

—¡Pero si es preciosa, Sadie! —le dijo—. Es justo como me decías. No sé por qué no querías que la…

Sin embargo, mientras hablaba vio el motivo por el que Sadie se había echado atrás. En medio de la tumba, entre todos los fragmentos de mármol mortuorio y escayola, había… tal vez no lo había visto bien… Maudie avanzó despacio… Sí, era un botellín de limonada, un botellín lleno, sin abrir.

Sadie se colocó a su lado.

—No quería que vieras eso —dijo despacio. Entonces empezó a hablar a una velocidad vertiginosa—. No lo hace muy a menudo; llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Creía que ya no lo hacía, o que se le habría olvidado, o algo. No te habría traído si hubiera sabido que todavía lo hace, pero ahora… ¡bueno, ahora ya no tiene remedio!

Una vaga sensación de opresión se apoderó de Maudie, aunque cuando miró a su alrededor, salvo por la parcelita de Tony, no vio un cementerio sino un inmenso jardín descuidado. Aun así, notaba que la opresión aumentaba, y que estaba a punto de echarse a llorar.

Sadie la miró con incredulidad.

—Pensaba que te reirías. Pensaba que no querrías saber nada más de mí cuando descubrieras lo rara que es mi madre. Pensaba

que me dirías que con razón la llaman… en fin, como la llaman.

Maudie se enjugó los ojos.

—Bueno, supongo que sería para reírse, si te lo tomaras de otra manera —dijo, y trató de reír un poco—. ¿Cree tu madre que su espíritu vendrá y se la beberá?

—Me imagino —contestó Sadie, y las dos se quedaron allí de pie, mirando la limonada.

Naturalmente, era una curiosa visión, en medio de una tumba. Maudie tenía la sensación de que iba a echarse a reír de un momento a otro. Lo habría hecho, si no le hubiera recordado a otra cosa.

¡Qué raro que se hubiera hartado tan pronto de la limonada cuando al principio los tíos no paraban de ofrecerle, y ahora que en cambio ya no la obligaban a beber le hubieran vuelto las ganas! ¿Las ganas? Solo ver la botella encima de la tumba bastó para que notara la garganta más seca que un papel de lija. Cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios. Se imaginó levantando la chapa, despacio al principio, y luego haciéndola saltar por los aires, y un millón de burbujitas pequeñas y brillantes saliendo hacia arriba y rebosando por los lados de la botella. Para no derrochar ni una sola burbuja, la levantaría, se la llevaría a los labios y la dejaría caer por la garganta. ¡Ay, qué antojo le dio! Abrió los ojos. Tendré que ir a casa, pensó. Tendré que humillarme. Aunque solo esté en la tienda la tía Cass, tendré que humillarme y suplicarle una limonada. No puedo soportarlo más.

Pero ¿y Sadie? Su mirada volvió a posarse en la botella sobre la tumba.

—Para mí que tendría que dártela a ti, en vez de malgastarla así —observó. Se agachó y la examinó más de cerca. La etiqueta estaba nueva y brillante—. ¿Pone siempre la misma? —preguntó, pero antes de que Sadie pudiera contestar, entre una mata de ortigas que había a un lado, bajo una parte de un muro viejo que antaño formó parte de la nave del monasterio, vio varios cristales rotos, un trozo de cuello de botella con la chapa aún bien agarrada al gollete sin abrir—. ¡Pero qué desperdicio! ¡Sadie! —exclamó de pronto, inclinándose para recoger la botella—. ¿Y lo contenta que se pondría tu madre si volviera y se la encontrara vacía? ¡Pensaría que Tony ha vuelto y se la ha bebido!

—¿Quieres que la derramemos? —preguntó Sadie, horrorizada.

Maudie no estaba preparada para aquella reacción.

—*Podríamos* hacer eso, sí… —convino—. Pero eso sería desperdiciarla todavía más, ¿no te parece? —Recordó una cosa que la propia Sadie le había dicho el día que se conocieron y bajó la voz —. Derrochar es pecado. Por supuesto, en el caso de tu madre no pasa nada —añadió, echando un vistazo a las botellas vacías entre las ortigas—, ella no tiene esa *responsabilidad*, imagino. Pero no creo que *nosotras* debamos derramarla. Además —dijo como si tal cosa, sin mirar a Sadie en ningún momento—, yo tengo sed. ¿Tú no? ¡Qué calor hace aquí!

Por un momento se produjo un silencio.

—¡Tengo *mucha* sed! —insistió Maudie.

Entonces Sadie pareció ablandarse, y dijo algo tan bajito que Maudie casi no la oyó.

—¡Yo estoy seca!

—¡Pues no hay más que hablar! —contestó Maudie, agarrando con fuerza el botellín, y mirando a su alrededor con impaciencia—. ¿Y ahora cómo la abrimos?

La movía una excitación temeraria. Se daba cuenta de que Sadie también se dejaba arrastrar. Sus ojos salvajes ya no desentonaban tanto con el resto de su cara. Y un suntuoso color rojo le subió a las mejillas. Y, lo más raro de todo, hizo un comentario chistoso.

—¡Tendría que haber dejado también un abrebotellas!

Al acordarse de Mary la loca, Maudie tragó una bocanada de aire, pero se mantuvo en sus trece al pensar que pronto estaría tragando la burbujeante limonada dorada. A fin de cuentas, lo que estaban haciendo era un acto de caridad.

—¿Qué te parece si partimos el cuello de la botella? Podríamos darle contra una piedra. ¡Uy, no, espera un segundo!

Se acercó a la tumba. Entre el surtido de símbolos de escayola y fragmentos de mármol había una tira de metal con una inscripción en latín. Puede que hubiera formado parte de un ataúd, pensó, pero solo la idea la hizo soltar una risilla. La cogió.

—¡Con esto nos apañamos! —anunció, y encajándola contra los dientecillos del borde de la chapa hizo palanca con todas sus fuerzas—. ¡Hurra! —La chapa salió volando como un pájaro, y la espuma salió despacio, hinchándose hacia arriba primero y luego

cayendo por los lados de la botella—. ¡Rápido, chupa, chupa! —exclamó—. ¡No malgastes ni una gota!

Levantó la botella en el aire para que las dos, muy juntas, pudieran atrapar con la boca abierta y ávida el chorro indescriptible.

Todavía estaban sosteniendo la botella por encima de sus cabezas cuando, justo debajo, Maudie miró más allá de la tumba y vio a Mary la loca.

Ante la visión de aquella silueta, muda e inmóvil, con harapos negros, aparecida de improviso igual que un alma en pena, todos los miedos que hasta entonces se habían enfriado dentro de su corazón ardieron en llamas de pánico y terror. No era capaz de mover ni un músculo, ni una sola parte de su cuerpo, ni siquiera la lengua, que se había detenido en medio de una lamida. Al cabo de un segundo Sadie también vio a su madre.

—¡Jesús, María y José! ¡Nos va a matar! —gritó a pleno pulmón, como si la mujer que tenían ante sí fuera sorda—. ¡Nos va a asesinar!

¿Estaban muy lejos del hueco de la tapia? Maudie quería girarse y comprobarlo, pero para hacer eso habría tenido que apartar la vista de la mujer. Y sus ojos eran su única defensa.

Miró al fondo de los ojos de Mary la loca. Y entonces, para asombro de Sadie, en vez de salir huyendo, Maudie echó a correr hacia delante.

—¡No ha sido con mala intención, de verdad! —gritó—. ¡Es que iba a echarse a perder!

—Ya lo sé, niña; *ahora* lo sé —dijo Mary la loca, sin mirar a Maudie, sino a la sepultura engalanada—. Se ha ido a un lugar en el que yo no puedo hacer nada por él. Y quizá sea mejor así. —Levantó la vista y miró a Sadie—. Sería mejor que se la diera a ella. Él no era más que un niño, justo lo que es ella… —Hizo una pausa —. Y lo que soy yo, a veces. Solo a una niña se le habría ocurrido poner comida encima de una tumba… Si hubiera seguido así mucho tiempo, me habrían encerrado, y bien merecido que lo habría tenido.

—¡Esas cosas no se dicen! —protestó Maudie.

Mary la loca la miró.

—¿Tú de quién eres? —le preguntó, pero sin esperar respuesta

—. ¿Qué has hecho con la limonada? ¿Has dejado que se derrame? —Porque la botella se había caído de los dedos flojos de Sadie—. ¿Quieres más? Llévala a casa, Sadie —ordenó—, que yo os doy más.

Pero ya habían tenido suficiente para el día entero.

—Dele permiso a Sadie para venir conmigo —pidió Maudie—, que mis tíos nos darán. ¡Y sin tener que pagarlas! —exclamó, apelando a la señora Dawe—. Piense en todo el dinero que ha malgastado ya —añadió, persuasiva, indicando con la cabeza las ortigas, donde un pedazo de papel descolorido que antaño fue una etiqueta brillante aleteaba, más seco que una hoja, entre los tallos.

—A tus tíos tal vez no les haga gracia verte con mi hija —dijo Mary la loca, dudando.

—¿Y por qué no? —porfió Maudie.

—Es verdad —convino Mary la loca—. ¿Por qué no? —Y miró a Sadie como si la viera por primera vez—. ¿Tú nunca te peinas, o qué? —dijo, irritada.

—Me parece que será mejor que nos vayamos, señora Dawe —dijo Maudie muy educada.

—Adiós, mamá —se despidió Sadie.

—Os acompaño hasta el hueco de la tapia —dijo la mujer—. Más me valdría dedicar un poco de tiempo a ordenar la casa en vez de estar siempre por aquí.

—¡Uy, pero tiene la tumba preciosa! —dijo Maudie—. El botellín de limonada la afeaba mucho, ¿verdad que sí?

Todas se miraron sin moverse, manifestando su acuerdo. Luego se colaron por el hueco y Maudie y Sadie dijeron adiós con la mano a la madre de Sadie y echaron a correr hacia el pueblo, atravesando el pórtico.

Pero, ay, ¿qué había en el extremo de la fachada de la tienda?

—¡Un carruaje! —exclamó Maudie—. ¡Digo: un tílburi! —En la parte de arriba había un baúl inmenso, que el cochero estaba alcanzando para bajar. Fue lo que había encima del baúl lo que atrajo la atención de Maudie. ¡Un bombín!

—¡Es de papá! —gritó. Solo hacía dos semanas que se habían despedido. Triunfo, pensó, triunfo. Había venido tras ellas. Pero no sabía de quién era el triunfo, si de ellas o suyo—. ¡Uy, tengo que ir corriendo!

—Supongo que será mejor que me vaya a mi casa —dijo Sadie

con tristeza. Agarró a Maudie de una manga—. ¿Ahora te volverás a América?

Maudie se giró.

—Ah, pues no sé —dijo—. ¡A lo mejor nos quedamos a vivir aquí! Además, qué importa… —Se interrumpió—. Siempre seremos amigas. De todos modos, una vez que te pones, es muy fácil hacer amigos, ya verás. Pero ven, ven conmigo. Ahora que ha venido papá, tenemos la limonada asegurada… ¡toda la que queramos!

TOM

Mi padre tenía el pelo más negro que el Demonio, y cuando se irritaba decía que se ponía negro, negrísimo. Cada vez que aludía a la muerte, como hacía a menudo, hablaba de cuando lo metieran en el hoyo negro. Podría decirse que todo en él era negro excepto la sangre roja, los fieros ojos azules y las doradas estacas de amor que me clavó en el corazón cuando yo era una niña.

Había hecho un casamiento tardío, romántico, pero no feliz. Aun así, mi madre y él estuvieron toda la vida juntos. Vivieron hasta el último de sus días en este mundo satisfechos de haberse mantenido fieles.

Se conocieron en un barco, el *SS Franconia*. Mi padre había emigrado a América de muy joven, e iba a Irlanda a comprar caballos para el hombre para el que trabajaba en East Walpole, Massachusetts. Mi madre volvía a casa tras hacerles una visita a unos tíos abuelos en Waltham, de cuya iglesia católica apostólica su tío abuelo era párroco.

La familia de mi madre vivía en el condado de Galway No tenían mucho dinero. Eran comerciantes de provincias, y vendían lo mismo carbón, semillas y guano que té, azúcar y licores. Mi madre era la mayor de doce hermanos. A mí me desconcertaba que la mayor de doce hermanos fuese de visita a una tierra a la que la mayoría de irlandeses e irlandesas se embarcaban como emigrantes. La visita sugería refinamiento, impresión que ratificaban su belleza clásica, su cintura —más fina que el tallo de una flor—, su infalible buen gusto y sus modales. Mi padre le echó el ojo en cuanto subió la pasarela; ella, ya instalada en una tumbona, leía un libro.

No se casaron hasta tres años más tarde, cuando, tras una correspondencia más vehemente por parte de él que de ella, le envió un anillo con un diamante y dinero para otro pasaje, esta vez

para que se casara con él. Se casaron en la casa parroquial de Waltham.

Mi madre odiaba vivir en Estados Unidos, y las tres veces que mi padre la dejó marchar para visitar a su familia tuvo que ir a buscarla para que regresara. Mi madre se refería a todas las travesías que hacía, fueran en la dirección que fueran, como «visitas», hasta la última, en dirección este y conmigo, en la que supo que nunca más tendría que regresar. Mi padre había sacado una parte de sus ahorros del banco y le había dado dinero para comprar una casa en Irlanda. Ella la compró en Dublín. Más tarde él dejó el trabajo, sacó el resto del dinero y se vino también a Irlanda; para siempre.

Mi padre no parecía guardarle rencor a mi madre por haberlo obligado a volver a su país natal. Puede que no lo sintiera; sus ahorros, aunque modestos, le permitieron destacar en su tierra. Se trajo un coche, que por las angostas carreteras irlandesas se veía tan grande que cuando salíamos a dar una vuelta los domingos parecía como si en todo momento las zarzas espinosas de los setos fuesen a arrancar los lados, eran unos setos tan altos que el resto de vehículos parecían cucarachas. Sentado al volante de aquel coche, y ataviado con un gran abrigo con cuello de astracán, no se parecía en nada a aquel chiquillo que corría descalzo por los campos del condado de Roscommon, donde había nacido.

—¿Por qué no nos fuimos a vivir a Roscommon? —le pregunté un día.

Sus ojos azules llamearon de desprecio ante mi estupidez.

—Tengo que darte una educación, ¿no te parece? —replicó.

Debía de imaginarse, como todos los emigrantes pobres, que en su lugar de nacimiento el tiempo se habría detenido y los niños seguirían yendo descalzos al colegio, harían sumas en un pizarrín y se saltarían las clases cada dos por tres, hasta que, finalmente, como le pasó a él, la mayoría huyera a Inglaterra y, de allí, a América sin saber escribir apenas sus nombres.

Aunque mi padre tenía una gran inteligencia, y era la persona más fina que he conocido jamás, había recibido muy poca educación académica. Sabía leer y escribir, pero con dificultad. Procedía de una familia de ganaderos de la que había salido un famoso maestro de escuela durante el dominio protestante, algo de

lo que él estaba muy orgulloso. Puede que fuera el orgullo por tan erudito pariente lo que aceleró su prematura espantada de un colegio de una sola aula de Frenchpark. Un día, el maestro, durante una poética digresión sobre la primavera, nombró al cuco, haciendo referencia al nido del ave. La mano de mi padre se disparó hacia arriba y, sin esperar a que le dieran la palabra, verbalizó su asombro e indignación. «¡El cuco no anida! ¡Pone sus huevos en los nidos de otros pájaros!».

«¿No me digas?». Al maestro debió de sentarle muy mal la enmienda delante de todo el mundo. «Bueno, muchacho, pues si crees que puedes dar clase mejor que yo, sal al encerado y sustitúyeme». Entonces, abandonando el sarcasmo, lanzó un grito y cogió el bastón. «¡Te voy a enseñar a no interrumpirme!», exclamó.

«En eso también se equivoca», replicó mi padre. «Usted ya no me va a enseñar nada de aquí a que se muera». Y con las mismas agarró la pizarrita y se la lanzó a la cabeza. Afortunadamente, por una vez no atinó, y en lugar de darle a él hizo un tajo de tres centímetros de profundidad en la pizarra grande, y en medio del guirigay se largó y cogió la carretera de Dublín. Tan acalorado estaba, que se olvidó de ir a despedirse de su madre, a la que no volvió a ver nunca más. Me habló de ella tres o cuatro veces, y estoy segura de que era en ella en quien pensaba aquel día, echado sobre una cerca y contemplando las profundidades de un campo, presa de una negatividad total.

Después de Dublín mi padre fue a Liverpool, y de allí pasó a los patatales de Escocia y los campos de lúpulo de Yorkshire, hasta que, finalmente, una mañana de Domingo de Ramos llegó a Boston, un puerto muy importante entonces. Solo se llevó a América los recuerdos del chico que fue, corriendo descalzo por los pantanos y los campos sin cercar de Roscommon con una caña de pescar casera en la mano, o tal vez un tirachinas. Aquel niño iba de Castlerea a Boyle, e incluso hasta Sligo, corriendo campo a través, como si tal cosa. Los treinta kilómetros que separaban unos pueblos de otros no eran distancia para él, saltaba muretes igual que una cabrilla, salvaba arroyos como un perro cazador, y atajaba por algún lago si hacía viento que le secara luego la ropa. Cada vez que pienso en lo que significa ser joven, mi mente se inunda de imágenes de un chiquillo, un chiquillo corriendo por tierras despobladas bajo un

cielo plagado de pájaros. Mi padre hizo míos sus recuerdos.

Mi madre teñía también sus propios recuerdos, tantos que parecían ocupar todo el espacio de su cabeza. Nunca desechó los repetidos. Atesoraba un centenar de recuerdos de noches de verano paseando con su hermana y sus primos por las murallas que cercaban el pueblecito donde nació. Cada recuerdo poseía el mismo tintineo de risas, y la misma pretensión inocente de sorpresa cuando las chicas veían a sus enamorados tomando el aire en el mismo lugar y a la misma hora. Las noches invernales podían haber quedado reducidas al relato de una única noche en un salón, con mi madre al piano, sus hermanas en corro cantando en tono agudo y los enamorados formando un anillo exterior, cantando con voz grave. Yo fui hija única, y cuando era pequeña me gustaba pensar en aquella gente joven y alegre balanceándose adelante y atrás, con las bocas como incensarios oscilantes derramando canciones en todas direcciones. Pero me cansé de oír hablar de aquella gente, y con la arrogancia de mi propia juventud juzgaba que los recuerdos de mi madre habían consumido toda su pasión. Mucho antes de saber lo que era, yo sabía que entre mis padres no había pasión. Y no porque mi madre no me hablara constantemente, y con orgullo, de las mujeres americanas —es decir, irlandesas americanas— cuyas esperanzas habían quedado pulverizadas cuando mi padre regresó de Waltham del brazo de ella, su mujer. Y exhibía divertida los trofeos de soltería de mi padre: un alfiler de corbata de topacio, un juego de cepillos de plata y media docena de pares de gemelos de oro. Había sido el soltero más codiciado de East Walpole, me aseguró mi madre muchas veces. Tenía casi cincuenta años y ninguna le había echado el azo. Según el código de mi madre, las mujeres buenas nunca se proponían echar el lazo a un hombre, sino que más bien se dejaban cazar. Ella tenía treinta años cumplidos cuando fue cazada.

Decía que todo el mundo pensaba que era mucho más joven, hasta que la comadrona le sonsacó la edad en un momento de confusión, justo cuando yo estaba a punto de venir al mundo.

«Todas las admiradoras de tu padre eran mucho mayores, fíjate», me decía. «Debían de llevar bastantes años en América para poder comprarle aquellos regalos tan caros, porque de Irlanda se fueron con las manos vacías, eso seguro».

El baúl de mi madre no estaba tampoco precisamente cargado, pero basaba su estimación de lo que los demás llevaban consigo en el hecho de que habían viajado en tercera. Ella, en cambio, había ido en camarote. Mi abuelo materno, además de tratar con grano y guano, era agente marítimo de la compañía Cunard White Star, y mi madre estaba al tanto de la situación de los pobres inmigrantes irlandeses, por mucha grandeza que adquirieran más adelante.

Mi madre había conseguido un camarote individual y una tarifa reducida gracias a la cortesía de los agentes de la compañía en Queenstown. Estaba firmemente convencida de que nadie —es decir, ninguna mujer— era capaz de superar el estigma de la tercera clase. Su camarote de clase turista era para ella un símbolo de cómo mi padre había ascendido de nivel al casarse con ella, él, que, naturalmente, había hecho su primera travesía en tercera. Cuando coincidieron en el *SS Franconia* ya había ascendido a turista; de lo contrario, no se habrían conocido.

«Nunca habría sido feliz con ninguna de aquellas mujeres», me explicaba mi madre en East Walpole. Yo las conocía a todas de vista. Eran rollizas y alegres, y a veces las veía en compañía de sus maridos en algún partido, o en un desfile, o simplemente sentadas hombro con hombro en mecedoras a juego en sus porches. Mi madre nunca se sentaba en el porche. Nunca fue a un partido. Y solo asistió a un desfile, cuando Estados Unidos intervino en la Primera Guerra Mundial. Se plantó en la puerta de nuestra casa de Washington Street —a la sazón un camino de postas de Boston— para ver pasar a los muchachos rumbo al campamento. Lloró sin cesar, pensando en sus hermanos, allá en Irlanda. Casi siempre estaba en casa, bordando o leyendo. No veía sentido a ir pegada a un hombre dondequiera que él fuera.

Yo tenía mis dudas al respecto, y una vez le hice a mi padre un comentario velado sobre sus antiguas admiradoras.

Él me miró atónito. «Ellas nunca me habrían dado una hija como tú», me dijo. «No te pareces físicamente a tu madre, pero tienes su forma de ser». Comprendí que la forma de ser de mi madre era una fuente inagotable de orgullo para él.

A veces me preguntaba si era la falta de educación de mi padre lo

que provocó que mi madre no se casara con él durante los tres años que transcurrieron desde el viaje en el *Franconia*. Ella me contaba que se lo pidió ya al despedirse en el muelle de Queenstown.

«Pero a mí al principio no me gustaba nada», me decía. «Lo vi subir a bordo y me disgustó mucho la manera que tenía de mirar a todo el mundo, sobre todo a mí. No me sorprendió que se nos acercara y nos interrumpiera». Bajo la marquesina de salidas había conocido a dos señores mayores ingleses que la habían ayudado a encontrar un mozo de cuerda que cargara su baúl, y habían hablado con el azafato para que la sentaran en medio de ambos. También la instaron a apuntarse al primer turno de las comidas, que era el que a ellos más les gustaba. Sostenía mi madre que había disfrutado mucho de su compañía; fueron ellos quienes le hicieron la travesía más llevadera. Los dos estaban casados y hablaban maravillas de sus mujeres, que no los habían acompañado por tratarse de un viaje de negocios. Le enseñaron fotografías de las esposas y le explicaron que ellas también habían leído con mucho placer *La tejedora* de John Parker, la novela que mi madre estaba leyendo cuando mi padre la descubrió desde la pasarela.

En aquel libro, que mi madre había dejado en la tumbona cuando bajó a cenar el segundo día, mi padre escribió su nombre. Lo garabateó en el margen de la página por la que lo había dejado abierto. Y luego, cada vez que ella se levantaba y dejaba el libro, él escribía su nombre en la página por la que estuviera abierto.

«Valiente impertinencia», recordaba mi madre. «Mis hermanas se habrían horrorizado».

Hasta que un día, jugando al tejo con los amables señores mayores, su compañero de equipo soltó los aros un segundo para descansar, mi padre los recogió y acabó la partida. Naturalmente, mi padre y ella ganaron. Pasaron a la final, y obtuvieron la victoria. Les hicieron entrega de una copa de plata que, inmediatamente, él le regaló a ella pero que yo jamás vi. Desapareció como por arte de magia durante los tres años que pasaron entre que jugaron al tejo en un barco y se casaron en una tierra baldía.

Los dos caballeros entre cuyas tumbonas mi madre se obstinaba en sentarse le tomaban el pelo a cuenta de Tom. «Antes de que atraquemos en Queenstown se te declara», profetizó uno de ellos, y el otro le dio la razón. La animaron a aceptar. «Es un buen hombre,

Nora», le decían.

«¡Pero yo le dije que no!», insistía mi madre, con una risa que aún retumba en mis oídos. Tenía una risa bonita; su cara era solo una pequeña parte de su encanto. «¡Menudo fresco, garabateándome el libro!». Creo que por la letra dedujo su falta de estudios, y no pasaría mucho tiempo hasta que las cartas confirmaran sus sospechas.

Me he preguntado a menudo qué fue de las cartas de amor que mi padre le escribía. ¿Qué hizo mi madre con ellas? ¿Pueden las faltas de ortografía y una gramática pobre ser motivo suficiente para que una mujer destruya sus cartas de amor? Las cartas que me escribió a mí, redactadas cada vez que mi madre me llevaba a Irlanda y me separaba de él, rebosaban un amor que aún perdura en las cuartillas, pese a que la tinta se haya atenuado y el papel esté raído. Las guardo todas. Entre ellas hay una en papel rosa que me escribió cuando ya había vuelto a Irlanda con nosotras. Data de la víspera del Grand National, y él tenía que pasar la noche en Liverpool. Le había dado tiempo a acudir a un partido de *hockey* en el que yo jugaba de extremo izquierdo, pero no había podido quedarse hasta el final. Cabe explicar que él, en sus tiempos, había sido un gran deportista, campeón de *hurley*, pero en una época en que todos los miembros del equipo debían marcar desde cualquier posición en el campo, en cualquier momento y de cualquier modo. Decía:

> Querida hija mía:
>
> Toma, una libra para tus cosiyas y espero que ganes. Me a dececcionado mucho tu manera de gugar. ¿Por qe esperas a qe te llege la pelota? Mui mal, tienes que moberte todo elrrato y no cedarte parada. Mucha suerte,
>
> Papa.

Lo de «papa» no tenía nada de raro, era su forma de decir «papá». No me explico la alternancia de «qe» y «que». Pero eso también demuestra que mi padre nunca se sintió en la obligación de escribir igual una palabra en la misma frase, no digamos ya en la

misma página. Era como si tuviera la sensación de que podía darles un significado nuevo a las palabras con cada grafía, o, al menos, una inflexión distinta. Era como si para él cada letra poseyera un atributo visual y pudiera transmitir un mensaje más allá de las simples palabras. Cuántas veces no lo vi echarse hacia atrás después de redactar laboriosamente una carta, igual que un pintor se alejaría del caballete, y, agarrando la pluma, salpicar la página de nuevo, poniendo el punto de una i o el palito de una te, añadiendo eses y haches o duplicando una ele o una ce a una velocidad vertiginosa, hasta que consideraba que había dotado la composición de un efecto más potente.

Las cartas que me dirigió tenían que despertar al menos el mismo amor que él ponía en ellas. Las guardo en la caja de terciopelo con tapa donde mi madre guardaba las baratijas que a él le habían regalado aquellas otras mujeres. En esa caja conservo también unos cuantos recuerdos a los que mi madre atribuía un valor muy superior al real: una medallita de plata de las Hijas de María, una cruz de comunión bañada en oro y un abotonador de plata auténtica, pero hueca. Aquel abotonador me desconcertaba: parecía destacar el que yo consideraba el más superficial de sus sentimientos. ¿Por qué guardó toda su vida un objeto así? Fue un regalo fortuito, y raro, de un cliente de la tienda de su padre, un cliente del que siempre hablaba de usted. Para ella siempre fue «el señor Barrett». A mí me parecía una forma muy distante de referirse a cualquiera.

—¡Pero es que él a mí siempre me llamó «señorita Nora»! —protestó cuando la interrogué al respecto.

El señor Barrett era administrador de una finca inmensa llamada Multyfarnham, a pocos kilómetros a las afueras de las murallas del pueblo. Mi madre lo conoció una tarde cuando ella y su hermana recogían los narcisos que crecían bajo los árboles, tan abundantes que ni se les pasaba por la cabeza que cogerlos supusiera un robo.

—Cuando nos pilló, el señor Barrett nos dijo que solo estábamos entresacándolos —explicó. Y me aseguró que si aquella tarde la llamó para invitarla a tomar algo en la taberna de su padre fue para asegurarse de que tenía la conciencia tranquila—. Solo una copita de oporto —se apresuró a especificar—. Él nunca bebía otra cosa. —Era una copa simbólica, para que la familia considerase

respetable la invitación; como si eso fuera posible, parecía delatar el tono de su voz. Al principio no entendí por qué se oponían—. Yo salía a la puerta de la tienda a hablar con él durante horas. Mis hermanas se ponían furiosas. Todas tocábamos el piano, pero yo era la mejor. Lo que las enfadaba era que me quedara en la puerta hasta la hora del cierre.

—¿No podías invitarlo al salón? —le pregunté.

—¡Creía que ya te lo había dicho! —exclamó mi madre—. ¡El señor Barrett era protestante!

—Ah…

Fue lo único que conseguí decir, pero por primera vez observé con un interés real la cicatriz con forma de media luna que tenía en el dedo índice. Era más que una media luna; le recorría casi todo el dedo, igual que un anillo. Costaba creer que no fuera una alhaja de verdad, de marfil o hueso de ballena, que se le hubiera clavado en la carne y sobre la que hubiera crecido la piel, igual que la hierba en una tumba. No creo que hubiera sido visible de no haber sido su piel del profundo tono aceitunado de las mujeres de Galway, un tono que la tradición atribuye al naufragio de la Armada Invencible frente a las costas de Irlanda. Incluso cuando ya era una anciana, la textura de la piel de mi madre era suave y tersa. Y también entonces la cicatriz brillaba, como la luna menguada.

—Estaba yo secándole una copa para el oporto —me contó—, cuando el cristal se rompió. Entonces él sacó un pañuelo y lo hizo jirones para vendar el corte. Era un pañuelo de seda con sus iniciales.

—¿Qué ha sido de él? ¿Dónde vive ahora?

—Murió —dijo—. Lo encontraron muerto una mañana en una zanja que había entre la carretera y el bosque. Solía atajar por allí cuando volvía de noche a su casa. Debió de resbalarse con el tablón. Cayó de boca al agua. —Hizo una pausa—. Solo había quince centímetros de agua, pero se ahogó.

—¿Iba borracho? —Me parecía una pregunta lógica, y consideré injusta la mirada que me dirigió.

—Ya te he dicho que solo bebía oporto —repuso—. Y nunca más de una copa.

—¡Qué horror! ¿Te afectó mucho?

—No me enteré de nada hasta pasados dos años. No me enteré

hasta que volví con un bebé en brazos, tú, para presentarte a la familia. Ocurrió pocos días después de que me fuera a América para casarme con tu padre. Pregunté por él nada más entrar por la puerta, porque me producía curiosidad saber si seguía pasándose por allí. —Se miró la cicatriz del dedo—. Y fue entonces cuando me enteré. —Volvió a callar un momento—. Pero, dijeran lo que dijeran, yo sabía que él nunca bebía de más, solo su copita de oporto.

Nunca más volví a preguntarle a mi madre por el señor Barrett, ni siquiera cuando mi padre ya había muerto y ella quizá se habría sentido preparada para contarme otras cosas.

Mi madre sobrevivió a mi padre veinte años; era de esperar, dada la diferencia de edad. Sin embargo, no fue precisamente pan comido, porque él dispuso de su belleza cuando pudo exhibirla con orgullo, y ella, en cambio, no pudo contar con su apoyo cuando más lo necesitaba. «Pobre Tom», decía. «Si él hubiera sabido que iba a dejarme sola tanto tiempo, apañándomelas sin ayuda de nadie…». O: «Si Tom levantara la cabeza y me viera así, tullida, se le partiría el corazón». Y si mi padre siempre se había referido a la muerte como a «que lo metieran en el hoyo negro», ella siempre hablaba de «reunirse con Tom». Insinuaba que su hogar estaría dondequiera que estuviera él. Un nido de felicidad, por lo demás.

Durante aquellos veinte años en que lo sobrevivió hablaba de él como sus hermanos y hermanas hablaron de él en vida.

«Pobre Tom», decía ella. «Qué bueno era para mí».

«Pobre Tom», decían *ellos*. «Qué bueno es para Nora».

Un día, dos años después de que muriera mi madre, hice una visita de compromiso a una tía soltera que le llevaba la casa a uno de sus hermanos, que tampoco se había casado. Estábamos en el saloncito que había sido escenario de aquellas historias de mi madre plagadas de luz, risas y canciones, pero hacía un día gris, y hablábamos de cosas tristes, y a ratos nos quedábamos calladas. En uno de aquellos silencios, mi tía cogió el periódico, y estaba ojeándolo distraídamente cuando de pronto soltó una exclamación.

—¡Atiende! —dijo—. Ayer apareció ahogado un chico joven en una zanja que solo tenía treinta centímetros de agua. Estaba tumbado boca abajo. Al principio creían que había bebido, pero las pruebas forenses han revelado que se trataba de un suicido.

—¿Dónde ha sido? —preguntó con desgana mi tío, y al responderle mi tía que había ocurrido en otra zona del país su interés se evaporó. Mi tía, en cambio, se bebía el artículo. Agarró a mi tío por el brazo y lo zarandeó con violencia.

—¡Un suicidio! —repitió—. ¡Igualito que el señor Barrett, el de Nora!

Un centenar de preguntas se agolparon en mi cabeza, pero el semblante de mi tío me dejó muda.

—¿Qué estás diciendo? —le gritó—. Lo del «señor Barrett, el de Nora», como tú lo llamas, fue un accidente. Lo sabes tan bien como yo. ¿Qué diría Muggie si te oyera decir semejante cosa?

Muggie era el nombre con el que la familia se había referido siempre a mi abuela materna; se suponía que era un diminutivo cariñoso, pero a mí siempre me pareció más apropiado de lo que ellos sospechaban. En cierto sentido, asfixió a casi todos sus hijos[1].

¿Supo mi madre la verdad sobre el señor Barrett? ¿Y mi padre? ¿Tuvo esto algo que ver con sus raros pero terribles episodios de alcoholismo, y las menos frecuentes pero aún más terribles depresiones que se abatían sobre él igual que un matacandelas? Yo había visto a aquel matacandelas apagar toda la alegría en los momentos en que tendría que haber sido más feliz, contemplando desde una cerca a sus caballos purasangre trotar por pastizales suntuosos como ríos. Sin embargo, a él se le ensombrecía el rostro, y yo estaba segura de que pensaba en que pronto acabarían en el hoyo negro, antes incluso que él. Los alfileres de corbata y los cepillos de plata, él lo sabía muy bien, podían sobrevivir a un millón de hombres y a un millón de caballos. Yo tenía veinte años. Acababa de terminar los primeros exámenes universitarios y, mientras aguardaba las notas, mi padre había decidido llevarme a Roscommon, al lugar donde había nacido. Ya me había llevado a Killarney, a ver sus lagos, y también a Connemara. Habíamos ido juntos a los Glens de Antrim, y al Burren en plena floración. Pero yo sabía que aquellos sitios no eran nada comparados con la tierra cenagosa bañada por la luz de su recuerdo, una luz que él creía sin noche, y sobre la que no podía instalarse ninguna nube.

A media tarde llegamos a la localidad de Boyle y tomamos la carretera a Frenchpark. ¿Qué sentiría él, me preguntaba, cuando viera los inevitables cambios que se habían producido desde que lo

vio por última vez?

Para mi asombro, no le importó lo más mínimo que donde antes había habido tejados de paja hubiera ahora pizarra gris, que donde había habido arados hubiera tractores. Apenas si pareció percatarse de que los niños calzaban botas y que ni una sola niña tenía una cascada de pelo. Sus ansiosos ojos no se detenían en aquellos cambios, sino que se clavaban en los inalterados montículos de tierra, en los sempiternos muros de piedra y en los arroyos que aún corrían por entre las mismas piedras musgosas. «¡Mira!», exclamaba, deteniendo el coche una y otra vez y señalando con deleite algo conocido. «¡Mira esa cerca de cinco travesaños! ¡Anda, que no la salté veces! ¡Mira! ¡Mira! Por Dios, ¡pero si es el mismo terraplén en el que tumbé a Dockery y le hinqué los dedos de los pies en los costados como si fuera de mantequilla!».

Hasta que sus ojos se posaron en algo tan emocionante que casi no le salían las palabras. «No creía que siguiera en pie. ¡Bendito sea el poder de Dios! ¡Es la antigua escuela!

¡Que Dios tenga en su gloria al maestro! ¿O estará vivo todavía?».

El pequeño edificio de la escuela ya no estaba en uso, naturalmente. Habíamos dejado a poco más de un kilómetro un colegio nuevo y más grande, al pie de la carretera. Pero Tom se apeó para verlo mejor. Por fin se decidió a acercarse e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Levantó entonces la vista hacia las ventanas, que estaban muy altas para que los colegiales de entonces no se distrajeran.

—Me juego lo que quieras a que todavía está la marca en la pizarra —dijo, y de repente me levantó como en Boston, cuando yo era una niña y me cogía en brazos para que viera un desfile—. ¿Ves algo?

—Solo cajas de cartón amontonadas por todas partes.

Era evidente que el aula se usaba como almacén para las libretas y cuadernos, gomas y lápices que habían sustituido a las pizarras y pizarrines de su época.

Me dejó en el suelo.

—¡Pues yo te garantizo que todavía tiene que estar la marca! —exclamó. Soltó una carcajada—. Si supiera que el maestro anda por aquí me pasaría por su casa para presentártelo. —Sus ojos se

pasearon por el campo una vez más—. Había cuarenta y ocho alumnos en esta escuela tan chica. Y yo me sabía los nombres de todos.

¡No hacía falta que lo jurase! Yo misma era capaz de recitar la letanía de nombres: Micky Dockery, Tom Forde, James Neary, Ethel Scally, Mary Morrisroe, Paddy Shannon…

—La mayoría se fue a América —continuó mi padre—. Y con más de uno me crucé allí. Podía estar yo en un bar abarrotado, pero de pronto veía una cara y al instante la identificaba como de Roscommon. No me hacía falta ni un minuto para ponerle nombre. Dejaba lo que estuviera bebiendo, me acercaba, le daba una palmadita en la espalda al fulano y lo saludaba llamándolo por su nombre. Pero si me veía él antes, me ganaba por la mano: «¡Repámpanos! ¿Eres tú, Tom?». Y luego, una ronda detrás de otra mientras nos quedara un dólar en el bolsillo. Y no solo ellos, ¿eh? Las chicas, también. Estaba un día contigo y con tu madre en Boston, en el Childs, cuando vi a una camarera con mejor tipo que las demás y un pelo colorado que parecía que se le reflejara el sol del atardecer. «¡Deja ya de mirar, Tom!», me dijo tu madre. Se avergonzaba por nada. Pero aunque la chica nos daba la espalda yo me habría apostado cinco dólares a que era del condado de Roscommon. «Y espérate a que se dé la vuelta», le contesté, «que hasta te diré cómo se llama». Pero cuando se dio la vuelta me dio de mi propia medicina. «¡Tom!», gritó, y soltó la bandeja que llevaba en la mano y vino corriendo y se puso a estrecharle la mano a tu madre y a cogerte en brazos y lanzarte por los aires. Y todo el mundo sin palabras. Con tanto jaleo salió la encargada, pero cuando vio que era cosa de Molly Starky se fue por donde había venido e hizo como si no pasara nada. Molly no era la clase de chica que se deja amilanar por un superior. Se habría quitado el mandil y habría salido dando un portazo si alguien le hubiera chistado. ¡Una mujer de Roscommon de los pies a la cabeza! ¿Sabes qué pasó cuando acabamos de comer y le pedí la cuenta? Que fue hasta la caja registradora y marcó un cero. «Invita la casa», me dijo. ¡Para que veas cómo se las gastaba! —Mi padre se echó a reír.

Volvió a observar las llanuras en derredor, donde todavía quedaban unas pocas cabañas de barro entre las casas nuevas de cemento. Pero crecía más hierba en los tejados de paja que la que se

veía en las parcelitas de alrededor. Ellas también se convertirían en la arcilla de la que estaban hechas.

—Ahí vivía Molly —me dijo, señalando una cabaña detrás de una de las casitas nuevas. Parecía un establo para las vacas. Emitió un suspiro—. Pero eso fue hace mucho tiempo. No sé siquiera si sigue viva. No deben de quedar muchos de los de antes. Debe de haber muchos descansando en el…

Se detuvo, y yo esperé la consabida fórmula del hoyo negro, pero los recuerdos de infancia eran demasiado potentes.

—… en el cementerio de Cloonshanvil —dijo en voz baja, señalando en la distancia un pequeño cementerio amurallado, salpicado de mojones de piedra no muy distintos de los que delimitaban el terreno.

—¿Ahí es dónde están enterrados tus padres? —pregunté, acordándome de su madre, de la que nunca se había despedido. Pensé que le haría ilusión visitar la tumba.

Pero él se encogió de hombros.

—Por ahí deben de estar —dijo, con lo que al principio interpreté como una extraña indiferencia—. Una vez le mandé dinero al cura y le pedí que colocara una lápida, pero él me lo devolvió y me dijo que nadie sabía dónde estaban enterrados exactamente.

Una negra sombra cayó sobre nosotros por un instante.

—Me sorprende que no se quedara el dinero para decir misas por sus almas —dije, y en esas la sombra se desvaneció y una sonrisa irrumpió en el rostro de mi padre igual que un rayo de sol.

—Nunca se me había ocurrido —reconoció—. Bah, por aquel entonces los curas no eran como ahora. Este era un caballero, por muy cura que fuera.

Estábamos volviendo al coche cuando vimos a un anciano que avanzaba por la carretera en nuestra dirección.

—Vamos a darle palique a ese abuelete —me propuso—, a ver si nos enteramos de si queda alguien de mis años mozos.

El hombre iba tan encorvado, y caminaba tan despacio, que nos metimos en el coche y recorrimos unos metros para ir a su encuentro. Conforme nos acercábamos, mi padre quitó una mano del volante y me dio un codazo.

—Está yendo a Cloonshanvil para ahorrarles a los suyos la

molestia de trasladarlo hasta el cementerio —dijo.

Aun así, cuando le dimos alcance nos pareció un hombre ágil para su edad. La lluvia y el viento le habían curtido el rostro, pero se lo veía más robusto que un pato salvaje. Tampoco era la pobreza la que lo había doblado en dos; llevaba un traje de lana gruesa de buena calidad y un par de zapatos resistentes. Cuando detuvimos el coche, vino hacia nosotros con una amabilidad nada habitual hoy en día.

—Buenos días, caballero.

—Buenos días tenga usted, caballero —replicó mi padre, y me fijé en que miraba al anciano con una expresión de perplejidad.

—Hace buen día, ¿verdad? Gracias a Dios… —añadió el hombre. Y, al ver que mi padre no respondía nada, examinó el coche—. Tiene usted un señor coche, caballero… ¿Está usted de paso? ¿Quiere que le explique cómo se llega a Dublín, caballero?

En esas mi padre soltó una carcajada.

—No —le dijo—. Conozco bien esta zona. Si me diesen un dólar por cada vez que he pasado por este camino… —añadió con desenvoltura en la voz.

—¡Ah, ya sabía yo que era usted americano! —exclamó el anciano—. Los americanos tienen dinero a espuertas para viajar por el mundo e ir adonde les apetece. —Y frunció el ceño, como si también él estuviera desconcertado.

Mi padre vaciló un segundo, y para mi asombro encendió el motor y puso el coche en marcha. Pero justo antes de irse se asomó por la ventanilla.

—¿Conoció usted a un muchacho que se llamaba Danny Kelly? —le preguntó.

—¿Danny Kelly, dice? ¡Pero si nos sentábamos juntos en el pupitre del fondo, en la escuela!

—¿Sigue por aquí? —inquirió despacio mi padre.

El anciano chasqueó la lengua.

—¡Ya lo creo! Estuvo un tiempo en Escocia, pero la familia lo trajo hace ya un tiempo. Y ya no se irá nunca más. —Con un ligero movimiento del pulgar, señaló entonces hacia el cementerio de Cloonshanvil—. El Señor lo tenga en su gloria.

—El Señor lo tenga en su gloria —repitió mi padre, y los dos se descubrieron—. Había otro, uno que se llamaba Egan —dijo

entonces—. ¿Lo conocía?

—¡Raro sería que no lo conociera! Pat Egan, servidor de usted —anunció el viejo, pero ahora sus azules ojos miraban intrigados—. Si no es impertinencia, caballero, ¿cómo es que sabe usted mi nombre?

Ahora, pensé. Este es el momento. Pero mi padre estaba pisando ya el embrague.

—Conocí en Boston a un tipo de por aquí —explicó—. Me dijo que si algún día pasaba por este lugar preguntara por unos cuantos compañeros suyos del colegio. —Señaló el edificio de la escuela con la cabeza.

—¿Y cómo se llamaba ese hombre, caballero, si no es mucho preguntar?

Mi padre se esperaba la pregunta y estaba preparado para dar la respuesta.

—Le juro por Dios que lo conocía como la palma de mi mano, pero ahora mismo no me acuerdo del nombre.

Pat Egan estaba satisfecho. Se rio.

—¡Ya verá cuando tenga mi edad, caballero! ¡Se le olvidará hasta el suyo!

Nos fuimos.

—¿Qué te parece? —me preguntó mi padre—. Pat Egan y yo nacimos con un día de diferencia. No lo he reconocido al principio, cuando nos acercábamos. Pero al cabo de un minuto o dos he sabido que era él por una manchita que tú seguramente no habrás visto, porque la tiene debajo de la oreja izquierda. Pero yo la recordaba muy bien, porque la maestra, cada vez que estaba embarazada, o sea, todos los años, lo obligaba a dejarse la gorra en clase, bien calada hasta las orejas, para no ver la manchita, que podía traerle mala suerte a la criatura que llevaba dentro. ¡Lo he identificado por la mancha! ¡Pero él no me ha reconocido a mí!

—¿Por qué no le has dicho quién eras? —pregunté, volviéndome para mirar la silueta del anciano cada vez más pequeña detrás de nosotros.

—No sé —contestó mi padre en voz baja, y entonces, para mi sorpresa, se metió con el coche por un carril estrecho que había a la izquierda—. Por este camino había una casa en la que estuve muchas veces. Poco me faltó para desgastarme los fondillos de tanto

sentarme en un viejo banco que había al lado de la chimenea. Rose Magarry se llamaba… Fue mi primera novia.

Y con cada palabra soltaba una risita, como un arroyo brincando entre piedras. Estaba tan animado que pensé que podía estar tomándome el pelo.

—Tenías que ser un buen mocetón por aquel entonces —comenté.

Él me miró enfadado.

—¿Por qué dices eso?

—Me estaba acordando de los alfileres y los gemelos que te regalaban tus admiradoras, nada más.

—¿Eso? —se burló—. Unos pocos dólares costaban esas cosas en aquella época. El oro era muy barato en América. Y las mujeres se ganaban la vida tan bien como los hombres. ¡Algunas, hasta mejor! Les hacían regalos así a cualquiera.

Había reducido la marcha e iba mirando a ambos lados del camino.

—Ya tendríamos que haber llegado a la casa —protestó.

Dejamos atrás un montón de estiércol que parecía paja podrida, y entre las ortigas y los saúcos había dedaleras y malvas locas, enredadas con madreselva y un rosal silvestre blanco desbocado. Alrededor zumbaban cientos de abejas, y bailoteaban mariposas blancas.

—¿Crees que ahí ha podido haber una casa en algún momento? —pregunté con cautela, porque pensaba que si era cierto, como aseguraba la leyenda, que de los huesos de los monjes y los combatientes brotaban ortigas, tal vez brotaran madreselva y rosas de los huesos de las jóvenes doncellas.

Mi padre miraba hacia donde yo le había señalado.

—Pues sí. Ahí justo estaba. Sabía que no podía andar muy desencaminado. Se morirían los padres, y ella se casaría y se iría. Ahora que lo pienso —añadió—, oí que se había casado y que enviudó al poco tiempo. —Miró al frente, donde había cuatro o cinco casas nuevas rodeadas de una tierra tan desnuda como la de un gallinero—. Vamos a acercarnos a una de esas casas a preguntar si alguien sabe dónde vive ahora Rose. —Me guiñó un ojo—. Por entretenernos.

Nos detuvimos delante de la primera vivienda, en cuya parte de

atrás una mujer joven tendía la ropa. Se giró y se nos quedó mirando, más agresiva que curiosa. Pero una señora mayor que estaba sentada al otro lado de la ventana se levantó y salió cojeando.

Cuando llegó al sendero de cemento, mi padre se dirigió a ella.

—Perdone que la molestemos, señora, pero ¿conoció usted a una chica que se llamaba Rose Magarry? Vivía en la casita que había allí. —Indicó con la cabeza el montículo de paja podrida y flores.

La anciana habló con una sencillez conmovedora.

—Magarry me apellidaba yo, caballero. ¿No me buscará a mí? Me llamo Rose. Me casé con Ned Malone, pero él murió hace veinte años.

Miré ansiosa a mi padre. Se aferraba al volante con ambas manos y miraba al frente.

—Solo preguntaba de parte de un muchacho que la conoció hace mucho tiempo —dijo con mucha frialdad—. Un tipo que conocí en América. Me pidió que pasara por aquí a preguntar.

—¿Y cómo se llamaba, caballero? —quiso saber la anciana con una nota de deferencia en la voz que me partió el alma. Pero al instante siguiente levantó los brazos—. ¡Ay! —dijo en voz baja—. ¡Ya sé yo quién! ¡Tom! Usted es su hijo, ¿verdad que sí? —Se acercó corriendo y escudriñó el rostro de mi padre—. El hijo de Tom. No hay duda, ¡es clavadito! —Entonces estirando las manos, agarró las de él e hizo amago de sacarlo del coche—. ¿Cómo está Tom? Cuénteme, ¿sigue vivo? Pero espere, en qué estaré pensando, entre y cuénteme todo mientras tomamos un té, ¿de acuerdo? ¡Y usted también, señorita! —añadió, percatándose de mi presencia.

Pero acto seguido miró hacia atrás con incomodidad a la joven que seguía junto al tendedero, sin quitarnos ojo.

—Tendrá usted que disculparnos, señora —respondió mi padre —. Pero todavía tenemos mucho camino por delante.

Se produjo un extraño silencio.

—¡Bueno, siendo así…! —dijo entonces la anciana, con aparente alivio—. Pero espere un segundito. Le abro la cerca del todo para que pueda dar la vuelta sin apuro.

Esperé hasta que dimos la vuelta y seguimos el estrecho camino, hasta llegar a la carretera.

—¿Por qué no se lo has dicho?

Tardó un buen rato en responder.

—¿Tú qué crees? —me dijo, y no se le pasó la negrura hasta que hubimos cruzado el Shannon.

LAS VIGAS

Conforme se acercaba al astillero, la estructura quebrada de las vigas de acero, que formaba cuadros contra el cielo, le provocó el primer temor al día que tenía por delante. Cuando llegó a la obra, y se quitó el abrigo para ponerse el mono azul, experimentó la impaciencia de sus nervios, que aguardaban el inicio de los primeros ruidos de la jornada: las voces de los demás obreros gritando chistes madrugadores y los sonidos de sus pies sobre los tablones de la choza de madera al sacar las herramientas de las taquillas, y luego los sonidos de aquellos mismos pies arrastrándose sobre la grava mientras esperaban que les tocara encaramarse a la escalera metálica y al andamio que quedaba por encima de sus cabezas.

Él no sabía cómo sería el edificio cuando estuviera acabado. Había habido tantos, tantísimos, edificios en cuyas estructuras de hierro con remaches había dado estrepitosas sartas de martillazos a cambio de un jornal, que ahora ya ni se molestaba en averiguar lo que sería; la sede de una aseguradora, un banco, una hilera de edificios, un hospital.

Lo único que él hacía era introducir unos clavos inmensos y resplandecientes y unir barras de hierro. Mucho antes de que las construcciones estuvieran acabadas, él ya se había ido a otra parte de la dudad, contratado para más trabajos pesados que no requerían más que músculo y sudor.

Estiró el brazo brillante y pardo y lo recogió para ver otra vez los músculos abultados, pero no parecía poseer ninguna potencia en las manos, de igual modo que cuando caminaba por la calle le parecía no tener ninguna potencia en las piernas. Algo no iba bien; no podría disimularlo mucho más tiempo. Antes le encantaba su trabajo, pero ahora, cuando la mañana clareaba el hueco de la

ventana, se quedaba paralizado de terror ante el día que arrancaba, y el trayecto a los astilleros lo dejaba tan cansado como levantar los capachos de mortero o el martillo de hierro.

No podía seguir así. El capataz sabía que era un hombre resuelto, y que no pretendía escaquearse, y sin embargo él se daba cuenta de que, de un tiempo a esta parte, cada dos por tres, cuando el capataz hacía la ronda, aunque no le gritaba tanto como a los demás se plantaba cerca de él más rato de la cuenta, haciendo como que examinaba un plano o quizá hablando con el obrero que había a su lado, pero casi siempre, o eso le parecía a él, observando cómo trabajaba, contando sus martillazos, aguzando el oído para comprobar si percutían realmente sobre el metal.

Percutían, y de qué manera. El ruido de cada golpe le recorría el cuerpo entero, y los ruidos coordinados de los mil hombres que martilleaban a su alrededor se le metía en la cabeza e iba a dar en el pozo de su abdomen. La taladradora le perforaba los huesos. Y en los últimos tiempos, cada vez que una sirena gemía en el río, se daba cuenta de que se pasaba la lengua por los labios, y de que los demás obreros lo miraban.

Al percibir aquellas miradas intentaba parar, pero la presión empeoraba las cosas, y el movimiento de sus labios se agravaba; una acción involuntaria de sus músculos, no dirigida por ningún hilo de contacto mental, un tic. Tenía la sensación de que lo observaban cada vez que un golpetazo fuerte y aislado irrumpía en la red de ruidos regulares y se abría paso por la fuerza, arrastrando consigo fragmentos de todos los demás ruidos al disolverse de nuevo en el silencio.

Solo dejaban de mirarlo cuando sonaba el silbato del almuerzo o la campana que marcaba el final de la jornada, ya de noche. En esos ratos solo sabían abrirse camino por el pasadizo de metal para alcanzar las escalerillas de salida. Él, en cambio, temía la campana del final.

Mientras trabajaba le daba la impresión de que podía seguir indefinidamente, como un autómata, como una rueda colina abajo. Una vez que conseguía que su cuerpo empezara a trabajar, continuaba trabajando más o menos igual que sus labios al crisparse, sin que mediaran instrucciones conscientes de su cerebro. Pero cuando sonaba el silbato por la noche, tenía que parar;

extinguir la energía forzada, echarse a las calles exhaustas camino de su habitación, y verse rápidamente asfixiado por las tupidas y sofocantes plumas del sueño.

Las plumas del sueño ya no eran sedosas y suaves, como mucho tiempo atrás, sino ávidas y pegajosas, igual que las plumas de las aves de corral mojadas. Tenía que empezar a sacudírselas en medio de la noche, de lo contrario, no se sentía preparado para levantarse cuando se hacía de día y las bocinas del río clamaban que había amanecido.

Era la vocecilla de la alondra lo que le alegraba los días allá, en los campos, cuando era un niño, en la cama con estructura de latón de su casa.

Casi a cada instante lo asaltaban pensamientos del hogar. Al principio eran dulces y placenteros, pero al cabo de un tiempo se pegaban de un modo muy desagradable a su cabeza y le costaba tanto apartarlos como las húmedas plumas del sueño. Lo incomodaban tanto que, cuando llegaban, por un momento no sabía ni dónde estaba ni qué estaba haciendo exactamente.

Una o dos veces en las que una tabla presentaba un nudo redondo en la madera se le llenaron los ojos de lágrimas porque se acordó, de una manera extraña e ilógica, de las caras pequeñas y grises de las hojas de los tréboles en los campos llanos de su hogar. Y, en cierta ocasión, un sonido en la cantinela del eco del martilleo resonó de una forma tan curiosa en sus oídos que le pareció por un instante que estaba en un verano de hacía mucho tiempo, en las viejas praderas del hogar, y que una gran abeja dorada había zumbado de pronto, golpeando el aire de bronce igual que un gong. La impresión fue tan fuerte que el dulce sobresalto lo hizo retroceder, y si no llega a ser por los brazos del capataz se habría caído por el filo del tablón del andamio.

La certeza de que se había salvado por los pelos lo mantuvo despejado mucho tiempo. No quería morir. Si bien la vida era una locura vertiginosa de un tiempo a esta parte, sabía bien que fuera de la ciudad el mundo seguía siendo tan sensato y dulce como siempre, y que en cuanto ahorrara otras treinta libras podría volver al campo. Una vez allí, no querría irse nunca más. No volvería a estar intranquilo. No volvería a estar inquieto; no sería exigente. Otras treinta libras bastarían, pero últimamente le parecía que le

costaría más ahorrarlas que las trescientas veinte que aguardaban en la caja fuerte del banco.

Le gustaba pensar que solo lo separaba de los campos una franja de ferrocarril, pero últimamente le parecía que una barricada de vigas de acero y hierro se interponía entre el campo y él, cada día más alta. ¿Cómo podía un hombre abrirse paso entre barricadas que requerían a doscientos hombres para alzarse contra el cielo?

Con desesperación levantaba de nuevo el martillo, y al hacerlo sentía que su peso le rasgaba las axilas. Luego, cuando ese mismo peso le llegaba a la altura de los hombros, experimentaba una sensación conocida, la de que la herramienta se aligeraba y se quedaba inmóvil un segundo. Y entonces se producía otra sacudida en el momento en que el peso se imponía una vez más sobre su fuerza y una vez más tiraba de él.

Pero, de pronto, sintió que algo iba mal; el tirón iba hacia atrás; el martillo tiraba de él hacia abajo, pero no hacia delante y hacia abajo, como era de esperar, sino hacia abajo y hacia atrás; hacia atrás y hacia abajo, y al inconcebible abismo de la calle a sus pies.

Sus brazos no pudieron detener el curso del peso en caída libre. Su cuerpo entero no podía pararlo. Tiraba de él con una sacudida inclemente a través de los gritos del aire, que lanzaba destellos de mil colores, atravesado por un millar de rayas.

Los días en el hospital fueron casi todos iguales, hasta que uno de ellos descubrió al despertar un ambiente nuevo en el pabellón. Al principio no acertaba a explicárselo. Todo estaba igual a tenor de lo que podía distinguir a simple vista, y sin embargo percibía una diferencia grande, importante. Se sobresaltó a percatarse de que la diferencia estribaba en su propio cuerpo. Su cuerpo se había puesto alerta con la voz fría del alba. El sueño había quedado atrás en un instante. Salvo por las piernas lisiadas, era el mismo que había sido mucho tiempo atrás antes de llegar a la ciudad, espabilado, lúcido y despejado por el sueño, listo para las exigencias del día.

Echó un vistazo al pabellón. La pintura blanca y las colchas limpias le daban un aire llamativo y alegre. Las enfermeras producían ecos nítidos y claros por su extensión rectangular con el golpeteo del esmalte contra el esmalte. A través de las ventanas

glaciales orientadas al este vio la repentina luz elevarse por el cielo, como un niño escandaloso en patines recorriendo una calle en silencio.

Y recordó entonces que ese día le darían el alta y volvería a casa. La carta de su madre estaba encima de la bandeja de hierro, junto con las medicinas. El gráfico había desaparecido de la barra del armazón de la cama. Cuando le llevaran su ropa a las once estaría también el abrigo; y la gorra gris.

En la carta su madre le contaba que estaba preparando un cuarto para él en el hastial de la casa, para que pudiera ver toda la finca sin tener que levantarse de la silla de ruedas. Al cabo de unos meses, cuando hiciera más calor, decía, lo bajarían para que se sentara a la sombra de los árboles y viera a la gente que pasaba por la carretera y charlara con quienquiera que dispusiera de un ratito.

Había mandado al mozo a sacudir su cama en el patio, decía, y estaba juntando plumas para hacerle unos cuantos almohadones más. Y si caía en algo que necesitara para estar a gusto debía escribirle para decírselo, porque ella quería que todo estuviera perfecto y que no echara de menos el hospital.

—¡No creo que tu madre tenga motivos para preocuparse! —dijo una de las enfermeras, sonriéndole, cuando le dio la carta para que se la leyera—. ¡Muy pocos echan de menos el hospital!

—¡Nosotras, en cambio, sí que te echaremos de menos a ti! —dijo la joven aprendiza, que en aquel momento estaba ayudando a hacerle la cama.

Y más tarde, cuando ya habían acabado todas las camas y se lavaban las manos en el aseo del otro extremo del pabellón, volvieron a hablar de él.

—¡Lo voy a echar de menos! —dijo la más joven—. Y los demás pacientes, también.

—Y yo —dijo la mayor—, pero me alegro mucho por él, porque cuando ingresó estaba claro que tenía todas sus esperanzas puestas en volver al campo.

—He oído que deliraba con los setos y las flores cuando lo trajeron. ¿Es eso verdad?

—Pues sí —confirmó la otra enfermera—. Yo lo oí. Y me sentía fatal. ¡Te partía el alma! Por aquel entonces creíamos que no había nada que hacer.

—Gracias a Dios su deseo se ha hecho realidad y va a volver al campo. No tendría que haberse ido de allí. Solo había que verlo para darse cuenta de que la ciudad no era para él. ¿No te lo imaginas con la cara tostada como una baya y remangado detrás de un arado en medio de un campo?

»Sin embargo, ya no podrá hacer nada de eso —añadió con tristeza.

—Pero estará donde quiere estar. ¡Y eso ya es mucho! Ya no verá noche y día las vigas y las grúas, como aquí. A mí me parecía una lástima, y así lo dije en su momento, ponerlo en un pabellón donde vería justo el sitio donde estaba trabajando cuando se cayó. Claro que no había camas en ningún otro. Una pena. Muchas veces lo he sorprendido mirándolas, y le costaba contener las lágrimas.

La aprendiza se acercó a la toalla de rodillo de la pared y, dando un tirón hacia ella, empezó a secarse las manos.

—¡Yo creo que esta mañana tenía las lágrimas en los ojos, cuando estaba mirando por la ventana! —dijo.

—¡En fin! —La enfermera se puso bien la cofia—. Ya no las verá mucho más. ¡Qué cosa más espantosa! Yo las odio. ¡Son trampas mortales! —Se enjuagó el jabón de las bonitas manos blancas y agarró otro extremo de la toalla.

—Me parece… —arrancó la joven.

—¡Chist! —la calló la enfermera mayor, y sacudió la cabeza levemente para indicarle que la encargada había aparecido en la otra punta del pabellón.

La monja encargada inspiraba siempre un temor reverencial, porque las enfermeras más jóvenes la asociaban a la solemnidad y deberes de su función, pero, en realidad, esta en concreto era amable y exigente por naturaleza, y tenía unas manos regordetas siempre cruzadas sobre el pecho y una sonrisa para todo el mundo.

—¡Bueno, hoy nos vamos para casa! —dijo la hermana cuando llegó hasta la cama del joven, y entonces, al ver que contemplaba los astilleros con los ojos empañados, ella también deseó por enésima vez que no le hubieran asignado una cama con vistas a aquella zona—. ¡Ya, ya! —añadió, y cogió la carta de la bandeja—. Lea otra vez su preciosa carta y deje de mirar esas grúas y esas poleas tan viejas y feas. Ojalá tuviéramos vistas bonitas aquí. ¡Pero usted ya no tendrá que preocuparse más por las vistas! De aquí a

dos días estará viendo los campos verdes, las vacas y la hierba, y los pollitos blancos picoteando. Qué maravilla, ¿eh?

La hermana rechoncha sonrió y suspiró al mismo tiempo.

—Si no estuviera cumpliendo con Dios, no pediría nada más que eso: estar en el campo, rodeada de unas pocas gallinas blancas, ¡con sus preciosos huevos morenos! Venga, sea buen chico, relea la carta y deje de mirar esas construcciones crueles. ¡Dentro de nada las habrá perdido de vista! No volverá a verlas nunca más. Es una auténtica pena que no lo ingresaran en otro pabellón.

Era una pena que no lo hubieran ingresado en otro pabellón. Eso mismo opinaba él. Bajó la vista, miró la carta que tenía en la mano y deseó con todas sus fuerzas que la amable hermana se dirigiera a otra cama.

Cuando lo hizo, él alzó la cabeza y miró otra vez por la ventana. No volvería a ver las vigas nunca más, ni la telaraña de las barras de las grúas. Vería los árboles y los campos, y los miraría el resto de su vida. Pensó en ellos. Era monótono el verde de los campos. Los árboles eran torpes y estaban estúpidamente retorcidos.

Miró otra vez por la ventana. Impresa con nitidez sobre la pálida línea del horizonte estaba la poderosa silueta de las vigas elevándose hacia el sol invernal. Sabía que ascendían con el clarín del martilleo y las descargas triunfantes de la taladradora. Y no le parecieron nada crueles. Le parecieron bonitas, a su manera. Y las grúas se le antojaban tan frágiles como las alas de seda de una libélula, que no hacen daño a nadie.

UNA TAZA DE TÉ

—Tomará una taza de té por muy tarde que llegue. Así que deja la tetera al fondo del fogón, que mantenga el calor pero sin borbotear y sin apagar el fuego.

—Muy bien, señora —dijo la sirvienta.

Lanzó una mirada torva a su señora, la madre de Sophy, por quien se estaban tomando tantas molestias. La esperaban desde muy temprano, y todo apuntaba a que llegaría tarde y retrasaría la hora de acostarse de todos. La espalda de la joven sirvienta estaba casi rota de las faenas que había llevado a cabo en los últimos días. Habían fregado los suelos de la casa entera, limpiado cada uno de los cristales, e incluso habían encerado el cuarto de Sophy dos veces en un día porque la madre había dejado huellas al entrar y salir con cortinas limpias, más cojines, ramos de flores y botellas de agua caliente.

—Necesita unas vacaciones después de lo mucho que se ha esforzado —añadió su madre al tiempo que empujaba la tetera al fondo del fogón y, acto seguido, cambiaba de opinión y la ponía otra vez donde estaba.

—Espero que haya aprobado los exámenes —dijo la sirvienta, con la esperanza de obtener un momento de descanso al sacar un tema con el que su señora se mostraba siempre parlanchina y locuaz.

—¡Ay, los exámenes! —Era casi como si la madre de Sophy hubiera olvidado que Sophy se había examinado, de lo absorta que estaba pensando en que su única hija volvía a casa tras una ausencia de tres meses—. Sí, los exámenes —repitió distraídamente mientras sus ojos repasaban la bandeja ya dispuesta para el desayuno que Sophy tomaría en la cama a la mañana siguiente—. ¡Pues claro que habrá aprobado! Seguro que le ha ido fenomenal y

saca muy buenas notas.

—Es muy lista, ¿verdad que sí? —comentó la chica, con un tono de voz en el que tuvo la precaución de combinar notas de envidia y lisonja, como un buen agricultor mezcla la hierba cuando prepara un prado.

—Sí, es muy inteligente, claro —respondió la madre de Sophy, con una displicencia que, lejos de decepcionar a la sirvienta, la animó a sentarse sobre las pantorrillas y descansar un poco.

—¿Cómo no iba a serlo? —dijo la chica—. Habrá salido a su padre, digo yo. —Y estirando el índice y el pulgar señaló, con un gesto bobo, el techo, porque sobre sus cabezas se encontraba el estudio donde el padre de Sophy vivía enterrado en libros y sumergido en humo de tabaco. Era entomólogo aficionado.

—¿A qué hora pretendes terminar con el suelo? ¿Piensas estar toda la noche ahí sentada, a tus anchas?

La chica agarró de nuevo el cepillo y empezó a frotarlo rápidamente contra la pastilla grande de jabón que había conservado en la mano durante el breve respiro. Salvo por el ruido del cepillo en las baldosas no se produjo ningún sonido durante varios minutos, aunque por la expresión de la madre de Sophy era evidente que todavía estaba cavilando lo que la sirvienta había dicho.

—¡No hay color entre una afición y un título universitario! —exclamó por fin—. Sophy se ha matriculado en una de las carreras más difíciles. Había solo dos chicas en la clase de Política Económica, y solo una en la de Relaciones Internacionales. Su padre pasará días enteros en el estudio con sus libros y su lupa, pero no creo que fuera capaz de entender gran cosa de los libros de Sophy. ¿Los has visto? Pesan más que biblias, y todas las páginas incluyen números y esquemas. Yo en la vida había visto libros así. —Se relajó un tanto y su rostro adoptó el gesto de satisfacción que exhibió cuando el suelo del cuarto de Sophy estuvo encerado por segunda vez—. Pero, sí, mi marido es una eminencia en insectos —reconoció a regañadientes.

Si bien manifestaba poco o ningún respeto por la reputación de su esposo, era consciente de que de ella dependía su propia importancia. Iba a añadir algo más, pero justo entonces la joven sirvienta fue corriendo hacia la ventana, quitándose el delantal.

—¡Ya está aquí, ya está aquí! —gritó emocionada, pero antes de que la madre llegara a la puerta, Sophy ya corría por el vestíbulo en dirección a ellas.

Había entrado usando su llave. Dejando a un lado el bolso y al otro el pañuelo, Sophy abrió los brazos para abrazar a su madre. Hubo un entrechocar de botones metálicos y pulseras. La madre se acordó del padre de su hija, del tintineo de la leontina del reloj contra los botones del chaleco cada vez que hacía amago de besarla. Aquello pasaba antes de que se acostumbrara a ir por casa en batines con botones forrados en tela y dejara de molestarse en usar reloj. Desterró la imagen de su mente.

—Deja que te vea… ¡Qué delgada estás! Espero que no estés intentando perder peso. ¿Cómo ha entrado el coche sin que yo lo oyera? ¿Estás muy cansada del viaje? ¿A qué hora has salido? Habrás parado por el camino, ¿no?

Los ojos de la madre pasaban de la cara de Sophy a su cintura, de la cintura al pelo, y del pelo a las manos, con la mirada distraída y poco sistemática del amor.

—¿Cómo fueron los exámenes? —Y antes de que Sophy tuviera tiempo de responder cualquiera de las preguntas, continuó—: Sophy, estás demasiado delgada, no te sienta nada bien. Así te pareces más a tu padre. Muchas veces se lo he oído decir a la gente, pero yo nunca lo había visto. Ahora, sin embargo, podría jurar que lo estoy viendo a él. Qué curioso que hasta ahora no hubiera notado el parecido. Yo pensaba que era solo un leve deje en los movimientos de cabeza, pero solo a veces, cuando estás disgustada o molesta. No puedo decir que fuese algo inequívoco. Nada que ver con lo mucho que te pareces a mis hermanas en los andares y la postura. En fin, me imagino que es normal que hayas sacado cosas de él. Menos mal que el carácter no lo has heredado…

Al instante se arrepintió de este último comentario. El semblante de Sophy, sin embargo, no manifestó signo alguno de irritación en el momento en que se apartó y agachó para recoger el bolso y los guantes.

—¿Cómo está papá? —preguntó. Se hundió en un sillón, para que su madre no pensara que estaba impaciente por subir a verlo.

Con la sensación de que se había traicionado con aquel torrente de palabras, la madre soltó una pequeña carcajada.

—¿Por qué no subes y lo compruebas tú misma?

—Acabo de llegar —objetó Sophy—, no hay prisa.

—Debe de haber oído el coche —dijo la madre a regañadientes —. Tiene el estudio en este lado de la casa. Anda, cielo, no te sientes sin haberlo visto, aunque solo sea un ratito. Bastará con que le digas un par de cosillas. Si te apoltronas, luego no te apetecerá subir. —La madre se acercó y, agarrando a su hija del brazo, la animó a ponerse de pie y hacer lo que le pedía, como si de otro modo Sophy no fuera capaz de obedecer—. Ya cuando bajes charlaremos un rato y me contarás todas las novedades.

Sophy se levantó despacio del sillón. Adoptó un deliberado aire de desgana, movida por un impulso de compasión, para mantener la fingida reticencia con que su madre se engañaba.

—Date prisa, cielo, luego te alegrarás de haber subido. Se molestaría si no fueras a decirle que has llegado bien.

—¿Y por qué no baja él? —preguntó Sophy, con un resentimiento muy conseguido.

—Está con los últimos capítulos de su último libro sobre sus dichosos escarabajos. Solo baja a comer, y porque yo insisto, pero creo que se pasa la noche entera delante del escritorio. Veo luz debajo de la puerta. Más vale que el libro ese le dé buenos réditos que compensen todo el aceite que ha quemado en los últimos cinco años. Aunque para mí es un misterio quién va a comprarlo, salvo que haya más gente marchita y anormal de lo que creo. —De nuevo, la madre cayó en la cuenta del efecto que sus palabras tenían en Sophy—. Sube un segundito, aunque te quedes en la puerta. No hace falta que estés mucho rato.

Pero cuando Sophy salió por la puerta arrastrando los pies la madre supo en el fondo que la chica no volvería a bajar mientras no la llamasen, quizá más de una vez. Atendió y oyó acelerarse más y más los pasos de su hija. Poco después subía los escalones de dos en dos. La madre pensó en la lasitud y poca disposición que Sophy había mostrado ante la idea de subir. ¿Estaba fingiendo? ¿Por qué? Su madre lamentaba su propio disimulo por respeto. Habría querido salir corriendo al pie de las escaleras y gritar: «¡No dejes que yo te entretenga, corre, sube con tu padre! Cuéntaselo todo a él. A mí ni te molestes en contarme nada». Pero no cedió a su rabia. En lugar de eso, apretó mucho los labios y salió a anunciarle a la criada que

no había nada más que hacer y que podía irse a la cama.

La pequeña criada estaba agotada. Se había sentado en una silla frente al fogón, con las piernas separadas y la cabeza gacha, e intentaba sacarse una astilla del pulgar chupándose el dedo.

—¿Te duele? —le preguntó la señora—. Peggy, ya te puedes ir a dormir, y llévate la maleta de mi hija cuando subas. —Echó un vistazo a la despensa, y preguntó—: ¿Has dejado fuera una jarra con leche y un azucarero? Si no ha parado por el camino, estará deseando tomarse una taza de té cuando baje.

La criada se puso de pie vacilando y se metió en la despensa. Salió con una jarra grande con leche, pero con una cara sospechosa, y cuando estuvo bajo la luz de la cocina se llevó la jarra a la altura de la nariz, la olió y contrajo el semblante.

—¡No hagas eso! —gritó la señora, provocando, casi, que a la chica se le cayera de las manos—. ¿De dónde has sacado esa costumbre tan repugnante?

—Solo quería ver si la leche estaba agria. ¿Cómo voy a saberlo si no la huelo? —protestó la criada, sin ser del todo consciente de dónde estaba su error, pero sabiendo que la habían pillado en falta.

—La leche no puede estar agria. Es de esta tarde. Trae una jarra.

La chica la miró con interés para ver a qué método superior recurría su señora para comprobar el estado de la leche.

La madre de Sophy cogió la jarra y, por un momento, pareció dudar; luego, empezó a moverla formando círculos concéntricos a mucha distancia de la nariz, pero presumiblemente dentro de la órbita de sus órganos olfativos, dado que al hacerlo olfateó dos o tres veces.

—No hace falta meter la nariz dentro de la jarra —observó irritada, porque la criada llevaba razón y la leche estaba a punto de echarse a perder—. La habrás dejado al sol.

La chica se tocó la cabeza y se quitó un pasador, sin necesidad alguna, puesto que al cabo de un momento volvió a prendérselo del pelo, justo en el mismo sitio donde estaba.

—No te toques el pelo en la cocina —le ordenó la señora, ausente, pero mirando a su alrededor—. ¿Dónde está el cazo pequeño? Ah, aquí. Enjuágamelo con agua limpia. Y luego ya te puedes ir a dormir. Esta leche está fresquísima, pero no le sentará mal que le demos un hervor. Así nos aseguraremos de que por la

mañana estará bien. Se habrá enfriado antes de que baje Sophy.

La leche estaba bien fría cuando Sophy bajó. Su madre había subido y bajado a su cuarto dos o tres veces y al final se había desvestido y puesto las pantuflas y la bata. Daba zapatazos cada vez que pasaba por delante del estudio de su marido, pero era posible que la cháchara y las risas del interior encubrieran sus pisadas. Cuando pasó por delante del cuartito que había bajo las escaleras oyó a la criada preparándose para meterse en la cama.

—¡Ay, madre! ¡No me digas que te he tenido despierta todo este rato! —exclamó Sophy cuando por fin bajó y la vio en bata y zapatillas—. ¿Por qué me has esperado? ¿Por qué no has subido a llamarme? —Y enseguida añadió—: Tendrías que haberte acostado.

—Pensaba que querrías tomarte un té —dijo la madre con frialdad—. He avivado el fuego. Estaba casi apagado, pero he echado unos troncos justo a tiempo.

—Ah, muy bien —dijo Sophy.

La madre se animó.

—He preparado la bandeja —explicó—. Me tomaré una taza contigo. Nunca tomo té a estas horas porque me quita el sueño, pero de todos modos no voy a pegar ojo en toda la noche, con tanta emoción. —Se animó aún más. Se olvidó de la ofensa—. Quiero que me cuentes todo lo que ha pasado desde que te fuiste. Empieza por el principio. Estuve toda la noche preocupada pensando en lo largo que se te haría el viaje en ese vagón helado. Tendrían que poner un sistema de calefacción en condiciones. Qué vergüenza. ¿Conociste a alguien interesante en el tren? ¿Llegaste sin retrasos? ¿Había compañeros de clase nuevos?

—Seguro que ya te conté todo eso en alguna carta —dijo Sophy, desconcertada ante la buena memoria de su madre.

—No me importaría oírlo diez veces —repuso ella—. Cuéntamelo todo.

—Pero si es que no hay nada que contar —protestó Sophy, cogiendo una galleta y empezando a masticarla.

—Pues parece que a tu padre sí tenías mucho que contarle, a juzgar por el tiempo que has estado arriba con él —replicó la madre, irritada.

Sophy la miró.

—Hemos hablado de esto y aquello —dijo con vaguedad, pues

tampoco recordaba gran cosa del cotorreo indolente con su padre. Empezaba a ganarla el cansancio—. Los exámenes no fueron nada mal —dijo—. Se publicarán las notas en el periódico. —Intentó pensar en algo más que decir—. El segundo del primer día fue dificilillo, pero creo que lo sacaré sin problema.

—No me puedo creer que hayas hecho ya los exámenes finales —comentó su madre—. ¡El tiempo vuela! Por las noches no duermo pensando si habremos hecho bien en mandarte a la universidad. Es tanta presión para una chica… Espero que pases una buena temporada en casa cuando se publiquen las notas. De hecho, si quieres puedo hablar con tu padre para que te quedes indefinidamente. Está muy bien sacarse una carrera y sentirse independiente, pero no hay ninguna necesidad de forzar demasiado las cosas ni de que te mates a trabajar cuando tu propio padre no mueve un dedo para incrementar los ingresos; aunque podría ganar más que cualquier vecino del pueblo, si no fuera tan raro.

—Estás muy equivocada, madre. Cuando me puse a estudiar lo hice con las ideas muy claras.

Su madre la miró, miró las brillantes rodillas de seda y el precioso pelo liso.

—Tienes ya tus planes, ¿eh? —preguntó, excitada—. ¡Pues cuéntame! Yo quiero echar una mano.

Se acordó de cuando ella se metía en el cuarto de su madre, años y años atrás, y se sentaba en su cama, y le cepillaba el pelo. Le contaba entonces todos los detalles del bañe al que había asistido, las parejas que había tenido, y quién había bailado con quién, cada vez que iba a visitar a algún pariente. Hasta le describía la ropa interior de sus primas, y los peinados, para que su madre no se quedara sin conocer ni un dato de lo que había hecho durante su breve ausencia.

—Una cosa está clara —dijo la madre, verbalizando sus pensamientos—, y es que tienes las mismas manos que mi madre. Nunca he visto nada igual. A ella le habría encantado saberlo, pero nunca se me ocurrió decírselo. —Suspiró, y el leve suspiro pareció colmar el aire de recuerdos fantasmales y remordimientos. Sophy se revolvió en la silla y se miró las manos, cohibida, pero al verse una pequeña cutícula en el dedo índice de la mano izquierda se enfrascó en intentar arrancársela con el índice y el pulgar de la derecha. Dio

un par de tirones secos, pero el padrastro se resistía a ceder—. Deja eso —le ordenó su madre—. Te va a doler el dedo toda la noche. No vas a poder dormir.

—No puedo dejarlo así —protestó Sophy.

—Sí puedes. No lo mires. Olvídate de que lo tienes. Cuéntame más sobre los exámenes. Venga, háblame de tus amigos, ya verás cómo se te olvida y el padrastro se te adhiere otra vez a la piel.

Pero Sophy no era capaz de olvidarse del pellejo muerto. La irritaba, y siguió dale que te pego. Su madre volvió a hablar con voz soñadora al sumirse de nuevo en sus ensoñaciones:

—Las manos de mi pobre madre estaban todas ennegrecidas y endurecidas de tanto trabajar, pero ella no te habría guardado ningún rencor por la vida fácil que has tenido. Habría sido la primera en felicitarte por tu independencia a la hora de ir a la universidad. ¡Lo que le habría gustado ver que tienes unas manos tan parecidas a las suyas! Ojalá se lo hubiera dicho. Solo cuando una persona falta caemos en los pequeños detalles que podríamos haber tenido para darle una alegría.

—¡Ajá! —exclamó Sophy, victoriosa. Se había arrancado la pielecita y se llevó el dedo a la boca para calmar el escozor. Miró entonces la bandeja—. ¿Qué pasa con el té?

—He dejado la tetera al fondo del fogón —informó la madre—. Estará a punto de hervir. Voy a avivar el fuego y en un santiamén tendremos el agua lista.

—¿Te parece bien que le subamos también a papá? —preguntó Sophy cuando la madre volvió con la tetera en la mano.

—Si quieres… —dijo su madre, inclinándose para colocar la tetera encima de los troncos que crujían en la lumbre—. ¡Yo ya sé el recibimiento que me daría a mí si lo interrumpiera cuando está trabajando! Cualquiera que oyera las cosas que me ha dicho las pocas veces que he cometido la insensatez de preguntarle si quería algo antes de meterme en la cama pensaría que lo hago por puro egoísmo.

—Uy, me muero por una taza de té. ¡Qué sed tengo! —dijo Sophy, interrumpiendo a su madre—. Me he pasado todo el camino en el tren pensando en estas tazas de toda la vida, tan bonitas, con los pájaros imposibles. —Levantó una de las frágiles tazas y observó el dibujo pintado a mano.

Pero su madre comprendió la interrupción y se ruborizó.

—Pues entonces no entiendo que hayas estado tanto rato arriba —comentó con amargura, y una vez más, sin motivo, se acordó de las confidencias que intercambiaba con su madre en el pasado.

Habría sido un tremendo alivio contarle a Sophy, solo una vez, algunos de los malos tragos que había tenido que aguantar durante su ausencia. Pero Sophy se ponía a hablar de las estúpidas tazas como si quisiera conjurar cualquier ocasión para intercambiar confidencias. Sostenía la taza con las dos manos y la miraba con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. ¿Cómo podía emocionarse tanto con una taza vieja que llevaba viendo en la vitrina de la porcelana desde que echó a andar?

—¿Se supone que es un pájaro de verdad? —se interesó Sophy —. ¿Es un pavo real? ¿Un ruiseñor? ¿Dónde se ha visto semejante plumaje? —Su voz sonaba febril, hacía una pregunta tras otra, riendo nerviosamente al mismo tiempo.

—Trae la taza —dijo la madre—. Ya está el té. —Agarró la tacita con brusquedad. La aborreció con una pasión repentina, y habría sido capaz de estamparla contra el suelo de no haber formado parte de un juego. Siguió hablando con toda la normalidad y serenidad posibles—. Yo también estoy deseando tomarme una. De hecho, lo haría todas las noches si alguien me acompañara. Antes me encantaba el té a esta hora. No sé por qué dejé de tomarlo. Una renuncia a muchas cosas, poco a poco, cuando está sola. Aunque, naturalmente, mejor sola que mal acompañada. Yo tengo mis libros. Tengo mi punto… —Aun así, no quería empeorar las cosas con sus críticas al padre de Sophy.

Sophy miró a su madre a la cara, que estaba inclinada sobre el fuego, y por espacio de un instante envidió la delicada estructura ósea que definía con tanta claridad su rostro y lo hacía tan atractivo a pesar de los años, y se fijó en el pelo gris, aún tan lleno de vida, que saltaba formando bucles cada vez que se liberaba de las peinas que lo recogía. Contrastaba enormemente con su cara pálida y su pelo liso, que ella bien sabía que le conferían cierto parecido con el rostro de su padre, por mucho que a su madre le costara reconocerlo.

—La tetera está empezando a silbar —comentó su madre justo entonces—. Qué bien que alguien en esta casa tenga ánimos para

silbar, como le digo a veces a la criada, cuando tu padre se pone especialmente latoso.

Sophy echó un rápido vistazo a su alrededor en busca de algo que pudiera alejar de nuevo la atención de su madre del abismo al que se acercaba peligrosamente. Sus ojos se posaron en el álbum de fotografías que su madre había traído de su casa cuando se casó. Estaba forrado de un terciopelo azul desvaído y tenía un cierre de plata.

—¿Has pegado la foto de mi clase que te mandé el trimestre pasado?

Sophy se inclinó y se puso el álbum en el regazo. Se abrió por una página que ella había contemplado con auténtico fervor siendo niña.

Era una fotografía de su abuela sentada en un sillón de mimbre contra un decorado de palmeras y la balaustrada del fotógrafo. En torno a ella, con poses formales, estaban sus hijas, la madre y las tías de Sophy. Todas lucían vestidos largos blancos con mangas largas blancas, cuellos altos y sombreros blancos que se torcían bajo el peso de unas rosas de seda flácidas. Todas lucían broches de oro, y pulseras de oro, y todas tenían abundantes matas de pelo castaño. Posaban rodeando con los brazos las cinturas de las demás, mientras que las más cercanas a la silla que ocupaba la matriarca se inclinaban hacia ella o la miraban. Sophy siempre tenía que dedicar un momento a distinguir a su propia madre en el grupo de encantadoras muchachas. Se acordó de que su madre solía contarle que el fotógrafo tardó veinte minutos en colocarlas, desplegando las manos, dando voces y, sobre todo, rogándoles que por favor dejaran de reírse un segundo. Y al mismo tiempo recordó otras historias que su madre le contaba, de cuando era una niña muy fácil de complacer, historias de enamorados y ramos de flores, las bromas que se gastaban, las canciones y el piano todo el día. E intentó sentir pena por su madre, allí sola por las noches, con toda la amargura de sus alocados sueños sin cumplir.

Sin embargo, en lugar de pena Sophy experimentó impaciencia e irritabilidad. ¿Por qué se casó su madre con quien no debía? ¿Es posible estar segura antes de que no haya vuelta atrás de que vas a casarte con el hombre adecuado? Los tiempos han cambiado, se dijo a sí misma. Ahora las mujeres saben más de los hombres que antes.

Los matrimonios también se hacen añicos ahora, pero no se pudren despacio. Su madre había cogido el azucarero.

—Espero que no hayas dejado el azúcar. ¿Qué tontería es esa de que las chicas os empeñéis en ir contra natura con tal de estar más delgadas?

—Sí, me pondré un poco de azúcar —dijo Sophy. Y no pudo reprimir una leve protesta—. Menos mal que sigo tomándola, porque si no, sería odioso que insistieras en obligarme, mamá.

—¿Tan regañona soy? —sonrió su madre, tomándose a guasa el comentario. Le pasó la jarra de la leche—. Échatela a tu gusto. Siempre me dices que te pongo de más.

Pero Sophy miraba fijamente la jarra.

—¿Qué le pasa a la leche? —Se llevó el recipiente a la nariz.

—No le pasa absolutamente nada —dijo su madre, mirándola con ansiedad.

—¡Puaj, tiene una capa de nata! Qué asco.

Su madre se relajó, aliviada. Vaya, se le había olvidado quitar la capa de nata.

—Le he dado un hervor a la leche mientras estabas arriba. No estaba agria, pero parecía a punto. Hirviéndola se preserva, y sin alterar en nada el sabor de la leche. No se nota ninguna diferencia al echarla en el té. Pero tendría que haberle quitado la nata. Qué boba. —Y alargó el brazo y quitó la película con el dorso de una cuchara—. No tiene nada de malo. De hecho, es todo calcio, es buenísimo —añadió al ver la cara de su hija.

—Odio la leche hervida. Y sí que le da un sabor distinto al té —dijo Sophy.

—¡Qué va! —exclamó su madre, sirviendo una taza—. Yo suelo darle un hervor por las noches.

—¿Queda leche sin hervir? —preguntó Sophy, apartando la taza en el momento en que su madre hizo por servirle el té. Se puso de pie con ella en la mano.

—Me temo que no —dijo la madre—. Pero te garantizo que a esta no le pasa nada. No se nota la diferencia cuando está mezclada con el té, te lo prometo. Si no, no la habría hervido.

Sophy se sentó y le alcanzó la taza. Cuando estuvo llena, se la llevó a los labios y dio un sorbo.

—Lo distingo perfectamente —sentenció, bajando de nuevo la

taza.

—No puede ser, cielo. —La madre bebió del suyo—. Yo no noto nada.

—Pues yo sí —insistió Sophy—. Es más: no me puedo beber este té.

—¡Pero eso es ridículo! —exclamó su madre—. Qué imaginación.

—No es producto de mi imaginación. Me parece que podrías haber dejado un poquito de leche sin hervir, sabiendo lo importante que es para mí una taza de té después de un viaje largo.

—Te repito que sabe exactamente igual.

—¡Mamá, por favor! No voy a discutir más. Pero no puedo beberme el té, y punto. Ay, ¿por qué has tenido que hervir la leche?

La madre se quedó mirando su té, por el que de pronto experimentó también una gran repulsión. ¿Por qué había tenido que hervir la leche? Trató de recordar. No estaba agria. Y aunque hubiera empezado a agriarse, debería haber reservado un poco para que Sophy se tomara una taza de té cuando bajara. ¿Por qué la había hervido? Y entonces se recordó yendo de cuarto en cuarto, cambiando de sitio la tetera, atizando el fuego y matando el tiempo con gestos inútiles mientras esperaba que su hija bajara.

—Tal vez si no te hubieras entretenido tanto arriba no se me habría ocurrido hervirla.

Espetó la excusa sin pensar en las consecuencias que acarrearía. Toda la semana de expectación y preparativos se había ido al traste. La velada se había ido ya al traste, en cualquier caso. Ahora todo se había ido al traste.

Sophy se levantó de su silla. Los negros surcos de fatiga eran inconfundibles, así como la forma en que le caían las comisuras, de pura consternación. Debían de estar actuando como se comportaban su padre y su madre.

—Y dale, mamá… Ya no tiene remedio.

—¡Eso! —dijo su madre—. ¡Ahora ponte hecha un basilisco! Sube a tu cuarto y da un portazo. Después de haberme deslomado para darte la bienvenida, así me lo agradeces. ¡Menos mal que tu padre ya me tiene acostumbrada a estas cosas!

—¡No metas a papá, por favor! —estalló Sophy.

—¡Sois tal para cual! —replicó su madre.

Sophy estiró las manos en un último ruego por que hubiera paz.

—No sé por qué tienes que reaccionar así, mamá.

—¿Y cómo quieres que me ponga?

—Podrías reconocer que te has equivocado al hervir la leche, que no te has parado a pensar si me importaría o no.

—Me parece una estupidez que le des tanta importancia. De hecho, sigo sin entender qué importancia puede tener. Nunca lo he entendido. En mi casa siempre le dábamos un hervor a la leche después de cenar para que no estuviera agria a la mañana siguiente.

—Pues yo nunca he oído que se haga en ningún otro sitio —replicó Sophy—. En tu casa hacías muchas cosas que a mí me parecen rarísimas, si nos ponemos así.

Su madre emitió un rápido resuello.

—¡Supongo que eso se lo habrás escuchado a tu padre! Siempre anda echando pestes de mis hermanas.

—Jamás habla de ellas, para que lo sepas.

—Uy, pero a mí no me engaña. No solo se desprecia de palabra. Además, ahora que estamos hablando de esto, permíteme que te diga que a veces tu actitud deja mucho que desear. ¡De casta le viene al galgo!

—¿Y qué le vamos a hacer si me parezco a él? —dijo Sophy.

—No hace falta que imites sus rasgos más mezquinos —repuso la madre.

Sophy se tapó los oídos con los dedos.

—No pienso escuchar esa clase de comentarios. Estás siendo muy injusta. Nunca le he visto decir o hacer nada que no fuera razonable.

—Quizá si pasaras más tiempo en tu casa no te llevarías esa impresión.

Sophy fue corriendo hacia la puerta.

—Pues que sepas que me alegraré de no venir mucho por aquí, si vas a recibirme así. ¡Buenas noches!

Cerró dando un portazo.

Sophy subió al dormitorio, cuyo suelo había sido encerado dos veces seguidas y donde las cortinas de muselina blanca flotaban suavemente, adelante y atrás, al ritmo de la brisa.

Mientras se desnudaba pensó en las muchachas vestidas de blanco que tanto habían enojado al fotógrafo, incapaz de hacerlas

posar en condiciones a causa de sus risas. Luego pensó en la fotografía de su padre en la pared del vestíbulo, que mostraba a un joven muy erguido y tieso, de ojos serios e inteligentes. Y de pronto se abalanzó sobre la maleta y la abrió, revolviendo entre las blusas y los pañuelos para alcanzar el fondo, del que sacó una pequeña fotografía enmarcada. Era un retrato de otro joven, también erguido y muy quieto, de ojos serios y aspecto severo, porque esos son los atributos que los jóvenes desean exhibir cuando son fotografiados. Sophy miró fijamente la foto y a continuación se acercó al espejo y miró fijamente su propio rostro. Pero no había sacado nada de la observación de ambas caras, pues soltó un suspiro y se metió en la cama.

Dos o tres veces se apoyó en un codo para oír si su madre se había metido ya en su cuarto, pero no distinguió sonido alguno, y varias veces quiso volver a bajar y pedir perdón, pero sabía que en lugar de hacer las paces empezarían a discutir otra vez, de modo que se quedó muy quieta y empezó a planear lo que haría por su madre cuando tuviera dinero propio para gastar a su antojo. Pero incluso aquello le resultaba difícil, porque a su madre y a ella raras veces les gustaban las mismas cosas. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Y entonces, de pronto, Sophy tuvo la sensación de que acababa de descubrir un secreto, un secreto maravilloso, que los eruditos habían sido incapaces de desvelar, tan sencillo y evidente, sin embargo, que su comprensión quedaba al alcance de cualquiera. Viajaría por el mundo entero difundiendo su mensaje. Y cuando todos lo entendieran la miseria y la infelicidad acabarían, los malentendidos y las discusiones que ella llevaba toda la vida soportando. Todo cambiaría. Todo sería distinto.

Los pasos que se habían detenido delante de su cuarto continuaron su camino, y luego se extinguieron. Una puerta se cerró a lo lejos. El sueño volvió a cobrar forma. Todo el mundo se parecería. Tendrían que tener una apariencia similar y hablar de forma similar y sentir y hablar y pensar de un modo similar.

El mundo sería entonces un lugar maravilloso. Todo el mundo se parecería. Todos se parecerían a las chicas de la fotografía, con vestidos blancos y cogidas del brazo. Hablarían y pensarían de forma similar. Todos pensarían como ella y su padre. Qué fácil era.

¡Qué claro estaba! Le asombraba que a nadie se le hubiera ocurrido antes. Vio que las chicas destrenzaban los brazos, y se recogían los dobladillos de los largos vestidos y se hacían a un lado para aceptarla cuando se integró en el grupo.

UNA ALMA MANSA

Acabo de volver de la sepultura donde las gentes de estos oscurísimos pagos han cumplido por vez última como vecinos con Agatha Darker, mi hermana. Desde que murió nuestro padre, seis años después que nuestra madre, vivíamos solas en esta casa, las dos, en silencio y con encono. Y hubo momentos en que deseé que llegara este día, el día en que la sepultaran en una arcilla que no podía ser ni más negra, ni más fría, ni más compacta, ni más muda que su propio corazón negro.

El resultado habría sido el mismo si hubiera muerto yo, supongo, pero quizá la idea de tener que enfrentarme a Jamey Morrow me ha impedido morir muchas veces durante las largas, larguísimas décadas que han transcurrido desde que lo vi por última vez, o más bien lo que quedaba de él, bajo los viejos sacos vacíos que le colocaron sobre la cara, en el patio, antes de que lo trasladaran a su casa, a la casita de su hermana.

Solo estaba yo en el patio cuando sucedió, pero de espaldas, y no me enteré de que algo pasaba hasta que oí el chacoloteo de los cascos de la yegua y el chasquido como de disparo cuando el lateral del carro se hizo astillas contra los pilares de la verja. Al principio, cuando me giré, no vi a Jamey. Solo pensé en la yegua y en cómo detenerla, porque después de que el carro golpeara la cerca se rompieron las correas y salió disparada por el camino a galope desbocado. Muchas veces me he planteado desde entonces si Jamey no dio un grito o un aullido, pero quizá se perdiera entre el chacoloteo de los cascos y el traqueteo de las ruedas con remates de hierro del carro. O puede que ocurriera todo tan de repente que no le diera tiempo a tomar aliento para dar un chillido y, simplemente, salió disparado y fue a caer a los adoquines, donde —ay, Dios, a nadie le deseo semejante calamidad— la rueda trasera del carro le

pasó por encima. Por encima de la cabeza, creo, pero gracias a Dios no llegué a verlo. Cuando lo vi estaba tumbado boca arriba donde había caído. Dicen que yo eché a correr hacia él, aunque no recuerdo más que verlo tumbado en el fango y la suciedad con las manos extendidas, como si todavía tirase de las riendas. Pero yo sabía que estaba muerto. Dicen que di un grito y que me tiré al empedrado y no recobré el sentido hasta que me llevaron en volandas a la casa y me tumbaron en el sofá del salón. Pero ¿saben qué fue lo primero que oí después del accidente? La voz de Agatha. Estaba hablando con mi padre. «Ojalá no hubiera pasado en nuestro patio».

Para ella no tenía mayor importancia que un hombre hubiera muerto, y que ese hombre fuera Jamey Morrow, quien llevaba quince años trabajando para nosotros y al que conocíamos de toda la vida, desde que éramos todos unos niños. No conservo recuerdos de la época en que no conocíamos a Jamey Morrow y a su hermana, Annie. Me acuerdo de cuando vivía su madre, una pobre mujer enfermiza. Nuestra madre nos llevaba con ella cuando se acercaba a la casita con una sopa o algún medicamento para la pobre mujer. «No le queda mucho tiempo en este mundo», decía madre, y miraba a Jamey y a Annie y suspiraba, y nos decía que pronto serían huérfanos. Pero aquella fue solo una de las cosas que parecieron salir al revés de como se esperaba.

Por ejemplo, quién habría pensado, cuando este país obtuvo la libertad y el nuevo gobierno empezó a construir feos chalés de hormigón para los jornaleros y agricultores, que llegaría un día en que aquellas construcciones se considerarían más aptas como viviendas que nuestras casas de labranza de piedra, que tanto orgullo nos hacían sentir. Luego nos pareció que tales espantos destruyeron los campos. Recuerdo muy bien la cólera de mi padre cuando se enteró de que los Morrow se habían apuntado para que les concedieran una, y de que se construiría delante de la finca de James Lanigan, justo enfrente de donde nuestro camino desembocaba a la carretera, precisamente donde padre consideraba que más nos molestaría verla cada vez que tomáramos el camino. Aunque me alegraba de que los Morrow se marcharan del cuchitril húmedo en medio del campo donde vivían hasta entonces, incluso yo deseé que no se plantaran justo al final de nuestro camino.

Adorábamos nuestro camino. Estábamos orgullosos de vivir a más de un kilómetro de la carretera, sabiendo que el terreno y el ganado que había alrededor era nuestro. Nos encantaba recorrerlo en el tílburi, sobre todo en verano, cuando los setos se ponían tan altos como tapias y las rosas caninas blancas y rosas se agitaban con la brisa cuando traqueteábamos a un lado y al otro al pasar por los surcos secos del suelo.

Nunca pensé que llegaría un día en que las casas de los campos valdrían menos que nada. Pero quién de nosotros podría haber previsto que incluso los tejados de paja de los que tanto nos enorgullecíamos se convertirían en una curiosidad para la gente de ciudad. Debo reconocer que un tejado de paja descuidado es muy poco vistoso, y que con el tiempo cada vez había menos empajadores. Algunos de nuestros vecinos quitaron la paja y pusieron tejas de pizarra. Los Lanigan, los vecinos de dos fincas más allá, cubrieron el tejado con una chapa metálica galvanizada, y me figuro que hasta ese tendría mejor aspecto que el nuestro, al que a veces le habían salido parches de podredumbre y le brotaron espontáneamente briznas de hierba. Pero no era solo eso lo que afeaba nuestra casa, porque no se podía hacer nada para enderezar los viejos muros, que estaban torcidos, lo que venía a recalcar un aire anticuado que, por algún motivo, parecía encajar a la perfección con el tejado de paja.

En fin, supongo que ahora resulta cómico pensar en lo mucho que nos ofendían las viviendas de protección oficial nuevas, y que considerásemos que echaban a perder el campo. Para ser del todo sincera, debo decir que nunca hubo ningún intento por integrar las casas nuevas en el entorno. Casas como la nuestra y la de los Lanigan, y otras parecidas, estaban delimitadas por setos de alheña y laurel para embellecerlas, y en verano la madreselva y las rosas formaban guirnaldas alrededor de las ventanas y la puerta. Aun así, reconozco que la casita de los Morrow no era ni mejor ni peor que cualquier otra. Para ser justa con Agatha, estoy dispuesta a concederle ese único mérito.

A los Morrow no les dieron una vivienda de protección oficial hasta que Jamey ya casi era un hombre hecho y derecho. El ayuntamiento pasaba por alto su solicitud escudándose en que solo estaban él y su hermana, los dos solteros. Pero al final se la

concedieron.

Agatha y yo estábamos en el internado cuando empezaron las obras del chalé. Ya estaba bien encaminado cuando volvimos a casa a pasar las vacaciones de verano.

—¿Qué es eso, por el amor de Dios todopoderoso? —preguntó Agatha cuando llegamos a la altura del camino y vio los muros nuevos justo enfrente de nuestra verja.

Mi padre se limitó a encogerse de hombros.

—A los Morrow les han dado una casa por fin, nos guste o no —explicó. Apretó los labios y le dio un latigazo a la yegua para que saliera al camino.

—Me importaría menos si fuera de cualquier otra persona, pero ¿los Morrow? —dijo Agatha mientras paseábamos por el camino ella y yo unos días más tarde.

Siempre los había odiado. Yo nunca he sabido por qué, ni antes ni ahora, salvo que sea porque antes incluso de que Jamey viniera a trabajar con nosotros, antes de que fuera un hombre, podríamos decir, cuando no éramos más que unos chiquillos que iban juntos a la escuela, ella viera que cuando Jamey me miraba sus ojos transmitían algo que no existía cuando la miraba a ella. Ya incluso por aquel entonces siempre estaba cruzándose en nuestro camino, como si quisiera provocar a quienquiera que llevara las riendas del caballo. Como ya he dicho, fuimos a la escuela pública de pequeñas, hasta que tuvimos edad para entrar en un internado, como todos los hijos de los agricultores. Pero, mientras por lo común el resto de colegiales tenían que caminar cinco o seis kilómetros para llegar a la escuela, descalzos las más de las veces, nosotras, que vivíamos a corta distancia del pueblo, siempre íbamos y veníamos en la carreta. Y cuando hace escasos minutos he dicho que Jamey Morrow siempre andaba cruzándose en nuestro camino lo decía de manera literal, porque uno de los recuerdos más claros que tengo de aquella época es el de verlo aparecer de repente —casi de la nada, como una liebre, delante de la cabeza del caballo—, y entre carcajadas atravesar la carretera como una flecha, para quedársenos mirando desde el terraplén alto que había al otro lado.

—¡Idiota! —gritaba Agatha, y recuerdo que una vez sacó el látigo de la funda y se puso de pie en la carreta para azotarlo.

Pero él siguió riéndose de una manera que Agatha calificó de

impúdica. Aquel día, para buscarle las cosquillas, recorrió todo el camino hasta la verja de la escuela sin separarse del caballo, y por mucho que mi hermana golpeara al pobre animal con la vara, no conseguimos adelantar su cara sonriente.

—¡Idiota! —le gritó otra vez cuando llegamos a la tapia del patio de recreo y él la saltó tan campante.

Presa de la furia, lo único que Agatha pudo hacer fue restallar el látigo por última vez contra la desgraciada bestia, cuyas pobres patas se doblaban de cansancio.

Llegados a este punto creo que debería contar otro recuerdo que conservo de aquellos días. Solíamos desenganchar al animal y atarlo en un cobertizo que había a un lado del edificio principal de la escuela, con un morral de avena que llevábamos en el carro. Bueno, pues aquel día, mientras estábamos en clase, empecé a sentirme inquieta por la pobre bestia después de la zurra y en cuanto pude salí al patio para ver cómo estaba. Pero alguien le había echado una arpillera por el lomo y también le había arrancado unos cuantos puñados de hierba, porque había briznas verdes por todo el suelo bajo los cascos y entre los dientes amarillos del caballo.

Agatha no le había echado la arpillera. Ella no había arrancado la hierba. Ni yo tampoco. Solo podía ser una persona, y cuando en aquel instante noté que había alguien más en el patio no me hizo falta verlo para saber que era Jamey Morrow.

Supongo que podría decirse que, en cierto modo, nos enamoramos en aquel momento tan lejano, cuando nuestros ojos se encontraron aquel día en el patio vacío, y a partir de entonces la mirada de Jamey siempre fue la misma cada vez que estábamos solos.

Supongo también que por eso me sentí tan rara cuando volvimos definitivamente del internado y nuestro padre nos dijo que Jamey Morrow le había pedido trabajo. Me sentí tan extraña que tuve que sentarme encima de mi baúl. Y eso no fue nada comparado con cómo me sentí al día siguiente, cuando fui a la cocina a buscar algo y vi a Jamey en la puerta trasera con un balde de comida para los terneros en la mano, esperándome para que se lo calentara. Agatha también estaba, pero Jamey solo tenía ojos para mí. A ella no la miró en ningún momento, a pesar de que estaba delante de mí, y yo me quedé plantada en medio de la cocina, mirándolo fijamente,

hasta que noté que me sonrojaba y retrocedí detrás de un contenedor para grano que guardábamos en la cocina para que no se humedeciera.

Ay, qué mirada me lanzó Jamey aquel día. Cuántas veces no me eché a temblar por si Agatha también la había visto, o padre. Qué bien llegaría a conocer aquella mirada en los años venideros.

Ahora creo que padre nunca vio nada, pero sé que Agatha estaba al tanto de cualquier mirada que intercambiáramos, incluso cuando ella se encontraba en otra habitación, con el grosor de dos muros entre ella y nosotros. Pero su pretendido silencio formaba parte del plan que pergeñó desde el principio para no delatar que era consciente de todo lo que pasaba.

El día de la investigación judicial siguió comportándose como si el accidente no me hubiera traumatizado, no más de lo que afectaría a cualquiera que un hombre muriera en el patio de su casa, ante sus propios ojos, como quien dice, pese a que yo estaba ostensiblemente impresionada. En el último momento, en la cocina, cuando ya estábamos vestidas y listas para salir al Palacio de Justicia y padre ya había amarrado la yegua al tílburi, les supliqué a los dos que me dejaran quitarme el vestido azul de seda, pero ella se limitó a lanzarme una mirada glacial y me preguntó qué otra cosa tenía para ponerme.

—Cualquier cosa menos esto —dije angustiada, mirándome el vestido azul. Era más apropiado para una boda que para una investigación.

—Ya sabes que no tienes nada más que ponerte para semejante ocasión, salvo el viejo vestido de seda —dijo despacio y con prudencia.

Se refería a un vestido negro, liso salvo por unas cuentas en el cuerpo. Era una de las prendas de luto que padre nos había comprado cuando nuestra madre murió. Agatha tenía uno igual, pero a ella el negro le sentaba bien y lo había desgastado enseguida. Muy poco antes la había visto cortarlo para hacerse una enagua. Pero a mí el negro nunca me favoreció, y no me ponía apenas el mío. Estaba como nuevo.

—De negro eres como una aparición, ya lo sabes —dijo Agatha cuando me vio aún indecisa—. Y ya bastante mala cara tienes esta mañana, bien lo sabe Dios. La tienes toda llena de churretes,

¿sabes?

Yo ni lo sabía ni me importaba, y Agatha tendría que haberlo sabido, porque a pesar de su postura de fingir que no sabía nada había momentos en que no podía ocultar su malevolencia, que en aquel momento estalló:

—¿Quieres que la gente vaya diciendo que le guardas luto al jardinero de tu padre?

Sé que tendría que haberle dado la respuesta que se merecía. Tendría que haberle explicado lo poco que me importaba lo que nadie pensara de Jamey y de mí en aquel momento; y su opinión, menos todavía. Pero padre nos esperaba fuera en el tílburi y la puerta estaba abierta. No me pareció que fuera a ganar nada irritándolo por gusto, porque ninguna declaración que hubiera podido hacer le habría hecho ningún bien a Jamey, como tampoco mi silencio podía hacerle ningún daño, o eso creí entonces.

Ese fue siempre mi gran defecto, no plantarle cara a nadie, pero solo aquel día comprendí que se trataba de un defecto. Antes lo tomaba por una virtud. Antes me sentía orgullosa de lo que consideraba mi naturaleza mansa. Antes pensaba que la gente me admiraba por ello, sobre todo cuando sabían que Agatha era tan severa.

Agatha era como padre. Él y ella se parecían tanto en su forma de ser que eran más como un hombre y su mujer que como un padre y su hija. Pero yo salí a madre.

Pobre madre, pobrecita. Siempre había sido tímida, y cuando hacia el final de su vida se volvió frágil y delicada su timidez llegó a rozar la cobardía. Permitía que padre la dominara en todo, y siempre andaba insistiendo en que evitáramos hacer cualquier comentario que pudiera molestarlo, por si, como decía ella, con la voz transformada en un susurro, por si le daba un ataque y «caía fulminado».

Ay, el temor que me inspiraba esa palabra, «fulminado», cuando la oía así, en un susurro, en boca de mi madre. Tal es la capacidad de asociación que, durante las tormentas, yo jamás oía los rayos sin sentir en lo más profundo de mi ser un terror aún mayor que el que me provocaba la furia de la propia tormenta.

Agatha, evidentemente, no tenía el mismo miedo que yo a despertar la cólera de padre, o quizá estuviera tranquila sabiendo

que en su vida no había nada que pudiera sumirlo en un estado de cólera. Esto la dejaba en una situación privilegiada para encenderlo con cuentos sobre mí.

Y no porque yo tuviera mucho que ocultarle, ni siquiera antes de que Jamey entrara a trabajar para nosotros, pero desde que tengo memoria siempre le tuve un miedo cerval a mi padre. Aunque por aquel entonces también le tenía miedo a Agatha.

Yo era como madre, ya ven, a quienes le daba miedo todo. Supongo que salí a ella, como se suele decir. De hecho, eso mismo me dijo madre un día, muy poco antes de morir. Me cogió la mano con la suya, tan flaca y blanca.

—Eres igualita a mí, Rose —me dijo.

—Yo me alegro de ser como usted, madre —dije en voz baja, con amor y ternura, pero ella me miró con lástima y apartó la vista, y vi que tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—¿Qué le pasa, madre? —le susurré, pero lo único que acertó a hacer fue menear la cabeza de lado a lado, casi amonestándome.

Como si yo hubiera podido hacer algo entonces, o en cualquier otro momento, para ser diferente de como era. Lo que ocurrió durante la investigación judicial demostró que si hubiera contado con un centenar de vidas habría seguido siendo la misma criaturita cobarde; y al final Jamey no habría ganado nada con su terca perseverancia, por mucho tiempo que hubiera vivido.

Yo nunca habría tenido valor para enfrentarme a padre, a Agatha, al campo entero, y que me echasen en cara que me fuera a vivir a la casita de la que tanto me había burlado durante su construcción. No me cabía en la cabeza semejante cosa, aunque más de una vez desde entonces la idea de verme en uno de aquellos cuartitos con Jamey me producía el mismo efecto que pensar en una caricia, porque, por mucho que nos quisimos, nunca estuvimos tan cerca como nos habrían obligado aquellas paredes estrechas y agobiantes.

Nunca habíamos estado solos más de unos pocos minutos incómodos, en el patio solo intercambiábamos un puñado de palabras prudentes, mientras yo le fregaba los cubos de ordeñar, o accionaba la palanca del surtidor, mientras él los enjuagaba con agua de manantial. En aquellos ratos Agatha siempre andaba cerca, amenazando con irrumpir en cualquier momento. Pero eran ratos

terriblemente largos pese a todo, y me parecía que algo tiraba de nosotros, de ahí que con frecuencia tuviera que asirme a cualquier cosa, la mesa o el respaldo de una silla, para no acercarme más a él o estirar la mano para tocarlo. Ignoro si aquella atracción la ejercía una fuerza dentro de mí o si él me imantaba deliberadamente con sus ojos, que estaban siempre fijos en mí cada vez que coincidíamos. Lo único que sé es que cuando habían pasado aquellos momentos tan largos, y Jamey ya se había ido, o, más habitualmente, cuando alguien aparecía, aunque el corazón me latía desbocado ante la idea de lo que aquello podía presagiar, siempre me alegraba de que las cosas se mantuvieran en la imprecisión un tiempo más.

Y así, un verano tras otro llegaba y se iba, dejándonos igual que nos había encontrado. Y llegaban los inviernos fríos y rigurosos, y aunque parecía que no pasaban nunca, pasaban también y dejaban todo igual.

Ay, qué amargo pensar después en cómo Jamey había aguantado aquellos inviernos. Noches enteras en vela con las ovejas durante la parición, y aun así el primero en salir al patio al alba escarchada. Muchas, muchísimas veces sentí una puñalada en el corazón al verlo hacer sus tareas, embarrado hasta las rodillas, con la ropa deforme de tanta agua como le caía y los pobres medios con que contaba para secarla.

Era un consuelo pensar en las veces en que, con el mal tiempo, se me presentaba la oportunidad de invitarlo a acercarse a la ventana de la cocina y pasarle una taza de té caliente cada vez que Agatha estaba a otras cosas. Pero no creo que esto fuera motivo suficiente para quedarse en un sitio tan subdesarrollado.

Naturalmente, en verano no se estaba tan mal. Y el verano llegaba tan de repente que parecía alcanzar la plenitud de la noche a la mañana, los setos espumeaban flores y el ganado en los prados vadeaba nubes inmensas de hierba, como si se movieran por el agua, mientras las praderas crecían hasta la altura del pecho. Tanto, que un día íbamos por el camino en el tílburi y vimos a un hombre caminando por un terreno dentro de nuestra pradera, y solo cuando el viento agitó la hierba distinguimos que llevaba de la mano a una niña con una papalina rosa.

Ay, qué preciosos los veranos, qué pródigos los veranos,

parecían hechos para los amantes. Yo me olvidaba de Agatha. Me olvidaba de padre. Pero, por encima de todo, me olvidaba de que había habido otros veranos con los setos tan cargados de rosas y la hierba crecida en los campos igual que una inundación, y sin embargo aquellos veranos habían pasado y Jamey y yo seguíamos como siempre, sin más acercamientos.

¡Cuántos veranos!

Apenas unos días antes de que Jamey muriera brutalmente, yo estaba en la puerta de la cocina, y aunque todavía no había llegado del todo el verano, aquí y allá, como una rociada de espuma que rompe antes de tiempo a lo lejos en una ola distante, el majuelo había florecido.

—Ya casi ha llegado el verano —dijo Jamey, echando despacio el agua en círculos sobre la lechera, y sin mirarme.

—Me entristece pensar que vuelve el verano —dije yo—. Él dejó de dar vueltas al recipiente. —Estaba pensando en los veranos de hace mucho tiempo, de cuando era niña.

Me miró a los ojos, y la antigua sensación de nerviosismo se apoderó de mí, hasta tal extremo que me eché a temblar, e instintivamente busqué cobijo en el marco de la puerta. Agatha solo había ido al callejón de la vaquería, desde el que nos llegaban los sonidos de las lenguas con las que hacía mantequilla. Pero aquel día Jamey fue un imprudente. Soltó la lechera y avanzó uno o dos pasos hacia mí, mientras yo reculaba hacia la cocina.

—¿Por qué pensar en los veranos que ya han pasado? —me dijo —. ¿Por qué no pensar en los veranos que están por venir?

Cualquiera las habría tomado por unas palabras sencillas, inofensivas incluso, pero yo distinguí con tal claridad su trascendencia que, aterrada, miré por encima de mi hombro por si alguien las había oído, y cuando volví a mirarlo vi en su rostro otra expresión, que empezaba a conocer, y que no era de piedad, ni de desprecio. La mejor descripción que acierto a dar es que se trataba de una mirada acusadora.

—Ya han pasado más de los que están por venir —dijo.

Y de nuevo su voz había perdido aquella nota de impaciente solicitud, era plana y monótona. Levantó la lechera y fue hasta el surtidor, y el estrépito se oyó en todo el patio.

Aquel día lo vigilé compungida. Esto es todo lo que hay entre

nosotros, pensé, y lo que habrá: miradas de amor y miradas de acusación.

Agatha se entretuvo mucho en la vaquería aquella tarde. No tendría por qué haberme mostrado tan cauta. Sin embargo, cuando volvió a la cocina media hora más tarde, fue como si nuestras voces hubiesen dejado un rastro en el aire, porque se quedó plantada en el umbral con el cuenco de suero de leche entre los brazos, mirando en derredor con suspicacia.

—¿Quién ha estado aquí? —preguntó, aunque sabía sin que se lo dijera que había sido Jamey—. Qué bien que no tengas nada mejor que hacer que darle palique a ese.

Aquella fue la actitud de Agatha desde el principio; ignorar las consecuencias de la situación que se estaba gestando, y poner toda su atención en las irregularidades superficiales, en mi holgazanería, o en el barro que dejaban las botas en el suelo cada vez que Jamey entraba en la cocina.

Era complicado saber a veces si sospechaba algo. En ocasiones se antojaba imposible pensar que no. Entre Jamey Morrow y yo no había habido nada más allá de aquellas miradas, peligrosas e inflamables. Aquellas miradas que evidenciaban lo cerca que estaba de la superficie el fuego que nos consumiría a todos. Por otro lado, nada había ocurrido nunca a espaldas de Agatha que no hubiera pasado ya en su presencia. Agatha y padre nunca habrían llevado la frente bien alta si yo hubiera seguido con Jamey y hubiera huido con él.

Y no es que nuestros planes se verbalizaran jamás en ese sentido. Pobre Jamey, nunca tuvo derecho a hablar con el corazón en la mano. Nunca le concedí ese derecho. Pero no podía reprimir lo que tenía en mente, y detrás de cada palabra que articulaba se ocultaba un propósito y un significado. Hubo un día en que se presentó en la puerta de la cocina y me llamó por mi nombre de pila, temerario, sin preocuparle que alguien lo oyera. Por fortuna estábamos solos.

—¿Te has enterado? —preguntó, con los ojos brillantes y penetrantes, escudriñándome el rostro.

Yo no me había enterado de nada fuera de lo habitual.

—De lo de Molly Lanigan.

No sabía nada, pero naturalmente comprendí al instante de qué se trataba.

—¿Y Andy Fagan?

Jamey asintió emocionado.

—¿Se han fugado?

Yo hablaba con un hilo de voz, pero Jamey respondió con exuberancia, diciendo a voz en grito:

—Sí, han huido a Australia.

Exhibía un gesto de satisfacción.

—Pero ¿cómo se las han apañado?

Yo estaba muy turbada, muy desconcertada. Molly era la hija de James Lanigan, nuestro vecino, y llevaban una vida idéntica a la nuestra en muchos aspectos. No entendía cómo habían podido arreglárselas para que nadie más en la casa hubiera descubierto sus planes de fuga.

Puede que el viejo Lanigan no fuera tan orgulloso como nuestro padre y no hubiera puesto el listón tan alto para sus mujeres; las dejaba ir andando a misa en lugar de coger la carreta, aunque lloviera, y no prestaba ninguna atención a su aspecto dentro de casa, con la consecuencia de que Molly Lanigan bajaba a veces a la cocina por la mañana calzada con unas trilladas pantuflas, o salía al patio cuando había barro con los pies enfundados en unas viejas botas de su padre, sin lustrar y sin atar. Pero por mucha relajación que mostrara el viejo Lanigan a este respecto, padre y él coincidían plenamente en lo tocante a la diferencia que había entre ellos y la clase trabajadora. El viejo Lanigan, sobre todo, se había puesto hecho una furia con el proyecto que les concedía casas a los más humildes. «Ya verás», decía. «Esto va a acabar muy mal. Se les va a subir a la cabeza.

Llegará un día en el que no habrá manera de que agarren una pala. Es más, tú y yo llegaremos a ver el día en que estarán tan pagados de sí mismos que se encapricharán de nuestras hijas y buscarán esposa entre ellas». Molly Lanigan estaba con su padre aquel día, y cuánto nos reímos ella y yo hasta que vimos a Agatha mirarnos por encima del hombro.

Molly era más bonita que una flor, tenía el pelo suave y musgoso, y las mejillas levemente teñidas de un rosa que iba y venía. La gente solía decir que Molly y yo nos parecíamos, aunque como es natural yo no era ni de lejos tan guapa como ella. En cualquier caso, la gente creía ver un parecido entre nosotras, y a

menudo nos tomaban por hermanas. Lo cierto es que nos comportábamos más como hermanas que Agatha y yo, y me figuro que de ahí la confusión de la gente. Me sentía más hermana de Molly, de eso no había duda, aunque a Agatha nunca le cayó bien. Y un día la sacó a colación con un destello de malicia.

—Me he enterado de que la gente anda hablando de Molly Lanigan —sondeó Agatha.

—Algo he oído yo también.

Había oído algunos rumores, Jamey me lo había insinuado, pero ni soñaba con que Molly llegara tan lejos como para dar motivos para que se hablara abiertamente de ella.

—Se comenta que hace muy buenas migas con uno de sus empleados —dijo Agatha.

Padre, que naturalmente no sabía nada, se giró hacia Agatha con una mirada de preocupación.

—Tendrán que ponerle fin a esa historia antes de que sea demasiado tarde.

¿Conque era verdad? De pronto experimenté una sensación extraña e indefinible dentro de mí. Hasta que, avergonzada, me di cuenta de que la sensación eran celos.

—Molly y Andy Fagan —murmuré, más para mí misma que para los demás, más para oír si, unidos, los nombres sonaban mejor avenidos que las personas.

Mi Jamey no tenía nada que ver con Andy, me apresuré a decirme a mí misma, porque no podía evitar sentir que por la única cosa que los unía debía de haber un centenar de cosas que los distinguiera. Andy Fagan tardaría mucho tiempo en superar sus orígenes. Era evidente que Jamey, aun con su ropa vieja y embarrada hasta las rodillas, estaba por encima del estatus de jornalero. Pensé que, hubiera lo que hubiera entre Molly y Andy, se acabaría, porque poco después del malicioso comentario de Agatha mandaron a Molly a Dublín. Iba a vivir con una hermana de su padre con fama de ser una mujer muy estricta.

Era fácil ver lo que había detrás de aquel movimiento. Molly pasó casi dos años en Dublín, sin volver a casa ni una sola vez. Cualquiera habría pensado que se había zanjado lo que quiera que hubiera entre Andy y ella. Por eso me pilló tan desprevenida que Jamey me contara que se habían ido a Australia.

—¡Pero si la mandaron a Dublín para alejarla de él! —exclamé.

No entendía cómo se las habían arreglado.

Jamey soltó una carcajada corta.

—Error del viejo Lanigan. Si la hubiera dejado en casa sus planes habrían salido mejor.

No lo entendía, y así se lo dije.

—Si el viejo Lanigan la hubiera dejado en casa, seguramente a Molly le habría parecido que el pobre Fagan no era lo que se dice una bicoca. Había demasiada diferencia entre lo que él podía ofrecerle y a lo que ella tendría que renunciar por él.

—Hizo una pausa y me lanzó una mirada que recordaré mientras viva. —Como otras antes que ella— añadió.

¿Entienden ahora a qué me refiero con lo de sus constantes indirectas e insinuaciones, sin atreverse jamás a hablar abiertamente?

—Me pregunto si volverán algún día —dije, nerviosa, como una idiota, si lo prefieren, porque lo único que quería era cambiar de tema.

No lo logré en absoluto, pues Jamey siguió mirándome fijamente, sin pestañear, durante un minuto que me pareció eterno, como si yo pudiera hacer algo al respecto. Y entonces desvió la vista hacia el patio, detrás de mí, hacia el destartalado surtidor, y luego volvió a clavarme su mirada.

—¿Volver a un sitio como este? —dijo.

Porque, en aquella época del año, con las temidas extensiones de fango que había entre un cobertizo y otro, las fincas eran todas iguales en nuestra zona del país.

Se echó a reír. No me gustó aquella risa. Y no me gustó la expresión que adiviné en su cara, no era el gesto de siempre, el que yo conocía. No soy capaz de ponerle nombre, pero sentí una leve sensación de miedo. Yo pensaba que conocía a Jamey mejor que a nadie. Pero de pronto estaba asustada. No esperaba ver nada más en su rostro que la mirada enamorada a la que me tenía acostumbrada. ¿Podía yo hacer algo para cambiar lo que sucedía entre nosotros? Se me pasó por la cabeza que, pese a su obstinada devoción, cualquier día podía asaltarle la idea de marcharse sin mí. ¿Y qué haría yo entonces, cuando se fuera y me abandonara?

De modo que, cuando la muerte me lo arrebató de manera

definitiva y repentina, supuso un rayo de consuelo pensar que lo que nos había separado no había sido ningún acto de su voluntad o de la mía.

Era ese el pensamiento que ocupaba casi por completo mi mente el día en que traqueteamos por la carretera rumbo a la investigación. Por entonces me hacía sentir menos rencor hacia Agatha, y más compasión, porque a fin de cuentas yo tenía mis recuerdos, y creía que nadie me los podía quitar. Planeaba que cuando acabara la jornada y el crepúsculo empezara a caer sobre los campos, iría andando hasta el viejo cementerio donde habían enterrado a Jamey, junto a sus padres, me arrodillaría en la hierba fresca y le susurraría todas las palabras de amor que nunca había pronunciado.

Ay, Jamey, sollozaría. ¡Ay, Jamey! Y le confesaría mi amor, le contaría que lo había reprimido, y que había sufrido mucho, tan fuertes eran mis sentimientos de amor. Estaba convencida de que Agatha o padre se percataban de mi estado. Tenía que apretar las manos para no llevármelas al pecho.

Padre se dio cuenta, creo, porque me miró severo.

—Agárrate al carro, anda —ordenó con brusquedad—. ¿Es que quieres caerte al camino, o qué?

Casi no le hice caso. En mi cabeza estaba aún arrodillada, penitente, en la hierba húmeda del cementerio, a última hora de la tarde. «Ojalá estuvieras conmigo», le diría. «Iría hasta el fin del mundo, donde quisieras, y haría lo que me pidieras sin pensarlo contigo, Jamey. Perdóname», le gritaría al campo entero.

A pesar de mis ensoñaciones me di cuenta de que por fin habíamos llegado a las afueras del pueblo, y, por primera vez, comencé a ponderar lo vergonzoso de la situación.

—Hay mucha gente hoy en el pueblo —dije, dirigiéndome a Agatha, aunque había habido mucha tensión entre nosotras en los últimos días.

No pensaba que fuera a hablarme, pero contestó.

—¿Y qué esperabas? —me espetó, glacial—. ¡Han venido a vernos!

Supongo que estaba tan absorta en mis sentimientos que no le había echado cuentas a la investigación. Ahora, sin embargo, en el último momento, me invadía una curiosidad nerviosa.

—¿Van a hacernos preguntas? —quise saber.

Agatha me miró con desdén.

—¿Por qué te crees que nos han convocado?

El corazón empezó a latirme con violencia.

—A mí no me preguntarán nada, ¿no?

Padre echó una mirada a su alrededor con impaciencia.

—¡Vas a ser la testigo principal! ¿No lo sabías? —Y acto seguido miró a Agatha—. ¿No le dijiste que es la testigo principal?

—¡Ni que fuera tonta! —masculló Agatha—. Como si no supiera que era ella la única que estaba en el patio cuando ocurrió todo.

Pero padre no estaba satisfecho.

—Aun así, creí que hablarías con ella —insistió.

Estábamos ya en el pueblo y la yegua tenía que avanzar con cautela por las calles abarrotadas. Habíamos doblado la esquina de la calle mayor, al final de la cual se encontraba el Palacio de Justicia. Vi a Annie Morrow yendo hacia allí, una silueta patética con ropa negra barata. Tenía que propiciar un encuentro con ella, pero lo haría por Jamey, porque para ser sincera eran muy distintos ella y él, en fin, como supongo que habría dicho la gente de nosotros dos si hubieran tenido ocasión de hablar de nosotros. Pero aun así me daba mucha lástima, a pesar de su mal aspecto y su ropa mal hecha.

—Ahí está Annie Morrow —dije en voz alta—. Imagino que a ella también le harán preguntas.

Pensé que al menos mi padre sentiría algo al verla. Pero lo que hizo fue apartar su rostro adusto y orgulloso y mirar hacia delante.

—Ya lo creo que sí, y que tendrá respuesta para todo lo que le pregunten —afirmó—. De sobra —añadió.

De pronto comprendí que había algo raro en el silencio de Agatha. No me había contado que me llamarían como testigo. Transmitía una brusquedad extraña. Estaba tramando algo, algo mezquino.

—¿Acaso no sabes que los Morrow y su gente nos echarán a nosotros la culpa de todo? —dijo padre.

—¡Pero fue un accidente! —exclamé—. ¿Qué culpa ha podido tener nadie?

Padre tiró de las riendas.

—Se ve que no conoces ni a los Morrow, ni a los de su calaña —

replicó—. Andan buscando cualquier oportunidad para echar por tierra la reputación de sus superiores. Dirán que todo ha sido por culpa nuestra; que los arneses se partieron o que la yegua se volvió loca, o algún otro embuste.

Yo no pensaba que nadie fuera a complicarse la vida contando una mentira como aquella, mucho menos en un juzgado, donde declararíamos bajo juramento. Pero tampoco sabía que una mentira podía adoptar toda clase de formas, y que se podía decir una sin abrir siquiera la boca.

—No creo que Annie Morrow sea capaz de mentir —protesté—. Además, podemos demostrar que los arreos estaban bien. Podemos enseñarlos. ¡Y todo el mundo sabe que nuestra yegua es muy tranquila!

Estábamos ante la puerta del Palacio de Justicia, y lo único que tendría que hacer mi padre cuando nos apeáramos del tílburi sería hacer un nudo con las riendas y echarlas al carro.

La yegua no se movería de allí en todo el día, si era necesario. Se quedaría en la calle, en la puerta del juzgado, sin amarrar ni nada. No había animal más manso en todo el campo.

—Todo el mundo conoce a nuestra yegua —añadí cuando me disponía a saltar a la acera.

Fue entonces cuando intervino Agatha.

—El animal más bueno del mundo se revolvería si lo trataran mal —sentenció con su voz fría, helada.

Experimenté una sensación tan extraña que no fui capaz de apearme del carro. Me hundí en los desgastados cojines de piel.

—No insinuarás que Jamey la maltrató.

Agatha se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Entonces me vi capaz de hablar.

—Agatha Darker, sabes muy bien que Jamey Morrow jamás en su vida trató mal a un animal. —Pero cuando vi su cara fría y burlona, me volví hacia padre—. Usted, padre, lo sabe, ¿verdad?

Padre estaba haciendo un nudo con las riendas. Tiró el lío de cuero en el interior del carro antes de contestar.

—Lo que sepamos o no sepamos da igual, lo que cuenta aquí es lo que vimos o no vimos —dijo, y antes de meter el látigo en su funda, avanzó hacia el juzgado con él en la mano—. Tú eras la

única que estaba en el patio cuando pasó todo. Si dices que Jamey no pegó a la yegua, confiarán en tu palabra. Eso es todo lo que tengo que decir al respecto. ¡Venga! ¡Baja!

Pero yo no me bajé. Me sentía tan débil que creí que no me responderían los pies si intentaba levantarme, no hablemos ya de caminar entre la multitud que se congregaba en la puerta del Palacio de Justicia, todos lanzándonos miradas hostiles. Reconocí a uno o dos jornaleros que trabajaban en fincas vecinas. Y vi a dos chicas que eran primas de los Morrow. Cualquiera habría pensado que aparentarían un poco más de sobriedad en una circunstancia así, pero en vez de eso nos miraban con insolencia y descaro, como si el pleito les diera una suerte de importancia.

No pude evitar fijarme en que cuando mi hermana Agatha se bajó del tílburi las chicas perdieron buena parte de la insolencia. Agatha siempre causó ese efecto sobre las personas. Las hacía sentir incómodas. Retrocedieron cuando, con la cabeza bien alta, se dispuso a entrar en el juzgado.

—¡Agatha! —exclamé.

Era mi hermana, después de todo. Aquella gente que se agolpaba a nuestro alrededor no era como nosotros, y aunque no quería ponerme del lado de Agatha y padre, tampoco quería hacerlo a favor de los otros. Al fin y al cabo, tendría que convivir con Agatha y con padre, y ahora que Jamey ya no estaba conmigo, tendría que convivir con ellos el resto de mi vida.

—¡Oh, Agatha! ¿Por qué tengo que responder preguntas? Yo no vi nada. Padre y tú visteis más que yo. Solo cuando tú saliste corriendo al patio y te vi llevarte las manos a la cara me di la vuelta y lo vi tirado en el suelo. ¿Y acaso no me desmayé? ¿De qué va a servir que me interroguen a mí? ¡Yo no vi nada!

Yo aún no lo sabía, pero era precisamente aquel momento el que Agatha había estado esperando.

Me cogió de la mano, me ayudó a bajar del tílburi, y agarrándome del brazo me apretó contra ella mientras subíamos los peldaños del Palacio de Justicia, entre las filas de caras boquiabiertas a ambos lados.

—Pues claro que no viste nada. Por eso es tan ridículo que te obceques en que Jamey no pudo haber provocado a la yegua. ¿Cómo vas a saber lo que pasó? Pudo haberle dado diez puntapiés

sin que tú lo vieras. Todos sabemos que es muy poco probable, pero no podrías jurar lo contrario, ¿verdad que no? No te olvides de que estarás bajo juramento.

Ya estábamos en la puerta del juzgado, pero no habíamos entrado porque estábamos esperando a padre.

—No podrías jurar lo contrario, ¿verdad que no? —preguntó otra vez Agatha.

En aquel momento apareció padre por las escaleras.

—¿Verdad que no? —insistió mi hermana. Y esta vez negué con la cabeza.

Ay, cada vez que pienso en la astucia y la malicia que me llevaron a aquella traición. No es de extrañar que la haya odiado desde aquel instante, y la odiaré hasta el último segundo de mi vida en este mundo. Y pensar que, llegado el momento, me enterrarán junto a ella, y que será su polvo el que se mezcle con el mío, yo, Rose Darker, que por derecho tendría que ser enterrada al lado de Jamey Morrow…

GUANTES DE GAMUZA

Era un día importante en el convento de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro: tres novicias iban a profesar sus primeros votos.

¡Un día precioso, gracias a Dios!

El sol centelleaba en las ventanas de la capilla, en el tejado del invernadero y en los parabrisas de los coches de los visitantes que aparecían en el caminillo de acceso.

Ya había uno o dos coches aparcados frente a la capilla, que era un edificio independiente a la izquierda del convento, y los neumáticos habían dejado surcos en la grava limpia y arenosa. La capa de grava era demasiado densa, porque cubría los pies de los parientes que se bajaban de los coches. ¡Con razón no había mala hierba! Y en el caso de que un pequeño hierbajo osara asomar la cabecita, Joe el jardinero montaba guardia junto al seto de tejo, azadón en mano. Con su mejor traje, eso sí, y hasta se había puesto el sombrero.

Al otro lado del seto, magníficamente despreocupadas, dos, no, tres monjas jóvenes que caminaban a paso ligero hacían sus lecturas espirituales. Finalmente, en una ventana abierta de una de las aulas de la planta baja, una maestra lega les colocaba las coronas de flores y los velos a las cinco niñas pequeñas que ejercerían de damas de honor en la ceremonia. A las protagonistas, en sus celdas de la planta más alta del noviciado, no se las veía.

Empezaban a llegar bastantes coches. Dos más subían por el camino, y se oía el sonido de otro que cambiaba de marchas en la verja. La verja estaba situada en un punto malo de la carretera, y no se podía franquear de forma segura en quinta.

En el sótano del convento una monja lega anciana miraba hacia arriba por un ventanuco que quedaba al nivel del suelo.

¿Habrán llegado todos ya?, se preguntaba. Era la hermana

cocinera, Ursula, encargada de la merienda que se serviría tras la ceremonia. Giró la cabeza para consultar un reloj que había a su espalda. En quince minutos justos, calculó, tendrían que estar sentados a la mesa. Pero ¿lo estarían? Chist, chist, se dijo, porque de otro coche que había esparcido a derecha e izquierda la gravilla como bodoques lanzados con cerbatana se apeó una familia entera: padre, madre y tres niños pequeños. «Espero que no vengan más de los que han confirmado, como ocurrió el año pasado», murmuró. La gente no tenía consideración ni educación. Algunos se pensaban que los niños no contaban. Habría que darles una lección. A los niños no tendrían que sentarlos a la mesa. Habría que meterlos en un aula y darles un vaso de leche y un platito con galletas. Pero no, uy, no, los padres no se plantean otra cosa que apretujar a las criaturas en la mesa grande del salón y desbaratarlo todo, especialmente el número de tenedores y cuchillos. Algún padre intentaría dar cabida a su niño exclamando: «¡Es que yo tengo dos tenedores!», como si la mesa estuviera mal puesta.

—Ay, no tienen ni idea de nada —dijo sor Ursula.

Era hija de un pequeño agricultor, y siempre le había parecido que las comidas del convento eran demasiado espléndidas, y que los invitados no apreciaban del todo las exquisiteces. Y si después del convite entraba en la cocina un pomelo intacto, o un cubierto sin usar, se sentía en el derecho de decir: «Qué culpa tienen. ¿Cuándo han visto ellos estas cosas?».

Por su parte, la madre superiora, que procedía de una familia de comerciantes acomodados del centro del país, siempre estaba nerviosa por si algo fallaba, y en ocasiones como la de hoy daba vueltas alrededor de la mesa rectificando los pliegues de las servilletas y haciendo alteraciones insignificantes en la posición de la cubertería. Para ella era una fuente menor, pero constante, de turbación el que no hubiera cucharas especiales para pomelos. No tenía confianza suficiente para pedirlas, pero cada vez que la dote de una monja joven incluía una parte de la vajilla familiar, o cuando el convento recibía la donación de una cubertería, la revolvía con impaciencia. «¿No hay cucharillas para pomelos?», preguntaba, y cuando comprobaba que no, le costaba ocultar su decepción, por muy raros o valiosos que fueran los demás artículos.

Sor Ursula sabía lo que opinaba la madre superiora de las

cucharillas, y por eso, cada vez que ponía la mesa para los invitados, les daba a las cabezas de las cucharas un apretón, para estrecharlas.

«Las cucharillas para pomelos son alargadas y en punta, ¿sabéis?», les decía a las monjas legas. «Pero ¿quién va a notar la diferencia? Los hay que ni siquiera han visto un pomelo en su vida».

Hoy, mientras escudriñaba a través de la ventana enmarcada de hiedra, era proclive a pensar que gran parte de la cubertería volvería sin usar. Ella estaba dispuesta a aceptar a todas las monjas de coro como señoras, una vez declaradas, pero, en lo tocante a algunos familiares, levantaba tanto las cejas que la franja de lino almidonado que le cubría la frente se movía y mostraba el surco que le había dejado en la piel. ¡Ah! Ese coche le sonaba. Como siempre, puntual, el padre Devaney. Volvió a afanarse junto al fogón. Se cumpliría el horario, finalmente; el padre Devaney velaría por que así fuera. A Dios gracias.

La llegada del coche del sacerdote era, efectivamente, una señal para todos los interesados. Las monjas jóvenes que paseaban detrás del seto de tejo cerraron los breviarios y volvieron al convento, con menos celeridad que diligencia. Las cinco pequeñas comulgantes desaparecieron. Entre los invitados también hubo movimiento. Algunos de los hombres que se habían quedado sentados al volante de los coches salieron y, agarrando los abrigos por el cuello, como si fueran sus propios lacayos, siguieron con firmeza a sus mujeres. Ellas, por otro lado, confiadas y parlanchinas hasta ese momento, se mostraron inquietas, sin saber lo que ocurriría. Al final era en los hombres en quien se confiaba.

«Bueno, ¿por qué no entramos ya?», decían, y se dirigían en tropel hacia las escaleras antes de limpiarse los pies con mucho esmero en el felpudo de fibra y acceder al parqué dorado como si se tratara de una frágil lámina de vidrio amarillo.

Al cabo de pocos minutos, igual que si la puerta de la capilla hubiese sido un agujero negro y ellos hubieran sido absorbidos, todos estaban sentados en el interior. A través de la puerta abierta de la capilla, despejada ya de gente, se entreveían cientos de velas encendidas y se oyeron las primeras notas del órgano, perentorias, premonitorias.

Entretanto, en la parte alta del noviciado, que estaba separado

del edificio principal, cerca de la cúpula de cobre verdosa de cardenillo sobre la que, alegre como una veleta, brillaba una cruz dorada, las tres jóvenes que estaban a punto de ordenarse levantaron los brazos y sobre sus cuerpos cayeron los preciosos vestidos blancos de satén que llevarían para su boda con Jesucristo. Pero, pese a la altura de las celdas, los bastidores más bajos de las ventanas estaban provistos de una celosía metálica para que solo los pichones que se paseaban por la cúpula pudieran vislumbrar aquellos bonitos brazos desnudos.

Por culpa de la celosía, las novicias no veían los coches que llegaban. Solo los oían aproximarse por el camino de acceso.

Ese es el nuestro, pensó Verónica, la novicia más joven. Reconoció el sonido del motor, y un minuto después el ruido de las portezuelas al cerrarse. Faltaba poco —la ceremonia sería muy breve en realidad, y la merienda tampoco se alargaría— para reunirse con la familia. Una sensación de felicidad absolutamente delirante la atravesó de la cabeza a los pies. Lástima que Mabel no hubiera podido estar, claro, pero ni siquiera aquello le chafaría un momento tan maravilloso. ¡Ay, qué alegría!

Pero, de repente, se mordió el labio. Aquel era el problema. Era muy feliz, demasiado, constantemente, ayer, hoy. Desde el día en que ingresó en el noviciado no había tenido ni un momento de melancolía o arrepentimiento. Y eso no podía estar bien. ¿Dónde quedaba el sacrificio si no había dolor por la pérdida ni angustia por la indecisión?

¡Mira a las otras novicias! ¿Cuántas veces, en el último año, se había despertado de madrugada con el sonido de unos sollozos en alguna de las otras celdas? Eran sollozos amortiguados, pero aun así, oírlos a oscuras era espantoso. Nunca había sido capaz de distinguir si se trataba de sor Assumpta o de sor Concepta, pero por otros indicios estaba segura de que en el fondo de sus almas, a diferencia de la suya, se libraba una batalla a la que ella permanecía del todo ajena. Una vez, en el recreo, sor Concepta le había planteado una pregunta muy rara.

«¿Tú tienes sueños, sueños extraños?». Pero cuando Verónica se vio obligada a reconocer que no, Concepta se marchó con un semblante de preocupación.

Aquella noche, Verónica se confió a la maestra de novicias, o

Empresa privada, como la apodaban por una famosa reprimenda que le había echado a una antigua novicia cuyo fervor consideraba excesivo. «Aquí no queremos empresas privadas de la religiosidad». *Empresa privada* la escuchó durante un momento y luego comentó: «Conque crees que Dios tendría que haberte puesto más tentaciones en el camino, ¿es así?», le dijo. «¿Y puedo preguntarte qué te hace pensar que serías capaz de resistirlas? Te voy a decir una cosa: Dios sabe lo que hace. Y si, por algún misterioso motivo, llama a su servicio tanto a las pobres criaturas más débiles como a las más fuertes, ya se encarga él también de que no nos veamos sometidas a demasiada presión». Le habló con tanto sarcasmo que a Verónica se le llenaron los ojos de lágrimas, pero entonces, justo antes de dar media vuelta, la vieja monja sonrió. «Al menos, es la única explicación que encuentro yo para mi perseverancia», añadió.

Empresa privada siempre andaba poniendo a la gente en su sitio, y sin embargo, sin renunciar a su indiferencia hacia la comodidad de las demás, lograba que todas se sintieran afortunadas con su suerte.

De ahí que cuando, en el rellano, Verónica vio las caras pálidas de Concepta y Assumpta, aun entonces, en el último momento, sintió el impulso de buscar reafirmación una última vez en la vieja monja. «Mira qué fachas», tenía ganas de decir. «Es evidente el sacrificio que están haciendo, mientras yo, en cambio, soy tan feliz». Escandalizada, se dio cuenta de que, en su caso, era el placer de ver a su familia lo que más la ilusionaba. Estaba pensando en lo que pasaría al margen de la ceremonia, sin darle apenas importancia; el Gran Día, para el que llevaba preparándose todos y cada uno de los días transcurridos desde que ingresara en el convento.

¿Y si en el fondo no tuviera vocación? Miró a su alrededor, presa del pánico. ¿Dónde estaba *Empresa privada*? Ah, ahí, subiendo trabajosamente las escaleras. Verónica echó a andar, pero antes de que le diera tiempo a abrir la boca la vieja monja miró a Concepta y frunció el ceño. «No irás a ponerte mala, ¿no?», preguntó con brusquedad. «Estás verde. ¡Parad, hermanas!», les ordenó a todas, aunque justo entonces oyeron el sonido lejano del órgano que les había dado la señal para empezar a bajar las escaleras. «Mejor prevenir», murmuró, y desapareció en el pequeño almacén del

rellano. Cuando salió, llevaba una palangana grande de esmalte en la mano. «Me bajaré esto a la sacristía, por si acaso. ¡Aunque espero de veras que no te pongas tan dramática, hermana!», dijo, irritada.

Verónica se apartó, humilde. Menos mal que no había dicho nada.

Y entonces, justo antes de darles la señal para que se pusieran en movimiento, *Empresa privada* retuvo otra vez a las novicias. «Solo serán unos minutos», dijo, tranquilizadora. «No estéis nerviosas. Recordad que a ojos de Dios todos los días de este último año han sido tan importantes como hoy. Os habéis entregado a Él cada día. Lo que pasa hoy es que recibís la señal externa de vuestra unión con Él. No estéis nerviosas. Pensad en lo orgullosos que estarán vuestros familiares. Pensad en lo poco que queda para que los veáis».

Y así, cuando Verónica avanzó por el pasillo de la capilla y se arrodilló junto a la barandilla del altar, se sorprendió pensando otra vez en su familia, y no se preocupó. Era una pena que Mabel no hubiera podido estar, pero transformaría su decepción en oración. En una oración por Mabel, para que el parto fuera bien.

Y entonces, como si ni la más mínima sombra debiera deslucir el día, como había dicho *Empresa privada*, cuando las novicias ya llevaban el hábito negro, muy poco después, y entraron en el salón, ¿a quién vio antes que a nadie corriendo hacia ella, sino a Mabel? Sí, Mabel. Corría por delante de su madre, por delante de su padre.

—¡Pero Mabel…! —exclamó—. Pensaba que…

Mabel se echó a reír al comprobar su perplejidad y, toda perfumada, como de costumbre, le dio un beso.

—¡Pero bueno! —dijo padre, cuando madre y él se acercaron a ella. Fingió apartarse cuando iba a darle un beso—. No sabía yo que las monjas se perfumaran.

Varios de los presentes los miraron, sorprendidos.

—Supongo que se me habrá pegado el de Mabel.

Y todos se echaron a reír. En aquel momento, en ambos extremos del salón, donde se encontraban las otras dos novicias rodeadas por sendos grupos de amigos, sonaban carcajadas como ráfagas de fuego de artillería ligera, hasta que pareció como si cada ráfaga debiera ir acompañada de una nubecilla de humo que se elevaba por el aire.

En cuanto a las conversaciones, era más que evidente que una

larga ausencia había precedido a la ceremonia.

—¿De verdad has estado veintiún días en completo silencio? —le preguntó su madre—. ¿En completo, completo silencio?

—La incredulidad de tu madre es comprensible, Verónica —intervino padre—. ¿Verdad que sí, Mabel? —Siempre estaba tomándole el pelo a madre.

—¡Ya lo creo! —exclamó madre—. A menudo me pregunto por qué algunos tienen lengua, incluso.

Para Verónica era como estar en casa. Se le había olvidado, en realidad, lo mucho que se picaban padre y madre, y lo parlanchines que eran todos. De una manera muy leve —no podía evitarlo— Verónica se sintió superior a ellos, incluso a su padre. Durante los recreos en la sala comunitaria las conversaciones eran siempre alegres, pero era en cierto modo distinto. No eran tan… ¡tan de cabezas de chorlito! Pero, dándose cuenta de que podía estar incurriendo en orgullo espiritual, se controló de inmediato. Además, quería que Mabel le contara. Todavía no entendía cómo había podido estar allí con ellos.

—No pongas esa cara de asombro, cariño —dijo Mabel justo entonces—. ¡Hace dos semanas que eres tita! No te lo podíamos decir debido a este retiro estúpido y larguísimo. No podía soportar perderme esto, así que fui a ver al médico y lo obligué a darme un brebaje. —Al ver que Verónica no la entendía, Mabel se ruborizó un poco—. Jerga médica, vida mía. No te preocupes: una inyección para provocarme el parto, ya está.

Pero todavía tenía la cara un poco colorada, y un silencio incómodo pareció caer sobre su zona del salón.

Y no porque Verónica hubiera asimilado del todo lo que le decía Mabel. Solo había entendido que el bebé había nacido, pero notó en el estómago una sensación de nervios y no quiso conocer más detalles. Bastaba con saber que todo iba bien. Y el tema habría quedado ahí si Euphemia no se les hubiera acercado precisamente en aquel momento.

Euphemia era la tía de Verónica; llevaba ya veintisiete años en la orden, pero pese a todo se consideraba una auténtica mujer de mundo. De hecho, toda la familia la llamaba por el nombre religioso que había adoptado, y no por el auténtico, que a casi todos se les había olvidado; Mabel y Verónica no lo recordaban, eso

seguro. A Euphemia parecía gustarle poner a la gente en un compromiso. En esta ocasión le tocó a Mabel.

—Tengo que decir que me dejas de una pieza, Mabel. No me esperaba que te señalaras por ser una espabilada. Cuando quisiera Dios; así se hacían las cosas antes. Y era lo mejor, a largo plazo. Lo mejor es dejar las cosas en manos de la naturaleza. Claro que la cosa cambia mucho si hay una base médica sólida para intervenir en el orden natural, pero entiendo que no fue ese tu caso, ¿no?

Mucho tiempo atrás, cuando Verónica y Mabel estaban en el colegio, presumían de su tía Euphemia, porque era muy abierta de miras. Nadie hubiera pensado que era monja. Se le podía contar cualquier cosa. «Es la clase de monja que a mí me gustaría ser, si me metiera a monja», decía Mabel.

Pero Verónica no quería ser así. Esperaba no pecar de mojigata, pero si Dios disponía que ciertas cosas quedaran más allá de su experiencia, no quería saber nada al respecto. Y, de todos modos, a veces en la capilla había visto la cara de Euphemia frente a la suya en el transepto, entre las monjas de coro, cuando aún era novicia. Le había parecido que la expresión de su tía poseía algo irreconciliable. ¿Era posible, se había preguntado con frecuencia, que para alguna gente hubiera una batalla que luchar una y otra vez, renovada cada día, incluso *después* de profesar el voto de castidad? Miró otra vez a Euphemia, y se preguntó si eso mismo estaría sucediendo en aquel preciso instante.

Pero justo en ese momento se acercó sor Concepta y le dijo algo al oído. Una de sus visitas había sido compañera de colegio de Mabel y quería saludarla.

—¡Claro, tráela! —exclamó Mabel, oyendo el murmullo y examinando con curiosidad el salón.

La amiga resultó ser mucho mayor que Mabel. Estaba en los cursos superiores cuando Mabel estudiaba aún en los inferiores. Y se casó mucho antes que Mabel, como revelaba la edad de la niña que iba con ella, de cuatro o cinco años al menos, y que los miraba desde detrás de un flequillo despeinado.

La cría miraba sobre todo a Verónica.

—¿A ella también le van a cortar el pelo, mami? —preguntó.

—Judy, estate calladita, anda. Qué pesada eres —protestó la madre—. ¡Qué cosas se te ocurren!

—Pero tú en el coche has dicho que…

—¡Da igual lo que haya dicho! Y deja ya de mirar. ¿Qué modales son esos?

La niña no le quitaba ojo a la franja de lino almidonado que cubría la frente de Verónica. Por un momento todos sintieron vergüenza. Y entonces el padre Devaney, que había estado hablando con la superiora, se acercó y cogió a la niña de la mano.

—A ver, nena, ¿tú cómo te llamas? —preguntó, y antes de que la criatura tuviera oportunidad de decir nada se la llevó hacia una puerta cristalera que daba al jardín.

Ahí, sobre una extensión de hierba, unas palomas iban decorosamente de acá para allá.

—¿Por qué no intentas coger una? —le propuso el padre Devaney, abriendo la puerta.

Cuando Judy salió, las palomas elevaron el vuelo con frenesí.

—¡Uy, mira cuántas hay! —comentó la madre de Verónica—. ¡Como en San Marcos!

—Solo que estas no son tan mansas —apuntó Euphemia, dando a entender que conocía bien el lugar.

Esas fueron las palabras que usó. Lo que realmente quería decir era: ¿cuándo había estado en Venecia nuestra madre?

—Mira, míralas —exclamó de nuevo madre, acercándose a la puerta cristalera.

La superiora también se acercó a la puerta.

—A veces, cuando se pasean, decimos que están leyendo sus oficios, de lo solemnes que se las ve —dijo.

Consideraba que era parte de su deber gastar una pequeña broma en situaciones así. Y lo cierto es que todos se echaron a reír. Siguiendo sus pasos, todos salvo Verónica y su padre se acercaron a la puerta cristalera.

Padre le puso una mano en el brazo a Verónica.

—Vamos a quedarnos en este lado del barco para hacer contrapeso —dijo.

Verónica se rio. Como familia, las analogías les resultaban irresistibles. Sabía perfectamente lo que había querido decir. Las palomas habían ejercido sobre los demás el mismo efecto que una lata o una botella flotante sobre los pasajeros de un barco, atrayéndolos a todos a un lado para asomarse por la barandilla, y la

insignificancia del objeto que atraía tantas miradas hacía explícito un aburrimiento del que no se habrían percatado de otro modo.

Todo el mundo empezaba a aburrirse, no cabía duda. Por mucho que quisiera a su familia, Verónica seguía pensando en lo que pasaría cuando la visita acabara y las novicias asumieran su papel en la comunidad por vez primera.

Se respiraba cierta inquietud en el salón. Su madre asomó la cabeza por el ventanal.

—¿No podemos salir? —preguntó, queriendo dar la impresión de que estaba elogiando el jardín.

Pero, en realidad, lo que hacía era criticar el salón.

Las mejillas estrechas de la madre superiora se pusieron coloradísimas. ¿Resultaba agobiante el salón? ¿Había hecho mal al no abrir las cristaleras? Hizo un ademán vigoroso con la cabeza a una monja joven, que se apresuró a abrir una hoja de la puerta.

—Tal vez les apetezca ver el jardín.

La superiora no se dirigía a los visitantes, sino que lo dijo en general, y salió al aire libre. Mientras todos abandonaban el salón, padre se giró para mirar a Verónica.

—Debéis de tener un buen invernadero —dijo, porque ahora que se había vaciado de gente el salón parecía tomado por los helechos en macetas decorativas que había por toda la estancia.

Verónica volvió la cabeza. Ya incluso cuando era niña y visitaban a Euphemia el salón le fascinaba, con su fuerte olor a cera de abejas y la rígida y desasosegante disposición de los muebles. Hubo un tiempo en que era la única zona del convento que conocía, y apuntaba a que detrás había una disciplina y una frialdad más profundas.

—Es un salón muy bonito, ¿verdad que sí? —dijo sin pensar.

Pero su madre había vuelto y estaba otra vez a escasa distancia.

—Yo, personalmente, no soporto las plantas en macetas —opinó. Y entonces, también sin pensar, miró fijamente a Verónica—. ¿Nunca echas de menos nuestra casa, cariño? —preguntó a bocajarro.

Era facilísimo adivinar el curso que habían tomado sus pensamientos. Estaba pensando en el salón de casa, siempre lleno de montones de flores recién cortadas, auténticos montones.

Verónica no quería ofender a su madre, pero no sentía ni una

pizca de nostalgia. Incluso le parecía ahora que el único lugar apropiado para las flores era el altar. Pero, naturalmente, no iba a decir tal cosa.

En cualquier caso, por fin estaba a punto de quedarse a solas con Mabel, al menos un momento. Algo atrajo la atención del resto.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —dijo Mabel—. Estás guapísima con el hábito. Claro que estabas divina con el… —pero Mabel no se veía capaz de llamarlo «vestido de novia»—… con el vestido de satén —dijo rápidamente—, pero ¿quién no estaría espectacular con una prenda así? —Miró con gravedad a su hermana—. Hay que tener buen tipo para estar guapa con esto, aunque no puedo mentirte, independientemente del tipo, te pareces un poco a un pingüino, cielo mío.

Era una vieja broma. Cuando estaban en el colegio siempre llamaban «pingüinos» a las monjas.

Verónica se echó a reír.

—¿Sabes, Mabel…? —empezó, pero entonces su madre llamó a Mabel.

—¿No va siendo hora de que nos vayamos? —dijo madre.

—¡Porras! —le dijo Mabel a Verónica—. Quería hablar contigo. No, de nada en especial, simplemente charlar, como antes, pero digo yo que ya habrá otra ocasión. O tal vez podría pasarme por aquí mañana antes de que salga mi tren, si te parece bien.

Verónica no sabía qué responder.

—Tendría que pedir permiso para recibir visita —dijo.

—¡Madre mía! —exclamó Mabel—. Está claro que yo nunca habría podido ser monja.

Euphemia y el padre Devaney se les acercaron en ese momento.

—Que Dios nos asista, Mabel, si tenemos que depender de mujeres como tú para llenar los conventos —dijo el padre Devaney. Era un viejo amigo de Mabel—. Por el amor de Dios, ¿qué tienes en las uñas?

—Venga, padre, no me fastidie ahora el bonito sermón que nos ha dado sobre nosotras, las pobres madres. ¿Acaso no eran las madres de este mundo las que merecen una corona en el cielo? Ya le digo yo que sí. ¿Sabe a qué hora se ha despertado hoy la criatura?

—Me parece un poco pronto para empezar a protestar, Mabel —

terció su madre.

Tenía la vaga sensación de que el tema de amamantar a un bebé no era el más apropiado para la ocasión. Habría sido distinto si le diera biberones. Cualquier cosa con tal de evitar que Mabel dijera alguna inconveniencia.

—No sé de qué te quejas, comparada con nuestra generación. Cuando pienso en lo que sufríamos… —Se volvió hacia el padre Devaney—. ¿Sabe usted, padre? Esta juventud es tan lista que ha acabado con los dolores del parto. Un médico joven ha escrito un libro sobre el asunto. Todas las jovencitas lo están leyendo. Mabel no lo soltó en los nueve meses de embarazo, y ese médico dice, o al menos eso asegura Mabel, que tener un hijo es ahora un placer. ¡Habrase visto!

Pero de pronto se calló. Se había embarcado tan apresuradamente en la conversación que era ella la que se pasaba de la raya. Y para colmo había hecho quedar mal a Mabel.

—La teoría del parto sin dolor no tiene nada de gracioso —dijo Mabel con frialdad—. Cuando notas la primera contracción…

Pero en ese instante intervino el padre, su *querido* padre, y le puso una mano en el hombro a Mabel con firmeza.

—Otro día, Mabel, cariño, otro día —dijo—. Tú ya has tenido tu momento. Hoy es el día de Verónica.

¡El día de Verónica! Todos la miraron con orgullo.

—¿Te alegras ahora por mí, madre? —preguntó Verónica sin pensarlo, porque sabía que su madre había tenido sus recelos con respecto a su ingreso en el convento.

—Pues claro que sí, cariño —contestó su madre—. Yo solo quería que estuvieras segura de que sabías lo que estabas haciendo. —Inexplicablemente, se produjo otro momento violento—. De verdad, tendríamos que irnos… —repitió, de repente.

Y el Gran Día terminó, de un momento a otro.

Una vez más las ruedas hicieron crujir la grava y se oyeron portezuelas cerrarse.

Hasta que el último coche hubo desaparecido, las tres monjas de coro recién ordenadas permanecieron en la puerta, y luego se giraron, inseguras, y entraron en el convento. ¿Qué harían ahora? Sintieron una leve consternación. Vieron a *Empresa privada*, que, sin dirigirles una sola mirada, avanzó por el pasillo que comunicaba la

capilla y el noviciado y se metió por aquella puertecita que ahora las tres conocían mejor que las puertas de sus casas, que ya no volverían a cruzar. Al igual que las puertas de sus casas, ahora esta también estaba cerrada para ellas.

Verónica echó un vistazo al gran reloj del vestíbulo. Solo eran las cinco.

De pronto tomó conciencia de que estaba tan cansada que casi no se tenía en pie.

Se les acercó la madre superiora.

—Sor Eucharia os comunicará vuestras nuevas tareas —les anunció. Miró entonces a Verónica—. Estás agotada, hermana. Creo que lo mejor será que te metas en la cama nada más tomar el té. De hecho, es mejor que te tomes el té ahora mismo y te subas ya a la celda.

Una sensación de gran alivio se apoderó de Verónica. Se había visto sometida a una tremenda presión durante todo el día.

Cuando las otras dos, Concepta y Assumpta, se marcharon con sor Eucharia, Verónica se quedó un momento parada en el vestíbulo vacío. Luego, bajó al pasillo que daba al refectorio. La fatiga le había provocado cierto abatimiento, y caminaba con los hombros un poco encorvados. Dios estaba en su derecho de ponerles a unas monjas las cosas más fáciles que a otras, pero el agotamiento no era precisamente una buena ofrenda para Él. Y en realidad estaba más cansada por el ajetreo de la familia que por el trastorno que provocaba aquello a lo que había renunciado.

Sin embargo, en aquel momento la llamó una voz.

—Un segundito, hermana. —Era otra vez la madre superiora—. Creo que tu hermana se ha dejado esto. ¿Volverás a verla pronto, o se lo mandamos por correo? —Tenía en la mano un par de guantes de gamuza—. Quizá puedas guardárselos tú hasta la próxima vez que la veas —sugirió la superiora.

Verónica cogió los guantes e hizo una reverencia.

Sor Ursula, la encargada del refectorio, no estaba por allí, pero las mesas estaban puestas, y Verónica se sentó y comió un poco de pan con mantequilla y se sirvió un vaso de leche de la gran jarra de la mesa auxiliar. Con eso tuvo bastante. De todos modos no tenía hambre, solo estaba cansada, molida.

Al atravesar otra vez el pasillo en dirección a su nueva celda, no

ya a la otra, en la que se había quitado el vestido blanco de satén y se había puesto el hábito, oyó el coro entonando el *Tantum Ergo*. Ya casi había acabado la bendición. Pero, cuando llegó al rellano, se fijó en un pequeño lavabo que había a un lado de la pared, con dos grifos, lo cual significaba que había agua caliente y fría. Todavía llevaba en la mano los guantes de Mabel.

Pese al cansancio, se le ocurrió que estaría bien lavar los guantes y devolvérselos limpios. Los guantes de gamuza se manchaban enseguida. Y tanto Mabel como ella le daban mucha importancia a no usar nunca dos veces el mismo par sin lavarlos.

Obedeciendo a un impulso se quitó los puños rígidos de lino, los dejó encima de la repisa que había sobre el lavabo y abrió el grifo del agua caliente. Subió una nube de vapor. Hizo espuma, se enfundó los guantes, y sumergió las manos en el agua.

¡Ay, aquella sensación viscosa de la gamuza mojada! Era casi como estar delante del cuartito de aseo del piso más alto de la casa que Mabel y ella habían usado toda la vida. En tiempos de los anteriores propietarios había sido un cuartito para la criada, pero Mabel y ella lo adoptaron para su uso y disfrute. Muy raras veces subía hasta allí su madre, y cuando lo hacía cerraba los ojos, horrorizada por el estado en que se encontraba. «Este sitio es una vergüenza», decía. «Si al menos no lo tuvierais tan lleno de cosas…».

Era verdad que parecía un vertedero, con las paredes húmedas y estanterías llenas de antiestéticos peines rotos y tarros usados de crema, cajas inservibles de polvos y maquillaje, decenas de tarros de perfume y sabe Dios qué más. Porque nunca se limpiaba ni ordenaba salvo cuando algo atoraba el lavabo, y más de una vez se las habían apañado para desatascarlo con ayuda de una aguja de hacer punto. Era bastante repugnante aquel cuartito, comparado con el resto de la casa, tan bonita y arreglada. Madre nunca toleraba nada que no fuera bonito.

Sin embargo, Mabel y ella pasaban casi todo su tiempo allá arriba, cotilleando e intercambiando confidencias, cuando debían estar lavándose los dientes, limándose las uñas o cuidándose el cutis y el pelo.

Fue allí, una tarde, donde se armó de valor y le contó sus planes a Mabel.

Pero, de pronto, Verónica no se sintió con fuerzas de recordar todo aquello. En los ojos se le formaron dos lagrimones que le rodaron por las mejillas. Y pensar que nunca más vería aquel cuartito. Solo era capaz de pensar en los botes y tubos de Mabel en el alféizar de la ventana y en los bordes del lavabo desconchado. Abrumada por unos recuerdos de productos cosméticos deteriorados, paredes húmedas y una pila de envases rotos, Verónica se sintió indefensa.

¿Dónde estaban su ángel de la guarda y los de las otras chicas? ¿Qué ramo u ofrenda espiritual tenían ellas para ofrecer? Pasados unos segundos, Verónica tuvo que reírse de sí misma. Se enjugó los ojos y enjuagó los guantes. Había esperado hasta el último momento, pero parecía que por fin había emprendido el buen camino. Las otras chicas podían tener una ofrenda más razonable; ella solo había renunciado a un par de tarros de pintura y a un cuartito húmedo, cuando puso su sacrificio junto a los demás. Realmente estaba diciéndole no a la vida. La fatiga se disipó en un instante, y su ángel, con sendas lágrimas en las palmas de las manos, salió volando hacia el cielo.

Verónica cogió los guantes, se los llevó a su celda y los colgó para que se secaran. A los pocos minutos dormía profundamente.

LA ESCAPADITA

Los dos mayordomos se quedaron en la puerta y vieron el coche del supervisor alejarse por el caminillo. Crickem, un tipo largo y delgado, granujiento, el más joven de los dos, se giró y levantó la vista hacia la sólida mole de la casa solariega a su espalda, toda de tosco granito, de tres plantas, y cuya fachada presentaba catorce ventanas y un porche con columnas.

—Se creerá que esta antigualla va a moverse de aquí —dijo, y escupió con desprecio en la hierba húmeda de rocío que crecía más allá de los peldaños de granito.

El supervisor estaría fuera tres días. Con toda probabilidad iría a las carreras de Galway, pero a los mayordomos les habían dado a entender que marchaba a hacer negocios a Dublín.

Eran las siete en punto de la mañana. El suelo seguía cubierto de rocío. Y los dos lacayos se quedaron mirando desconsolados las huellas de neumáticos del coche que acababa de marcharse, bien impresas sobre la gravilla húmeda. El joven estaba más desconsolado que su colega. Había contado con que le dieran al menos un día libre en ausencia del supervisor. A Purdy, el otro, le daba lo mismo una cosa que otra, pero por solidaridad con Crickem estaba dispuesto a despellejar al supervisor.

—Si llevaras tanto tiempo como yo trabajando para él no te habrías hecho ilusiones —le dijo, y él también escupió en la hierba cubierta de rocío.

El terreno donde se encontraba la casa ocupaba algo más de cuatrocientos acres de las mejores tierras del condado de Meath y era propiedad de un joven, aún menor de edad, heredero de al menos otras dos fincas, que parecían interesarle más que esta. Los miembros del personal, sin embargo, le quitaban importancia a que el dueño nunca visitara la propiedad, y a su aparente falta de

interés, merced al hecho de que el supervisor era un hombre de costumbres extremadamente caballerescas, que llevaba la casa a una escala muy próxima a la idea que ellos tenían de propiedad, y los trataba con lo que consideraban verdadera grosería y desprecio.

En la región todos estaban convencidos de que Malcolm acabaría adquiriendo la propiedad, una certeza que el personal fundamentaba no en la posición económica del supervisor sino en el hecho de que tenía la nariz aquilina, los llamaba a todos por sus nombres de pila y lucía una corbata amarilla con estampado de cabezas de zorro.

Ciertamente, la casa estaba en orden. El dueño podía presentarse en cualquier momento y encontrarla no solo habitable, sino extremadamente cómoda y agradable. Malcolm sostenía que un uso constante era el mejor conservante para cualquier cosa, y por eso cada día se ventilaban las habitaciones, se encendían las chimeneas, se quitaba el polvo a todo el mobiliario y se limpiaban los cristales. Las cortinas siempre estaban colgadas. No había lúgubres mortajas sobre los cuadros o los candelabros. No se enrollaban las alfombras; la casa se mantenía constantemente en perfecto estado.

Y de aquel estado eran Crickem y Purdy los únicos responsables. Conformaban la totalidad del personal de la casa. Crickem, el joven, se encargaba de los cuidados del ala delantera, la ventilación de los cuartos y el mantenimiento de los muebles. Purdy echaba una mano, pero aunque él también se había formado como mayordomo, se veía, debido a su edad y a la menor probabilidad de poder escoger sus tareas, obligado a ocuparse de otros menesteres, tales como preparar las comidas, hacer la cama del supervisor, lustrarle las botas y, de un tiempo a esta parte, aunque se entendía que era un arreglo temporal, lavarle las camisas y plancharle los pantalones. Recientemente, estos deberes múltiples habían persuadido a Purdy de abandonar el traje negro, y aunque los dos hombres colaboraban con bastante cordialidad, al mayor a veces le daba rabia ver a Crickem pasearse impecable con el traje negro de solapas de seda, la camisa blanca y la corbata negra. Para contrarrestar cualquier autoridad suplementaria que el traje pudiera otorgarle a Crickem a ojos de los trabajadores del campo, Purdy se aseguraba de dejar siempre a la vista su viejo traje negro, colgado de una percha en un clavo del aparador de la cocina.

Purdy era un hombre bajito de unos cuarenta años, con la cabeza calva y la tripa redonda. Su lustroso rostro exhibía en todo momento una expresión tímida, absurda en una persona de su edad y corpulencia, pero en su caso la timidez natural se había incrementado a causa de esa sensación de vulnerabilidad que experimenta la gente que ha llegado a sentir que su seguridad pende de un hilo. A pesar de la timidez y el sentimiento de dependencia, sin embargo, dos días después de cobrar a Purdy apenas si le quedaba un penique en el bolsillo, pues con la misma regularidad con que llegaba el día de cobranza, él se enfundaba el traje negro y el bombín y bajaba al pueblo a vaciar el contenido del sobre de la paga en la barra de la taberna.

No obstante, para que semejante falta de previsión con el dinero no parezca inconsecuente con la expresión de timidez y dependencia que desprendían los rasgos de Purdy, es menester remontarse a un incidente de su pasado al que el propio Purdy jamás hacía alusión mientras pudiera evitarlo y que, salvo por un detalle, había borrado de su memoria. Se trata de esto: Purdy era un hombre casado. O tal vez sería más correcto afirmar que hacía veinte años estuvo casado durante seis semanas, con una tal Amelia Purdy, ama de llaves, pero cuya idea de matrimonio, al revelarse muy distinta de la del joven Purdy, provocó una separación mutuamente deseada y mutuamente asumida. A la tal Amelia, no obstante, Purdy tenía que destinar cada semana un tercio de su salario en concepto de pensión, pensión estipulada por los juzgados y enviada directamente a la señora Amelia Purdy a través del patrón de Purdy. Por lo tanto, la suma que el hombre extraía de su sobre cada semana representaba el residuo legal del que podía disponer con total libertad. Ahora bien, a pesar de tener una pobre opinión de las mujeres en general, y de Amelia en particular, Purdy era capaz de distinguir entre virtudes y defectos, y el hecho de que resultara difícil convivir con Amelia no cegaba a Purdy: se trataba de una mujer excepcionalmente ahorradora, con la doble capacidad de hacer dinero y conservarlo. Y Purdy sabía que Amelia no despilfarraría ni un solo penique de aquella pensión, que ni un penique se colaría, como quien dice, por una grieta del suelo. Todo lo contrario: aquel dinero se ahorraría con esmero, y lo más seguro es que se le añadiera más, hasta el punto de representar ya una

correcta suma en la cámara acorazada del banco. Sí, la pensión debía de haber acumulado ya una montañita correcta. Y para Purdy aquella pensión seguía siendo su dinero. No había perdido la sensación de propiedad sobre él, como tampoco había perdido la sensación de propiedad sobre la alta e imponente Amelia. Y a Purdy nunca se le iba de la cabeza que, si las cosas se ponían feas, si ocurría lo peor de lo peor, si, en resumidas cuentas, se veía entre la espada y la pared, podría hacer las paces con Amelia. Dos personas podían vivir fácilmente con los intereses de aquella pensión acumulada. Sin añadir ni un solo penique, dos podrían vivir de ella con toda comodidad. De ahí que todos los viernes por la noche Purdy bajara al pueblo y se vaciara los bolsillos con toda tranquilidad.

Aun así, pese a contar con el colchón de Amelia y su pensión, Purdy no tenía deseo alguno de poner en peligro su empleo en la Rectoría. Y por eso Crickem, que en una corta y vertiginosa carrera había desempeñado treinta o cuarenta trabajos distintos, se lo pasaba de lo lindo cada vez que se le antojaba a costa de tomarle el pelo al otro. Cuando las restricciones y obligaciones le pesaban demasiado, le lanzaba una mirada artera a Purdy.

—En el fondo —le decía—, no tenemos ninguna obligación de estar aquí. Nadie nos puede obligar. ¡Podemos coger la puerta e irnos cuando nos dé la gana!

Y después de esto, o de cualquier comentario del estilo, lo único que tenía que hacer era sentarse y observar el terror absoluto que se apoderaba de la mirada de Purdy.

Aquel día en concreto, el día en que se marchó el supervisor, Purdy estaba más sereno que nunca bajo las restricciones que tanto irritaban a su imberbe colega. Un día libre en medio de la semana no le valdría de mucho, con el sueldo ya pulido. Pero no había olvidado lo que es ser joven, de ahí que cuando el coche del supervisor se hubo perdido de vista, le pusiera la mano en el hombro al muchacho y le diera una palmada de comprensión.

—Sé cómo te sientes —le dijo—, pero no hay razón para que estemos los dos aquí todo el rato. Si quieres, tómate el día libre, que yo me las arreglo solo.

—Bah, ¿qué gracia tiene estando solo? —repuso Crickem irritado, apartando la mano—. No entiendo por qué no podemos

salir los dos. Como ya te he dicho, la casa no se va a mover de aquí, ¿no?

—No —convino Purdy muy serio—, pero no me gustaría salir y dejarla vacía.

—Si la cerramos a cal y canto, ¿qué va a pasar? —inquirió Crickem.

—Pero no estará cerrada a cal y canto —corrigió Purdy—. Tengo órdenes precisas de abrir los postigos a la hora de siempre.

Crickem resopló.

—Eso lo ha hecho para amarrarnos —dijo, lanzando salvajemente otro escupitajo.

Purdy avanzó hacia la puerta.

—No sirve de nada que nos quedemos aquí pasando frío —comentó—. ¿Entras conmigo?

Y cuando Crickem entró tras él, Purdy cerró con llave automáticamente, y levantó las manos para cerrar también los pesados postigos del lado interior de la puerta. Pero, de repente, se detuvo.

—¿De qué sirve que cierre? —dijo—. Tendremos que abrir otra vez dentro de una hora o así. —Dejó caer las manos—. Ya que estamos —añadió entonces, con entusiasmo—, ¿por qué no abrimos todo ya?

Pues Purdy no se quedaba tranquilo con respecto a Crickem, y tenía la impresión de que cuanto antes estuviera la casa expuesta al mundo, las ventanas abiertas de par en par y las puertas desatrancadas, antes se daría cuenta Crickem de la necesidad de que alguien se quedara a cargo de todo.

Pero Crickem lo apartó con impaciencia y cerró los postigos con estrépito.

—Espérate hasta que decidamos qué hacer —dijo en tono inquietante, y, para que al viejo no le diera por ponerse aprensivo, se volvió, más afable—. Vamos a desayunar primero, mejor —añadió—. Es demasiado pronto para abrir la casa, de todos modos. Todavía cae rocío. ¡Abrir a esta hora nos daría más trabajo todavía! ¡Venga!

Bien cerrado ahora, el recibidor estaba oscuro como una cripta, salvo por los débiles haces de luz amarilla que se colaban por las rendijas de los tablones. Estos no daban luz más allá de sus propios

reflejos angostos en el suelo, y eran de poca más ayuda que unas pinceladas de pintura para guiar a los dos mayordomos a las tierras de la cocina.

En las tierras recónditas las ventanas no tenían postigos, solo barrotes negros y rejas las protegían. Aquí, a la fría luz del norte se le permitía hacer su desalentadora entrada a través de unas ventanas estrechas de guillotina de las que colgaba la hiedra. Los dos hombres se metieron en la cocina.

En la cocina los mayordomos desayunaron sin más referencias al día que tenían por delante, pero Purdy no estaba a gusto, y de vez en cuando lanzaba una ojeada a Crickem y se preguntaba en qué estaría pensando. El joven, pensó, tenía una mirada particular, y una mirada que para colmo se dirigía a él, Purdy.

A decir verdad, Crickem, que nunca había durado más de un año en un trabajo, llevaba ya un tiempo planteándose que el plazo en este empleo estaba cumpliéndose. Conocía bien aquella sensación de inquietud, aunque nunca sabía si se trataba de una premonición o de su propio rechazo, o de la intervención de un factor externo. En cualquier caso, se volvía imprudente. Y si bien unas pocas horas de libertad robada no suponían nada del otro mundo para un joven imprudente, podría añadirle un punto picante si lograba convencer al cauto Purdy para que comiera del mismo plato. Al joven ya le había proporcionado suma satisfacción alterar a Purdy con la insinuación de que los dos se tomaran el día libre, y sabía que ahora el viejo padecía la incomodidad del suspense. Pero el suspense no se alargaría demasiado. Lo siguiente que había que hacer era darle una falsa impresión de seguridad. Crickem se levantó de un salto y con un elaborado aire de resignación se dirigió a la puerta.

Tal y como esperaba, Purdy a punto estuvo de sufrir un infarto en su afán por ponerse de pie y cumplir con la insinuación, que él interpretaba como que no se hablaría más de excursiones ilícitas. Crickem tuvo que apretar el paso para ocultar su sonrisa de satisfacción.

El proceso habitual de abrir los postigos consistía en que Purdy fuera al ala izquierda y Crickem a la derecha. Empezaban con las ventanas que había a ambos lados de la puerta principal, y a continuación Purdy se metía en el salón y Crickem en la biblioteca. A partir de entonces ya no volvían a verse hasta que aparecían de

nuevo en el vestíbulo tras hacer la ronda completa de la casa, aunque mientras Purdy plegaba cada postigo a su cargo con sumo esmero, a lo lejos oía el estrépito de Crickem, que era menos cuidadoso con el ruido. Esta mañana, sin embargo, mientras Purdy pasaba por las habitaciones del ala izquierda, el estrépito procedente del otro lado de la casa no tenía nada de distante o leve. Resonaban por toda la casa golpetazo tras golpetazo, y en los breves instantes que transcurrían entre uno y otro se oían los ensordecedores sonidos de quien se adentra en una habitación a oscuras. Purdy intentó no tomárselo muy a pecho. A fin de cuentas, no había nadie que lo oyera, nadie a quien pudiera molestar, nadie que se preocupara de que pudiera haber desperfectos. Si este era el único provecho que Crickem sacaba de la ausencia del supervisor, la cosa no estaría tan mal. No obstante, Purdy se sentía temblar cada vez que se oía un golpe al otro lado de la casa, y al cabo de unos minutos se descubrió contándolos. El chico debía de estar a punto de llegar al último. Uno o dos más y habrá acabado, estimó Purdy mientras con cuidado quitaba el cierre de la última ventana de su lado de la casa, y en silencio plegaba los postigos. Pero el atronador estruendo que sonó en ese momento desde el otro lado de la casa no fue el último. Inmediatamente después hubo otro. Y otro más. Y mientras Purdy regresaba al vestíbulo los golpetazos se repitieron, uno detrás de otro, cada cual más fuerte que el anterior, si cabe.

¡Qué raro! Purdy aceleró el paso. ¿Habría calculado mal el número de ventanas del otro lado? Siempre había dado por hecho que había más o menos las mismas en ambas alas. ¿Cómo era posible que hoy hubiera acabado mucho antes que Crickem? Ya se dirigía a toda prisa hacia el vestíbulo cuando se produjo otro golpe, y otro más violento a lo lejos. Pero esta vez, extrañamente, a Purdy le pareció que el escándalo procedía de uno de los cuartos que él mismo acababa de desalojar.

Purdy abrió la puerta del pasillo que daba al vestíbulo. Allí, bajo la luz radiante de todos los cuartos abiertos de alrededor, Crickem y él se unirían para emprender la siguiente tarea del día. Pero cuando Purdy llegó al recibidor esa mañana, con el acompañamiento de otro golpe ensordecedor detrás de él, para su asombro se lo encontró tal y como estaba a las siete: más oscuro que una cripta, y

la única diferencia residía en que por los haces de luz amarilla de las grietas y las juntas bailoteaban frenéticas unas partículas, igual que mosquitos diminutos, y olía a polvo.

Purdy se quedó como hechizado. ¿No acababa él de abrir uno de los postigos de ese mismo vestíbulo? Y ¿por qué no entraba luz de las otras salas, las que daban al recibidor? Se abrió paso a tientas hasta el salón y buscó a oscuras el pomo de la puerta. Tardó un minuto o dos en comprender que la puerta estaba abierta de par en par, y que al otro lado el salón abría sus fauces, negro como un pozo.

Igual que un sonámbulo, Purdy introdujo un pie por el umbral del salón. No había duda. Era un pozo negro, salpicado únicamente por los haces amarillos de las grietas de luz que creaban los postigos cerrados de nuevo. Purdy se quedó plantado, boquiabierto, mirando la negrura. A lo lejos, esta vez inconfundiblemente a su izquierda, sonó un último y violento golpe, y al cabo de unos instantes se oyeron unos pasos y un silbido por el pasillo. Acto seguido, Crickem abrió la puerta que daba al vestíbulo.

—¿Estás aquí, Purdy? —llamó, a la luz débil de las zonas que quedaban detrás de él.

Purdy vio, acongojado, la inequívoca sonrisa traviesa en el rostro del joven.

—¡Venga! —exclamó Crickem—. Ahora podemos hacer lo que nos apetezca. Malcolm será muy listo, pero no más que yo. Él ha dado órdenes de que abramos la casa, ¿verdad? Pues bien, hemos acatado la orden. Hemos abierto la casa. Pero nadie ha dicho que no podamos cerrarla luego. ¡Ahí le hemos dado! Venga, vamos a salir de esta mazmorra. ¿Qué haces ahí a oscuras como un pasmarote?

Crickem mantenía abierta la puerta del pasillo, y le hizo a Purdy una seña para que se acercara. Quería que el otro volviera al territorio iluminado para distinguir su semblante. Quería echarse unas risas a costa del terror del viejo.

Pero cuando Purdy emergió en el vestíbulo alumbrado, Crickem se llevó una sorpresa. La cara de Purdy había cambiado, de eso no había duda. Pero, para asombro de Crickem, en lugar de una expresión de terror, el rostro de su colega exhibía un rictus totalmente inesperado. No era terror. No era nerviosismo. Ni

siquiera era desaprobación.

Crickem lo miraba fijamente.

Purdy, sí, Purdy, había sufrido una metamorfosis extraordinaria. Estaba transformado. Y en su rostro había lo que solo podía calificarse de sonrisa de oreja a oreja.

Sí, Purdy sonreía abiertamente.

Y el exterior no era más que un reflejo del cambio interior. Algo le había ocurrido a Purdy en los escasos minutos transcurridos desde que había comprendido la solución intermedia de Crickem, entre la obediencia y la rebelión. Algo se había removido dentro de él. Y lo que se había removido era un recuerdo de juventud. Era la clase de arreglos que había caracterizado todas las chanzas juveniles con las que Purdy se había atrevido. Le había sobrevenido una sensación de irresponsabilidad pueril, y de pronto, mirando a Crickem, Purdy se olvidó de que estaba gordo como un tonel, calvo, y de que era un hombre maduro, y tímido, y de que además estaba casado con una arpía de metro ochenta a la que pasaba una pensión que ascendía a una tercera parte de su sueldo. Le parecía como si tanto él como el novato que tenía enfrente, más flaco que un tallo de guisante y víctima de las espinillas de la mala vida de los jóvenes, fuesen socios cortados por el mismo patrón. Rio entre dientes y se frotó las manos. Y cuando Crickem le devolvió la mirada, asombrado, la de Purdy se posó en las perneras de Crickem, y de pronto le pareció que, si existía alguna diferencia entre ellos, esta residía en su atuendo.

—Espera un segundo —dijo mientras Crickem abría la cocina y, adelantando al joven Purdy, bajó el traje negro de su clavo y desapareció por la escalera de servicio. Un minuto después él también estaba hecho un pincel, de blanco y negro, un mayordomo en condiciones; un dandi en condiciones.

No sería correcto afirmar que con su traje negro Purdy seguía sintiéndose como un chaval; más bien se sentía como un jovencito; exactamente igual a como se sentía veinte años atrás, cuando ejercía de aprendiz del jefe de camareros del Hotel Centreside, en la North Great Georges Street de Dublín, donde las chanzas y bromas y parrandas estaban a la orden del día. Purdy se miró de arriba abajo, y sin embargo dudaba en bajar. En los viejos tiempos era conocido por sus ocurrencias, y ahora tenía la sensación de que

Crickem había dejado la pelota en su tejado. Dependía de él dar un paso atrevido y actuar por sí mismo. Crickem lo había hecho muy bien. Él, Purdy, tenía que hacerlo mejor. Se sentó en el filo de la cama y por un momento caviló furiosamente, hasta que un gesto de gran audacia le iluminó el rostro y, poniéndose de pie, subió al vestidor del supervisor. Minutos más tarde bajó al pasillo para reunirse con Crickem, intentando no dejarse llevar por la excitación, con el escaso pelo negro y lacio que le quedaba en la cabeza tan pegado al cráneo como si fuese pintado, untado con generosas cantidades de la loción del supervisor, que llegaba desde Dublín preparada en proporciones muy exactas, y con la que el propio supervisor tenía tanto cuidado que solo se aplicaba unas gotitas en la palma de la mano; y los pies del mayordomo mayor, en lugar de las botas de piel negra y puntera cuadrada de siempre, lucían un par de lustradísimos zapatos amarillo canario puntiagudos, propiedad de Malcolm.

Purdy tenía el tonto subido. Estaba dispuesto a pasar el día entre bromas, a cuál más atrevida, pero todas al mismo nivel que usar el aceite capilar del jefe y ponerse sus botas amarillas. Porque aquellas habían sido las bromas más populares en el Hotel Centreside, veinte años antes. Aquellas eran las travesuras que había cuando Purdy era un muchacho.

Crickem, sin embargo, no era ningún niño. Y cuando Purdy entró en la cocina el mayordomo joven le miró la coronilla enlucida y las botas de punta que lo hacían andar como una solterona, de puntillas, y se sintió en peligro de verse en una situación ridícula. No quería bromas de niñatos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó con brusquedad—. La casa está cerrada a cal y canto. Las puertas están atrancadas, las ventanas, también. No hay ninguna necesidad de que pasemos el día entero aquí sentados.

Una punzada de la aprensión anterior atravesó la alegría que le invadía el alma a Purdy. Miró a Crickem.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, poco entusiasmado, pero nada más formular la pregunta ganó confianza.

No había nada que hacer. Crickem podía ser todo osadía, pero ¿qué se podía hacer a las diez y media de la mañana, en el corazón del país, a seis kilómetros de la localidad más cercana, y a tres de la

estación de ferrocarril, de la que el único tren del día había salido ya hacía dos horas? Purdy se animó otra vez. Le apetecía incluso alardear un poco.

—¡Qué pena que no haya otro coche! —dijo—. Podríamos ir a darnos una vuelta.

Muy a su pesar, Crickem estaba impresionado.

—¿Sabes conducir?

Purdy no sabía conducir, pero no se traicionó.

—¿Qué más da saber conducir cuando no hay coche?

Crickem lo miró fijamente. ¿Había subestimado a Purdy? Pero Purdy era un hombre nuevo. Nada que ver con el viejo Purdy.

—Faltaría gasolina —dijo Crickem, decidido a ponerlo a prueba.

—¡Uf! —exclamó Purdy—. ¡Como si no hubiera gasolineras de aquí adónde yo iría…!

A Crickem le picó la curiosidad.

—¿Y adónde irías? —preguntó, humilde como un pupilo a los pies del maestro.

Purdy desestimó la pregunta con desprecio.

—¿Qué sentido tiene hablar de ello? —dijo—. No hay coche, y sanseacabó.

Con las botas amarillas que le apretujaban los dedos de los pies, Purdy parecía más alto y más arrogante. Ante él se elevaban cumbres de osadía, cumbres que Purdy estaba preparado para escalar alzándose con las punteras de las botas del supervisor. Pero nada más alzarse, cayó.

—Benditos sean los tiempos en los que no había que preocuparse ni de coches ni de gasolina y en los que si a uno le apetecía hacer una escapadita solo tenía que salir al patio y montar en una carreta.

—¡La carreta! —Crickem se incorporó—. ¡Purdy! —exclamó, abalanzándose sobre Purdy y dándole una palmada en la espalda—. ¡Purdy, eres un genio!

Fue entonces cuando Purdy sintió por primera vez que patinaba. Vio el desastre que se le venía encima. ¿A qué se refería Crickem? ¿Por qué estaba tan emocionado? Purdy se echó a temblar dentro de las botas. Le temblequeó la mandíbula. Le vacilaron los ojos. Y miró boquiabierto a Crickem. Crickem identificó que jugaba con ventaja.

—En fin —dijo con condescendencia—, si no se te había ocurrido a ti, me has dado a mí la idea.

—¿Qué idea? —quiso saber Purdy con un hilo de voz.

—¡La de la carreta! —chilló Crickem, y entonces todo el sentido del asunto se le reveló con claridad. Comprendió que la osadía de Purdy era puro fingimiento—: ¿Quieres decir que no sabías que había un viejo carro en el patio? —preguntó, frotándose las manos con deleite ante el malestar de Purdy—. No recuerdo qué estaba haciendo, pero un día trasteando en la cuadra vi un carro viejo arrinconado en uno de los establos.

El vago pronóstico de desastre inminente de Purdy se transformó en certeza. Al instante se acordó de algo en lo que llevaba años sin pensar, a saber, que en la parte trasera de uno de los establos, arrumbado detrás de unos aperos de labranza oxidados y anticuados, efectivamente había, tal y como afirmaba Crickem, un carro viejo. Ante sus ojos surgió al instante, en forma de visión; un carro desvencijado pero indudablemente entero, de los que se usaban para las institutrices en los tiempos del transporte a caballo; el cuerpo pintado imitando un trabajo de cestería, las varas, las ruedas y los soportes para los faroles pintados de negro con rayas amarillas, y en su conjunto, varas y chasis, ensombrecido por el polvo y tapizado de telarañas igual que un queso envuelto en muselinas. Purdy se aferró a la única posibilidad que le quedaba como a un clavo ardiendo.

—Está todo lleno de polvo y telarañas —informó—. Seguramente se caerá a pedazos.

—¡En absoluto! —lo contradijo Crickem—. Esos carros se hacían para que durasen toda la vida. ¡Venga, vamos a bajar a echarle un vistazo!

Purdy no podía por menos de seguirlo, y aunque lo hizo a regañadientes daba la impresión de tener más prisa que Crickem, porque con sus piernecitas cortas y gordas necesitaba dar dos o tres pasos por cada una de las largas zancadas del mayordomo larguirucho.

—¿Ves? Está todo lleno de telarañas —resolló otra vez el más pequeño cuando se adentró detrás de Crickem en las profundidades del establo irnos minutos más tarde.

Pero las telarañas, por desgracia, solo demostraron que el carro

estaba intacto e inalterado, y que había escapado al destino habitual de semejantes vehículos obsoletos. No habían destinado ninguna de sus partes a otros usos. Y cuando Crickem apartó un arado triangular y agarró las varas del carro y lo trasladó de la oscuridad del establo al empedrado bañado por el sol comprobaron que estaba en tan buenas condiciones como el día en que una institutriz distraída lo metió en el patio por última vez. Estaban los cojines de piel con botones amarillos, uno encima de otro. Estaba la alfombrilla con flecos, doblada con esmero en el asiento, aunque sin duda infestada de polillas por dentro. Y, por encima de todo, como el mástil de una goleta, el pequeño látigo amarillo sobresalía de su funda, con dos velas blanquísimas de tela de araña izadas a ambos lados.

Sin molestarse en sacudir la capa de telas e hilos sobre los que corrían las asustadas arañas negras y paticortas, Crickem se agarró a las varas y, colocándose entre ellas, empezó a correr por el empedrado, tirando del carro.

Fue la visión de Crickem entre las varas lo que le dio a Purdy otro momento de esperanza.

—¡Un caballo! —exclamó—. ¡No tenemos caballo! —Y no pudo disimular el júbilo de su voz.

Pero Crickem se volvió, aún entre las varas, y con un gesto de la cabeza señaló los compartimentos que había en el otro extremo del patio.

—¿Qué tienen de malo esos jamelgos? —preguntó, y dejó caer las varas en el suelo con un estruendo.

Purdy estaba sin palabras.

Solo había dos caballos, pero eran las niñas de los ojos del supervisor.

—¡Los cazadores…! —jadeó.

—¡Pues claro! —dijo Crickem—. Si son tan buenos como Malcolm dice, irán como corderitos en el carro. —Miró con gravedad hacia los compartimentos, por encima de las puertas partidas desde las que los dos caballos los observaban con moderada curiosidad equina—. Nos llevamos a la alazana.

Puestos a elegir entre los dos, a juicio de su dueño, la excelencia recaía sobre la alazana.

—¡La alazana! —repitió Purdy sin fuerzas, como en un sueño, y

fue detrás de Crickem hasta la caseta más grande, donde una preciosa yegua alazana con una estrella blanca en la frente echó la cabeza hacia atrás con un temblor nervioso.

Hacer salir al magnífico animal y colocarle el arnés fue cosa de un momento, y tal y como Crickem esperaba, desde que la colocó junto al carro la yegua se mostró dispuesta a tirar de él. Retrocedió sin reservas para situarse entre las varas y se detuvo para que la amarrasen.

Pero llegados a este punto hubo un pequeño retraso debido a la lucha de Crickem con los misterios de las guarniciones.

Había arrancado con seguridad, pasándole al animal el collar por la cabeza y la retranca por los cuartos traseros. Había asegurado los tiros al carro. Pero cuando ya había hecho todo esto, entre las varas y la alazana aún quedaba una cantidad desconcertante de correas de cuero sin pasar por las hebillas, y otro tanto considerable en las partes superiores de los arreos.

Crickem se rascó la cabeza y dio un paso atrás para observar mejor su obra.

—¡Un segundo! ¡Un segundo! —exclamó, como si el pobre Purdy estuviera protestando por el retraso. Supervisó las correas sueltas—. Lo principal —dijo, cogiendo la cincha y trenzándola equivocadamente con los tiros—, lo principal es que el caballo esté bien amarrado al carro. Poco importa cómo se consiga.

Purdy, con las botas puntiagudas, se balanceaba sobre el empedrado, sin decidirse entre permitir o no que se pusiera en práctica semejante ocurrencia. Por un lado, no llegarían muy lejos, pero por otro se estremeció al pensar en lo que podía pasarle al carro en tan breve trayecto, por no hablar de lo que pudiera ocurrirle a la bonita yegua, cuyas patas, a ojos del inquieto Purdy, eran tan frágiles como el cristal.

Entretanto, mientras Purdy vacilaba, Crickem había vuelto a ponerse manos a la obra. Dos veces logró abrochar todas las hebillas, pero dos veces hizo falta desabrocharlas. Y en el transcurso del último esfuerzo había aflojado los tiros sin darse cuenta y las varas habían ido a dar en el suelo con un topetazo que sonó a roto, y tres veces había pasado bajo la panza de la alazana. Y, sin embargo, el animal y el carro seguían siendo tan independientes como cuando la yegua estaba en su cobertizo y el carro en el

establo.

Sometido a la tensión de hacer frente a aquellos obstáculos no buscados, Crickem, que por motivos que solo él conocía trataba a Purdy como a un igual, estaba alcanzando ese punto en el que su paciencia flaqueaba tanto que la verdad podía crear una repentina fisura en cualquier momento. Varias veces chocó con él mientras se movía de un lado a otro del carro. Y aunque Purdy se mantenía a una distancia considerable del escenario de la actividad, Crickem empezó a mascullar entre dientes.

—¿Es que no puede ponerse en otro sitio? —refunfuñó en un momento dado—. ¿Cómo es posible que una persona no tenga luces para quitarse de en medio?

En el transcurso de los murmullos, sin embargo, durante los cuales, por cierto, había vuelto a dejar caer las varas, y dos veces más había pasado por debajo de la panza de la yegua, Crickem se arriesgó a lanzarle una mirada a su compañero. Antes de que a Purdy le diera tiempo a disimularla, en su lustroso semblante lucía una sonrisa altanera.

—¿Qué pasa? —quiso saber Crickem—. ¿A qué viene esa sonrisa? ¿Eh?

Había llegado al punto en que con mucho gusto le habría soltado un puntapié a la yegua, pero el instinto le decía que tal vez un caballo no fuera el mejor animal del mundo con el que enzarzarse en una pelea a patadas. Por el brillo de sus ojos cuando se posaron en Purdy, parecía como si fuera a satisfacer el impulso desahogándose con su colega. Pero, de repente, el brillo se desvaneció.

—¿Qué pasa? —dijo, entre el desprecio y la sinceridad—. Por casualidad no serás un experto en estos menesteres, ¿no?

Purdy no dijo nada por un momento. Luego se agachó y cogió la cincha. En un abrir y cerrar de ojos la colocó en su sitio y rodeando la yegua a toda velocidad la abrochó por el otro lado. A continuación deslizó los tiros por el gancho. Ajustó y abrochó cada una de las correas, y pasados pocos minutos no quedaba nada por hacer salvo encaramarse al carro y ponerse en marcha, completamente equipados y de punta en blanco.

Una vez más intercambiaron los papeles. Purdy volvía a llevar la voz cantante. Se incorporó en el carro y agarró el látigo. Y luego,

obedeciendo a otro impulso, volvió a saltar y le tiró las riendas a Crickem.

—¡Un momento! —exclamó—. Tenemos que llevarnos algo para comer.

Porque de nuevo había vuelto a los tiempos en que el personal del Centreside llevaba a cabo su excursión anual, y aquellos días siempre había una cesta a rebosar de comida bajo el eje del carro.

—¿No podemos parar por el camino a comer cualquier cosa en alguna taberna? —preguntó Crickem, que estaba impaciente por echarse a la carretera.

Purdy lo miró con lástima por su falta de experiencia.

—No se puede dejar un caballo en un arcén, ¿sabes? —dijo, y atravesó el patio con piernecillas veloces, en dirección a la casa.

Acababa de meterse en la despensa cuando oyó pasos en el patio, y allí que apareció Crickem.

—He amarrado las riendas a la puerta del patio —explicó rápidamente, previendo la mirada de desaprobación de Purdy.

Aliviado solo a medias, Purdy volvió a concentrarse en la comida que había cogido y dispuesto en la mesa. Había de todo: una hogaza de pan, un bizcocho muy amarillo, una lata de sardinas, un pedazo de queso curado, y en una pequeña vasija de piedra, para que no se derritiera, una libra de mantequilla potente. Pero la joya de la corona era un hueso de jamón grande en el que había una cantidad considerable de carne rosa y deshilachada.

Crickem miró con ojo crítico el bodegón.

Se metió en la despensa y, tras rebuscar en una de las baldas más altas, salió minutos más tarde con otra hogaza y un frasco de pepinillos en vinagre. Purdy se quedó mirando los encurtidos. Lamentó no haberlos visto. En cierto modo era como si le devolvieran a Crickem parte de su ventaja sobre él. Echó un vistazo a su alrededor para ver si podía coger algo mejor que los pepinillos. Al cabo de un momento chasqueó los dedos.

—¿Dónde está la llave de la bodega? —preguntó.

Por poco no dejó caer Crickem el frasco de pepinillos. Una temeridad tan grande lo superaba por completo.

—Bien sabes que todas las botellas de la bodega están contadas y listadas —dijo—. De ninguna manera podríamos sisar una sin que la echara en falta. —Pero al ver que Purdy seguía buscando la llave,

le preguntó con admiración—: ¿Vas a coger una botella?

—¡Ya veremos! —dijo Purdy—. ¡Ya veremos! —Con el tono de quien se dirige a un niño—. Primero tengo que dar con la llave.

Lo cierto es que Purdy acababa de recordar que, varios años antes, Malcolm había pedido una caja de licores en la que había una o dos botellas de curasao al que no terminaba de coger el gusto y que quiso devolver. Sin embargo, nunca se habían devuelto, y si a Purdy no le fallaba la memoria estaban olvidadas en un oscuro rincón de la bodega. Estaba casi seguro de que el supervisor no echaría de menos las botellas de curasao, y si las echaba de menos él podría persuadirlo de que las habían devuelto al proveedor. Por otro lado, todo el asunto había tenido lugar antes de que Crickem llegara, y este ignoraba el factor que mitigaba la gravedad del atrevimiento de Purdy.

Cuando, no obstante, localizaron la llave de la bodega y la abrieron, surgió una pequeña dificultad al salir corriendo Crickem por delante de Purdy, haciendo ruidos con los labios y lanzando exclamaciones.

—¿Qué nos vamos a llevar? —preguntaba, frotándose las manos y volviendo a chasquear los labios—. ¿Una botellita de jerez? —Cogió una botella de jerez y salió a toda prisa de la oscuridad de la bodega para que le diera la luz, pero casi enseguida volvió, también corriendo, haciendo aspavientos y hurgando entre los estantes—. ¿Un oporto? ¿Un burdeos? —Pese al rapto, sin embargo, tuvo la prudencia de ceder a Purdy la elección, pues esta llevaba aparejada la culpa—. ¿Qué vas a llevarte?

—¡Un momento, un momento! —dijo Purdy, y empezó a sacar botella tras botella y a rebuscar en los recovecos de la parte trasera de las bóvedas.

—¡Chico listo! —exclamó Crickem—. Vas a coger una de las de atrás, para que no se note.

Pero Purdy rechazó aquella sugerencia.

—Estoy buscando algo muy concreto —explicó—. Maldita oscuridad. ¡Ya sé! Enciéndeme una cerilla.

Pero diez, veinte fósforos encendieron y consumieron sin que las botellas de Purdy aparecieran.

—Bah, vamos a llevarnos cualquier cosa —dijo Crickem, cansado ya de encender cerilla tras cerilla—. Además, ya solo queda

una —informó al tiempo que dejaba caer la penúltima y se chupaba los dedos chamuscados.

Purdy titubeó. ¿Era posible que se hubiera confundido? ¿Y si al final hubieran devuelto el curasao? Y, si era el caso, ¿qué haría ahora? Se había metido él sólito en el brete. Tendría que coger algo. No podía traicionarse. Crickem estaba a punto de prender la última cerilla.

—¡Espera! Dame el último fósforo —ordenó Purdy, que lo encendió con cuidado y protegiendo la llama con las manos se acercó a la última bóveda de la bodega, la única que le quedaba por examinar.

Al amparo de la bóveda, la llama brilló con más fuerza y enseguida consumió el palito de la cerilla. Purdy sentía ya su calor; tendría que apagarla o tirarla al cabo de poco. Desesperado, repasó la bóveda con la mirada.

—¡Ah!

Justo cuando la llama entraba en contacto con las yemas de sus dedos, justo cuando sentía la primera dentellada de dolor, ahí, en la esquina más remota, tapada por una capa gruesa de telarañas blancas, igual que el carro, estaban las tres botellas anchas de curasao. Los ojos de Purdy les dirigieron una mirada tan ávida como la de una madre al contemplar a su bebé recién nacido. Entonces, la cerilla se apagó y se sumieron en la oscuridad, pero Purdy agarró los cuellos de las botellas sin fallar. Un minuto más tarde volvió sobre sus pasos, salió a la luz, y levantó el curasao, triunfante.

Crickem no estaba nada contento. Miraba las etiquetas.

—¿A qué sabe eso? —preguntó, mirando apesadumbrado los seguros y conocidos jereces y oportos de las bóvedas más altas. Pero, una vez más, decidió conformarse con tal de eludir la responsabilidad.

Hacía un día de auténtico verano. El sol brillaba con fuerza, y los campos estaban coloridos y plagados de la actividad de la cosecha; algunos amarillos por el maíz sin cortar, otros pálidos y llenos de rastrojos descoloridos. Algunos apagados, con el heno aún sin atropar, otros verdes radiantes con el segundo pasto y salpicados de almiares. Arriba, el cielo era de un azul nítido y profundo.

Los dos mayordomos se pusieron en marcha al paso que

marcaba la yegua alazana, un paso enérgico y constante.

Tomaron la carretera de Slane, que discurría por la zona más ubérrima y profunda de Meath, y poco después iban colina arriba, colina abajo, el campo oculto los ratos en que se adentraban en un vallecillo y revelado al momento siguiente cuando el camino se elevaba, o cuando atravesaban uno de los muchos puentes para el ferrocarril que se alzaban como aros de *croquet* en las zonas más llanas y proporcionaban unas vistas magnificas de todo el condado, con llanuras que se diferenciaban por el pasto y el grano, y ensombrecidas por los bosques de las tierras solariegas. Pero cada vez que Purdy y Crickem se ponían de pie en el carro, en cada recodo de la carretera, no lo hacían para admirar el magnífico panorama, sino para quitarse el sombrero y estrecharles la mano a los segadores al otro lado de los setos, y para lanzarles besos a las muchachas.

Sin embargo, la visión que tanto deleitaba a los dos galanes no podía compararse con la visión que ellos mismos representaban para la gente a la que saludaban. Pues la luminosa escena del verano viene y va, pero la gente de campo que levantaba la cabeza al oír el paso firme de la yegua se quedaba con la boca abierta de asombro al ver a los dos mayordomos pasearse en tan obsoleto vehículo. Quienes estaban lo bastante cerca de la carretera dejaban caer las horquillas y rastrillos y hacían ondear los sombreros de paja con mucho brío. Unos cuantos ancianos salieron corriendo en dirección a la carretera y, quitándose la pipa de la boca fruncida, gritaron con voz ronca:

—¡Vuelven los viejos tiempos!

Pero eran las mujeres las más entusiasmadas. Eran las mujeres las que intuían algo ilícito en el hecho de que dos hombres con levitas negras pasearan en un coche de caballos. Y algo en ellos reaccionaba. Sus miradas se volvían más desvergonzadas y sacaban pecho con descaro.

—¡Vaya un regalito para la vista! —exclamó Purdy al pasar por un campo cuya mano de obra estaba compuesta exclusivamente por mujeres y chicas. Era evidente que estaban aventando un heno que se había recalentado en los almiares y había que recomponer.

—Lo que ahora apetece —dijo Crickem— son dos chicas solo para nosotros.

Pero lo difícil iba a ser elegir.

—¡Si quieres una chica, ahí tienes a unas cuantas! —replicó Purdy, señalando al otro lado de la carretera, donde había un grupito de jóvenes sentadas junto a un portón. Habían salido al campo con las fiambreras para sus hombres, y ahora charlaban junto al portón con sus coloridos vestidos y blusas de algodón y sus cegadores delantales blancos.

—¡Qué regalo para la vista! —volvió a exclamar, encantado, mientras las mujeres, envalentonadas por ser más, los miraban parpadeando mucho y dándose empujoncitos, soltando gritos y muchas risas. Y las que empujaban, con una mano revoltosa o un gesto brusco, se ofrecían de un modo más apremiante, con ojos brillantes y atrevidos.

Y los hombres, en el carro, se bebían las sensaciones embriagadoras que les proporcionaban las mujeres, al tiempo que sus fosas nasales y sus bocas abiertas se bebían el aire dulce y raudo. Pero no detuvieron a la yegua, que avanzaba a un galope sostenido y alegre. Los grupitos de mujeres eran peligrosos. No fuera a ser que las más echadas para delante a la hora de ofrecerse también fueran las más resentidas si sus ofrecimientos eran aceptados. No fuera a ser que la victoriosa carrera de cuadriga se tornase en retirada, ni que acabasen, si paraban, teniendo que volver al carro en la ignominia, y partir siendo blanco de escarnio, y puede que hasta de piedras. No.

No podían arriesgarse a parar mientras no estuvieran completamente seguros.

Y, sin embargo, las chicas eran necesarias para que la escapada fuera completa.

—Tenemos que conseguir a un par de chicas. Sin ellas no hacemos nada —decía una y otra vez Crickem.

Abordaban la cuestión con franqueza.

—¡Estas no nos sirven! —decían al dejar atrás grupo tras grupo de mujeres, saludándolas y levantándose el sombrero a duras penas —. ¡No nos sirven! Demasiado atrevidas a distancia.

—Espera a que pasemos por algún pueblo —sugirió Crickem—. Correremos mejor suerte con las pueblerinas.

—¡Uy, sí, unas pueblerinas es lo que necesitamos! —convino Purdy.

—Siempre que veas a un grupo de chicas —dijo Crickem— hazte a la idea de que tienes muy pocas papeletas de pescar a una. No son capaces de reconocer entre ellas que les gustan esas cosas. Espera a que nos crucemos con un par de chicas solas. Ya verás cómo encontramos un montón. Cuando veas dos sentadas en un terraplén, con esas tendremos posibilidades. Y cuanto más frías sean, más posibilidades, por lo general. Las que ponen los ojos en blanco y menean la cabeza saben que el grupo las protege. ¡Pero dos chicas sentadas en un terraplén…! Eso ya es harina de otro costal. ¿Qué hacen en un terraplén? ¿Qué andan tramando, si no lo mismo que andas tramando tú? ¿Entiendes?

Y Purdy lo entendió.

A pesar de todo, cuando poco después de aquel trascendental comentario los galanes pasaron por delante de un terraplén donde estaban sentadas dos chicas con unos sombreros muy provocativos y medias chillonas, no se detuvieron.

¿Y por qué? En fin, seguramente fue culpa de Purdy. Cuando divisaron a las muchachas, Crickem se puso de pie con una sonrisa de impaciencia.

—¿Ves lo que te decía? —comentó.

Pero aunque él también se puso de pie, Purdy experimentó una punzada de inquietud. Rememoró por primera vez en muchos años ciertos fracasos del pasado. Recordó de repente los cálculos erróneos que había hecho con Amelia. Y las dudas le invadieron el corazón. ¿Y si las chicas lo rechazaban? ¿Y si soltaban una risilla cuando se quitara el bombín? ¿Y si, en pocas palabras, las dos quisieran quedarse con Crickem, y quisieran sentarse a su lado, y que Crickem las agarrase, a cada una con un brazo, mientras él, Purdy, se quedaba solo en la parte trasera del carro, circulando por los campos, el hazmerreír de todos cuantos se cruzaran por el camino?

Casi habían llegado a la altura de las muchachas.

—Guapas, ¿eh? —susurró Crickem.

Purdy apretó los labios y luego los separó con un comentario inspirado.

—¿A eso lo llamas tú guapas? Debo decir que preferiría que se me sentara en las rodillas algo mejor que esos palitroques.

Crickem se giró. Estaba atónito; tan atónito, en realidad, que se

le olvidó corroborar su propia impresión y dejaron atrás a las dos chicas del terraplén, que, sin dar crédito a lo que veían, miraban el carro boquiabiertas. Crickem miró fijamente a Purdy. Purdy era el tipo calvo y bajito que le pasaba una pensión a una arpía, y al que las mujeres siempre habían tratado con desdén, y sin embargo, dos de las mejores muñequitas que uno se pudiera imaginar no eran lo bastante guapas para su gusto. ¡Toma ya! Crickem negó con la cabeza. Empezó a perder la fe en su propio juicio. Tal vez las chicas del terraplén fueran un poco ostentosas. Tal vez fuera mejor seguir un poco más. El joven suspiró. Pero volvió a animarse. El día era joven.

Justo entonces aparecieron otras dos chicas frente a ellos, paseando por el centro de la carretera. Al oír el trote del caballo las muchachas se dieron la vuelta y miraron por encima de sus hombros. ¡Uh! Palabras mayores. Una de ellas era pelirroja y tenía las mejillas color carmín. Le centelleaban los dientes, y sus ojos transmitían la cantidad justa de insolencia e independencia. Crickem se puso otra vez de pie y en su cara se dibujó la sonrisa de antes. No miró en ningún momento a la otra chica.

Pero Purdy sí. Se dio cuenta enseguida de que era la comparsa que desde siempre figuraba junto a las heroínas de la historia, la literatura y las historias de amor. Vio que era gorda, simplona, pálida y macilenta. Y sus conjeturas la volvían mucho peor. Con toda probabilidad tendría los dientes torcidos, bizquearía o sería patizamba. Y en su mente no cabía duda de que le tocaría apechugar con ella. Instantáneamente se imaginó a Crickem con la pelirroja a su lado, con una actitud ambigua, fría en sus formas pero de mirada cálida y tentadora, mientras él, con toda probabilidad, apenas si tendría sitio en el otro asiento, con la gorda enganchada del brazo igual que un cepo. Bien conocía él a aquellas mujeres simplonas. Bien conocía a las que no podían ni ver a los hombres. ¡El mundo no se reducía a las Amelias! Sintió que empezaba a sudar. Puede que, después de todo, hubiera peores defectos que los de Amelia.

La yegua seguía avanzando. Las chicas se habían hecho a un lado; efectivamente, la pelirroja apenas si se había movido unos pasos, pero, tal y como Purdy sospechaba, la comparsa se metía en su papel. Era ella la que debía atraer su atención, propiciar el

encuentro. Con un chillido artificial, la gorda se apartó al arcén y pidió a su compañera que la imitara, de modo que los hombres tuvieron la oportunidad de saber cómo se llamaban.

—¡Crissie! ¡Crissie! ¡Un caballo desbocado! ¡Apártate, que se te lleva por delante! —Volvió a gritar. Y luego, uniendo ambas partes, señaló a Crissie con un dedo gordinflón y apeló a los ocupantes del carro en movimiento—: Díganle que se aparte —exclamó—. Se va a matar. ¡Oh! ¡Oh! —Y se puso a gritar otra vez, sin cesar.

Purdy miró a Crickem.

Los ojos de Crickem estaban clavados en Crissie, quien, serena e inamovible, indiferente al peligro, se negaba a moverse ni un centímetro, y mirando el carro con parsimonia le dijo a su amiga en tono reprobador:

—No seas boba, Polly. Ese caballo es más manso que un corderito. Además, supongo que los caballeros lo tendrán bien controlado.

Según hablaba, Crissie levantó unos ojos llenos de mensajes de disculpa por Polly. Pero todos los mensajes de aquellos ojos hechizantes se dirigían a Crickem, y solo a Crickem.

¡Ya sabía él que pasaría eso! Purdy sintió que volvía a brotarle el sudor. Y el nombre de la gorda: ¡Polly! La gota que colma el vaso.

Una vez más tendría que actuar, y rápido.

—¿Cuál de las dos es peor? —le preguntó por lo bajo a Crickem —. ¿Con cuál te quedas: con la gorda o con la patizamba?

—¿Patizamba?

La sonrisa de Crickem desapareció. Casi dio un salto del carro. Pero era demasiado tarde. Estaban ya junto a las chicas y lo único que veía de la fresca pelirroja era su rostro. Las piernas, zambas o no, quedaban ocultas por la cincha de la yegua en el momento en que pasaron por su lado, sin aflojar el paso. Pero Purdy debía de haberse referido a la pelirroja con lo de patizamba, porque en el arcén, a ojos vistas, estaba Polly. Y las piernas de Polly no estaban torcidas. De hecho, Polly tenía las piernas tan gordas que habrían podido soportar fácilmente el peso de cinco o seis Pollys.

Otra ocasión perdida. Habían pasado de largo. Y, una vez más, Crickem no miró atrás. Se giró, atónito, hacia Purdy.

—A ti no se te escapa una, ¿eh? —dijo, impresionado—. Yo no le he visto nada de malo a la pelirroja. ¿Desde cuándo eres tan

especialito? Creía que *yo* era especialito, ¡pero tú bates todos los récords! —Entonces volvió la cabeza, arrepentido—. Al paso que vamos, nunca conseguiremos una chica —añadió, pero Polly y Crissie ya habían quedado atrás, en una curva del camino, y no era posible comprobar hasta qué punto las piernas de Crissie desmentían la descarada confianza de su cara.

Entretanto, el día avanzaba, y el carro avanzaba, y los campos avanzaban en la dirección opuesta, y como hacía un día de verano inusualmente caluroso y luminoso, huelga decir que los gallardos mayordomos se cruzaron y dejaron pasar a muchas chicas guapas. Pero algo le había pasado a Crickem; una cuerda de su confianza se había roto, y ahora era él quien estaba ansioso por demostrarle a Purdy que él también era un poco especial. En cuanto divisaban ante ellos un par de piernas por la carretera, Crickem empezaba a criticar a sus dueñas.

Y luego estaba la cesta atada al eje. No tenía ningún sentido compartirla, ya bastante escasa era para dos. Era mejor comérselo todo mientras pudieran.

—Tendremos tiempo de sobra luego para coger florecillas —decía Purdy—. Y le daba a Crickem un codazo en las costillas, por si acaso al joven se le escapaba el significado implícito de aquella expresión de antaño tan fragante.

Eran más o menos las cuatro de la tarde cuando se detuvieron bajo un frondoso castaño a un lado de la carretera, ataron la yegua al árbol y sacaron el hueso de jamón y las botellas de curasao.

—No me había dado cuenta del hambre que tenía —comentó Crickem, llenándose la boca de queso.

—¿Sabes dónde está el sacacorchos? —preguntó Purdy, y, revolviendo dentro de la cesta con la boca llena, ni uno ni otro se giró siquiera a mirar a una florecilla regordeta que pasó a su lado, metiendo a las vacas en casa después de que hubieran pastado.

Y cuando pasó por segunda vez, sin duda después del ordeño, le hicieron aún menos caso que antes, dado que en el hueso de jamón había más carne de lo que parecía y los pepinillos tenían enjundia. Nuestros amigos habían comido de más, y lo único que les pedía el cuerpo era echarse boca arriba, cubrirse la cara con el sombrero y roncar un rato. Podían brotar florecillas a su alrededor, que ellos ni se inmutaban. El único trastorno que experimentaron fue de orden

interno. El curasao los mareó un poco.

Pero allí tumbados, ahítos bajo el sol vibrante, por sus mentes soñolientas vagaron visiones de todas las mujeres y chicas que habían visto por la carretera y los campos; todas las Crissies y las Pollys; todas las mujeres entradas en carnes a las puertas de sus casitas, y los labios colorados de las muchachas que habían ocultado sus rostros y se habían sonreído al verlos. Y se sintieron casi tan saciados con aquellas visiones de caderas y muslos, codos carnosos y pechos y vientres como saciados estaban de pepinillos.

Purdy, en particular, estaba agotado.

Por fin, sin embargo, la brisa del atardecer en las cosechas empezó a abrirse paso entre la hierba sobre la que estaban tumbados, y la sombra del árbol al que estaba amarrada la yegua empezó a arroparlos. Ella fue la primera en notar que la tarde caía, y su piel sensible se estremeció cuando las sombras cayeron azuladas sobre ella. Empezó a golpear con los cascos las barras de hierro del portón al que estaba atada, impaciente, y a agitar los arreos.

Los mayordomos se incorporaron.

—¿Qué? ¿Vamos volviendo? —propuso Purdy. El día ya había sido lo bastante largo para él.

Pero Crickem, al primer contacto con el aire fresco de la noche, recobró todo su vigor.

La falsa sensación de satisfacción se disipó en un instante, nada más ponerse de pie, y los aguijonazos de la tarde fresca eran menos insistentes que los de sus deseos frustrados.

¿Dónde había quedado el día? ¿Cómo habían podido malgastarlo así? Miró a Purdy. Era culpa del viejo, pensó. Si el viejo no hubiera sido tan tiquismiquis ahora tendrían una chavala por barba. Pasarían frío a la vuelta. No habría estado nada mal disponer de un brazo calentito rodeándote la cintura para darte calor. Crickem se calentó solo de pensarlo. Incluso habrían podido llevarse a las dos chicas a la Rectoría. ¡Tanto cuarto vacío! ¡Tantas camas grandes! ¡Qué oportunidad perdida! Lo atravesó un sentimiento de puro odio, y fulminó a Purdy con la mirada, pero él no se dio cuenta. Purdy estaba acariciando a la yegua, pasándole las manos por las ancas, veteadas de marcas de sudor seco y ásperas de caspa y pelos caídos. El día le había pasado factura a la yegua.

—A este animal tendremos que darle un buen cepillado cuando volvamos —comentó.

Crickem no contestó. Se quedó mirando con desprecio los faldones arrugados de la levita de Purdy, y los fondillos brillantes del pantalón, manchados de hierba. Quería hacer algo para irritarlo. Quería hacerlo rabiar. Quería quitarle de la cara gorda y lustrosa aquel gesto complaciente. Y sabía cómo hacerlo.

Se acercó al castaño y desató a la yegua. Ayudó a Purdy a amarrarla al carro sin decir ni media palabra, pero cuando se sentaron lucía la sonrisa que Purdy tan bien conocía y tanto temía.

—¿No sería para troncharse —dijo entonces, quebrando el silencio, como si tal cosa—, no sería para troncharse que llegáramos a la Rectoría y nos la encontráramos ardiendo?

Los cálculos de Crickem no habían fallado. Purdy rabiaba, pero no tanto como al joven le habría gustado. Sus mofletes temblaban, pero controló el sobresalto mediante una carcajada.

—Bah, no creo que eso pueda pasar —dijo, e hizo un esfuerzo por olvidar cuanto antes tan mezquina ocurrencia.

Crickem, sin embargo, no había contado con una cosa, a saber, el efecto que el comentario ejercería sobre sí mismo. Tan pronto como lo pronunció, no obstante, una sensación supersticiosa empezó a forjarse dentro de él. Se arrepintió de no haber mantenido la boca cerrada, y Purdy le dirigió una sonrisa débil e hizo como si se tomara a bien la broma, una sonrisa no más débil que la que exhibió el propio Crickem. Le correspondía a él romper el silencio que había provocado.

—¿Nos echarían a nosotros la culpa si la casa se incendiara? —preguntó—. Es decir, ¿podría recaer la responsabilidad sobre nosotros?

Miró a Purdy, al que había empezado a odiar con todas sus ganas en los últimos minutos, y cuando este le echó un vistazo antes de contestarle se percató por primera vez de lo joven que era su compañero: un chaval, pensó Purdy, asombrado; torpe, sin experiencia. Estaba un poco preocupado, pero no tanto como antes de salir. La suya era la preocupación de la persona cauta, que nace antes de que el daño esté hecho, y no la de los imprudentes que esperan a que ya no haya remedio.

—No tiene sentido que nos preocupemos por algo así ahora —

dijo, en un intento por tranquilizar a su colega, que no paraba quieto.

Y dicho esto, Purdy restalló el látigo en el aire y puso rumbo al valle que quedaba más abajo, pues habían tomado de nuevo la carretera de Slane, y, señalando el magnífico paisaje de Meath, exhortó a su compañero a que lo disfrutara.

—¡Mira qué vistas! —exclamó—. ¿En qué otro sitio se ve algo así?

Ciertamente era bonito. Aunque habían pasado por aquella misma carretera poco antes, la belleza no había sido tan evidente entonces, su excitación los había aturdido, y la actividad humana en los campos los había distraído de los paisajes. Pero ahora no había mujeres con blusas rojo vivo en primer plano. No había chicas con mandiles blancos apoyadas en los portones. La mirada pasaba de los campos vacíos al remoto borde del cielo, donde una bruma azul intensificaba las manchas irregulares de los árboles. Árboles y arbustos, y hasta los campos más alejados parecían un océano profundo bajo la bruma vespertina. Y aquel azul que lo bañaba todo hacía aún más inmenso el panorama. Hasta en los campos de heno más cercanos los almiares amarillos se veían insignificantes comparados con sus propias sombras azuladas y grandiosas que se desplegaban sobre los rastrojos.

—¡Unas vistas espectaculares! —exclamó Purdy otra vez—. No hay duda de que un carro tirado por un caballo es la única manera de ver bien el campo. Qué vistas. Se distinguen los campos a kilómetros a la redonda.

Se puso de pie y echó un vistazo en derredor en el momento en que cruzaban uno de los puentes con ojos del ferrocarril.

Crickem, que hasta entonces no había hecho mucho caso a los comentarios de Purdy sobre el paisaje, mostró un poco más de interés. Él también se puso de pie, pero mirando hacia delante, fijamente hacia la amplia extensión que quedaba ahora justo frente a ellos, y bajo sus pies, pues la carretera trazaba una curva en ese punto.

—Deberíamos poder ver la Rectoría desde aquí —dijo, intentando distinguir algo entre los varios sotos que sobresalían en el horizonte.

—¿Todavía andas preocupado por que se haya incendiado? —

dijo Purdy, y se echó a reír, de buen humor. El día había sido tan completo y satisfactorio para él… Se había olvidado de sus inquietudes y temores.

Crickem se mordió el labio con aflicción.

—Sí, tú ríete —dijo—, pero yo de ti no estaría tan contento. No me gusta nada cuando pienso en cómo jugabas con las cerillas en la bodega. ¿Seguro que las pisaste bien todas? Siempre hay que pisar una cerilla apagada. Nunca se sabe, pueden seguir encendidas aunque no haya llama, y prenderse luego otra vez.

Pero Purdy se rio aún con más ganas.

—Las paredes de la bodega son de ladrillo.

Crickem se quedó callado un momento.

—¡Y qué me dices de la paja de las cajas de vino que había por el suelo!

—¡Anda! ¡Anda! —replicó Purdy con condescendencia—. ¡Alegra esa cara! Te garantizo que si la vieja rectoría estuviera ardiendo no nos costaría lo más mínimo distinguir la humareda. —Y señaló de nuevo hacia la vastedad con el mango del látigo amarillo, al tiempo que abría la boca y tomaba una bocanada de aire tan profunda que los botones de la levita se vieron al límite de su resistencia y el primero estalló. —¿Es que no hay ni una gota de poesía dentro de ti? ¿Es que no se te ocurre nada mejor que decir ante un cielo así? ¡Mira esos árboles de allá, a lo lejos! ¡Mira la neblina que flota en el aire!

Crickem hizo un esfuerzo por recomponerse.

—La neblina es por el calor —dijo, al azar—. Mañana volverá a apretar. Miró a lo lejos, melancólico—. Parece humo, ¿verdad? ¡Humo azul!

—Pues sí que es verdad —convino Purdy—. Justo eso parece; humo azul.

Y para apreciar mejor tan poética comparación aflojó las manos de las riendas y dejó que la yegua alterase la marcha. Iban a la misma velocidad que si fueran andando, y Purdy contemplaba extasiado el paisaje.

—Mira esa arboleda que tenemos justo delante —dijo—. ¿Sabes cuál te digo? —señaló con la punta del látigo y luego con un dedo hinchado, y a continuación empezó a dar indicaciones más explícitas—. Ven, acércate un poco más adonde estoy —ordenó a

Crickem—. Sigue mi dedo con la mirada. —Se interrumpió—. Un momento —dijo entonces, tirando de las riendas y deteniendo al caballo—. ¿Ves el árbol que hay en medio de aquel campo? —preguntó.

—Sí —contestó Crickem, desganado.

—Pues mira más allá en línea recta. ¿Ves una aguja un poco a la izquierda? ¿Sí? Muy bien, ahora fíjate bien en la aguja y mira un pelín más a lo lejos. ¿Ya? Y bien: ¿qué ves?

—Veo la aguja —dijo Crickem, aún más desganado.

—Bien. Bueno, pues si ves la aguja, verás también los árboles a los que me refiero, porque quedan justo detrás de la aguja.

—Los veo —confirmó Crickem.

—¿Y?

—¿Qué pasa?

—¿No los reconoces? O yo estoy muy equivocado, o aquellos son los árboles de la Rectoría.

—¡Ah! —exclamó Crickem, y se puso de pie, más interesado—. ¿Tú crees? —preguntó, porque ahora que había localizado los árboles les ponía los cinco sentidos, pese a que eran muy parecidos al resto de sotos de la llanura que se extendía a sus pies.

—Segurísimo —dijo Purdy. Se le infló el pecho—. Debe de ser uno de los rincones más bonitos del condado. —Lo poseyó una sensación de orgullo—. Nuestra finca debe de ser uno de los mejores rincones arbolados de todo el condado. ¡Mira qué árboles! ¡Mira cómo se espesa la niebla a esa altura! Apuesto a que ya es noche cerrada en medio de esas arboledas.

Ciertamente, la bruma se espesaba. No solo se acumulaba entre las hendiduras de los árboles y arbustos, sino que parecía elevarse sobre ellos, como si fuese vapor, para juntarse con las nubes nocturnas de un azul aún más intenso, que empezaban a acumularse en el cielo.

—Nunca he visto una bruma más parecida al humo que esa —dijo Crickem, conmovido muy a su pesar por la serena expansión que tenía ante sus ojos.

—Muy buena descripción la tuya —lo felicitó Purdy—. Un poeta no lo habría expresado mejor. ¡Fíjate! Juraría que es humo. ¡Y mira qué nubes! Igualito que nubes de humo azulado flotando en el aire. —Entonces, sintió un impulso juguetón; una vez más le soltó un

codazo en las costillas a Crickem—. ¿Cómo era eso que has dicho antes? ¿No sería la monda que fuese humo?

Y echó la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada. Purdy reía y reía, y al reírse aflojó las riendas y la yegua se hizo a un lado de la carretera y empezó a pacer con brusquedad las briznas largas y húmedas de la hierba que crecía entre los montones de piedras que dejaban los peones camineros.

—¡Calla, anda! —exclamó Crickem, agarrando las riendas—. ¿Vas a conducir o no? Dame eso si no eres capaz de llevar al animal. —Dio un violento tirón de las riendas que provocó que la yegua echara hacia atrás la cabeza y enseñara los dientes largos y amarillos manchados por el jugo verde de la hierba—. Como te he dicho antes —añadió cuando Purdy recuperó el control de las riendas mientras se enjugaba las lágrimas de risa—, como te he dicho antes, a ti te haría menos gracia que a mí. No fue idea mía tontear con cerillas en una bodega a oscuras.

Los costados mantecosos de Purdy temblaron de risa. Crickem estaba deseando darle un empujón y tirarlo del carro, a uno de los montones de piedras. Se mordió los labios y lanzó una mirada feroz hacia el horizonte.

—Sí, ríete, ¡pero ya llorarás como unas chispas hayan saltado allá donde están aquellos árboles!

Y entonces, mientras decía esto, al joven se le desencajó la mandíbula y, agarrando a Purdy por el brazo, casi lo tiró de su asiento. Las riendas cayeron al suelo del vehículo.

—¡Purdy! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, mira! ¿Has visto unas chispas?

Porque nada más pronunciar aquellas palabras de los lejanos árboles azules salió volando una salva de chispas rojas.

Por un momento Purdy pensó que le estaba tomando el pelo, pero entonces se elevó por el cielo otra bandada de destellos de colores, inequívocamente.

—¡Fuego! —exclamó Crickem—. ¡Hay un incendio! ¿Qué te he dicho? ¡Es la Rectoría! ¡Está ardiendo! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Tenía un pálpito! —El miedo hizo presa en él. Tenía la carablanca, enfermiza—. ¡Tú y tu bruma! —gritó—. Yo desde el principio decía que era humo. «Parece humo», te he dicho. ¡No me lo puedes negar!

Pero Purdy miraba el humo en lontananza, que claramente se

retorcía ya por encima de la bonita arboleda y se mezclaba con las nubes.

—Tal vez solo sea un fuego en el bosque —dijo, débilmente, sin asomo de convicción en la voz.

Parecía estupefacto. Entonces, de pronto, dio un salto y poniéndose de pie en el carro agarró los extremos de las riendas y azotó a la yegua en el lomo.

—¿Cuánto tardaremos en volver? —dijo al tiempo que se dejaba caer de nuevo en el asiento en el momento en que el caballo emprendía un galope vacilante.

Pero Crickem también se había levantado y, tambaleándose, se agarró al tablero con una mano y con la otra trató de arrebatarle las riendas a Purdy.

—¡Espera un segundo! —gritó—. Espera un segundo. Piensa en lo que estás haciendo. ¡Tendríamos que ir en la otra dirección! Si la casa se está incendiando, lo mejor será que nos larguemos del condado cuanto antes.

—¿De qué hablas? —preguntó Purdy—. Siéntate, so bobo, que te vas a caer del carro —y agarró con más fuerza las riendas.

Crickem tiró con más ganas.

—¿Te das cuenta —arremetió— de que podrían echarnos la culpa por haber salido y dejado la casa sin vigilancia?

Dio otro tirón de las riendas para intentar quitárselas a Purdy, y el desconcertado animal de pronto se encabritó, no como quien lo tiene por costumbre sino presa de una honda confusión.

—¡Suelta las riendas, idiota! —exclamó Purdy—. ¿Quieres que acabemos en una zanja?

—¡Me da lo mismo! Te estoy diciendo que lo mejor que podemos hacer es dejar aquí el carro y atajar por el campo hasta la estación más cercana. Podríamos coger un tren hasta Drogheda y llegar a Dublín esta misma noche. ¡En Dublín nos embarcamos en el vapor correo y salimos del país!

—¿Pero tú estás chalado? —Haciendo un gran esfuerzo para recuperar el control de las riendas, se inclinó para acariciar las ancas del tembloroso animal entre las varas—. ¡Si no aparecemos, dirían que le prendimos fuego nosotros!

—¿Acaso no es verdad? —rebatió Crickem—. Malditas cerillas. ¡Maldito seas tú y tus botellas de jarabe para señoritos! Para colmo,

daba ganas de vomitar.

—¡Pero no ha sido adrede! —porfió Purdy—. Y si volvemos podremos ayudar a apagar el fuego.

Miró con la cara desencajada hacia los árboles, donde las densas nubes nocturnas y las nubes de humo se confundían, la parte baja iluminada de vez en cuando por unos terroríficos reflejos rosáceos. Caía la noche, y con ella la naturaleza del fuego se hacía más evidente.

—Tenemos que hacer algo —dijo—. ¿Y si solo son los establos? ¿Y si solo es un fuego en el bosque? —Dio otro latigazo a la yegua, y al ver que Crickem seguía de pie, tambaleándose, tiró de él—. Siéntate, ¿o es que quieres caerte? —Entonces, pensándoselo mejor, volvió a mirar al joven, con desprecio—. Si tú no quieres, te dejo bajar. ¡Pero yo voy a volver!

Crickem se sentó en su sitio sin rechistar. Y con tono evasivo masculló algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Que no fue idea mía bajar a la bodega a hacer el ganso con unas cerillas —dijo Crickem, vengativo—. ¡Y fuiste tú el que encendió la última!

Avanzaron en silencio por la carretera durante varios minutos, Purdy de pie y fustigando a la yegua, Crickem acurrucado en el carro, con aire sombrío, sin quitar ojo al resplandor que iba ganando fuerza minuto tras minuto en medio de la llanura cada vez más oscura.

Pero mientras Crickem miraba el resplandor, unos puntos blancos de luz picotearon los negros conjuntos de árboles con sus sombras que quedaban a la izquierda del vivo fulgor. Por un momento, el joven se quedó mirando aquellas luces sin interés y sin comprender. Pero enseguida alzó la cabeza.

—¡Purdy! ¡Mira esas luces!

—¿Qué les pasa? —respondió, irritable—. Son las luces del pueblo.

—Ya lo sé —contestó, alterado, Crickem—. Ya lo sé. Pero ¿no lo ves? Están más allá del fuego. ¡Más allá! ¿Me entiendes? —Estaba gritándole a Purdy—. No es la Rectoría. Es otro sitio. ¿Lo entiendes? ¡Es otro sitio!

Y medio gritando, medio llorando volvió a ponerse de pie

trabajosamente y se inclinó sobre el lomo del caballo.

Purdy no podía creer lo que veían los ojos de Crickem, y fustigando aún a la yegua forzó la vista hacia la distancia. Pero al hacerlo aflojó las riendas y el hastiado animal aminoró la marcha al instante, hasta que transcurrido un minuto empezó a ir al paso.

—¡Crickem, tienes razón! —exclamó Purdy por fin, y se dejó caer en el asiento, enjugándose el sudor de la cara con el dorso de la mano. La yegua se detuvo del todo.

Los dos mayordomos se quedaron plantados en el carro inmóvil. El aire nocturno mordía. Se echaron a sudar. La yegua, demasiado exhausta para pastar, daba algún mordisco ocasional y errático a los hierbajos fríos y húmedos que había bajo sus pies, en el arcén.

—¡Bueno…! —dijo Crickem al cabo de irnos minutos—. ¿Qué te parece…? —Rio, incómodo. Por un momento se preguntó si podría fingir que había estado bromeando en todo momento, que había sabido desde el principio que no era la Rectoría lo que estaba ardiendo. Pero él también estaba demasiado fatigado y agotado por la tensión como para mantener el esfuerzo que requería el disimulo. Se quedó sentado, desplomado.

Sin embargo, pasados varios minutos, Crickem miró a Purdy, que ahora sudaba a borbotones y parecía dispuesto a no moverse en toda la noche.

—¡En fin…! —exclamó de nuevo—. ¡Vaya susto nos hemos llevado! —Volvió a reír, sin ganas. Y dio un empujoncito a Purdy—. Bueno, ¿qué hacemos aquí? Sigamos nuestro camino.

Pero Purdy, que había sabido estar a la altura cuando amenazaba el peligro, se había desinflado; seguía impasible en el asiento.

—¿Qué habríamos hecho si hubiera sido la Rectoría? —preguntó, y se giró con gravedad hacia Crickem—. ¿Cómo nos habríamos enfrentado a Malcolm?

Pero Crickem no tenía cuerpo para aquella clase de especulaciones. Empezaba a hacer verdadero frío. Los dedos se le quedaban dormidos.

—Mira, si no quieres volver a casa, allá tú, pero yo sí quiero. Trae las riendas. Aparta. —Y pasando por encima de las piernas cortas y rígidas de Purdy ocupó su lugar en el asiento del conductor. El látigo no pudo cogerlo; estaba bien agarrado por el

puño de Purdy, como en el de un muerto. Doblando las riendas, Crickem fustigó a la agotada yegua, que arrancó una vez más, con las patas flaqueando de cansancio.

Crickem, en cambio, estaba de excelente humor.

—Siempre he dicho que soy un tipo con suerte —dijo—. Tengo una suerte de mil demonios. No sé por qué me he preocupado tanto por el fuego. A mí nunca me pasa nada de eso. Todavía no me he metido en un aprieto del que no haya podido salir. ¡Sería capaz de escaparme del infierno, si acabase allí! ¡Pero de eso, nada! —Dio unos toquecitos al inerte Purdy—. Siéntate bien, Purdy, que estamos llegando a un pueblo.

En la pequeña localidad reinaba una agitación desacostumbrada.

—Tenemos que preguntar dónde es el incendio —sugirió Crickem—. ¡Yo creo que ha sido en Liscard!

Liscard eran unas tierras solariegas vecinas con cuyo personal tenían cierto contacto los dos empleados de la Rectoría.

—¿Y si nos acercáramos a echar un vistazo? —propuso Crickem, al ver que Purdy no contestaba, pues a su derecha, bastante cerca, oían ahora un revuelo de gente y en el aire se percibía el nauseabundo olor de la madera carbonizada.

—¿Tú quieres que el caballo se nos muera? —dijo entonces Purdy.

No quería ver el incendio. Le daban escalofríos solo de pensarlo. Le recordaba demasiado a lo que podría haberles pasado.

—Yo creo que sería divertido acercarse un momento —insistió Crickem—. Me pregunto si su señoría estaba en casa cuando empezó el fuego. Si no, imagínate lo mal que lo habrá pasado el viejo Evans.

Evans era el capataz de Liscard.

—¡Pobre Evans! —exclamó Purdy. Lo conocía desde hacía mucho tiempo.

—¡Ni pobre ni gaitas! —rebatió Crickem—. Me encantaría verlo ahora mismo. —Se giró—. Seguro que está dando saltos igual que una rana. Anda, no seas malo. Solo hay que desviarse un segundo. Piensa que nos lo vamos a pasar de lo lindo viendo al viejo Evans. Y piensa en la gorda de la cocinera. ¡Vaya fardo para atraparla en una sábana! ¡Y las criadas! ¡Imagínatelas dando gritos! ¡Imagínatelas saltando de las ventanas a una sábana, con las faldas hinchadas

como un globo! —Se dio una palmada en el muslo y rugió una carcajada—. ¡Imagínate las enaguas! —exclamó, casi ahogándose de risa—. ¡Imagínate las bragas!

Pero Purdy pensaba en Bina. Bina era la cocinera.

—¡Pobre Bina! —dijo.

Varias veces había pensado que, si no llega a ser por Amelia… ¡En fin! De nada servía pensar en esas cosas.

—¿Te apuntas? —preguntó Crickem por última vez—. Mira lo que vamos a hacer: atamos la jaca a un árbol y atajamos por los campos. Y no porque haga ninguna falta amarrar a este saco de huesos, ni nada; es por no ir con ella, que tardamos más que si vamos a pie.

Purdy volvió a la vida.

—Si la atamos a algún sitio, que sea a la puerta de una taberna. Necesito un trago más que respirar.

Crickem vaciló otro instante.

—De acuerdo —accedió. Quizá cuando el viejo se calentara con unos pocos *whiskies* cambiaría de idea y querría ir donde el incendio —. ¡Tú, marrana, andando! —dijo, fustigando otra vez a la yegua.

El pueblo quedaba solo a cien metros, pero tardaron cinco minutos en conseguir que el animal se moviera.

—¡Tendremos que darle un cubo de cerveza a ella también! —exclamó Crickem, muy animado—. Si no, no llegaremos nunca a casa. Si no nos quedan nueve kilómetros, no nos queda ninguno.

Purdy examinaba la calle a oscuras del pueblo en busca de la puerta iluminada de la taberna.

—De aquí a la puerta de la Rectoría son nueve y medio —informó, ausente.

Crickem chasqueó los dedos.

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! Le pedimos al tabernero un poco de avena, y dejamos un rato a la jamelga en un establo. Sin descansar, esta no hace nueve kilómetros y medio. Y nosotros mientras nos metemos por el campo para ver el incendio. Estará más fresca que una potrilla cuando volvamos. ¿No te parece un plan estupendo?

Habían llegado a la pequeña taberna y Crickem tiró de las riendas, un gesto del todo innecesario, dado que el animal se había parado solo ante la barrera de luz que salía a raudales a través del

umbral del local.

El joven se apeó de un salto.

—¿Estás seguro de que no pasará nada si dejamos aquí a la yegua? —preguntó Purdy, mirando al animal abatido, que inclinaba la cabeza entre las patas delanteras.

Crickem no contestó. Ya había desaparecido en el luminoso bar, donde las botellas y los vasos centelleaban como oro y plata bajo la luz de una lámpara de aceite que colgaba del techo. Había una actividad desacostumbrada para lo que es habitual en los pueblecitos. La barra estaba llena de cercos húmedos, como si en el transcurso de los últimos minutos se hubieran llenado y vaciado incontables vasos, vasos vacíos que aún no habían retirado.

Era evidente que en las últimas horas había habido mucha clientela. Quienes estaban sofocando el fuego habían sentido la reiterada necesidad de apagar igualmente la sed. Detrás de la barra no solo estaba el tabernero, sino también una joven con un jersey rojo, una anciana y un niño pequeño, todos ellos miembros de la familia del tabernero, convocados sin previo aviso para que echaran una mano en tan excepcional situación.

Cuando Purdy y Crickem hicieron su entrada, el tabernero, que, sin duda, había aprovechado para descansar un momento, se puso de pie a toda prisa para recoger a puñados los vasos sucios de la barra. La mujer robusta agarró un trapo para secarlos. La joven del jersey rojo saltó también como un resorte, y echándose hacia atrás el pelo negro con un gesto de la mano dio un paso adelante y les preguntó qué deseaban tomar.

—Veo que han tenido ustedes una tarde movidita —comentó Crickem a la chica, señalando el suelo cochambroso, pero acodándose en la barra para mirarla fijamente.

—Es por el incendio de Liscard —respondió la chica—. El pueblo entero se ha ido para allá. Y les da mucha sed. Cada pocos minutos llega una multitud a mojar el gaznate.

La mujer robusta se acercó, y al ver que Purdy y Crickem venían solos, que no componían la vanguardia de otro pico de clientes, dejó de secar vasos y se unió a la conversación.

—Supongo que irán también ustedes a ver. Está viniendo gente de aquí y de allá para echar un vistazo. Ojalá pudiéramos acercarnos nosotros. Tiene que ser una imagen de las que no se

olvidan. Media casa está carbonizada. —Suspiró—. Es digno de ver. Pero no podemos irnos. Desde una de las ventanas de arriba distinguimos las llamas, pero cada vez que nos hemos acercado a la ventana ha entrado un gentío y hemos tenido que bajar otra vez. —Señaló al niño—. Hasta el chiquillo ha tenido que venir a echar una mano. Una pena. Él habría aprendido mucho viendo el incendio. Pero, en fin, nunca llueve a gusto de todos —dijo al tiempo que cogía la moneda que Crickem había dejado en la barra.

Entretanto, el tabernero no abría la boca, pero miraba a Purdy con cara rara. Purdy, que había estado allí una o dos veces, esperaba que el hombre no lo reconociera. Él no había dicho ni media palabra, sino que había cogido su vaso y lo miraba con insistencia. Deseó que Crickem dejara de parlotear.

La mujer sacó una caja registradora de debajo de la barra y echó la de Crickem al montón de monedas de plata y cobre que se amontonaban igual que un banco de peces.

El tabernero seguía mirando a Purdy. De pronto, apartó a la mujer de la barra y ocupó su lugar, apoyando sobre el mostrador los brazos desnudos, con las mangas enrolladas.

—Una calamidad, el incendio —comentó, dirigiéndose a Purdy.

—¿Ha causado muchos daños? —preguntó Purdy, sintiéndose obligado a decir algo.

—Bastantes —dijo el tabernero, de malas pulgas. Entonces levantó la vista—. El otro ha sido peor. La otra casa ha quedado reducida a cenizas, según me han dicho.

—¿La otra casa? ¿Qué otra casa? —dijo Purdy.

El tabernero lo miró con curiosidad.

—¿No se han enterado ustedes?

—¿De qué?

Crickem estaba echado sobre la barra, pendiente tanto del tabernero como de la mujer robusta, que lavaba los vasos dándole la espalda. Había conseguido capturar una de las manos de la joven, no del todo contra su voluntad.

—Es lo más curioso que me ha pasado nunca —dijo el dueño del bar a Purdy—. Dos mansiones han ardido el mismo día, a escasos kilómetros de distancia.

Purdy vio cómo en el otro extremo de la barra Crickem soltaba la mano de la chica. A él le entraron sudores fríos.

—¿Dos incendios? —preguntó, con una voz que apenas le salía del cuerpo.

—A escasos kilómetros de distancia —repitió el tabernero—. ¡En la vida había oído cosa igual! Dicen que las chispas de la otra casa han cruzado el río, provocando el incendio de la de aquí. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro para indicar el lugar del incendio local.

La mujer robusta se sumó de nuevo a la conversación.

—Nosotros estábamos en la colina que hay aquí, justo detrás del local, mirando las llamas del otro incendio, así que no nos podemos quejar por no haber podido ver este. Al menos hemos visto algo, ¿verdad que sí, Packy? —Le revolvió el pelo al niño pequeño.

—El otro era mejor —juzgó el niño con una voz estridente y jactanciosa. Se sentía humillado por no estar afuera con los otros niños, dando brincos y chillando frente al parpadeo de las llamas.

—Sí, el otro ha sido peor —dijo el tabernero—. En Liscard al menos han conseguido salvar la mejor parte de la casa. Solo se han quemado las dependencias de la servidumbre, y ya se estaban planteando echarlas abajo, de todos modos. Pero de la otra casa no ha quedado nada, al parecer. Eri Liscard han controlado el incendio a tiempo, pero, por lo visto, la otra casa estaba vacía. No había nadie dentro.

Purdy vio que Crickem se acercaba más a él. Levantó la vista. El rostro de Crickem estaba tan demacrado y pálido que las espinillas destacaban igual que los grumos de las gachas.

Los dos mayordomos se miraron.

—¿Has oído eso? —dijo Purdy.

—Sí —respondió Crickem, y como si el tabernero hablara en otro idioma y Purdy fuese el intérprete, volvió a dirigirse a su colega—: Pregúntale dónde ha sido el otro incendio, ¿no? —lo exhortó.

Pero Purdy había empezado a temblar. Le vibraba el labio, y sentía un tic en el párpado. La cabeza le daba vueltas, y cuando miró al tabernero fue por un momento la cara de Amelia lo que flotó ante sus ojos. Abrió la boca con intención de decir algo, pero en vez de hablar se giró bruscamente hacia Crickem.

—Vamos a tomar el aire —jadeó, y salió a trompicones a la oscuridad, seguido por el aturdido Crickem.

El tabernero no les quitaba ojo. Su mujer y la joven intercambiaron una mirada.

—¿Qué mosca les ha picado a esos? —dijo la chica, molesta por la repentina marcha del gallardo Crickem.

El tabernero estiró un brazo para coger los dos vasos vacíos que los hombres habían dejado con tanta prisa.

—Creo que al gordo bajito lo conozco —dijo—. Yo diría que era mayordomo en la Rectoría.

La mujer se burló de él.

—¿Pues no has visto que son forasteros? ¡No sabían nada del otro incendio!

—Eso —subrayó la chica—. Eran forasteros. Ni siquiera han preguntado dónde ha sido el otro, ¡aunque yo diría que hasta uno de fuera lo habría preguntado!

Se miró la muñeca y se la llevó a los labios. Estaba colorada de lo mucho que se la había apretado el joven, antes de que le entraran las prisas por salir pitando.

EL CONVERSO

A las tres y media de la tarde, mientras Elgar estaba arriba, en el almacén que había encima de la tienda, oyó a la señorita Mongon llamar a Maimie, que también se encontraba arriba, y comprendió que todo había terminado. Ahora tendría que ir a dar el pésame.

Durante toda la semana, cada vez que algún vecino del pueblo comentaba por lo bajo que Naida empeoraba a pasos agigantados, él siempre pensaba en los padres de ella, y no en Naida. ¿Esperarían que se pasara por su casa y preguntara por ella? ¿O los angustiaría verlo? Ojalá no hubiera dejado pasar tanto tiempo. Era eso lo que complicaba las cosas ahora. Nada más. ¡Ojalá hubiera ido a verlos cuatro años antes, como pretendía, nada más volver del viaje de novios con Maimie! De no ser por Maimie, lo habría hecho.

—Buen recibimiento iban a darte… —le dijo ella.

—No cuando les dijera que quiero pedirles perdón.

—¿Perdón por qué? —preguntó Maimie, arteramente.

—Por la manera en que me fui de su casa aquella mañana.

Maimie esbozó una sonrisa de suficiencia.

—¿Y ya está?

Pobre Maimie; su matrimonio no había sido en absoluto como esperaba, pero la hacía sentir mejor pensar que, al menos, se lo había arrebatado a otra. No hacía mucho que habían vuelto de Dublín cuando empezó a repetir una estupidez que había oído a unos clientes de la tienda.

—Me he enterado de que Naida Paston se queja de unas jaquecas espantosas. Eso es nuevo, ¿verdad? No sabíamos que tuviera jaquecas hasta ahora, ¿no?

Él adivinó enseguida lo que tenía en mente.

—Tú tendrías que saberlo —dijo, seco—. Por algo eras su mejor amiga.

Otro día, mientras cenaban en el cuartito mal ventilado que había en la trastienda, ella lo miró desde el otro lado de la mesa.

—Dicen que Naida no mejora —informó, y acto seguido agarró el cuchillo y el tenedor—. Debe de ser cierto eso que decía mi madre: que cuando a una chica la dejan plantada nunca vuelve a ser la misma.

Le dieron ganas de pegarle. Pero por aquel entonces estaba embarazada de Birdie, así que se limitó a mirarla con desprecio.

—¡A mí no me mires así! —exclamó—. Que no se te olvide la noche que se presentó aquí mismo y montó una escena.

¡Aquella noche! Solo de pensarlo habría hecho otro esfuerzo por visitar a los Paston, tal vez cuando nació Birdie, mientras Maimie guardaba cama y no podía impedírselo. Si quería reconciliarse con ellos era por la niña. Sería bueno para ella estar en contacto con gente como los Paston, y no vivir completamente asfixiada por su madre y la familia de esta. Sin embargo, en el último momento, cuando ya había cepillado el traje y se disponía a salir por la puerta, vaciló. Tal vez Maimie tuviera razón y no lo perdonaran, aunque, dijera lo que dijera Maimie, o cualquiera, el único rencor que podían guardarle los Paston era por haber salido a hurtadillas de su casa aquella mañana en que huyó con Maimie. Incluso ahora, cuatro años más tarde, sentía náuseas al recordar cómo tiró la maleta por la ventana y salió detrás. Se había comportado como un miembro de la familia al que, de haber pillado, habrían encerrado en un armario hasta que el tren hubiera partido de la estación. Cuando, en realidad, él era prácticamente un extraño. O, si no un extraño, sí que había al menos ciertos límites en su confianza con la familia. A fin de cuentas, él pagaba por vivir allí, y aunque lo trataban con mucha amabilidad, pasaba gran parte del tiempo encerrado en su cuarto, estudiando.

A su juicio, el hecho de que profesaran la misma religión no era motivo suficiente para sentir ninguna limitación sobre su libertad. En verdad, incluso antes de conocer a Maimie, la religión apenas si le influía. De ser un factor, lo era únicamente en la medida en que había otros cuantos protestantes en la localidad, y los Paston recibían muy pocas visitas. Salvo por Maimie, Naida no parecía tener amigos. Y Maimie seguramente se había metido en casa de los Paston sin que nadie la invitara, por pura curiosidad, cuando

llegaron al pueblo, como en efecto hizo en cierta ocasión, días después de que él se instalara, mientras paseaba con Naida por el césped antes de cenar.

—¿Quién es esa? —preguntó sorprendido al verla pisotear la hierba en dirección hacia ellos.

—Ah, es Maimie Sully —dijo Naida—. Es mi mejor amiga —añadió apresuradamente, pero él se dio cuenta de que Naida giró la cabeza hacia la casa, con inquietud, y adivinó que, con independencia de lo que Naida opinara, sus padres no veían con buenos ojos a la visitante.

Y no es que a la propia Maimie le importara lo que ellos o cualquiera pensaran de ella. Era verdad que solo una vez, en el momento en que les daba alcance, lanzó una mirada rápida y nerviosa a las ventanas de la casa, igual que había hecho Naida. Pero casi de inmediato soltó una risita desafiante y siguió avanzando. Antes de que hubiera pronunciado una sola palabra, aquella risita habló por ella. Parecía decir: Ya sé que no me queréis aquí, pero es lo que me pasa siempre hasta que la gente me conoce mejor, ¡y luego no me dejan irme!

Sus palabras, no obstante, fueron más formales:

—Espero no molestar, Naida —dijo—. No sabía que había llegado el huésped. —Mientras hablaba, sus ojos dejaron de mirar a Naida y lo examinaron a él de la cabeza a los pies, y él comprendió que era mentira lo que decía. Pero se sintió halagado—. Naida me ha hablado de ti. Estudias en el Trinity College, ¿no? —Eran palabras bien sencillas, pero había algo inexplicable en la manera en que Maimie las pronunciaba, y sus ojos vivarachos se concentraban en él en todo momento—. ¿Qué estudias? —preguntó, sin esperar a que contestara.

Era la típica pregunta, pero él, en lugar de ver el abismo que se abría entre ellos en aquel momento, vio solo sus ojos posados sobre él, y se echó a reír, de buen humor.

Maimie no se quedó mucho rato aquel día. Consultó el relojito de oro que llevaba en la muñeca y se sobresaltó:

—¡Cielos, tengo que salir volando! Owdie Hicks me estará esperando.

—¿Quién es Owdie Hicks? —preguntó él, sin pensar.

—Uno de mis admiradores —dijo Maimie.

Cuando se hubo marchado, siguió pensando en ella.

—¿Dónde vive? —le preguntó a Naida en el momento en que regresaban a la casa.

—Su madre tiene una tienda en el pueblo. Desde aquí se ve la parte de atrás. —Naida señaló las ventanas traseras de una casa perfectamente visible desde donde vivían los Paston.

Después de aquello estuvo varios días sin ver a Maimie, pero una o dos veces sacó los libros para estudiar bajo los árboles y Naida fue a sentarse a su lado, en silencio, y él miró instintivamente hacia la casa de los Sully. ¿Se asomaría Maimie y los vería? Era raro que no hubiera hecho otra visita.

Hasta que una tarde fue al pueblo a hacer un recado y se la encontró por la calle.

—Ah, hola. ¿Cómo estás? —preguntó Maimie, sin darle tiempo a contestar—. Le hablé de ti a Owdie Hicks. Le dije lo mucho que me alegraba de que fueras tan majo. —Hizo una pausa, y continuó con una risa—. ¡Por Naida lo digo! Es una de mis mejores amigas, ¿sabes?, y siempre he dicho que no es tan seca como piensa la gente. Siempre he dicho que era de esperar que no tuviera pretendientes, como el resto de nosotras, al no haber muchachos en el pueblo para ella —explicó con énfasis, y volvió a reír—. De los míos hay a patadas, pero, como le decía a Owdie, yo sabía que algún día aparecería uno de los suyos, alguien como tú.

¿Pretendía provocarlo? Tendría que haberse molestado, pero en vez de eso se irritó contra Naida. ¿Acaso había estado hablando de él? ¿Y qué había ido contando? Ni se le pasó por la cabeza que Maimie pudiera haber calculado sus palabras para que ejercieran el efecto que ejercieron en él.

—Creo que estás mal informada de mi relación con los Paston —dijo con frialdad, pero al ver que seguía riéndose de él, se puso irascible—. De todos modos, no sé de qué me hablas. Naida no es más que una niña, y está acostumbrada a la soledad.

—Tiene la misma edad que yo —replicó Maimie, con toda la intención del mundo—. ¿Te parezco una niña?

No había duda de lo que insinuaban sus palabras. No podía ignorar la invitación que transmitían sus ojos. La mirada que le

dirigió en aquel momento contenía a toda Maimie, todo su descaro, toda su vulgaridad y toda su vanidad, pero también su provocativo encanto y su hambre de admiración. Aquella mirada fue su perdición. A partir de aquel momento, no hubo vuelta atrás. Fue cuestión de semanas, hasta la extraordinaria tarde en que lo resolvieron todo. Él estaba decidido a renunciar a todo aquello que le estorbaba —los estudios, la religión, todo— y a huir con Maimie.

¿Cómo se enteró Naida de sus planes? Se lo preguntaba a menudo. ¿Y cómo es que estaba él donde los Sully precisamente la noche en que la chica hizo aquella vergonzosa visita a la casa? ¿Cómo es que no la detuvieron en el vestíbulo, o en el pasillo, sino que los sorprendió a solas en el saloncito mal ventilado de la trastienda, rodeando él con su brazo la cintura de Maimie, como un idiota? A menudo había sospechado que Maimie gozó con aquella atroz escena. Cuando intentó quitarle el brazo de la cintura, le agarró la mano para que no lo moviera. ¡Y las cosas que dijo! Ya no las recordaba, pero sabía que las palabras salieron a borbotones, como una riada de agua sucia. Tan diferente de Naida, con su llanto apasionado.

—¿Es cierto? —el aullido de Naida resonaba en sus oídos todavía. Todavía le encogía el corazón—. No puedes hacer eso —añadió al ver que él no contestaba.

Maimie se ofendió.

—¿Qué insinúas? —intervino, y se abalanzó entre los dos—. Naida Paston, no sé con qué derecho entras en mi casa poniéndote así, pero una cosa sí sé: no vas a impedir que yo esté con él solo porque tú no lo has conseguido.

Ah, ¿cómo había sido capaz de escuchar aquello? Era como si Maimie hubiera levantado la mano y le hubiese propinado un bofetón a su amiga.

Naida reculó, como si efectivamente la hubieran abofeteado. En su rostro apareció una expresión que él no olvidaría mientras viviera. Era como si en aquel momento, por primera vez, fuera consciente de cómo la veía Maimie, quizá incluso cómo la veía él.

—¡Oh! —exclamó, llevándose las manos a la cara—. ¡Oh! —repitió, y a él—: ¡No lo decía por eso! —Y, desesperada y suplicante, lo miró a los ojos—. Lo sabes, ¿no? —rogó—. Es solo que…

Se interrumpió, y se tocó la frente, como si estuviera aturdida, o como si hubiera notado una presión, o un dolor. Sí, aquel día se llevó la mano a la cabeza. Lo recordaba con nitidez. Debió de sufrir uno de esos dolores de cabeza ya aquella noche de hacía cuatro años. Y, en ese caso, no podía decirse que hubieran tenido nada que ver con él, que su fragilidad fuese consecuencia de su pena por él. Sí, aquel día se llevó la mano a la frente, estaba convencido.

—Es solo que… —repitió.

Pero, al ver que no podía seguir, por un momento su mirada y la de ella se encontraron. Del mismo modo en que dos pájaros se aproximan por un instante en pleno vuelo, casi chocando, y se rozan el pico, como si pretendieran besarse, y con un giro repentino, describiendo un círculo maravilloso, reemprende cada uno su camino. ¿Se están apareando? ¿Tienen que intercambiar algún mensaje o es, tan solo, que al encontrarse a solas en el aire azul, con el mundo animal y vegetal desplegado bajo ellos, se embriagan de una sensación de identificación, de estar en un elemento azul grandioso, dos criaturas exactamente iguales? ¿Volverán a reunirse? ¿Se separan para siempre? No importa. Pluma por pluma, hasta que caigan sobre la tierra, serán los dos idénticos.

—¡Naida! —dijo.

Pero ella se echó a llorar y se fue corriendo. Un instante después oyeron sus pasos en la calle.

—¡En fin…! —Maimie cogió su brazo y se lo colocó de nuevo en la cintura—. Debería alegrarme de estar contigo cuando hay algunas dispuestas a hacer algo así por ti.

Aquel cuerpo cálido y suave; ¡volvió a seducirlo en un segundo!

En fin, aquello ocurrió cuatro años atrás, e incluso ahora Maimie podía ponerlo de nuevo en ridículo si le apetecía. Sí: madre de una niña ya crecida como Birdie, y embarazada otra vez, Maimie seguía ejerciendo su influjo sobre él. Se acercó a la ventana. En el patio que había abajo su hija brincaba en el empedrado. El nombre le venía que ni pintado, Birdie, pajarillo: una criatura rolliza, todo cuerpo, dando saltitos con unas piernecillas flacas que, no obstante, plantaba con firmeza a cada brinco que daba, de manera que uno

podía imaginarse los deditos apretados dentro de los zapatos de charol, tratando de aferrarse al suelo.

Era el vivo retrato de Maimie. Era igual que ella en apariencia, e igual que ella en carácter y por imitación. Era igual que ella en un centenar de pequeños gestos. No por primera vez, pero quizá más dolorosamente que nunca hasta entonces, sintió una puñalada en el corazón, y el angustioso amor que sentía por la niña lo atenazó aún más.

Completamente al margen del vínculo natural de la paternidad, se sentía arrastrado hacia su hija de otro modo, como si su diferencia con respecto a él, su parecido con su madre, creara un lazo obsesivo entre ellos, el lazo del malhechor con su víctima.

¿Qué estaba haciendo ahora? Dio unos golpecitos al cristal, pero la niña, absorta en el juego, no lo oyó. Después de observarla varios minutos, volvió a golpear la ventana. Esta vez parecía que había captado la atención de Birdie, que se giró y miró hacia la casa. Pero no levantó la vista a las ventanas de arriba, y alguien más debía de estar mirándola abajo, porque Birdie salió corriendo hacia la casa y por un segundo él dejó de verla, hasta que reapareció en el centro del patio con una rebanada de pan en la mano.

¿Quién se la había dado?

Prestó atención a los sonidos de abajo. Solo se oía a la sirvienta silbando mientras trabajaba, y un tintineo de platos en el fregadero.

Seguramente Maimie estaría todavía echada después de la comilona que se había dado a mediodía. Salvo por los mareos que le daban después de las comidas, el segundo embarazo no le estaba afectando.

Por primera vez le picó la curiosidad sobre el bebé. ¿Se parecería a Birdie? Por mucho que la quisiera, esperaba que no. No quería que este bebé fuera también clavadito a Maimie. No quería que fuera como ella, ni como su familia. Y, sin embargo, tampoco quería que se pareciera a él.

¿Qué era lo que quería? Miró por la ventana, y al hacerlo una imagen olvidada despertó en respuesta a su pregunta.

Sobre la repisa de la chimenea del salón de los Paston había una fotografía en un marquito de plata. El soporte trasero estaba roto, y la mayoría de las veces el marco estaba boca abajo, pero un día Elgar lo cogió para ver la foto. Salía una niña pequeña con el pelo

rubio y lacio, que le caía dócil a ambos lados de la delgada cara, desde la que unos ojos grandes lo contemplaban con una mirada fija y seria. En aquel momento le pareció una niña feúcha, pero ahora sabía que la expresión de su rostro era justo la que él tanto anhelaba, y nunca vería, en la cara de un hijo suyo. Porque la niña de la foto era Naida.

Naida. De repente, lo asaltaron pensamientos protagonizados por ella, y su mente quedó invadida por recuerdos tan conmovedores que se llevó las manos a la cabeza, como si sufriera un dolor físico.

No podía estar solo. Abrió la puerta y salió al pasillo. Las pequeñas escaleras empinadas que tenía ante él bien podrían haber sido un agujero negro, al que se tiró de cabeza.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué forma es esa de bajar las escaleras?

Maimie estaba demasiado apoltronada y voluminosa para manifestar más que un enfado moderado. Había bajado cuando la señorita Mongon, la ayudante, la llamó para contarle lo de Naida, y ahora se encontraba detrás del mostrador de la tienda. La señorita Mongon se hallaba en el otro extremo poniéndose el sombrero para salir a tomar el té. Solo había un cliente, Owdie Hicks, si es que podía considerarse tal cosa. Estaba acodado sobre el mostrador, chismorreando con las dos mujeres. Maimie miró a su marido y luego detrás de él, al recibidor.

—Has desconchado el enlucido del techo —le dijo, al ver unos copitos de partículas de cal flotando indolentes por el aire, igual que la nieve en el crepúsculo, en el vestíbulo a oscuras.

Elgar miró por encima de su hombro. Se sintió idiota, idiota, máxime porque tenía la impresión de que había interrumpido una conversación. ¿Qué hacía todavía allí la señorita Mongon? Por su culpa se sintió incómodo. La presencia de Owdie Hicks en la tienda, en cambio, no le molestaba. Parecía haber intimidad, pero se trataba solo de la confianza de los viejos amigos. Sin embargo, un desconocido interpretaría de otro modo su embarazo. Lo vería como celos. ¡Parecía celoso! Le daba rabia que alguien pudiera considerarlo celoso de un pobre desgraciado como Owdie Hicks. Se obligó a aparentar una falsa jocosidad.

—¿Qué andáis tramando vosotros dos? —preguntó, pero por el

destello de desprecio en los ojos de Maimie supo que su mujer estaba al tanto de su insinceridad.

Menos espabilado, Owdie señaló el mostrador.

—¿Qué te parecen? —preguntó. El mostrador estaba lleno de instantáneas con la superficie brillante y pegajosa—. Las hice ayer.

—Y las reveló anoche —apostilló Maimie.

Owdie cogió una y se la pasó.

—¿Qué te parece esta? Es la mejor, para mí. Ampliada quedaría muy bien.

Era una foto de Birdie, salía bastante bien.

Elgar asintió. Owdie recuperó la foto.

—Es calcada a su madre —dijo, mirando fijamente la imagen. Acto seguido levantó la vista y se rio—. Si permites que me la quede, me esperaré. ¡Acuérdate de que me debes una! ¡Tú me levantaste a su madre!

Elgar apartó la mirada de aquel semblante pálido y bobo. Tampoco miró a Maimie. La broma estaba ya muy vista. Pero para Maimie, no. Le subía los colores cada vez.

Mantenían una relación despreciable. De haber habido un ingrediente de maldad, Elgar lo habría llevado mejor. Sin embargo, en el fondo sabía que incluso con su desprecio era injusto con ellos, y que no era la pusilanimidad lo que impedía que se juntaran, sino que pese a las miradas lascivas y los sobreentendidos, ambos eran, curiosamente, inocentes.

¿Cómo habían alcanzado tal integridad? ¿Era innata, o se la había inculcado su religión? Los miró mientras se planteaba estas preguntas.

Porque Owdie Hicks nunca se casaría. Tenía ya el descuidado aspecto de un hombre sin ambición por las mujeres. Y Maimie, fuera cual fuera el capricho o vanidad que la había hecho codiciarlo como marido, se mantendría fiel sin fisuras; quizá sin ser nunca del todo consciente de la desilusión de sus deseos, atribuyéndolas día tras día a los incordios cotidianos, al tiempo o a la presión de cuidar de la niña.

¿Y él, en cambio…? Al verse de pronto en el borde de aquella pregunta abismal, retrocedió.

La señorita Mongon, por fin, estaba lista para salir a la calle, salvo por los guantes, en los que estaba tratando de embutir las

manos llenas de sabañones, al tiempo que se acercaba al centro del local.

—Has esperado ya tanto que un poquito más da igual —le dijo a Owdie—, y tendrás dos para elegir —añadió, mirando a Maimie y riéndose.

Elgar no entendía a qué se refería, pero la confianza, la intimidad de su voz, le dio asco. Y Maimie respondió, de muy buen talante:

—¡Ah, no, el próximo será niño!

¿Era posible que estuvieran hablando de su estado en esos términos de relajada confianza?

—Los niños salen a las madres —apuntó la señorita Mongon entre risas, mostrando la cara interna de sus dientes, aderezados de sarro—. Las niñas, al padre.

Owdie miró las fotos que aún sostenía en las manos carnosas.

—En este caso no ha sido así —dijo, y miró a Maimie—. Si hubiera sabido que tus hijos se parecerían a ti, habría insistido un poco más hace cuatro años.

Elgar lo miró con una lástima inesperada. Detrás de las palabras necias percibía tanta decepción como remordimiento. Pero, al ver la sonrisa de gratitud de Maimie, volvió a sentir desprecio por los dos. Maimie sabía a qué se refería Owdie, pero quería oír de nuevo el cumplido.

—¿A qué te refieres, Owdie Hicks? —preguntó con afectación.

Owdie estaba echado sobre el mostrador, mirando hacia donde —detrás de Maimie y entre las resplandecientes botellas de *whisky* —, había un espejo grande con un marco dorado que reflejaba la tienda y todo lo que había en su interior.

—¡Mira! —Señaló con el índice rechoncho hacia el reflejo de su propia cara pálida entre las resplandecientes botellas—. ¿A ti te gustaría que un hijo tuyo tuviera esa cara? —preguntó, y soltó una risa, pero la risilla amarga se perdió bajo la sonora carcajada de la señorita Mongon.

A todos les sorprendió, sobre todo a Elgar. Miró a la vieja solterona, y por primera vez empezó a distinguir las malintencionadas suspicacias de su rostro. De repente, la instigadora presencia de la ayudante se le hizo insoportable. Con un golpe seco dio un puñetazo en el mostrador.

—Puede que nunca lo haya dicho a las claras —dijo—, pero vosotros, los tres, sabéis que detesto estas cosas; estas chácharas vulgares sobre un tema que…

No encontraba palabras lo bastante delicadas para lo que quería decir. Sabía que le temblaba la voz con la desacostumbrada vehemencia de sus sentimientos, y él también temblaba. Lo irritaba más todavía el semblante de absoluto desconcierto de Owdie. Owdie creía que había perdido el juicio. Elgar se volvió hacia Maimie.

—¡No voy a permitir esto! —gritó—. No lo voy a permitir, ¿me oyes? —Pero el gesto de Maimie hizo que le diera vueltas la cabeza. Le mantenía la mirada, desafiante. Parecía indicarle que, fallara lo que fallara en su matrimonio, no podía arreglarse con un grito. Lo ignoraba por completo. Entonces, toda la voluntad de Elgar se concentró en decir algo que la hiriera. Pero no se le ocurría nada. Solo era capaz de pensar en sus propios sentimientos y en su indignación—. No voy a tolerar estas conversaciones en nuestra casa. —Se detuvo, pero un violento arrebato de emociones lo obligó a decir una cosa más, algo que no pretendía decir—. ¡Y menos, hoy! ¡Hoy, menos que nunca!

¿Hoy, menos que nunca? Aquellas palabras inesperadas salieron a chorro desde el pozo de sus sentimientos más hondos.

Maimie se puso colorada. Por espacio de un instante le mantuvo la mirada, y luego miró nerviosa a los otros dos, a Owdie y a la señorita Mongon. Ellos, sin embargo, estaban aún consternados por el primer grito de Elgar. Parecía como si no hubieran sido capaces de oír nada más. Ciertamente, la señorita Mongon estaba como pegada a los tablones del suelo.

Marido y mujer se miraron de hito en hito, una mirada larga, inescrutable.

Elgar estaba espantado ante su propio arranque; sobre todo por las últimas palabras. ¿Qué había querido decir? A duras penas lo sabía, pero para su consuelo oyó a Owdie hablar otra vez con la señorita Mongon, con soltura y naturalidad.

—¡Bueno, pues ya nos veremos! Supongo que cuando yo me vaya no habrás vuelto todavía.

Pero la señorita Mongon era incapaz de irse. Se le había venido un pensamiento a la cabeza, y sintió la irresistible urgencia de

verbalizarlo.

—El velatorio es esta tarde, ¿no?

No parecía necesario dar nombres, pero una vez más Maimie se ruborizó, y Elgar, que observaba a su mujer, vio que desmenuzaba las palabras de la señorita Mongon para discernir si lo había dicho por ignorancia o por malicia.

—¿Hablas de Naida Paston?

Nunca en su vida había oído Elgar aquella acrimonia en la voz de Maimie. Pero fue Owdie quien respondió a la señorita Mongon.

—En su casa, me imagino —dijo, y nadie se percató de la acritud de Maimie.

¿Era Owdie lo bastante listo como para intervenir adrede con el fin de cubrir a Maimie? Elgar le estaba agradecido, en cualquier caso. El peligro había pasado.

—Que Dios me perdone —dijo la señorita Mongon—, pero siempre he pensado que dejar un ataúd en una iglesia vacía toda la noche es una cosa muy triste. Me da escalofríos solo de imaginármelo ahí solo.

—Es la costumbre en la Iglesia católica —respondió con frialdad Maimie.

—Me hago cargo. —La señorita Mongon volvía a mostrarse débil y dócil—. Pero los sentimientos son los sentimientos —dijo, un tanto desafiante otra vez—. Yo preferiría que me velaran en mi casa, como a los protestantes.

—Maggie Mongon… —arrancó Maimie.

—A lo mejor no es un dogma de fe —terció Owdie, interponiéndose de nuevo—. Quiero decir que tal vez no estemos obligados so pena de pecado.

Pero a Maimie le daban igual los dogmas y las doctrinas.

—Yo lo veo como una cuestión de sentido común —opinó—. Os aseguro que si tuvierais un cadáver en casa unas cuantas horas entenderíais por qué es mejor que esté en una iglesia. —Se estremeció—. ¿Por qué creéis que la gente llena la casa de flores? —Volvió a estremecerse—. ¡Puaj! ¡Puaj!

Ni Owdie ni la señorita Mongon habían experimentado ante la muerte más que escalofríos y alienación, pero las palabras de Maimie les inundaron el corazón de miedos hediondos. Y ellos también se estremecieron.

—Sí —continuó Maimie, bruta, cruel—, ¡y si no fuera por la mortaja, se vería cómo empiezan a cambiar de color a las pocas horas!

Examinó distraída la piel de su mano viva. La señorita Mongon tenía la tez fría y húmeda. Y un pensamiento la asaltó.

—No los amortajarán, ¿no? —preguntó—. A los protestantes, digo.

A Maimie la pilló desprevenida, y, de nuevo, sin nombrarla todos pensaron en Naida.

—¿Cómo los vestirán? —dijo Owdie.

—Creo que alguien me contó que les ponen un vestido blanco. A las mujeres, digo —comentó Maimie, que participaba con reticencias en la conversación. Involuntariamente, se giró hacia su marido—. Elgar, tú tendrías que saberlo. ¿Cómo la vestirán?

Pero cuando percibió la forma extraña en que la miraba, le dio un pisotón.

—¡A Naida, digo! —añadió con impaciencia—. Tú tendrías que saberlo.

EN UN CAFÉ

El café estaba en una bocacalle. A Mary le dolían los tobillos y se alegraba de que Maudie no hubiera llegado antes que ella. Se sentó a una mesa junto a la puerta.

No hacía mucho que había descubierto el local, y se dejaba caer con frecuencia, cada vez que estaba en Dublín. Ahora odiaba cualquier otro sitio. Para empezar, porque sabía que era muy poco probable que hubiera puesto un pie allí si Richard aún viviera. Y esta certeza contribuía a devolverle una ilusión de la identidad que por propia voluntad perdió al casarse, pero perdió por partida doble, y en contra de su voluntad, al enviudar.

Y no es que a Richard le hubiera disgustado el café. Era la clase de sitio al que iban cuando estudiaban. Mucho había llovido desde entonces, sin embargo. Dirán lo que quieran, pero una finca en Meath tenía algo ligeramente esnob, y tanto Richard como ella se habrían sentido fuera de lugar yendo juntos. Pero era distinto ir sola. Una viuda no podía tener nada de esnob. Solo por el hecho de serlo, ya encajaba en esa clase de café. Era un localito inusual. Miró a su alrededor.

Las paredes estaban pintadas de rojo, al temple, por arriba, con la parte de abajo revestida de tablas blancas. Posiblemente, eran las paredes con aquel zócalo lo que le confería el peculiar aire funcional que transmite el saloncito de un *pub* o el confesionario de una parroquia pequeña y modesta. A guisa de mobiliario solo había sillas y mesas de pino con manteles de cuadros blancos y negros sin planchar o mal planchados. Pero uno se llevaba la segura impresión de que el dinero, más que escasear, se destinaba a otros fines, como atestiguaban los cuadros de las paredes, y un letrero encima de la chimenea que rezaba que había más en un estudio en la primera planta, como si de las obras de una exposición se tratara. En su

mayoría se trataba de pinturas experimentales.

El café lo regentaban dos estudiantes de la escuela de Bellas Artes. A menudo salían y dejaban el local vacío, como ahora, mientras se tomaban un café en la cafetería de enfrente. Los clientes habituales a veces se servían de la cafetera que había en el hornillo de gas, detrás de una cortina, en la parte trasera, o, si solo habían acudido en busca de compañía y no la encontraban, se calentaban en el hermoso fuego que ardía siempre en la pequeña chimenea negra, que ya existía cuando el café era todavía la oficina de un almacén. Hoy el fuego se nutría de coque. El café escupía en la lumbre.

¿Le gustaría a Maudie el sitio? Puede que no fuera exactamente el mejor lugar para quedar con ella, habida cuenta, sobre todo, de las circunstancias actuales, pensó vagamente Mary, pero ahora ya nada podía hacer. Cuando Maudie llegara, si no era de su gusto, irían a otro sitio. Por lo demás, tal vez le gustara. O tal vez estaría demasiado afectada para fijarse siquiera en el entorno. Puede que le interesaran los cuadros. Sin duda, eran estimulantes. Hoy había dos nuevos, que la propia Mary no había visto: los dos con flores, pegados a la puerta. Desde donde se encontraba distinguía la firma. Johann van Stiegler. O, al menos, insinuaban flores. Podía afirmarse con seguridad que eran rosas, pese a su carácter un poco anguloso. Sabía lo que Richard habría dicho de ellos. Pero Richard y ella ya no eran una misma persona. De modo que ¿qué diría *ella* de los cuadros? Diría… ¿qué diría?

Pero ¿por qué no llegaba Maudie? Le parecía estupendo y se alegraba de disponer de unos minutos para recomponerse. Pero tener que esperar un cuarto de hora ya era otro cantar.

Mary apoyó la espalda en las tablas del zócalo. Estaba menos cansada que cuando llegó, pero seguía sin verse preparada para el inminente encuentro.

¿Qué podía ella decirle a una joven recién enviudada? ¿Por qué demonios había quedado? Se dio de bruces con la incongruencia del hecho de que las dos fueran viudas. ¿Iría también Maudie de negro con toques de blanco? ¡Dos viudas! Igual que dos urracas: una, pena; dos, alegría. Lo absurdo de la situación le pareció de pronto tan grande que tuvo el impulso de levantarse y largarse de allí. Sentía vibrar todo el cuerpo por la animadversión a que la

emparejaran con cualquiera, y se puso a disociarlas inmediatamente, buscando sus diferencias.

Maudie solo había estado un año casada. Y sus padres se habían mostrado dispuestísimos a cuidar del bebé, apoderándose de él con avidez. Maudie era tan libre como una chiquilla. Además, otro factor importante, contaba también con irnos buenos ingresos, aparte de todo lo que Michael le había dejado. Así que…

Pero ¿por qué no llegaba? ¿Es que iba a dejarla plantada?

¡Ah! La campanilla de hierro que había encima de la puerta, también de los tiempos del almacén, tintineó para señalar que había llegado otro cliente al café.

Pero no era Maudie. Era un joven, un muchacho, y Mary habría jurado que era artista. Sin embargo, sus manos, que él se miró fijamente nada más sentarse, no parecían las manos de un artista. Eran unas manos regordetas y peculiares, de piel suave, y había algo conmovedor en la relajada manera en que, ligeramente agarradas la una a la otra, reposaban sobre la mesa. ¿Tenían un aire femenino, quizá? No; femenino no era la palabra, pero por más empeño que le ponía no daba con el adjetivo que buscaba. Y su mente sufría por no encontrarlo. Fascinada, sus ojos se sentían atraídos hacia aquellas manos, una y otra vez, por mucha firmeza que pusiera en apartar la vista. Era casi como si, por el tacto y no por la vista, percibiera su cálida carnosidad.

Incluso cuando cerraba los ojos, como hizo, seguía viéndolas. Y, así, sin saber hacia dónde se dirigía, no hizo esfuerzo alguno por liberar sus pensamientos de ellas, y hasta que no fue demasiado tarde no vio ante sí la conocida forma de su pesadilla recurrente. De repente, eran las manos de Richard las que veía, tan distintas de aquellas otras, nervudas, flexibles, delgadas. Por un instante, se imprimieron en su mente, trazadas por el amor y la angustia, y luego se desvanecieron.

Ocurría con frecuencia. Veía mentalmente una parte de él, su mano, su brazo, su pie quizá, enfundado en los zapatos de piel, trabajados con elegancia, que siempre llevaba, y a partir de ahí, con frenesí, trataba de reconstruir al hombre entero. Con más o menos suerte lo reconstruía de los pies a los hombros, y veía sus manos, su traje gris, su corbata, siempre anudada de una forma un poco especial, su cuello y hasta la barbilla, que era tirando a afilada, un

poco menos atractiva que el resto de sus rasgos.

Pero, al llegar a ese punto, siempre caía derrotada. Ni una sola vez desde el día en que murió había sido capaz de ver de nuevo su rostro voluntariamente.

Y si no podía recordarlo, a voluntad, ¿qué significaba el tiempo? ¿Para qué servía haber vivido el pasado, si desaparecía por completo detrás de nosotros?

En el momento de su muerte, para ella formó parte del dolor saber que ocurriría. Estaba de pie a su lado cuando, a través de la ventana del hospital, un pájaro emitió un trino dulce y nítido, y al oírlo supo que Richard estaba muerto, porque durante años no había oído el canto ni el gorjeo de los pájaros, de lo intenso que era el ruido del amor en sus oídos. Cuando bajó la vista, lo que vio sobre la almohada fue un rostro extraño, la cara de la mismísima muerte. Y, después de aquel breve instante de silencio que dio lugar al trino, un ruido nuevo se inició dentro de su cabeza, el ruido de un pánico indescriptible que no siempre bramaba, pero nunca se extinguía del todo.

Y ahora, allí, en el pequeño café, se agarró al borde de la mesa; porque la conflagración había arrancado de nuevo y su mente era un horno en llamas.

Fue entonces cuando el hombre en el extremo de la mesa se puso de pie y alargó el brazo para coger la carta sobre la que Mary había apoyado pechos y codos, con la cara entre las manos. Apresuradamente, y pidiendo perdón, la empujó hacia él, y el bramido se acalló dentro de su cabeza. Lo miró. ¿Se habría dado cuenta? Su corazón desbordaba gratitud, y se fijó en que el joven tenía unos ojos delicados y afables. Pero debía reconocer que no parecía hacerle mucho caso. ¡Y que! Le estaba agradecida igualmente.

—¿No quiere esto también? —preguntó, con gratitud, con calidez, al ver que el papelito con el plato del día prendido a la carta con un clip se había soltado y seguía bajo su codo, pillado bajo la manga de su basta chaqueta. Se puso de pie y se inclinó sobre la mesa con el papel en la mano.

—¡Ah, gracias! —dijo, haciendo una reverencia.

Ella sonrió. Cuánta caballerosidad transmitía una reverencia. Era extranjero, por supuesto. Y entonces, antes de volver a sentarse, vio

que el joven había estado haciendo bocetos, bocetos pequeños a lápiz en un periódico que había encima de la mesa, en los márgenes y en los espacios que había entre las noticias. Unas figurillas intrincadas, minuciosamente enrevesadas. Mary estaba fascinada, pero como es lógico no podía quedarse mirando.

Aun así, cuando volvió a sentarse lo observó a hurtadillas, y cada dos por tres lo veía hacer una rúbrica concreta: era su firma, estaba segura, y trató de distinguirla desde su sitio. Experimentó un entusiasmo desproporcionado, ridículo, al darse cuenta de que lo que escribía era «Johann van Stiegler», el nombre que figuraba en los cuadros de las flores en que se había enfrascado nada más entrar en el café.

Pero es imposible, pensó Mary. Los bocetos eran tan meticulosos, y los cuadros tan… ¿impresionistas?

La campanilla tintineó otra vez.

—¡Ah, Maudie!

A pesar de la larga espera, al final la había pillado por sorpresa, y el apuro la hizo ponerse de pie, como un hombre.

—¡Mi querida Maudie! —Tuvo que mirarla fijamente en un esfuerzo por transmitirle su conmiseración, que, enmudecida, no acertaba a expresar de otro modo.

Se estrecharon la mano sin decir nada.

—Me estoy absteniendo deliberadamente de darte el pésame, ¿sabes? —dijo Mary cuando se sentaron a la mesa de cuadros.

—¡Sí, ya me doy cuenta! —dijo Maudie. Y pareció sincera en su agradecimiento—. Es horrible intentar pensar una respuesta, ¿verdad que sí? Tiene que salirte de dentro, ¡y a veces te gustaría contestar algo que ni siquiera puede decirse en voz alta!

Qué razón tenía. Mary la miró, sorprendida. Su mente repasó lo que la gente le había dicho a ella, y sus respuestas.

Ellos: Menos mal que no ha sido uno de los niños.

Ella: Los cambiaría a todos por él.

Ellos: El tiempo lo cura todo.

Ella: Más bien lo roba todo, hasta el recuerdo que tengo de él.

Ellos: Los caminos del Señor son inescrutables. Algún día comprenderás el sentido de todo esto.

Ella: ¿Quieres decir que algún día me alegraré de que se haya muerto?

Así que Maudie también comprendía aquellas sutilezas… Mary la miró con dureza.

—Ya sé, ya sé. Al final te toca decir lo que se espera de ti, y te sientes degradada.

—Peor aún, degradas al difunto —corrigió Maudie.

Mary la miró con auténtica dureza. ¿Era posible que una chica joven, una persona simple, para colmo, hubiera extraído tan amargo conocimiento de una única experiencia? Muy a su pesar, se sintió atraída hacia una complicidad con ella. Mary se retiró con decisión.

—Claro que tú más o menos lo esperabas, ¿no? —dijo, con malicia.

Inconmovible, Maudie le devolvió la mirada.

—¿Acaso importa? —preguntó, y fue ella, por sorpresa, quien abrió una fisura entre las dos—. ¡Tú tienes a los niños, claro! —Y entonces, apresuradamente, antes de que Mary pudiera decir nada, continuó—: Ya, ya sé que yo tengo al bebé, pero me parece que casi no existen lazos entre él y su padre. Cuando lo paseo por el parque en el cochecito, no me puedo creer que sea nuestro; es como si fuese ilegítimo. ¡En serio! No lo digo por escandalizar. Debe de ser muy distinto cuando ha habido tiempo para que se afiance una relación entre los hijos de una y el padre, como fue tu caso.

—Dudo mucho que eso tenga importancia —intervino Mary—. Y algún día te alegrarás de tener al bebé.

Esta vez habló con deliberada maldad, pues sabía muy bien el daño que a ella le habían hecho esas mismas palabras. Sabía lo que insinuaban: los niños son mejor que nada.

Pero la ponzoña de sus palabras no caló en Maudie. Y con otra puñalada comprendió por qué. Maudie era joven, y guapa. Mirándola, parecía del todo incorrecto afirmar que había perdido a su esposo: era Michael quien la había perdido a ella; había caído, como quien dice, mientras a ella no le quedaba otra que seguir adelante. Ni siquiera tenía aspecto de viuda. Nada en ella daba a entender que estuviera mutilada o falta de algo.

—Te volverás a casar, Maudie —dijo, obedeciendo a un impulso —. Espero que no te moleste que te lo diga —añadió de inmediato, atropelladamente—. No es una crítica. Si lo hago es porque sé lo mucho que estás sufriendo. No te ofendas.

No obstante, Maudie no parecía en absoluto ofendida, solo a la

defensiva. Luego se relajó.

—¿Cómo me voy a ofender? Tú sabes bien lo que es esto. —Mary se dio cuenta de que trataba de disimular el hecho de que, sencillamente, no era capaz de rechazar de plano la sugerencia—. Aunque no es que piense que estás en lo cierto —añadió, pero sin mucho afán—. Al fin y al cabo, tú no has vuelto a casarte.

Ahora era Mary quien estaba a la defensiva.

—Bueno, han pasado solo dos años… Menos, incluso —dijo con rigidez.

—Ah, pero no se trata, en absoluto, de una cuestión de tiempo —opinó Maudie, viendo que había metido la pata, pero no del todo cómo o en qué—. Depende de la persona, creo. Yo te admiro mucho. Así me gustaría ser si tuviera fuerza suficiente. En la posibilidad de volver a casarse, lo que de verdad importa es lo que implique para una, creo yo, ¿no te parece? No creo que repercuta en nada en… ¡el difunto! ¿Tú qué opinas? Seguro que Michael querría que volviera a casarme si pudiera pedir un deseo. A fin de cuentas, dicen que para un hombre es un cumplido que su viuda vuelva a casarse. Tú también lo has oído, ¿no?

—Sí —dijo Mary, seca—. Pero yo no haría mucho caso de esas cosas. Qué les importarán a los muertos los cumplidos.

De modo que Maudie *ya* se planteaba volver a casarse… A la irritación de Mary le siguió una vaga sensación de envidia, que multiplicó por diez la irritación.

Con qué facilidad se había asumido que *ella* no volvería a casarse. Esta niña me considera demasiado vieja, claro. Y tiene razón, o debería tenerla. Recordó cómo, dos años atrás, la gente le había dicho que «tenía» a sus hijos. Se referían a que era muy improbable, inopinado, que volviera a casarse.

Se agolparon también en su mente otros comentarios que le habían hecho. Cuánta gente había aludido a la calidad de su matrimonio, el de ella y Richard, a que estaban hechos el uno para el otro, y a la singularidad del vínculo que existía entre ellos. Mary estaba ansiosa por oír aquello, a la sazón.

Pero de pronto, en el pequeño café, la luz que habían irradiado aquellas palabras parpadeó y se apagó. ¿Acaso pretendían expresar que si Richard no hubiera aparecido nadie más se habría interesado por ella?

Maudie, por otro lado, estaba guapísima, cuando debía de estar sufriendo aún por el impacto. ¿Cómo no estaría dentro de un año, cuando ya hubiera «aliviado el luto», como soba decirse? Lo cierto es que ahora mismo estaba más fresca que una rosa. ¡Al mirarla a una solo se le ocurría el calificativo «virginal»! Naturalmente, solo había estado casada un año. Casi ni podía considerarse una mujer casada.

Pero, así y todo, Maudie entendía de hombres. No se podía negar. Y en aquel momento sus ojos transmitían una extraña expresión. Al verlos, Mary recordó de inmediato que no estaban solas en el café. Se preguntó con urgencia cuánto habría oído y oiría el hombre del otro extremo de la mesa. Pero ya era tarde para detener a Maudie.

—¡Ay, Mary! —exclamó Maudie, inclinándose hacia delante—. La cuestión no es lo que nos dan. Yo ya he superado lo de desear cosas como un hijo. Es lo que nosotras tenemos para darles a ellos. Es algo… —Y se apretó el pecho con una mano—. Es algo aquí dentro.

—¡Maudie!

Con brusquedad, con urgencia, Mary intentó hacerle bajar la voz, y con un movimiento rápido de cabeza consiguió, por fin, transmitirle cierta cautela.

—En caso de que quieras decir algo… —añadió, en voz baja.

—Ah, no te preocupes. Lo tengo presente desde que llegué. —No hablaba tan bajito como Mary, pero sí que rebajó el tono—. Lo tengo presente *todo el rato* —añadió—. Ha sido *él* quien me ha llevado a pensar en lo que tenemos para dar. —Volvió a llevarse las manos al pecho—. Se le ve tan solo, ¿verdad? Es extranjero, ¿no? Siempre me dan mucha tristeza: no tienen apenas amigos, y aunque los tengan, existe una barrera permanente, ¿no te parece?

Pero Mary estaba demasiado avergonzada para permitirle seguir por ese camino. Cambió de tema casi con frenesí.

—¿Qué vas a tomar, Maudie? —dijo muy alto—. ¿Café? ¿Té? ¿No hay nadie para pedir?

Se sintió como una imbécil. ¿A quién se dirigía? Miró hacia donde estaba Johann van Stiegler. Como si él esperase la mirada, sus ojos cálidos y pacientes se toparon con los suyos.

—No hay nadie aquí —dijo, señalando con la cabeza el hornillo

de gas—, pero puede uno servirse. Quizá yo podría…

—¡No, no, en absoluto! —lo interrumpió Mary—. ¡Por favor, no se moleste! No tenemos ninguna prisa. Por favor, no se moleste usted —repitió.

Pero notó enseguida que efectivamente era extranjero, y que estaba en desventaja, al no tener claro si quizá había metido la pata.

—¿Quizá he entrometido? —preguntó, desconsolado.

—No, claro que no —lo tranquilizó Mary, y lo vio tan serio que no pudo sino echarse a reír.

Sin embargo, la risa fue otro error. El rostro del chico adoptó el aire de desesperación que podía aparecer en cualquier extranjero ante la más leve provocación, como si de pronto todo le resultase incomprensible; todo.

—Por favor —murmuró Mary, y luego, vagamente—:… su trabajo —con la intención de señalar que no deseaba interrumpir sus bocetos.

—Ah, ¿conoce mi trabajo? —preguntó, animándose de pronto, complacido y presa de una vanidad modesta y entrañable—. ¿Nos conocemos de antes? ¿Sí?

—No, qué va, no nos conocemos —contestó rauda, y se sentó, aunque, por supuesto, era imposible seguir comportándose como si fuera un completo desconocido, después de aquello.

Se giró para ver cómo se tomaba Maudie la situación. Fue entonces cuando experimentó su irritación hacia ella en toda su potencia. Habría sido capaz de darle un bofetón. Sí: ¡un bofetón en toda la cara! Porque ahí estaba, distante, mirando en parte hacia otro lado.

Maudie estaba esperando que la presentaran. Que la *presentaran*, como si ella, Mary, no requiriese los prolegómenos convencionales. Como si fuera perfectamente normal que ella, Mary, iniciara una conversación con un extraño en un café, sin preámbulos, porque —y por supuesto era esto lo que la sacaba de quicio, conocer la idea inconsciente de Maudie— no había nada de raro en que una mujer de *su* edad entablara una conversación, algo que en el caso de una mujer joven habría sido impensable. Sin embargo, en su cara parcialmente apartada y serena, Mary distinguió un apresurado gesto de interés. No se planteaba ejecutar ningún ademán para

integrar a Maudie en la conversación, pero debía tener en cuenta al joven. Tendría que hacer de mediadora, quisiera o no.

—Maudie, te presento a… —Se giró y sonrió a Van Stiegler—. Te presento a… —Pero estaba desconcertada y se vio obligada a abandonar del todo las presentaciones. En vez de eso, lanzó una pregunta directa—: Esos cuadros de flores son suyos, ¿verdad?

Maudie ya no podía más; ya había aguantado bastante, podría decirse.

Se volvió hacia el joven, ostensiblemente impresionada, con los labios separados y un resplandor en la mirada. Dios, qué guapa era.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡Son maravillosos!

Pero Johann van Stiegler miraba a Mary.

—¿Está segura de que no nos conocemos de antes?

—No, pero estaba usted garabateando su firma en el periódico. —Lo buscó con la mirada para enseñárselo, pero se había caído al suelo.

—Ah, sí —dijo, y aunque Mary no podía estar del todo segura, claro, le pareció que estaba decepcionado—. Ah, sí, ha visto mi firma —añadió, sin entusiasmo.

Se le veía abatido. Mary se sintió impotente. Se volvió hacia Maudie. Le tocaba a ella decir algo.

Justo entonces la campanilla del almacén volvió a sonar, y esta vez entró uno de los dueños, despreocupado, como un cliente más.

—¡Ah, bien! —dijo Van Stiegler—. ¡Café! —pidió. Y se dirigió a Mary—. ¿Café para usted también?

—Sí, café para las dos —aceptó Mary, sin poder evitar preguntarse quién iba a pagarlos, y al mismo tiempo sin poder evitar fijarse en la chaqueta andrajosa.

Bueno… ¡ya se vería! Entretanto, tomó la determinación de ignorar el plato con pasteles que les sirvieron con el café. Y esperaba que Maudie hiciera lo propio. Apartó el plato, como una suerte de pista, pero Maudie se ladeó un poco y cogió un bollo grande relleno de crema.

—¿Le importa que le haga una pregunta sobre su trabajo? —dijo Mary.

Pero Maudie la interrumpió.

—¿Vive usted en Irlanda? Me refiero a si ha venido solo de visita.

Había confianzas y confianzas, y Mary se puso nerviosa por si el joven se tomaba a mal la pregunta.

—Doy clase en una universidad —explicó, un tanto sorprendido en apariencia, pero Mary también notó que no estaba nada molesto. Participaba con soltura en la conversación—. Está muy bien por un tiempo ir a otro país —añadió—, y aquí es barato. Tengo un piso en la calle siguiente a esta, y es muy íntimo. Si me cuelgo de una viga, no pasa nada; nadie sabe, nadie le importa. Es buena manera de vivir cuando pintas.

Mary estaba dispuesta a meditarlo.

—¿Usted cree?

Maudie no estaba dispuesta a meditarlo.

—Qué cosas —dijo, lacónica, y consultó su reloj—. Yo me voy a tener que ir —dijo, inexplicablemente.

Se habían tomado el café. Los pensamientos de Mary volvieron de inmediato al problema de quién pagaría. Era un asunto sin importancia que requería todos los medios espirituales de uno, pero se sintió tremendamente valiente y decidida cuando se oyó a sí misma pedir en voz alta la cuenta.

—La cuenta, por favor —llamó, por encima del sonido del café que espurreaba en la lumbre.

Johann van Stiegler no hizo amago de pedir la suya, pese a que estaba abotonándose la chaqueta y doblando el periódico, como para irse también. ¿Meterían su café en la cuenta de ella?, se preguntó Mary.

Todo se resolvió en un segundo, sin embargo. La cuenta reflejaba dos cafés de ocho peniques y un bollo, y no le cobraban el café de Van Stiegler. Mary supuso que tendría algún arreglo con los dueños. ¿O tal vez no se iba?

No obstante, cuando se pusieron de pie, enguantadas y listas para marcharse, el joven les hizo una reverencia.

—¿Quizá vamos en la misma dirección? —y ambas se dieron cuenta de que se desvivía por mostrarse cortés.

—Ah, no, en absoluto —respondieron al unísono, como si él se hubiera ofrecido a escoltarlas, y Maudie incluso se rio abiertamente.

Se vieron entonces, como es natural, en otra situación ridícula. Van Stiegler volvió a sentarse. ¿Habían sido demasiado bruscas? ¿Habían herido su sensibilidad?

Ay, ojalá no fuera extranjero, pensó Mary, y vaciló. Maudie ya tenía la mano en el picaporte.

—Espero ver más obras suyas en el futuro —dijo Mary.

No lo formuló como una proposición, sino como un cumplido, sin más.

Pero Van Stiegler se puso de pie de un salto otra vez.

—Esta noche, después de mis clases, traeré otro cuadro para colgar aquí —dijo—. ¿Quiere verlo? Estaré aquí… —Sacó un reloj enorme y pasado de moda—, diez minutos después de las nueve.

—Ah, esta noche no, no puedo volver esta noche —dijo Mary—. Es que vivo en el campo —añadió, explicándose y excusándose—. En otra ocasión, tal vez. ¿Cuánto tiempo lo tendrá aquí expuesto?

En realidad, no escuchaba lo que él le decía. Estaba pensando que no había incluido a Maudie en la invitación. Tal vez fuera por ser ella la que más apariencia tenía de poder comprar un cuadro, a diferencia de Maudie, que en realidad contaba con más recursos. ¿O era porque las consideraba en bloque y pensaba que si una acudía, la otra también iría? ¿O sería que, realmente, pretendía volver a ver a Maudie y a ella la veía como la carabina? ¿Qué era?

No podía saberlo, en cualquier caso, de modo que volvió a despedirse y al instante siguiente la campanilla tintineó encima de la puerta y ellas salieron a la calle. En la calle se miraron.

—¡Vaya un tipo…! —empezó Maudie, pero no tuvo tiempo de acabar la frase. Tras ellas la campanilla tintineó de nuevo y el pintor se encontró en la calle con ellas.

—He olvidado darles la dirección de mi piso; es también el taller —explicó—. Será un placer enseñarles mis cuadros cuando quieran. —Sacó un cuaderno y arrancó una hoja—. Se lo escribiré —dijo, conciso. Y eso hizo. Pero cuando les ofreció la hoja, fue Maudie quien la cogió—. Casi siempre estoy, excepto cuando tengo clase.

Y, haciendo otra reverencia, regresó al café.

No se atrevieron a reír hasta que se hubieron alejado un poco.

—¡Increíble! —exclamó Maudie, ofreciéndole la hoja a Mary.

—Chatham Row —leyó—. Número ocho.

—¿Irás a verlo? —preguntó Maudie.

Mary se sintió ofendida.

—¿Por quién me tomas? Seré poco convencional, vale, pero ¿me ves presentándome en la casa de ese hombre? ¿Tú irías?

—Ah, en mi caso es distinto —dijo Maudie, misteriosa—. Además, te lo ha propuesto a ti. Pero entiendo lo que quieres decir; es una pena. Pobre tipo, debe de estar muy solo. Ojalá pudiéramos hacer algo por él, ojalá pudiéramos presentarle a alguien.

Mary la escrutó. No se le había pasado por la cabeza que pudiera sentirse solo. ¿Cómo era posible que siempre pasara por alto lo más obvio?

Habían llegado a Grafton Street.

—Bueno, yo tengo que hacer unas compras. Supongo que tú también —dijo Maudie—. Me alegro de haber hablado contigo. Tenemos que volver a quedar pronto.

—¡Claro que sí! —repuso Mary con ganas, no como Maudie esperaba, ante la sugerencia de un nuevo encuentro. Estaba deseando quitarse de encima a Maudie.

Y, sin embargo, al verla alejarse, abriéndose paso deprisa y con pericia entre la muchedumbre, Mary sintió descender de pronto sobre ella una terrible falta de sentido, como una parálisis física. Echó a andar, deteniéndose a mirar los escaparates.

Era la hora de la tarde en que todos los transeúntes se dirigen a sus casas, decididos y resueltos. Hasta quienes se paraban a ver los escaparates lo hacían con diligencia, lanzando miradas brillantes y entusiasmadas, igual que los pajarillos. Estaban absortos en cosas sustanciales, tangibles, mientras que ella, en cambio, volvía mentalmente al café de estudiantes, y a los extraños cuadros con flores de sus paredes, y al joven, tan vulnerable en su vanidad: la vanidad legítima de su arte.

Qué típico de Maudie, reírse de él. ¿Qué sabía ella de la mente de un artista? Si Maudie no hubiera estado allí, qué diferente habría sido. Para empezar, podría haberlo animado a que le hablara de su trabajo, que le explicara las diferencias entre la pincelada suelta de los cuadros y los meticulosos bocetillos que había dibujado en los márgenes del periódico.

Incluso podría haber aceptado la invitación de ir a ver el taller. ¿Por qué había resultado tan extraño… tan risible? Por Maudie, por eso.

Qué ridículos le habrían parecido sus escrúpulos al joven. Solo esperaba que no los hubiese adivinado. Miró el reloj de una iglesia. ¿Y si volviera al café ahora mismo e insinuara que al final sí había

sacado tiempo para hacer una visita rápida al taller? ¿O se habría ido ya? ¿Sería quizá mejor aparecer directamente en el estudio? Estaría ya allí.

Por un momento se planteó los pros y los contras de regresar. ¿Le extrañaría a él? ¿Le sorprendería? Pero como si fuese Maudie quien planteaba las preguntas, Mary las desestimó todas y, de pronto, tan decidida como cualquier otro peatón, inició el camino de vuelta, de cabeza, como quien dice, hacia Chatham Street.

En el punto en que dos callecitas se encontraban tuvo que parar mientras un grupo de carros de Guinness tirado por caballos giraba con dificultad en el angosto cruce. Y, mientras esperaba con impaciencia, se vio a sí misma en el espejo dorado de un *pub*. Por espacio de un segundo, la visión familiar le provocó dudas acerca de su misión, pero en el momento en que los caballos se retiraban se dijo que su figura trasnochada, torpe y poco romántica respondía por su integridad espiritual. Se apartó del rostro del azogue y siguió avanzando a buen paso.

Entre dos locales, en una callejuela corta, techado por la primera planta del local de arriba, de modo que parecía un túnel, vio un portal. Desde la calle se distinguía claramente urna puerta al final del túnel, porque estaba pintada de amarillo chillón. Curioso que nunca se hubiera fijado, con la de veces que había pasado por allí. Cruzó la calle.

Una vez en la otra acera, se adentró en el túnel, con el eco de sus pasos resonando en sus oídos. Y allí, en la puerta, atado al cerrojo del buzón, había un pedazo de cartón blanco con su nombre. Mary agarró la aldaba y dio tres martillazos secos contra la puerta.

La callejuela era una especie de callejón, salvo por la calle que quedaba detrás de ella y la puerta que tenía delante. No había aberturas de ningún tipo. En cuanto al local al que daba acceso la puerta, no había manera de adivinar sus dimensiones o extensión, ni nada, mientras no se abriera.

Soltó una risita, irresponsable. Era como las desconcertantes puertas en los troncos de los árboles en los cuentos de hadas y las fantasías que la cautivaban de niña. ¿Daría también esta puerta, como las de los cuentos, a salones de una amplitud imposible, o sería un espacio estrecho y diminuto?

Mientras imaginaba lo que habría en el interior, tan misteriosamente sellado en apariencia, se fijó en que, igual que en los cuentos, en realidad sí que había una abertura. El buzón había perdido la tapa, o solapa, y abría la boca, un agujero vacío en la madera que le recordó a una muñeca durmiente a la que le hubieran hincado los globos oculares en la cabeza, generando una expresión de vaciedad.

Impulsivamente, clavó una rodilla en el suelo y echó un vistazo por la ranura.

Al principio solo vio fragmentos de los objetos que había en el interior, pero moviendo la cabeza pudo identificar varias cosas: un lienzo sin acabar apoyado contra un zócalo blanco lleno de salpicaduras, una bomba de bicicleta tirada en el suelo, la pata de una mesa, las patas negras de hierro de una cama y, para su diversión, colgando junto a la pata de la mesa y formando un charco en el suelo, un par de calcetines largos de lana gris. Como es natural, solo era posible ver la parte más baja de la estancia, pero lo estimó suficiente para determinar que, efectivamente, se trataba de un cuartito en un árbol, no más grande que el bulto exterior del tronco, que no conducía a otra parte y… que encarnaba su propio final.

Solo había una ruptura en el zócalo, el vano de una puerta, pero tan estrecha y hecha de tablas tan toscamente unidas que Mary interpretó que sería la puerta de un armario. Y entonces, cuando empezaba a moverse, vio algo más, un intrincado segmento de finos rayos de alambre. Tardó en segundo en darse cuenta de que era la rueda de una bicicleta.

De modo que también vivía una bicicleta en aquel cuartito dentro del árbol.

Ah, pobre muchacho, pobre pintor, pobre extranjero, incapaz de encontrar un buen alojamiento en una ciudad desconocida. El corazón de Mary se compadeció de él.

Fue entonces cuando la puerta de tablas —no podía ser un armario, por lo tanto— se abrió, y ella se sorprendió escudriñando un par de pies. Eran unos pies grandes, enfundados en irnos zapatos sin atar que dejaban al descubierto unos tobillos blancos. Porque, claro, pensó Mary a tontas y a locas, concentrándose de nuevo, los calcetines están recién lavados. Pero su capacidad para pensar con

claridad duró solo un instante. Se incorporó.

—¿Quién es? —preguntó una voz—. ¿Han llamado?

Era la voz del hombre del café. Pero ¿dónde iba a encontrar ella una voz para contestar? ¿Y quién era ella para decir quién era? ¿Quién era ella para aquel desconocido?

Y si abría la puerta, ¿qué pasaría? Todos los pensamientos y palabras que, como una ventolera, la habían empujado por aquel túnel amainaron de pronto, y se quedó allí de pie, consternada, en el lugar donde la habían dejado.

—¿Quién es? —repitió la voz de dentro, con preocupación.

Contemplando aquellos pies blancos dentro de los zapatos sin atar sintió que moriría fulminada si se movían un centímetro. Mary dio media vuelta.

Ante ella, luminosa, resplandeciente, nítida, como al final de un potente telescopio, estaba la calle. Sin preocuparse por que no se oyeran las pisadas, generando un eco, un bombardeo igual que si corriera por una tubería inmensa, corrió hasta que ganó la calle, y siguió corriendo, dando empujones a los sorprendidos transeúntes con bolsas de compras, golpeándose los tobillos con las ruedas de los carros y los cochecitos de bebé. Solo cuando llegó otra vez al cruce de calles se detuvo, porque en el espejo del *pub* volvió a divisar su cara conocida. Aquel semblante la apaciguó. Qué absurdo pensar que alguien seguiría de manera siniestra a aquella señora de mediana edad.

Pero ¿y si él hubiera estado en el cuarto cuando llamó? ¿Y si hubiera abierto la puerta? ¿Qué habría pasado entonces? ¿Qué le habría dicho ella? Un rubor le subió por la cara. Las únicas palabras sinceras que podría haber articulado eran las que zumbaban en su cabeza desde que había estado en el café, unas palabras que Maudie había hecho aflorar.

—Me siento sola. —Era lo único que habría podido decir—. Me siento sola. ¿Y tú?

Una honda vergüenza se apoderó de ella tras la confesión, y, con un sentimiento de culpabilidad, volvió a ponerse a andar rápidamente, en dirección a Grafton Street. ¡Si la llega a ver alguien en ese callejón oscuro! ¡Si alguien hubiera podido escudriñar el interior de su mente, de su corazón!

Y, sin embargo, ¿tan antinatural era? ¿Tan difícil era de

entender? ¿Tan imperdonable?

Al pasar por delante de la puerta abierta de la iglesia de los carmelitas se detuvo. ¿Se desharía de la vergüenza en la oscuridad de un confesionario? Para los oídos de los sacerdotes ancianos y sabios, acostumbrados al pecado, su historia sería liviana, un cuento tedioso de escrupulosidad. ¿No había nadie, nadie que comprendiera?

Había llegado de nuevo a Grafton Street y se internó en la vía abarrotada. Solo habían transcurrido unos minutos, pero en la calle se había iniciado la evasión de la luz. Solo el trajín de gente, y la actividad del tráfico, delataba que era aún de día. En lo alto del parque, hacia el que giró, si bien las copas de los árboles se distinguían todavía, rama a rama, una bruma anulaba los contornos de los arbustos bajo la última luz. Si hubiera introducido una mano entre los barrotes en ese momento, los dedos habrían palpado con un leve sobresalto las ramitas, como huesos finos, bajo las plumas de neblina… Y en sus nidos secretos los pajarillos hacían tenues declaraciones en las últimas horas del día. A aquella hora solía reunirse con Richard.

¡Ay, Richard!, exclamó, en voz alta, mientras caminaba en paralelo a los barrotes, hacia donde tenía aparcado el coche. ¡Ay, Richard, es a ti a quien quiero!

Y mientras decía esto, su mente se lo puso delante, tal y como lo veía tan a menudo, yendo hacia ella, alto, guapo, y con su curioso aire, ajeno a quienes lo rodeaban. Tenía el sombrero en la mano, en el costado, como cuando, en días de verano, pasaba una mano por el agua desde una barca. Mary quiso conservar aquella imagen para siempre, y solo en el instante en que luchaba por aferrarse a ella se percató de que no había ninguna urgencia en la búsqueda. Tenía la sensación de disponer de todo el tiempo del mundo para mirarlo, y mirarlo, y mirarlo. Era justo, así como se acercaba para reunirse con ella: llevando con indolencia el viejo sombrero de fieltro, satisfecho de haber acabado la jornada; y conforme se iban acercando, Mary gozaba como una niña con su semblante sin sonrisa, con la felicidad integral que transmitía con todas sus facciones. Por primera vez en los dos años que habían pasado desde que él la había dejado fue capaz de vislumbrarlo.

Hasta que no sacó la llave del coche y se dirigió hacia el lado del

conductor, y no como una idiota hacia el del copiloto, como tan a menudo le pasaba, hasta ese momento no fui consciente de lo que había logrado. Y, sin embargo, lo único que había hecho había sido recuperar sus derechos. Nada más. No era algo digno de admiración. ¿De qué manera los había recuperado exactamente en aquel pequeño café? Ahí reside el milagro.

UNA HISTORIA CON ESTRUCTURA

A la mesa estaban saliéndole ampollas, los cercos azules y húmedos de los vasos que la gente iba soltando sin cuidado. Los ceniceros rebosaban de una elegante ceniza blanca que caía suavemente sobre la resbaladiza caoba cada vez que un soplo de aire entraba por las ventanas abiertas de par en par, cosa que en realidad no ocurría muy a menudo, dado que aquella tarde no hacía viento y la sala estaba caldeada y abarrotada.

Los primeros ruidos de la fiesta se habían sosegado, y aquí y allá varios grupos de personas con intereses comunes se habían apartado de la multitud y charlaban sin levantar la voz.

La anfitriona vino hacia mí desde el otro extremo de la sala, y el hombre de mediana edad que guiaba por el codo me miró con insistencia y descaro.

—¡Te traigo a alguien que está loco por conocerte! —dijo la anfitriona, y en aquel momento la llamaron desde la otra punta, me dio un apretón en un brazo, se excusó y salió disparada sin intención alguna de presentarme al hombre que, era evidente, ya me conocía.

Lo único que podía hacer era devolverle la mirada y aguardar a que dijera algo.

—¿Cómo está usted? —saludó, extendiendo la mano y estrechando la mía con entusiasmo—. ¡Me alegro de conocerla! He leído muchos cuentos suyos, y quería decirle lo que opino. ¡Tiene usted mucho talento! ¿Lo sabía? Debería ponerse a escribir. ¡Ponerse en serio, digo! ¡Dedicarle todo su tiempo! —Hizo una pausa—. Se puede hacer mucho dinero escribiendo, ¿lo sabía? —Entonces bajó la voz—. No todo el mundo sabe escribir, se lo digo yo. ¡Ni todo el mundo tiene tiempo! ¡Ni instrucción!

Y acto seguido mi nuevo conocido me dio su opinión sobre los

libros y sobre los escritores en general. Tenía en alta estima a ambos, pero aunque había leído muchos de aquellos nunca hasta entonces había conocido a ninguno de estos.

Y mientras hablaba traté de evaluarlo. Era a todas luces uno de esos hombres que desarrollan un entusiasmo por el conocimiento cuando ya es demasiado tarde para que las instituciones educativas se lo proporcionen; cuando ya se dedican a cualquier profesión o negocio que les niega irrevocablemente cualquier oportunidad de poner remedio a sus carencias. A veces, sin embargo, desplegaba un vocabulario que sorprendía por su pertinencia, corrección y acierto, pero con toda probabilidad adquirido de segunda mano, escuchando a otros.

Antes de que el hombre articulase tres palabras yo ya me había dado cuenta de que no tenía estudios, pero antes de que articulase una docena supe que era una gran pérdida para él que así fuera —y también para los demás, sin duda—, porque era apasionado y perspicaz, amén de curioso, en el mejor sentido de la palabra. El caso era ya irremediable, sin embargo. Poseía todos los defectos que uno pudiera esperar. Era dogmático cuando correspondía ser humilde, directo cuando correspondía ser delicado, y por encima de todo daba por originales opiniones que, por desgracia, solo lo eran para él, tras haber evolucionado mediante lentos procesos mentales, pero que eran lugares comunes para la gente que sabía cómo valerse del depósito de conocimiento del mundo. Los hombres como él derrochan grandes cantidades de energía intelectual resolviendo problemas sencillos que otros ya dieron por zanjados hace mucho, y derrochan también un tiempo precioso, de modo que a menudo la madurez los sorprende, tras años de indagaciones y aplicación, en un estado de inmadurez mental del que un colegial espabilado podría reírse con toda justicia. Pero en su favor también hay que decir lo siguiente: la vejez, cuando llega, los encuentra todavía entusiastas, vehementes, aun consumiendo su propia energía, y juzgan la muerte como otro problema por abordar, un problema al que también pueden aproximarse con apertura de miras, sin el estorbo de las opiniones rancias, los falsos hallazgos y los infructuosos tanteos de los demás.

Tal vez mereciera la pena oír su opinión, a fin de cuentas.

—¿Cuál es el cuento que más le gusta? —quise saber.

Me miró.

—Perdón, ¿he dicho que me hayan gustado? Me parece que están escritos con un buen estilo, y que dota usted de vida a sus personajes, pero creo recordar que no he dicho que me gusten.

Estarán de acuerdo en que era todo muy desconcertante.

—Sí —continuó aquel hombre—. Sus cuentos tienen muchas cualidades, muy buenas, pero yo no diría que ninguno de ellos me haya gustado, lo que se dice gustado. —Al repetir esto me miró con la cabeza ligeramente ladeada, como si adoptando esa postura juzgara mejor mi reacción a sus palabras. Y a continuación, comprendiendo que me había echado un jarro de agua fría, extendió las manos, una a cada lado, y me estrujó como quien aprieta un acordeón—. No se ofenda. No olvide que yo no sé nada en absoluto del tema. Puede usted estar en lo cierto, que yo sepa. Lo único que hago es darle mi opinión; es decir, transmitirle lo que pienso. Y lo que pienso, si me permite que se lo diga sin rodeos, es que sus cuentos, en su forma actual, por muy buenos que sean, nunca atraerán a un hombre. Puede que atraigan a las mujeres. Pero nunca atraerán a los hombres. Un hombre leería una o dos páginas de su trabajo y lo desecharía. Porque —hizo una pausa—, porque un hombre busca algo con un poquito de sustancia, ¿sabe lo que quiero decir? Un hombre busca algo un poco más denso, no sé si me explico.

Y pellizcando con cuidado una parte del aire cargado de humo que nos rodeaba, lo retuvo entre el índice y el pulgar para mostrarme lo densas que les gustaban a los hombres sus lecturas.

—Sus cuentos, por el contrario, son muy flojos. No tienen apenas argumento.

—Y ¿no cree usted…? —intervine, intentando explicarme, pero él ahuyentó con la mano mi frase inconclusa, junto con un incordioso moscardón que nos rondaba en ese momento.

—Y los finales —prosiguió—. ¡Sus finales son malísimos! No son finales. ¡Sus cuentos se interrumpen a medias! ¿Puedo preguntarle por qué?

Me temo que esbocé una sonrisa desdeñosa.

—La vida tiene muy poco argumento —contesté—. La vida normalmente se interrumpe a medias.

Sabía que no estaba siendo demasiado explícita, ¡pero a fin de

cuentas sus críticas eran poco sólidas! Quizá me hubiera molestado.

Él, no obstante, seguía muy afable, y aceptó mi argumento con indiferencia.

—Pero ¿no se da cuenta? —exclamó—. ¡Precisamente por ser la vida tan vaga y turbulenta, por ser tan caótica y falta de propósito, acude la gente a los libros en busca de una distracción! Recurrimos a los libros porque esperamos descubrir en ellos que el autor, con un ojo más sagaz que el nuestro, ha sido capaz de hacer una selección a partir de la multiplicidad de incidentes que se ciernen sobre nosotros, y de presentarlos de tal modo que demuestren que en el fondo sí existe relación entre causa y efecto. —Tomó una honda bocanada de aire—. ¡Si no llega a ser por los libros, hace ya mucho que yo habría caído en la desesperación! Pero no, yo leo una hora entera cada noche antes de apagar la luz. Y por eso —en estas me soltó por fin los brazos y desplegó las manos a ambos lados, como unas alas planas y protectoras— puedo darle una simple y llana opinión masculina sobre su trabajo. ¡Y, cuidado, que puede que le esté dando una información valiosa! —Se interrumpió un momento, y rápidamente añadió—: A propósito, ¿le importaría decirme (lo pregunto por mera curiosidad, cuidado, sin intención de caer en impertinencias)…? Me gustaría saber si gana mucho dinero con sus cuentos.

—Pues… —empecé despacio, para ganar tiempo y dar con una respuesta apropiada para la pregunta—. Pues verá…

Pero volvió a interrumpirme.

—Yo no veo nada —dijo, cortante—. No me vaya ahora a decir que no le interesa si su trabajo vende o no, porque eso son memeces, y perdone la franqueza. Solo un necio diría una cosa así. Si le dijera eso a un borrico, le soltaría una coz, y perdón por la expresión. ¿Por qué escribir cuentos si no importa si se leen o no? ¿Y cómo va a leerlos la gente si no los compra? ¡Sea razonable! Reconozca que le gusta que sus cuentos vendan. Y, como le decía antes, si sigue mi consejo, ¡venderán!

—¿Y cuál es su consejo? —dije por fin, debo admitir que bastante malhumorada.

—Mi consejo es que les dé más forma a sus cuentos, más argumento; ¡deles más estructura, por así decir!

—¡Pero eso sería distorsionar la verdad! —protesté, con

intención de desarrollar la respuesta.

—¿Por qué dice eso? —exclamó, cortándome—. Puede que haya veces en que la vida parece carente de forma, que nuestras acciones no tengan nada que ver unas con otras, pero igualmente hay miles de veces en que los incidentes de la vida no solo manifiestan una estructura, ¡sino que esa estructura está tan clara y bien marcada como el diseño de esta alfombra!

Echó un vistazo hacia el suelo y mis ojos hicieron lo mismo y se fijaron en los medallones brillantes y regulares de la mullida superficie que pisábamos.

—¡No creo que fuera usted capaz de contarme uno solo de esos miles de incidentes! —dije.

—¿Me está poniendo a prueba?

—Si tiene tiempo… —contesté mirando en derredor, pero nadie parecía tener intención de marcharse.

—Hay tiempo de sobra. Déjeme ver… —Hizo una pausa.

—¡No se le ocurre nada! —exclamé.

—¿Que no? La única dificultad está en intentar elegir uno entre todos los incidentes que crean un estado de confusión dentro de mi cabeza. —Aun así hizo otra pausa, y yo estaba a punto de reírme de él cuando alzó la vista y se aclaró la garganta—: Esto es lo que voy a hacer: le voy a contar una de las historias de mi padre, para ahorrarme el tener que escoger una de las mías.

—Supongo que su padre la leería en algún libro.

—Ah, no, en absoluto. Nada de trampas. Esto que le cuento es cierto, una historia real que le oí mucho a mi padre. Sobre un hombre que vivía en su pueblo, hace mucho tiempo. Iban juntos a la escuela, y también jugaban juntos, en días de lluvia y así, aunque Murty Lockhart no estaba para muchos juegos. Pero todo eso forma parte de la historia. ¿Quiere que se la cuente?

Le dije que lo estaba deseando, pero creo que el motivo principal por el que lo animé a seguir era que quería oír cómo la contaba. Porque desde que se me había acercado con tan sofisticadas maneras se había producido un cambio tanto en sus formas como en su voz, y hasta en el vocabulario. Con las primeras palabras sobre Murty Lockhart el énfasis que había puesto en una de cada dos palabras desapareció por completo y se volvió inseguro, hacía pausas y tendía a escudriñarme con aire inquisidor entre frase

y frase. Y me di cuenta con sumo interés de que cuando hablaba de corrido no empleaba en absoluto su voz, sino la de su padre, la de quien le había contado la historia. Su memoria había almacenado no solo los incidentes de la historia, sino las palabras concretas que los habían relatado, y la voz concreta de la persona que por vez primera las hiló. Era la voz de un hombre mayor y crédulo contando una historia increíble con una suerte de temor ante su aparente sentido. Y mientras la narraba, era como si el nombre mismo de Murty Lockhart le infundiera pavor, pues siempre lo pronunciaba en un tono de voz más bajo que el resto de la frase.

—Cuando Murty Lockhart se acercaba a la ventana del salón de su casa para mirar la calle, los vecinos del pueblo que pasaban por allí se decían: «Ya está ahí el demonio ese maquinando alguna maldad», o: «Como si no tuviera ya bastante con lo suyo… ¡Míralo, atravesándonos con la mirada!».

»Lo que en realidad querían decir, claro, era que tres chelines ya habría sido alquiler más que suficiente para las casas feas y mal construidas de Lockhart, no digamos ya los diez u once que tenían que pagarle. Prácticamente todo el pueblo era de Murty. Supongo que él oiría a menudo lo que se iba diciendo de él y de sus casas, porque ya se sabe, y si no lo sabe se lo digo yo, que en los pueblos las voces de las calles se cuelan por las ventanas, no como en las ciudades, donde las acallan los ruidos de los autobuses y los tranvías. Sí, él oía todo lo que se decía de él, sin miedo, pero sin ofenderse, y, si se ofendía, nunca permitía que se supiera. Seguramente sabía tan bien como todos que lo que se dice en voz alta es mejor que lo que se dice en susurros, y que raras veces se quiere decir lo que se dice. Sea como sea, también es cierto que él era el primero que nunca o casi nunca decía lo que quería decir. O disimulaba pensamientos dulces con palabras amargas, o con palabras dulces disimulaba pensamientos amargos. Nadie supo jamás de qué pie cojeaba, o qué propósitos llevaba, cuando ya era un hombre. Pero mi padre decía que de niño no había carácter más dulce que el de Murty en todo lo ancho y largo del país, ni de casualidad. Pero cuando se hizo mayor se volvió un amargado y, con malos modos, les dio la espalda hasta a los que más jugaban con él en el jardín trasero de su casa; a todos menos a mi padre, cuidado. Pero aun así, mi padre nunca se compadeció de él como

los demás, ni siquiera cuando eran unos niños y Murty se sentaba delante de la ventana a ver pasar corriendo a los demás. A mi padre no le daba lástima. Sería más correcto decir que, en cierto modo, le tenía miedo. En fin, miedo quizá no, pero sí le impresionaba un poquito, por así decir. Y, más aún, nunca perdió esa sensación en todos los años que vinieron después, ni siquiera cuando Murty era ya tan rico que la lástima del pueblo se transformó en envidia. Sí, en efecto, la lástima del pueblo se transformó en envidia con el tiempo, porque, a medida que la gente cumplía años dio menos importancia a los miembros llamativos y a las caras encarnadas y empezó a pensar que si Murty era propietario de medio pueblo no era nada digno de lástima, ¡tuviera como tuviera las piernas!

»Por cierto, se me ha olvidado contarle, ¿no es cierto?, que el pobre Murty tenía pie equino.

»Sí, se me había olvidado. ¡Qué idiota soy! ¡Es el dato más importante de toda la historia, o casi!

»Pues sí, el pobre Murty tenía pie equino de nacimiento. Por eso, como comprenderá, no podía ir por ahí echando carreras con los otros gamberros del pueblo. Por eso tenían ellos que ir al patio trasero de su casa si querían jugar con él. Y aun así tenían que tener mucho cuidado de que fuera un juego tranquilo y sencillo, como las castañas o tirarse la pelota. Ni siquiera podían lanzar muy alto la pelota. Si lo hacían, o si daban la menor muestra de violencia, la madre de Murty apartaba los visillos y daba unos golpecitos en el cristal. No era precisamente la monda jugar con él, como se podrá usted imaginar, sobre todo para unos niños que se habían criado escuchando las noticias de la Guerra de los Bóeres y se calzaban las botas para salir a jugar a los zulús o a guerrear en los caminos. Pero los niños tienen buen corazón, como sin duda ya sabrá, por muy tercos que sean cuando quieren, y muchas muchas veces dejaron de lado sus correrías para ir a jugar con el pequeño Murty. Y ¡ay del niño nuevo que hiciera algún comentario sobre sus pies! O sobre los pies de cualquiera, en realidad; ya sabe lo susceptibles que son las criaturas. Enseguida saltaba otro que lo callaba volando o le soltaba un gancho en la mandíbula si era menester. Siempre estaban dispuestos a defender al pobre niño. Otro de los motivos por los que, después, a todos les costaba entender por qué Murty era tan duro con ellos de mayores. Solo por gozar de cierto poder gracias a

un poco de dinero. Su padre le dejó algo al morir, ¿sabe usted? Un poco más de lo que Murty o cualquiera esperaba. Supongo que creía que el pobrecito necesitaba más que la mayoría, por culpa de los pies. En fin, el caso es que Murty recibió un dinero y no perdió ni un segundo en invertirlo. Y lo invirtió tan bien que no tardó en colocarse por encima del pueblo entero. Yo a menudo pensaba, cada vez que mi padre me hablaba de él, que quizá a Murty no le sentaba bien que los otros niños lo defendieran. Quizá les guardaba rencor. O quizá no. No lo sé. Nadie lo sabe.

Llegados a este punto, el cuentacuentos paró de pronto y me miró.

—Supongo que aquí concluiría usted la historia si la estuviera contando; Murty no sabría el porqué de su amargura hacia los vecinos, y los vecinos tampoco. Pero mi historia no acaba aquí. No hemos llegado ni a la mitad. ¡Espere y verá!

Se apoyó en la pared y prosiguió.

—Siempre me ha llamado la atención que mi padre nunca le tuviera lástima, ¿a usted no? Él decía que los ojos casi amarillos de Murty le fascinaban. Decía también que no le parecía que tuviera los pies tan mal, en el fondo. ¿Qué más daba poder correr por las calles como locos, como hacían los otros muchachos y él? Mi padre prefería sentarse a leer, de largo. Siempre andaba con las narices dentro de un libro, o en un cuaderno ilustrado de cuatro peniques. A su padre le ponía enfermo verlo leer. Su padre y su madre siempre andaban echándolo de casa, igual que a las gallinas. De ahí que, como usted entenderá, mi padre considerara a Murty un privilegiado en muchos sentidos, dado que él podía pasarse el día leyendo sin que nadie le dijera ni pío.

»Murty se sentaba junto a la ventana, a veces leyendo, a veces garabateando, otras sin hacer nada, y mi padre lo envidiaba un poco cuando pasaba por delante, sudando como un pollo y con una soga entre los dientes, haciendo como si fuera un caballo en una pradera en un juego del que no podía escapar, propuesto por los otros niños. Más adelante, cuando todos eran ya algo mayores, la cosa venía a ser más o menos igual, con ciertas diferencias. Murty se sentaba en la ventana y mi padre pasaba corriendo en dirección a la cancha que el párroco había construido para los muchachos, a las afueras del pueblo, levantando la vista y saludando con la mano a

Murty, como diciendo: “Que vaya bien”. Si disponía de un segundo, se acercaba a la puerta para decirle hola y mirar por encima del hombro de Murty el libro que estuviera leyendo mientras prometía pasarse un rato a la vuelta si podía. Y luego, mientras corría por la calle y salía a la carretera, la cabeza se le llenaba con las imágenes que había vislumbrado en el libro de Murty: estrellas y planetas, y cometas, y meteoros en llamas.

»A mi padre siempre le produjeron mucha curiosidad el cielo, las estrellas y esas cosas. En sus tiempos no se sabía tanto de astronomía como ahora, y lo que se sabía tampoco se descubría comprando libros de bolsillo de seis peniques, créame. No, lo cierto es que si querías averiguar lo que fuera por aquel entonces, primero había que hojear un mundo de páginas, un mundo de libros; libros que, además, costaban lo suyo, y que aun teniendo dinero no eran fáciles de encontrar. Ahora uno encuentra casi de todo en un puñado de páginas, en los suplementos dominicales. Pero entonces no era así. Con frecuencia pienso que ojalá mi padre hubiera vivido para ver lo fácil que es saber todo lo que hay que saber, porque él fue un hombre con un gran respeto por el conocimiento. Yo creo que lo valoraba más que cualquier otra cosa, ¿sabe[1]? Total, que ya ve… Normal que tuviera cierta envidia de Murty, con su pie equino y todo, y que le intimidara también un poco cuando se hicieron adultos.

»¿Sabe? Acabo de caer en una cosa en la que no había pensado ninguna de las veces que le he dado vueltas al asunto. ¡Me juego lo que quiera a que mi padre creía que Murty haría algún descubrimiento sobre el Otro Mundo! ¿Cree usted que pudo plantearse algo así? Porque, ahora que lo pienso, ¡la de veces que lo oí decir que si un hombre pensaba lo suficiente, aun sin abrir un libro, al cabo de un tiempo largo sería capaz de saber si existía Dios o no! A lo mejor pensaba que Murty adquiriría un extraño conocimiento a partir de sus reflexiones y cavilaciones. Y a lo mejor pensaba que, de ser así, compartiría el secreto con él. ¿Cree que pudo metérsele esa idea en la cabeza? Tanto si sí como si no, en cualquier caso no se horrorizó tanto como el resto del pueblo cuando se enteró de lo que le había pasado a Murty, porque siempre había tenido la sensación de que Murty se acercaba sigilosamente a los misterios de este mundo, cada hora que pasaba en la ventana,

con sus curiosos ojos amarillos fijos en el borde del cielo, o en lo que se veía de él entre la iglesia de enfrente y la esquina del tejado de la escuela. Aunque, como es natural, no se esperaba para nada que la cosa diera el trágico giro que dio, ni que nadie más se viera involucrado, aparte del propio Murty. Es seguro que ni se le pasó por la cabeza que la involucrada sería Ursula Merrick, una chica tan calladita y tan seria, con el pelo rubio y suave y unos profundos ojos azules. Si al menos hubiera sido morena… Pero en Ursula no había nada oscuro, nada. Se la veía más luminosa que la mayoría de la gente, y más feliz también, aunque, es cierto, su felicidad parecía más honda y de movimientos más lentos que la del resto de la gente. ¡Pobre muchacha! ¡Que el Señor se apiade de su alma! Murió al año de casarse con Murty.

Se detuvo.

—¿Se lo estoy contando muy mal? —preguntó, mirándome con inseguridad—. ¡Qué tonto he sido! Mira que intentar contarle una historia a una cuentista profesional…

—Acuérdese de mis malos finales —dije yo.

—No, malos no son —corrigió—. Flojos. En fin, lo que importa en este caso no es cómo se cuente, sino la historia en sí. Lo único que hay que saber es lo que pasó, poco importa cómo se entere uno. Solo quiero demostrarle que todo en la vida no es siempre tan vago e inútil como pretende hacernos creer usted en sus cuentos. ¿Sigo?

—Claro, claro.

—Le decía que Ursula Merrick se vio involucrada en todo esto, ¿no? Bueno, pues primero tendría que haberle contado que Murty era tan listo que no habían pasado ni seis meses desde que el padre muriera y le dejara unos pocos cientos de libras cuando él ya había multiplicado la cantidad por dos comprando una choza vieja y desvencijada que había al otro lado de la calle. La echó abajo y la transformó en un local nuevo y vistoso que alquiló a un carnicero, o fue a un panadero, ya no me acuerdo, que llegó al pueblo desde Kinnegad. Arreglarlo fue barato, pero tenía un buen escaparate, y el emplazamiento no podía ser mejor, en la carretera principal para Dublín, y el tipo que se lo alquiló estaba dispuesto a darle a Murty lo que le pidiera. Murty le pidió lo suficiente para justificar la compra de otra ruina que había en la misma calle y que también mandó demoler para levantar otro local con un escaparate muy

vistoso. Esta vez se lo alquiló a un boticario.

»Toda esta operación de especulación la hizo sin salir a la puerta de la calle, créame. Lo resolvió todo por escrito y puso a varios hombres manos a la obra. Para cuando el segundo local estuvo listo la gente empezaba ya a mirarlo con menos lástima cada vez que se sentaba detrás de los cristales. Y para cuando era ya dueño de toda una manzana de casas, otros tres locales y, además, de una finca a las afueras del pueblo, al cabo de pocos años, casi nadie se acordaba ya del pie equino. De hecho, el propio Murty casi parecía haberlo olvidado, a juzgar por cómo empezó a salir y dejarse ver, por aquí y por allá, apoyado en el bastón con la misma ligereza que si lo llevara de adorno. Todo el mundo lo respetaba allá donde fuera, aunque fuese más por miedo que por respeto en sí, porque ya metía mano en los negocios de todos y, si no era el propietario de la casa donde vivía uno, era dueño del terreno, o tenía algún otro poder sobre el lugar. Ya ve, pues, que, aun cuando generó cierta sorpresa, nadie se llevó las manos a la cabeza cuando se supo que le tenía el ojo echado a Ursula Merrick. Ya sabe usted, en realidad, cómo son las cosas en los pueblos: se habían acostumbrado a él, y, teniendo en cuenta su dinero, y el respeto que inspiraba y esas cosas, casi todo el mundo pensó que la chica estaba haciendo lo mejor para ella. Y la noche en que se corrió la voz de que iba a casarse con él nadie pensó ni por un momento en los pies y la gente se puso a comentar la suerte que había tenido la muchacha. Puede que algún chaval que otro se horrorizara, pero ya está, y, al hacerse a la idea, consideraron que lo que hacía Ursula era barrer para casa, y que se reiría de las demás chicas, que se habían casado con tenderillos y mecánicos sin un penique a su nombre, mientras ella, en cambio, iría por ahí en su coche y ofrecería meriendas-cena a las visitas.

»Pero en vista de que Ursula y Murty llevaban unos meses casados y seguía sin haber ni rastro del coche, ni de las meriendas-cena, ni de que Ursula gozara de mejor posición, surgieron las habladurías. Primero una anciana y luego otra empezaron a decir que Murty la trataba igual de mal que a todo el mundo, y que ella se estaba arrepintiendo, y que en el fondo no había tenido ningún motivo para casarse con un hombre como él. Cualquier escándalo que se les pasara por la cabeza lo soltaban por la boca al minuto siguiente. Hasta tal punto se corrieron los rumores que eran como

un zumbido perpetuo que ella oía a su espalda cada vez que pisaba la calle. Y no se lo va a creer, pero de buenas a primeras el pueblo entero se puso en su contra, y la gente empezó a decir que le estaba bien empleado por casarse con un pobre lisiado solo por dinero. Ni por un momento se plantearon que se hubiera casado con él por otros motivos, pero no creo que la opinión de los bichos de los vejestorios hubiera importado si el propio Murty no hubiera empezado a preguntarse si había hecho bien casándose con ella, cada noche cuando volvía a casa y la miraba desde la otra punta de la mesa, su carita linda y su bonito pelo iluminado por las velas. Tuvo que ser muy guapa, por lo que se cuenta, y si hasta el hombre más elegante, preparado y mejor situado del condado se habría planteado su suerte, ¡imagínese una pobre criatura como él, con los pies deformes, que tenía que pedir que le hicieran los zapatos a medida en Londres!

»Murty empezó a pensar que había gato encerrado, y tan pronto como se le metió la idea en la cabeza se propuso averiguarlo, y cortar por lo sano, si era posible. Es curioso cómo nacieron las sospechas; digo curioso por cómo puede llegar a pesar un detalle si no lo dejamos estar. Murty empezó a sospechar cuando vio que Ursula no encargaba un abrigo de pieles ni exigía un coche. Se dio cuenta también de que no les daba apenas importancia a las joyas y regalitos que él le hacía cada vez que pasaba unas horas en otro pueblo. Hasta el personal de servicio de la casa comentaba que lo dejaba todo por ahí, como si los regalos tuvieran menos valor que unas baratijas. Cuando se los daba, ella sonreía, contaban, y le daba las gracias con ahínco, pero las más de las veces los dejaba arrumbados donde cualquiera con una pizca de mala intención podría habérselos guardado y salir corriendo. Daba la impresión, no sé si me explico, de que le daba igual que se los robaran; y estamos hablando de cosas buenas: broches, capitas de piel, porcelana. Al principio Murty se reía y les pedía a los sirvientes que guardaran todo en lugar seguro hasta que Ursula lo echara en falta. Pero Ursula ya nunca o casi nunca volvía a acordarse de los regalos. Y, pasado un tiempo, Murty empezó a preocuparse.

»Murty, como todos los demás, pensaba que Ursula se había casado con él por su dinero, y que cuanto más alarde hiciera, más feliz sería ella, y menos probable que se sintiera mal cuando él no

pudiera llevarla a bailes y fiestas nocturnas, como Murty creía que hacían las jóvenes parejas de casados. La primera vez que la vio se dijo que se casaría con ella, a toda costa, y como para entonces ya estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería a golpe de billetera, se pensó que a ella también podría comprarla. Estaba locamente enamorado de ella, y aunque me figuro que conforme la iba conociendo tuvieron que surgirle dudas sobre si conseguirla sería tan fácil como pensaba, cuando ella accedió a casarse a él ni se le pasó por la cabeza que el motivo fuera otro que el dinero.

»Lo raro del caso es que Murty no se oponía a que Ursula se casara con él por el dinero. Con todo el mundo era más orgulloso que el demonio, pero con ella era tan humilde como el que más. Pensaba que nunca podría comprarle suficientes cosas para que ella no se arrepintiera de la decisión. Pero cuando vio que Ursula prefería seguir caminando bajo la lluvia antes que conducir, y que prefería llevar una cinta de terciopelo al cuello en vez de un collar de perlas, empezó a inquietarse. Ya ve, el auténtico problema surgió cuando Murty empezó a dudar de que la hubiera conquistado mediante el dinero, todo lo contrario de lo que los viejos chismosos del pueblo pensaban, por ser lo más normal. Murty empezó a cavilar el asunto con intención de descubrir la verdadera razón por la que Ursula se había casado con él, y estará usted de acuerdo conmigo en que, aparte del dinero o del amor, no hay muchas más razones. Por el dinero no se había casado, ya lo había dejado bastante claro, y él jamás se habría convencido de que la chica pudiera estar enamorada. Lástima que no tuviera ni una pizca de vanidad. Porque, de tenerla, las cosas habrían salido de otra manera. Si hubiera tenido vanidad, habría comprendido a tiempo lo que comprendió demasiado tarde, a saber, que Ursula Merrick, por extraño que pareciera, se había enamorado de él antes de que se casaran, y no solo eso, sino que una vez casados se enamoró lamentablemente, podríamos decir. Y digo “lamentablemente” porque Ursula era una de esas personas a las que sus propios sentimientos les parecen tan profundos y penosos que no se atreven a exteriorizarlos. “Lamentablemente” también a la luz de lo que pasó al final.

»Pero, de no ser por eso, supongo que no estaría yo contándole esta historia, porque no conozco ni una sola historia de amor feliz

que merezca la pena ser contada. Solo cuando todo lo demás es negro y amargo surge un glorioso resplandor de amor en medio de la oscuridad. Sin embargo, cuando mi padre me hablaba de ellos yo solía pensar que era una lástima que Murty no hubiera acercado una vela al gran espejo que tenía encima de la chimenea y se hubiera examinado a conciencia cualquier noche, solo la cara, sin prestar atención al resto. Así habría podido descubrir que los años de estudio y reflexión le habían dado a su rostro una expresión fuerte y severa que, sin serlo él por naturaleza, lo volvía casi guapo. Así habría podido ponerse en la piel de Ursula por un momento y comprender por qué ella había elegido pasar el resto de su vida cara a cara con él, por decirlo de alguna manera. Ciertamente, sin tener que recurrir a algo así podría haber sacado tiempo para recordar que una chica como Ursula podía tener motivos nobles, fueran los que fueran, para todo lo que hacía. Pero Murty no pensó nada de esto. Él simplemente aceptó lo que otros opinaban sobre su matrimonio, lo cual viene a demostrar que hasta un hombre que ha perseguido la sabiduría toda su vida puede estar tan lejos de ella como cualquier necio, si por un momento no piensa por sí mismo y deja que otros menos listos piensen por él. Y si tenía que contar con la opinión de los demás, cosa a la que a veces ni el mejor puede resistirse, es una verdadera lástima que no se la pidiera a mi padre, porque creo que mi padre habría comprendido todo al vuelo y le habría dicho, también al vuelo, que Ursula Merrick estaba enamorada de su marido, con las mismas palabras con que se lo digo yo a usted, y que de lo contrario no se habría casado con él.

»Se lo he dicho ya, ¿no? A mi padre, Murty siempre le produjo cierta fascinación. En fin, podría decirse que si mi padre estaba medio enamorado de él (no digamos ya Ursula), es porque el amor es una cosa muy extraña, aunque ya no se pueda hablar de ello tan abiertamente como en otros tiempos, porque la gente se cree ahora tan lista que se siente en la obligación de reírse, despreciar y ver un doble sentido a cada palabra que uno pronuncia. Pero yo creo que no me equivoco al usar esos términos, hablando con usted, y puedo decir, sin temor a que se me malinterprete, que mi padre estuvo toda su vida enamorado de Murty, en cierto modo. Él habría podido hacerle ver lo mucho que lo quería su mujer, creo, y la felicidad que le proporcionaba y le proporcionaría siempre estar con él, sin más

entretenimientos en forma de coches o visitas.

»Contaba siempre mi padre que Ursula se quedaba más callada que un ratón cada vez que había visita, fuera del arco de luz de la chimenea, con la cabeza inclinada sobre una labor de costura y revelando claramente solo las manos en el arco de la lámpara de la mesa que había a su lado. Murty solía invitar a mi padre y a unos cuantos más para charlar y discutir, y a veces alguno leía en voz alta algún pasaje de un libro especial que hubiera comprado en la ciudad. Ursula no abría la boca en toda la velada, y mi padre pensó durante mucho tiempo que tejía sus propios pensamientos con una aguja tan silenciosa como la de acero que tenía en la mano, ignorando lo que ellos decían, hasta que una noche se fijó en que dejaba la puerta entornada cuando fue al comedor a colocar unas licoreras en una bandeja y disponer unas galletas en forma de abanico en un plato, a modo de refrigerio para los hombres. Y un par de veces la vio acercarse al quicio de la puerta y quedarse allí quieta un momento. Comprendió entonces que los había estado escuchando todo el tiempo y que, seguramente, maldecía el espacio de suelo que se extendía hasta donde estaban los refrigerios, porque la alejaban de la conversación y perdía el hilo de lo que se decía.

»Ahora bien, es difícil para nosotros, en el presente, entender lo complicado que tenía que ser todo en tiempos de mi padre para una mujer con una inteligencia excepcional que no consiguiera sofocar su curiosidad intelectual con las preocupaciones domésticas. Alguna que otra, ya lo sé, salvaba los obstáculos y escribía libros y poemas, y viajaba sin vergüenza igual que los hombres, pero era la excepción y, si se dijera la verdad, puede que fueran más hombres que mujeres. Pero las calladitas, las que eran como Ursula, las que tenían una mente más receptiva que creativa, eran dignas de auténtica lástima. Seguramente, se pasaban toda su vida hambrientas de un conocimiento que ni las cosechas de experiencia personal más abundantes lograban satisfacer. Cuando uno hace una reflexión general en torno a la historia de Ursula y Murty ve enseguida lo que nadie vio entonces: que para ella fue un regalo conocer a un hombre como Murty, y casarse con él, y vivir siempre dentro del radio de su erudición y conocimiento, así como dentro del círculo mágico de su conversación, día y noche. Porque Ursula era una de esas mujeres con una mente rica y acumulativa que

almacena cosas raras que oye de vez en cuando y luego entreteje despacio en su propia vida, cuando ya ha pasado mucho tiempo. ¿Sabe qué tipo de mujer le digo? Tal vez si Murty y ella hubieran contado con unos cuantos años más y ella hubiera ganado confianza y valor para hablarle con total libertad, Murty se habría dado cuenta de los lazos que la unían a él. Pero, aunque era una de esas mujeres inteligentes que encarnan casi un problema para sí mismas, de lo inteligentes que son, no había recibido más educación que la instrucción general que se da en los conventos rurales, y ni siquiera eso la benefició, porque seguramente juzgó más interesantes sus pensamientos que todo lo que se escribiera con tiza en la pizarra. Buscaba dentro de su mente las respuestas a todas sus preguntas, y confiaba en sus nervios sensibles más que en las palabras de las monjas de cara colorada. Sin embargo, como muchos grandes pensadores de todos los tiempos, que, a menudo, no tuvieron acceso a fuentes de conocimiento más profundas que ella, es muy posible que hubiera estado en condiciones de hablar con Murty de la vida, la muerte y los misterios de la humanidad con más propiedad que cualquiera de los amigos que él invitaba a casa para tal fin: el párroco, el médico y, de tarde en tarde, mi padre, aunque mi padre, al igual que Ursula, solo era un aficionado a la filosofía, y de los que prefieren escuchar antes que hablar.

»Mi padre prefería escuchar antes que hablar por el mismo motivo por el que Ursula escuchaba sin abrir nunca la boca; ni uno ni otra podrían haber plasmado sus pensamientos en oraciones estructuradas, y les habrían colocado las orejas de burro por un único término técnico. Pero a veces hablaban entre ellos, ¿sabe?, y mi padre llegó a comprender lo profunda que era, más incluso que Murty, le parecía a veces, cuando escuchaba sus discursos deshilvanados y escudriñaba la profundidad de su mirada. La observaba también en la iglesia. La observaba a hurtadillas desde un extremo mal iluminado de los bancos, y por su cara adivinaba que no estaba rezando, sino obligando a su mente a sondear aún más los espacios de misterio e ignorancia. Abría mucho los ojos, eran como ojos muertos.

»¡Bueno! Pues ya ve usted la clase de muchacha que era, lo maravilloso que le parecía sentarse a escuchar a Murty y sus amigos hablando de cosas que jamás oiría decir a otras mujeres; y ella

siempre callada bajo la lámpara, cosiendo algún trapo, sin decir ni una palabra. Podrá imaginar cómo debía de sentirse por las noches, tumbada a su vera a oscuras y sabiendo que su mente no vagaba sin rumbo, como un murciélago golpeándose contra las paredes y ventanas de su casa y los asuntos cotidianos, sino que sobrevolaba, junto a la suya, negros océanos de pensamiento sin islas. Decía mi padre tiempo después que cualquiera con dos dedos de frente habría comprendido nada más verla que no habría sido feliz con el más guapo y robusto de todo el país mientras no fuese tan agudo como Murty, y que, por eso mismo, habría sido tan feliz con Murty por siempre jamás como lo fue un tiempo, ¡aunque él hubiera sido paralítico, además de tullido! Pero esto no se supo hasta que no fue ya demasiado tarde, y ya entonces el único detalle que uno podía tener con Murty era el de no pronunciar el nombre de Ursula, por miedo a que lo oyera y se volviera loco de dolor.

»Raro es que no se hiciera daño en uno de aquellos ataques de pena. La gente se ponía nerviosa cuando lo veía solo, y las sirvientas se morían de miedo por tener que dormir bajo el mismo techo que él. Pero mi padre decía que si no se mató la noche en que nació el bebé, no iba a matarse después. Mi padre sabía que jamás se suicidaría. Mi padre, recuérdelo, consideraba lo ocurrido como el extraño funcionamiento de unos poderes misteriosos, y tenía la sensación de que Murty Lockhart solo empezó a vivir a partir de aquella terrible noche, aunque esa nueva vida le costó bien cara. Mi padre pensaba que aquella noche Murty accedió al conocimiento de los misteriosos designios de Dios, los que estuvo buscando toda su juventud, y que también Ursula, pobre chica, intentaba explorar con timidez. Por supuesto, mi padre era un creyente acérrimo, y esto justifica el enfoque que le daba a todo el asunto cuando lo contaba. Podría hacerse una interpretación distinta y dejarlo en extraña coincidencia, pero, en cualquier caso, habría que reconocer que los acontecimientos siguieron una pauta, una estructura, y que el inicio se juntó con el final formando el círculo más perfecto que se haya visto jamás.

»Sin embargo, se mire por donde se mire —dijo el cuentacuentos sacando un pañuelo azul de seda y enjugándose la cara con él—, es una buena historia. Aunque ojalá hubiera oído usted a mi padre contarla. Yo lo he hecho bastante mal hasta ahora, pero me temo

que con el final sembraré el caos, pese a que es la parte más extraordinaria de todas. En fin, da igual, yo sigo…

»Una vez que empezó a sospechar, Murty perdió el norte y la mente se le fue cerrando, hasta que solo le quedó un pensamiento, el de que Ursula se había casado con él por algún motivo que él todavía no sabía; y en cierto modo era cierto, claro está, pero la razón no se le ocultaba por engaño o perfidia, sino por una mezcla de dignidad y pudor. También por pudor tardó tanto en contarle que iban a ser padres. No se lo dijo hasta que no llevaba ya meses embarazada. Quizá su intención fuera acortar la espera de él todo lo posible. ¡Quién sabe! El caso es que, al parecer, la tragedia estaba escrita, y ella no se lo dijo a su debido tiempo. Mientras Ursula se guardaba la secreta alegría, él acumulaba y almacenaba desconfianza en su corazón. Hasta que un día una cacatúa del pueblo se sintió lo bastante entendida y lo bastante buena para ofrecerle a Murty unos amables consejos sobre cómo tratar a su mujer mientras estuviera en estado. Aquellas fueron las palabras que la vieja víbora usó, y Murty no entendió de qué le hablaba, puesto que no era un hombre dado a hablar mucho con mujeres. Imagíneselo preguntándole: "¿Qué estado?" y, luego, sorprendiéndose al recordar que la mayoría de las palabras enrevesadas que usaban las mujeres de edad solo hacían referencia a una cosa. Imagíneselo dándose cuenta de lo que quería decir y dándose cuenta también de que sería el hazmerreír del pueblo cuando la vieja fuera por ahí contando que él no estaba al tanto del embarazo de su mujer. Llegados a este punto de la historia lo normal sería sentir lástima por él, pero para cuando llegó a su casa estaba que se lo llevaban los demonios. Era muy, pero que muy raro que no le hubiera dicho nada, pensaba. Y lo era (en eso estamos todos de acuerdo), pero Ursula no era una chica cualquiera, y no se puede tener todo en esta vida. Se fue directo a su casa, se quedó mirándola y volvió a salir. A ella debió de extrañarle, pero andaba demasiado ocupada con sus planes y pensamientos para cavilar nada más. Las sirvientas tampoco le dieron más importancia, pero luego fue lo primero que se les vino a la cabeza. El día que ocurrió todo estaban acondicionando el ático y la tarea les impedía pensar mucho. El ático nunca se usaba, pero tenía cuartos amplios y elegantes, con buenas vistas, y ni el ruido ni el polvo subía tan

arriba. Ursula iba a utilizarlo como cuarto para el bebé. Lo estaban arreglando en secreto, porque ellas sí estaban al tanto, ¡y Murty se llevaría una sorpresa casi tan grande como cuando se enterase de quién iba a usarlo! El día que decidió contárselo fue el día en que darían los últimos retoques al ático. A Ursula le pareció que era el momento oportuno, soltó el plumero que tenía en la mano, bajó y se lo dijo a las diez de la mañana, más o menos, antes de que él saliera como cada día a inspeccionar las propiedades. Estaba tan emocionada que, seguramente, no se percató de la calma con que él se tomó la noticia y lo rápido que se marchó. De hecho, ni le dio tiempo a contarle lo del ático, de lo brusca que fue la partida, pero ella no se lo tuvo en cuenta, él siempre era un poco brusco, de ahí que decidiera dejarlo para luego, y subió otra vez a seguir disponiendo dónde colocar esto y aquello, más contenta que unas pascuas. En efecto, las sirvientas le comentaban lo feliz que la veían instantes antes de que se oyeran los pasos de Murty en la puerta y a ella se le iluminara el semblante y dijera: "¡Aquí está otra vez mi marido! ¡Ahora le diremos lo del ático!". Las dos sirvientas estaban tan contentas como ella, porque esperaban que Murty se sacara la mano del bolsillo para algo más que para santiguarse, llegado el momento. Lo cierto es que nadie albergaba la más mínima sospecha de la espantosa y atormentada idea que había anidado en su mente. Tan despiadada, tan atormentada, tan descabellada era la idea, y sobre todo tan injustificada, que a uno le da por pensar que a lo mejor en el fondo hay algo de cierto en eso que dicen los mayores de que un cuerpo retorcido lleva aparejada una mente retorcida. La idea de Murty era tan arbitraria que no creo que ni siquiera usted, que está aquí escuchándome, sospeche de qué se trataba, y se sorprenderá tanto como las sirvientas y la propia Ursula, pobre chica, cuando él mismo la lanzó junto a la barandilla, mirando a las tres mujeres, que estaban paradas en medio de las escaleras, cargadas de mantas y cojines. Dicen que Ursula estaba agarrada a la barandilla, y que lo miraba como si el mismísimo demonio la hubiera mirado a través de los ojos de él. Ocurrió todo muy rápido. Estaban subiendo para dar los últimos retoques a los cuartos, y la mayor de las dos criadas, que trabajaba en la casa desde mucho antes de que Ursula llegara, la vigilaba como una madre, como si dudara de la sensatez de subir tres tramos de escaleras. Cuando iban

por el tercer escalón oyeron a Murty acercarse a la puerta de la calle y girar la llave en la cerradura. Ursula se detuvo y aguardó hasta que entró y entonces lo llamó con alegría y le pidió que subiera, que tenía que enseñarle una cosa. Él puso una excusa y la miró, muy torvo. Ella empezó a tomarle el pelo con gracia y a intentar convencerlo para que cambiara de parecer, pero él atravesó el vestíbulo sin tan siquiera girarse para contestarle. Los colores que llevaban varios meses sin subírsele a las mejillas volvieron con una violenta agitación.

»"¡Muy bien, no hace falta que subas", le dijo, "si no te interesa el cuarto que estamos preparando para nuestro hijo!".

»Seguramente esperaba que se le pasara el capricho o el enfado, fuera por lo que fuera. Sabe Dios lo que esperaba Ursula, pero todo el mundo sabe que una muchacha pura como ella no se esperaba lo que pasó, eso seguro. Él se giró y emitió un rugido que contenía toda la amargura de los últimos meses.

»"¿Y yo qué sé si ese niño es mío?", le gritó.

»Todas se quedaron sordas, ciegas y estupefactas al oír aquellas palabras. Murty las miró y ellas le devolvieron la mirada, como espectros desde los valles de la muerte. Y entonces él se desahogó de todas sus sospechas con una tormenta de palabras, como si mediante la ponzoñosa avalancha pudiera devolverles la sangre a sus semblantes. Y hasta que Ursula no se cayó del peldaño donde se encontraba él no paró de despotricar.

»Se la llevaron a la cama, vino el médico, y nadie pensó siquiera en Murty en el transcurso de las siguientes cuarenta y ocho horas, cuando tuvo lugar el parto prematuro. Murty fue a ver a mi padre, que vivía enfrente, y le contó todo; le dijo que quería tanto a Ursula que se había convertido en una tortura pensar en lo indigno que era de ella. Decía que hasta después de casados no le había sobrevenido la tortura real de amarla. Antes de la boda solo la quiso por su cuerpo, pero luego quiso sus pensamientos y (le tembló la voz) su amor. Le dijo a mi padre que sabía que estaba enamorada de alguien, porque en sueños pronunciaba unas palabras dulces que nadie le oía durante el día. Luego, cuando se enteró de que iba a tener una criatura y vio que no había ido corriendo a decírselo, empezó a pensar que había dado con el motivo por el que una chica sana se había casado con un lisiado como él. Incluso ante mi padre

sentía Murty la vergüenza de explicarse con franqueza, pero mi padre sabía a qué se refería. La estuvo observando, decía Murty, y por la pasión que revelaba su cara comprendió que el niño era del amante con el que hablaba en sueños.

»Y entonces, mientras Murty le contaba todo esto, mi padre vio claro como el agua, como ocurre a veces, que Ursula estaba enamorada de Murty sin que este lo sospechara siquiera. Pasaron la noche en vela, vigilando las luces del piso de arriba de la casa de Murty. Se veían en algunos cuartos los tenues rayos rojizos de las lámparas de aceite de colza que habían encendido delante de estatuillas. Se veían las potentes luces rosadas de las lámparas de parafina con las mechas prendidas al máximo. Y, a veces, se veía una luz que se trasladaba de ventana en ventana, la de una lámpara que alguien cogía a toda prisa y bajaba, tan rápido que las sombras que proyectaba por la barandilla caían sobre los cristales de las ventanas igual que amargos bastonazos. Y las luces apresuradas contaban un cuento de preocupación y temor a quienes observaban desde el otro lado de la calle.

»Mi padre intentó durante toda la noche que Murty se diera cuenta de que Ursula se había casado con él porque lo quería, y que seguramente lo había querido aún más después de casarse, pero sus palabras debían atravesar demasiadas dudas y sufrimiento, y cuando la mañana hizo palidecer las ventanas de enfrente y dejó solo un núcleo dorado de luz de farola allá donde habían brillado destellos de oro, Murty seguía repitiendo una y otra vez que quería creer lo que mi padre le decía, pero que necesitaría una prueba. La misma terquedad que mostraba en las discusiones que mantuvieron muchas noches del pasado.

»“Esta es otra de esas cosas, Murty, para las que no existen pruebas. Tienes que tener fe”, le dijo mi padre.

»“La fe es un pobre sustituto de las pruebas”, dijo Murty con un brillo de desprecio en la mirada.

»Mi padre lo dejó sentado junto a la chimenea gris y cenicienta cuando salió a preguntar cómo estaba Ursula, y por el camino pensó en lo raro que era Murty, desde niño, sentado entre los visillos de su madre, taladrando la distancia con los ojos, unos ojos que ya entonces parecían sondear los misterios de la oscuridad. Pero cuando hizo el trayecto a la inversa escasos minutos más tarde no

quiso ver esos ojos, ¡pues tenía que decirle que Ursula había muerto!

El narrador se detuvo y, abrumada como estaba por un sentimiento de espanto ante el giro que había dado la historia, no me di cuenta de que no había acabado hasta que su voz prosiguió, más grave y vacilante.

—Ya ve, mi padre tenía miedo de mirarlo a la cara por si Murty veía que le estaba ocultando algo; la noticia que ya corría como un veneno por toda la localidad: que Ursula Lockhart había fallecido dando a luz a un mortinato… que tenía pie equino.

Los dos nos quedamos callados, él agotado por la historia, yo por el escalofrío que me había recorrido el cuerpo entero a partir de las últimas palabras. Luego, cohibido, dijo:

—Escriba usted esta historia algún día. ¡Esas son las que hay que escribir!

—¡Pero no puedo escribir eso! ¿Cómo iba a escribirla, si es suya?

—Una historia que va de boca en boca no es de nadie —afirmó.

—Pues escríbala usted, entonces —sugerí.

—Yo no soy escritor —dijo, debo reconocer que con indignación —. Si lo fuera, echaría de menos enterarme de la mitad de lo que pasa en el mundo, como le pasa a usted. Si es sensata, hará lo que le digo, pondrá la historia por escrito y la publicará. Si lo hace, la gente empezará a tener en consideración su trabajo en vez de tirarlo al cubo de la basura.

—¿Y después qué hago? Tendré que volver a mis viejos métodos…

—¿Por qué?

—Porque no siempre dispondré de historias así. Esta solo es un incidente. La vida en general no es tan redonda; ni tiene bordes afilados y nítidos. La vida es caótica; los sucesos son inconexos; la…

—¡Y dale!

—Pero aun así me reconocerá usted… —dije, entrando de nuevo al trapo, pero esta vez mi amigo el cuentacuentos me dirigió una mirada de lo más peculiar; casi podría decirse que me miró con desagrado.

—Por favor, no me venga otra vez con esas chaladuras —zanjó, y se alejó sin más.

EL HIJO DE LA VIUDA

Esta es la historia del hijo de una viuda, pero es una historia que tiene dos finales.

Érase una vez una viuda que vivía en una descuidada aldea al pie de una colina empinada. Solo tenía un hijo, que daba todo el sentido a su vida. Vivía por y para él. Se mataba a trabajar por él. Cada día hacía sacrificios con el fin de que siguiera estudiando en la escuela del pueblo, a seis kilómetros de distancia, porque el maestro de allí era mejor que el zopenco de la aldea que le había dado clases a ella.

La mujer tenía grandes planes para Packy, pero a él no le contó nada de sus planes. En lugar de eso, lo amenazaba, día y noche, con que si no sacaba buenas notas lo pondría a trabajar de peón caminero, o en la cantera, al otro lado de la colina.

Pero pasaron los años y todos los vecinos de la aldea, incluso el propio Packy, sabían por la manera en que cada mañana ella lo veía marchar hasta que se perdía de vista, y por la manera en que vigilaba hasta que se hacía visible por las tardes, que sentía debilidad por él, y que sus ariscas palabras no eran más que una tapadera del orgullo y la alegría que le proporcionaba.

Por Packy caminaba durante horas por la carretera y hacía que la vaca pastara en el acre largo de hierba del camino, para no desperdiciar las escasas briznas que crecían entre las piedras de su propio terreno. Por él iba y volvía del pueblo para vender unos pocos repollos en cuanto estaban lo bastante grandes. Por él se levantaba en las frías horas del alba para coger unas setas que sustituyeran otros alimentos que había que comprar. Se deslomaba a diario para ganar hasta el último penique que pudiera, y, como suele suceder, por industriosa sacaba más de sus pobres acres que muchos de los agricultores de alrededor con sus barbadas praderas.

Solo vendiendo huevos costeaba la ropa y la mayor parte de los libros de Packy.

Cuando Packy tenía catorce años y cursaba el último año en la escuela, el maestro tenía grandes esperanzas de que obtuviera una beca para seguir estudiando en la ciudad. Apuntaba a que sería un chico alto, y sus facciones empezaban a endurecerse. Los vecinos del pueblo empezaban a tratarlo con el mismo respeto que a los hijos de los agricultores que volvían en verano de la escuela universitaria, con sus trajes azules y sus corbatas de colores vivos. Y cada vez que hablaban con la viuda lo ponían por las nubes.

Un día de junio en que el aire estaba tan cargado que el perfume subía de la hierba y se quedaba flotando en el aire, atrapado bajo los estratocúmulos, la viuda aguardaba a Packy junto al portón. Llevaba varios días sin llover y las gallinas y los pollos picoteaban irritados el suelo seco, vagando por la carretera, desconcertados.

Pasó un vecino.

—¿Qué, esperando a Packy? —le dijo en tono amable, y se detuvo un minuto para quitarse el sombrero y enjugarse el sudor del día acumulado en la cara. Era un hombre mayor—. ¡Vaya calor hace hoy! ¡Lo que estará sufriendo Packy en esa vieja bici suya! ¡No me gustaría a mí tener que recorrer seis kilómetros con ella en un día como este!

—Packy haría un trayecto el triple de largo si en la meta lo estuviera esperando un libro —dijo la viuda con el orgullo de quienes no pueden leer más de una línea sin cansarse.

Los minutos discurrían lentos. La viuda vigilaba el sol.

—¡Mejor calor que lluvia, digo yo! —exclamó, por fin.

Distraídamente, al tiempo que arrancaba una larga brizna de hierba de entre las piedras y se ponía a masticar un extremo, el vecino dijo:

—¡Con un día así podría pillar una insolación! —Levantó la vista —. El sol es temible.

La viuda se alejó un poco del portón. Echó un vistazo a la colina, en dirección al pueblo.

—Pero le dará la brisa al bajar la colina —apuntó.

El hombre miró la colina.

—Eso es verdad. Hasta en el día de más calor del verano nota uno una brisa al bajar la colina en bicicleta. Se siente el roce del

aire en las mejillas como si fuera seda. Y en invierno es como si dos cuchillos te rajaran la cara, te podrían mondar la piel como quien monda la corteza de una vara de sauce. —Mascó la hierba, meditabundo—. Debe de ser una de las colinas más empinadas de toda Irlanda. Esa colina se merece el nombre de colina. —Se sacó la brizna de la boca—. Yo creo —dijo, mirando con franqueza a la viuda—, ¡yo creo que esa colina tiene que tener nombre propio en el mapa de la Agencia Cartográfica!

—En ese caso, Packy podrá confirmárselo. Cuando no tiene un libro en la mano, tiene un mapa.

—¿No me diga? —dijo el hombre—. Qué interesante. Un mapa es una cosa magnífica. Un mapa no es cualquier cosa. No todo el mundo sabe leer un mapa.

La viuda no lo estaba escuchando.

—Ahí está. ¡Ya veo a Packy! —exclamó, y abrió el portón de madera y salió a la calzada.

En lo alto de la colina hubo un brillo de radios en el momento en que la bicicleta se hizo visible. Luego, el destello de un jersey azul al descender Packy como una flecha, agarrado al manillar, con la frente despejada del pelo claro. La colina era tan empinada, y él bajaba tan rápido, que al hombre y a la mujer que se encontraban al pie les pareció que él no se movía, sino que eran los árboles y los arbustos, los arcenes luminosos y la hierba de los caminos lo que desfilaba a toda velocidad a ambos lados del chico.

Las gallinas y los pollos cloquearon y graznaron y echaron a correr por la carretera en busca de un lugar a salvo en el arcén. Packy saludó a su madre con la mano. Estaba cada vez más cerca. Podían verle las pecas de la cara.

—¡Fueeera! —les dijo a las gallinas que todavía no se habían apartado y correteaban con el cuello echado hacia delante.

—¡Fueeera! —La madre de Packy se levantó el mandil y lo hizo ondear para espantar a las gallinas.

Solo después, cuando el daño ya estaba hecho, empezó a pensar la viuda que tal vez había sido su mandil lo que asustó a la vieja gallina clueca y la mandó con un aleteo por encima de la tapia, al centro de la carretera.

La gallina vieja apareció repentinamente por encima del arcén herboso y miró consternada a las gallinas y pollos que correteaban a

derecha e izquierda. Las plumas se le pusieron de punta. Estiró el cuello, soltó un graznido angustiado y aleteó hasta el centro de la carretera caliente y llena de polvo.

Packy accionó los frenos. La viuda dio un grito. Hubo una ráfaga de plumas blancas y un borbotón de sangre. La bici giró bruscamente y cayó. Packy salió volando por encima del manillar.

Fue un accidente tan sencillo que, aunque la viuda gritó, y aunque el anciano miró a su alrededor por si alguien podía ayudarlos, ninguno de los dos pensó que Packy estuviera malherido; pero cuando se acercaron corriendo y le levantaron la cabeza y comprobaron que no hablaba, le limpiaron la sangre de la cara y se miraron con desesperación, para ponderar la distancia que tendrían que recorrer cargando con él.

Solo eran unos pocos metros hasta la puerta de la casa, pero Packy murió antes de cruzar el umbral.

—Solo es un golpe en la cabeza —gritó la viuda, exhortando al gentío que se había juntado en la puerta a que hicieran algo por él —. ¡Id a por el médico! —dijo, empujando a un jornalero joven hacia la puerta—. ¡Deprisa, deprisa! El médico lo hará volver en sí.

Pero los vecinos que iban llegando a la puerta se persignaban, uno detrás de otro, y caían de rodillas nada más ver al muchacho, tumbado boca arriba en la cama, con la cara muerta cubierta del polvo, la suciedad y los churretes de sudor de la vida.

Cuando por fin convencieron a la viuda de que su hijo había muerto, las mujeres tuvieron que sujetarla. Ella agitaba los brazos y luchaba por liberarse. Quería retorcerles el cuello a todas las gallinas del patio.

—Las voy a matar a todas. ¿De qué me sirven, ya? Ni todas las gallinas del mundo valen lo que vale una gota de sangre humana. Esa clueca vieja no valía más de seis chelines. ¿Qué son seis chelines? ¿Eso es lo que vale la vida de mi pobre Packy?

Pero pasado un rato dejó de desvariar y examinó los rostros de todos, uno por uno.

—¿Por qué no ha atropellado a la gallina? ¿Por qué ha intentado salvar a una gallina vieja que no valía más de seis chelines? ¿Acaso no sabía que para su madre él valía mucho más que una gallina vieja que cualquier día de estos iba a acabar en la olla? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha frenado bajando una de las peores colinas de

todo el país? ¿Por qué? ¿Por qué?

Los vecinos le acariciaban un brazo.

—Ya está —le decían—. Ya está. —Era lo único que se les ocurría decir, así que lo decían una y otra vez—. ¡Ya está, ya está!

Y años después, cada vez que la viuda les hablaba de su hijo a los vecinos que se pasaban a hacerle compañía una hora o dos, formulaba siempre la misma pregunta, la misma pregunta incansable:

—¿Por qué puso el precio de una vieja gallina clueca por encima del precio de su propia vida?

Y la gente siempre le daba la misma respuesta.

—¡Ya está! ¡Ya está! —le decían. Y luego se quedaban tan callados como la propia viuda, mirando el fuego.

Pero con toda seguridad algún vecino debió de preguntarse qué habría pasado de haber atropellado Packy a la gallina clueca. Y con toda seguridad alguno de ellos debió de representarse la escena del accidente otra vez, alterando un detalle aquí y allá y dándole otro final a la historia. Porque aquella gente conocía a la viuda y conocía a Packy, y cuando conoces bien a alguien es fácil adivinar lo que habría dicho y hecho en ciertas circunstancias, rememorando lo que realmente había dicho y hecho en otras circunstancias.

De modo que, tal vez, si os cuento lo que creo que podría haber pasado si Packy hubiera matado a la vieja gallina clueca, no me acusaréis de abusar de mis privilegios de escritora. Como conocedora que soy del arte de narrar sin tomar notas, no apelo más ahora a vuestra credulidad que cuando os he contado en primer lugar lo que pasó.

De hecho, algunas veces es más fácil inventar que recordar con detalle, y, de no ser así, tanto el arte de narrar como el arte de chismorrear se marchitarían en un instante.

La historia comienza del mismo modo. Está la viuda, con su vaca pastando la hierba del camino, andando por la larga carretera que lleva al pueblo, lastrada por una saca de repollos que ayudarán a pagar la educación de Packy. Ahí la tenemos, metiendo prisa a Packy por las mañanas para que no llegue tarde a clase. Ahí está por las tardes, mirando el astroso reloj de la cómoda esperando que dé la hora en que él aparecerá en lo alto de la colina a su regreso. Y ahí, también, en un caluroso día de junio, por la carretera, está el

anciano que viene de faenar en el campo y se detiene a charlar con ella, plantada en la puerta. Ahí lo vemos a él, arrancando una brizna de hierba de entre las piedras del muro y metiéndosela entre los dientes, masticándola antes de arrancar a hablar.

—¿Qué, esperando a Packy? —pregunta el anciano, y acto seguido se quita el sombrero y se enjuga el sudor de la frente—. ¡Vaya calor hace hoy!

—Mucho calor, sí —dijo la viuda, escrutando la colina con ansiedad—. Mucho calor para recorrer varios kilómetros en bicicleta por una carretera mala, con el polvo que sube y te ahoga y el manillar haciendo chiribitas por el sol.

—Mejor calor que lluvia, al menos.

—Supongo —concedió la viuda—. Aun así, ha habido días de lluvia en que Packy ha vuelto a casa con la ropa más seca que almidonada. ¡Se quedaba de pie sola!

—¿No me diga?

—Sí, cuando se desvestía la ropa se quedaba más tiesa que una plancha contra la pared, se lo juro, ¡como si todavía la llevara puesta!

—Seguro que era un niño muy mimado. No hay nada como ser hijo de una viuda. ¡El corderillo de la borrega!

—¿Packy, dice? —La viuda miró para otro lado, disgustada—. Packy no ha recibido un solo arrumaco desde el día en que nació. Desde el principio tomé la decisión de no convertirlo en un blandengue.

La viuda miraba otra vez la colina, y se puso a pasar el rastrillo por la grava que había junto al portón, como si no hubiera salido a la carretera para otra cosa. Luego, volvió a echar un vistazo a la colina.

—¡Ahí está! —exclamó, levantando tal nube de polvo con el rastrillo que apenas si distinguieron el resplandor de los radios de la bicicleta o el destello del jersey azul en el momento en que Packy emprendió el descenso de la colina a una velocidad vertiginosa.

Estaba cada vez más cerca, cada vez más rápido, saludando con la mano a la viuda, dando voces a las gallinas para que se quitaran de en medio.

Las gallinas salieron corriendo en dirección a los arcenes, estirando el cuello, torpes y aterrorizadas. Y cuando la última

gallina graznó y se apartó al arcén el camino quedó despejado por un momento ante los radios plateados en movimiento. Pero entonces, inesperadamente, como de la nada, apareció una gallina vieja que, cloqueando desesperada, se quedó parada un instante en lo alto del muro y acto seguido se echó a volar con la torpeza propia de las aves de suelo.

Packy dejó de silbar. La viuda dio un grito. El frenazo levantó una lluvia de grava. Packy dio un giro brusco para detener la bicicleta en la colina.

Por un momento no se vio lo que había pasado exactamente, pero Packy puso un pie en el suelo y lo arrastró entre el polvo. Luego tiró la bici con estruendo sobre la dura carretera y echó a correr. La viuda no se atrevía a mirar. Se cubrió la cara con el mandil.

—¡Ha matado a la gallina clueca! —dijo—. ¡La ha matado! ¡La ha matado!

Dejó caer el mandil y salió corriendo colina arriba. El anciano escupió la brizna de hierba que había estado mascando y fue detrás de la mujer.

—¿Has matado a la gallina? —gritó la viuda, y cuando estuvo lo bastante cerca para ver la sangre y las plumas levantó un brazo por encima de la cabeza y apretó el puño hasta que los nudillos se pusieron blancos.

Packy estaba encogido junto al cadáver del ave pinta y subía los hombros como para protegerse de un golpe. Tenía salpicaduras de sangre en las piernas y plumas pardas con manchas pegadas en las manos, y en la ropa, y por toda la carretera. Algunas de las plumas blancas de las capas inferiores, más ligeras, revoloteaban aún junto al polvo del aire.

—No he podido evitarlo, madre, no he podido evitarlo. ¡Cuando la he visto ya era demasiado tarde!

La viuda levantó a la gallina y la examinó por todos lados, sujetándola por el esternón y dejando colgar el largo cuello. Luego, cogiéndola por la pata, la hizo oscilar y atizó con su cuerpo ensangrentado la espalda del chico, golpe tras golpe, salpicando sangre por toda la cara, la ropa, y sobre el polvo blanco de la carretera.

—¿Cómo te atreves a mentirme? —gritó, sin aliento, entre golpe

y golpe—. La has visto. Ya lo creo que la has visto. Has dejado de silbar. Has gritado. Te estábamos viendo. Te hemos visto. —Se giró hacia el anciano—. ¿Verdad que sí? —inquirió—. Ha visto a la gallina, ¿a que sí? ¿A que la ha visto?

—Eso me ha parecido —dijo el anciano, inseguro, sin quitar ojo al ave inerte en la mano de la viuda.

—¿Ves? —La viuda tiró la gallina a la carretera—. Has visto a la gallina delante de ti, tan claramente como ahora mismo —acusó—, pero no has querido parar para salvarla porque tenías mucha prisa por llegar a casa para llenar el buche, ¿no?

—¡No, madre, no! La he visto, pero ya era demasiado tarde, no podía hacer nada.

—¡Ah, ahora reconoce que la ha visto! —La viuda se volvió y asintió con gesto triunfante a los curiosos que se habían reunido al oír los gritos.

—¡No lo he negado en ningún momento! —protestó el chico, dirigiéndose a los curiosos como si fuesen sus jueces.

—¡No lo niega! —chilló la viuda—. Encima tiene la cara dura de reconocer, para que se entere todo el mundo, que ha visto la gallina tan claramente como se ve las narices, ¡y que la ha atropellado sin pensárselo!

—Pero ¿qué iba a hacer? —protestó el chico, estirando una mano, apelando ya a la multitud, ya a la viuda—. ¡Si hubiera frenado bajando la colina a esa velocidad habría salido volando!

—¿Y qué habría pasado, eh? —dijo la viuda—. ¡Yo te he visto volar por los aires cuando peleabas con Jimmy Mack y nunca te oí quejarte después, aunque tuvieras los codos y las rodillas ensangrentados y la cara más raspada que un guardaganados! —Se dirigió al público—. Os lo juro por Dios.

La de veces que lo he visto llegar con la nariz hecha un grifo de sangre y un ojo a la funerala. A veces me dolía la mano durante una semana de tanto humedecer paños para las cataplasmas, intentando que se le bajara la hinchazón. —Se giró otra vez hacia Packy—. No te da miedo caerte cuando te encaramas a los árboles, ¿verdad? No te da miedo subirte al tejado para bajar a un gato, ¿verdad? Aquí hay algo más que no me quieres contar. Lo noto. ¡Yo lo que creo es que has matado a la gallina a cosa hecha! Estás harto de ir al colegio. Y quieres librarte de tener que ir a la universidad. ¡Eso es!

Te crees que si matas a las pobres gallinas no habrá dinero en la lata cuando llegue el momento de pagarte los libros y las clases. ¡Eso es!

Packy empezó a ponerse colorado.

—Ya es un poco tarde para ponerme a pensar en esas cosas —dijo—. Si así fuera, hace ya mucho que tendría que haber recurrido a esos trucos. Pero no es así. Yo quiero seguir estudiando. Si venía tan deprisa por la colina era para decirte que me han dado la beca. El maestro me lo ha dicho cuando estábamos saliendo. ¡Por eso pedaleaba tanto! ¡Por eso silbaba! ¡Por eso te saludaba con la mano! ¿No me has visto saludarte nada más aparecer en lo alto de la colina?

La viuda dejó caer las manos a los costados. La ventolera de palabras se aplacó dentro de ella y la dejó lacia, planchada. No sabía qué decir. Sentía las miradas de los vecinos. Deseó que se fueran y se metieran en sus cosas. Quería rodear al chico con sus brazos, apretarlo contra su pecho y abrazarlo como a un niño pequeño. Pero pensó en cómo se mirarían los demás, en los movimientos de cabeza y los codazos. ¡El corderillo de la borrega! No quería darles ese gusto. Si ahora se rendía a sus sentimientos sabrían lo mucho que había esperado que le dieran la beca. ¡Iban a quedarse con las ganas! ¡No iba a darles ese gusto!

Miró a Packy, y al verlo plantado delante de ella, salpicado con las plumas furiosas y la sangre basta de la gallina muerta, sintió una feroz desilusión por la desilusión del muchacho, y un feroz resentimiento hacia él por haber matado a la gallina justo ese día, echando a perder la gran noticia de su triunfo.

Estaba hecha un lío. Se concentró en la sangre del rostro de su hijo y, de pronto, le pareció como si la sangre derramada fuera un mal presagio para el futuro del chico. La desilusión, el miedo, el resentimiento y, por encima de todo, la provocación se agolpaba dentro de ella como un montón de animales chillones. Miró alternativamente a Packy y a los curiosos.

—¡Beca! ¡Beca! —exclamó con desprecio, dándole a su voz y a su gesto todo el deje de escarnio que pudo—. Supongo que te creerás que ya eres un gran adulto, ¿no? Te creerás que puedes ir por libre, y mirar por encima del hombro a la esclava de tu madre, de tu pobre madre, que se ha partido el lomo por ti con los repollos

y las gallinas. Pensarás que ya da igual que las gallinas estén vivas o muertas. Así son las cosas, ¿no? Pues mira lo que te voy a decir: no eres tan independiente como crees. La beca te pagará los libros y las cuotas, pero ¿quién te va a costear la ropa? Ajá, eso se te había olvidado, ¿verdad?

Puso los brazos en jarra. Packy agachó la cabeza. Ya no buscaba el apoyo de los vecinos boquiabiertos. Habrían podido salvarlo de los golpes, pero Packy ya sabía lo bastante de la vida para comprender que nadie podía salvarlo de la vergüenza.

A la viuda le ardió el corazón al ver la cara avergonzada de su hijo, le ardió de dolor. Pero la cólera también ardía, cada vez más encarnizada, y llegó a un punto en que nada podía sofocar la llama; tendría que extinguirse por sí sola.

—¿Quién te va a comprar los trajes? —bramó—. ¿Quién te va a comprar las botas? —Hizo una pausa para pensar en más acusaciones humillantes—. ¿Quién te va a comprar los calzones? —Volvió a callar y apretó los dientes. ¿Qué era lo que más daño podía hacerle? ¿De qué manera podía sacarle los colores? ¿Quién te va a comprar los pijamas? ¿O es que piensas dormir en cueros?

En esto los vecinos se echaron a reír, quebrando la tensión. Hasta la viuda se rio. Se agarró los costados y rio, y mientras reía le pareció que todo asumía un significado nuevo, más sencillo. Las cosas no eran tan malas como pintaban poco antes. Quería que Packy también se riera. Lo miró, pero nada más mirarlo se le heló el corazón con un miedo extraño y nuevo.

—¡Métete en casa! —ordenó, dándole un empujón para que echara a andar delante de ella.

Quería que estuviera sano y salvo bajo su techo. Quería alejarlo de los vecinos embobados. Los odió: a la mujer, al hombre y al crío. Tenía la sensación de que, de no haber estado ellos, las cosas habrían sido bien distintas. Y quería perder de vista la sangre de la carretera. Quería machacar unas patatas y preparar un pastel de patata para Packy. Eso lo reconfortaría. Le encantaba.

Packy apenas tocó la comida. E incluso cuando ya se había lavado con agua y jabón seguía teniendo manchas de sangre en los sitios más insospechados; detrás de las orejas, bajo las uñas, dentro del puño de la camisa.

—Ponte la ropa buena —le dijo la viuda, haciendo un esfuerzo

ímprobo por ser amable, aunque sus formas se habían vuelto tan retorcidas y adustas como las ramas de los árboles que había al otro lado de la carretera, y las propuestas cariñosas que le hacía sonaban severas.

El chico estaba desplomado en la silla, una postura que a ella la ponía enferma y creaba en su corazón otro conflicto entre irritación y amor. Odiaba verlo allí tirado, sin preguntarle si podía salir, y, sin embargo, también se sentía incómoda cada vez que el chico miraba hacia la puerta. Se sentía a salvo mientras él estuviera bajo su techo, bajo el dintel, bajo su mirada.

Al día siguiente fue a despertarlo para que fuera al colegio, pero se encontró el cuarto vacío, la cama sin deshacer, y cuando salió corriendo al patio y se puso a llamarlo no obtuvo respuesta. Fue de acá para allá. Se pasó por las casas de los vecinos, pero no estaba en ninguna. Y le pareció oír risitas disimuladas a su espalda en cada casa de la que se alejaba, en dirección a otra. Packy no estaba en la aldea. Ni en el pueblo. El maestro le sugirió que fuera a la policía y les facilitara una descripción. Dijo que nunca había conocido a un chico tan sensible como Packy. A los chicos así se les metían ideas raras en la cabeza de vez en cuando.

Aquella noche no hubo noticias de Packy. Días más tarde llegó una carta en la que contaba que estaba bien. Le pedía a su madre que comunicara al maestro que no iba a volver, para que otro chico pudiera disfrutar de la beca. Decía que le mandaría lo que costaba la gallina en cuanto tuviera algo de dinero.

En otra carta, semanas después, explicaba que le había salido trabajo en un pesquero y que no podría escribir muy a menudo, pero que todas las semanas ahorraría una parte del sueldo y se lo mandaría a su madre en cuanto estuviera en puerto. Decía que quería devolverle todo lo que había hecho por él. No facilitaba ninguna dirección. Mantuvo la promesa del dinero, pero nunca dejaba una dirección cuando escribía.

Y puede que los vecinos dejaran volar sus pensamientos cuando se sentaban junto a la chimenea con la viuda, muchas noches, mientras oían su voz quejumbrosa repitiendo lo mismo una y otra vez: «¿Por qué puso el precio de una vieja gallina por encima del precio de su propia vida?». Y es posible que su versión de la historia, la de ellos, tenga cierta dosis de verdad. Quizá muchas de

nuestras acciones posean esa cualidad doble, esa posibilidad de alternativa, y solo mediante una minuciosa observación y una sinceridad absoluta sigamos el camino que se nos destina, que, por muy trágico que sea, resulta mejor que la tragedia que nos buscamos nosotros solos.

EL TESTAMENTO[2]

—No soy capaz de explicar lo que he pensado estando él aquí —dijo Kate, la mayor de la familia, cerrando la puerta al abogado, que acababa de leer a los hermanos Conroy la última voluntad de su madre. Fue corriendo hacia su hermana pequeña, extendiendo los brazos—. Ni te imaginas lo escandalizada que estoy, Lally. No teníamos ni idea de que estuviera tan tan resentida contigo, ¿verdad que no?

Se giró, apelando a los demás miembros de la familia, reunidos en torno a la gran mesa roja de caoba, todos ataviados con las rígidas prendas del luto.

—Yo siempre he sabido que había resentimiento —declaró Matthew, el mayor de todos—. No podíamos pronunciar tu nombre sin que estallara una pelea.

—Una vez tiró la lámpara —dijo Nonny, la más joven de los solteros—. En los últimos años siempre tenía un bastón a mano, encima de la colcha, con el que golpeaba en el suelo cada vez que quería algo. Pero un día alguien dijo algo sobre ti, ya no me acuerdo el qué, y ella agarró el bastón y se puso a darle golpes a la estructura de la cama con todas sus fuerzas. Antes de que nos diera tiempo a reaccionar, la lámpara de la mesilla cayó rodando al suelo. La casa se habría prendido fuego con nosotros dentro si la lámpara no se hubiera apagado con el aire al caer.

—Aun así, incluso después de aquello, nunca creímos que excluiría del todo tu nombre de su última voluntad… ¿Verdad que no? —Kate buscaba corroborar todos sus comentarios apelando al resto de la familia—. Pensábamos que te dejaría algo, aunque fuera una fruslería.

—Pero si a mí me da igual —dijo Lally—. De verdad. Ojalá no os supiera tan mal a todos. —Los fue mirando de uno en uno, con aire

suplicante.

—¿Por qué no iba a sabernos mal? —protestó Matthew—. Eres nuestra hermana, a fin de cuentas. Y ella era tu madre, tanto como la nuestra, pasara lo que pasara.

—Lo único que lamento —dijo Lally— es no haber llegado antes de que muriera. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No creo que hubiera cambiado nada que llegaras a tiempo. El testamento llevaba años redactado.

—¡No, no lo digo por eso! —repuso Lally, consternada, y un tono escarlata luchó por salir de las apelmazadas células de su piel —. Solo pretendía decir que me habría gustado verla, a pesar de todo, antes de que falleciera.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Rodaban a capricho porque Lally no hacía por secárselas, su mente estaba en otra parte, rememorando los lejanos días, antes de irse de casa. Pero las lágrimas incomodaban a los demás, que no sentían ninguna inclinación al llanto. Como habían visto a la anciana apagarse en el transcurso de una enfermedad larga y lenta, habían agotado toda energía emocional, adelantando la pena. Sus mentes estaban ahora inmersas en los arreglos prácticos.

—No te mortifiques, Lally —dijo Kate—. Quizá haya sido mejor así. Si te hubiera visto se habría puesto hecha una furia y podría haber fallecido de la irritación, sentada en la cama, en vez de tener la muerte natural y apacible que ha tenido, tumbada y con las manos unidas, mejor de lo que cualquier empleado de pompas fúnebres habría podido unírselas. Mejor así.

—Supongo que me nombraría, ¿no? Casi al final, digo.

—No, la última vez que habló de ti fue hace tanto tiempo que no soy capaz de decirte cuándo. Puede que fuera una noche en la que subí a ordenarle el cuarto. Estuve limpiando los armarios y dando un repaso a las cajoneras. Ella no me hacía ni caso, tenía la mirada perdida, hasta que le ahuequé los almohadones y la acomodé en la cama. De pronto, se volvió hacia mí, como si la hubiera despertado en medio de un sueño, y me preguntó qué edad tenías tú. Me sobresaltó tanto oírla pronunciar tu nombre después de tantos años que no recordé la edad que tenías, así que le dije lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Y qué dijo ella?

—Estuvo un rato callada, hasta que empezó a mascullar algo entre dientes. No distinguí lo que decía. A veces deliraba un poco, de vez en cuando, sobre todo si no había dormido bien la noche anterior.

—¿Y crees que estaba hablando de mí entre dientes? —rogó Lally. Sus ojos parecían implorar una respuesta afirmativa.

—Pues no sé lo que diría —contestó Kate—. Yo estaba atareada arreglándole la cama para que pudiera tumbarse a gusto. No escuché lo que decía. Lo único que recuerdo es que dijo algo de unas plumas azules. Plumas azules, sí. Debió de írsele la cabeza un rato, supongo.

Al oír esto, a Lally volvieron a empañársele los ojos.

—Yo llevaba dos plumitas azules en el sombrero la mañana que entré en su cuarto para contarle que iba a casarme. No tenía nada nuevo que ponerme, salvo el viejo traje de seda verde, y el sombrero verde viejo, pero compré dos plumitas azul claro y las clavé en la parte delantera del sombrero. Creo que las plumas le sentaron peor que el hecho de que yo obrara en contra de su voluntad. No les quitó el ojo de encima durante el rato que pasé en su cuarto, e incluso cuando me ordenó que me fuera de allí lo hizo mirando las plumas del sombrero, y no a mí.

—No llores, Lally. —Kate se sentía incómoda—. No llores. Eso fue hace mucho tiempo. No remuevas el pasado. Lo pasado, pasado está. Yo siempre he creído que es así.

Matthew y Nonny estaban de acuerdo. Ellos también le pidieron que no llorase. Le dijeron que no iba a ganar nada dándose aquel disgusto.

—Y no es que me haya arrepentido —añadió Lally—. Al principio lo pasamos muy mal, pero yo nunca me he arrepentido.

Kate cambió de lugar y se puso a colocar bien las cortinas rojas de felpa, como si estas hubieran encarnado el único propósito en su cambio de posición, pero el movimiento la había acercado a su hermano, Matthew, que se toqueteaba el mentón, indeciso. Ella le dio un violento codazo.

—Dile lo que te he dicho —lo instó, hablando deprisa en voz baja.

Matthew se aclaró la garganta.

—No tienes motivos para arrepentirte en lo que a nosotros

respecta, Lally —dijo, y miró a Kate, que asintió para animarlo a continuar—. Nosotros no compartíamos la opinión de nuestra pobre madre. Naturalmente, no podíamos evitar pensar que podrías haber aspirado a algo mejor, pero nada de eso tiene ya remedio, y queremos que sepas que haremos por ti todo lo que esté en nuestra mano. —Miró de nuevo a su hermana Kate, que asintió con más entusiasmo aún, indicándole que todavía no había dicho lo más importante—. No vamos a dejar que pases necesidad —dijo Matthew.

Tan pronto como dijo esto, Kate tuvo la sensación de que la autoridad de su hermano ya se había diferido bastante, y asumió la voz cantante de la conversación una vez más.

—No vamos a permitir que nadie diga que te dejamos pasar necesidad, Lally. Lo hemos hablado todos. Vamos a llegar a un acuerdo.

De nuevo, dirigió a Matthew una mirada que parecía lanzarle la conversación como quien lanza una pelota.

—Estábamos pensando —continuó Matthew— que si cada uno se desprendiera de una pequeña suma, el total ascendería a una cantidad considerable.

Pero Lally volvió a levantar las manos.

—No, no, no, no —dijo—. Yo no quiero nada que no me corresponda por derecho.

—Solo sería una pequeña cantidad de la parte de cada uno, pero en total constituiría una buena suma —dijo Nonny, conciliadora—. Nadie se sentiría menoscabado.

—No, no, no —repitió Lally—. No puedo permitir que hagáis eso. Sería obrar en contra de sus deseos.

—Ya es un poco tarde para machacarte con la idea de obrar en contra de sus deseos —dijo Kate con un destello involuntario de impaciencia, que la llevó a expiarse enseguida con el siguiente comentario—: ¿Por qué no ibas a aceptarlo? Tienes tanto derecho a recibir tu parte como cualquiera de nosotros.

—Se puede decir que sí —intervino Matthew—, siempre y cuando no hablemos en términos legales.

—No, no, no —dijo Lally por tercera vez—. ¿Es que no lo veis? No soportaría aceptar ese dinero sabiendo que ella no quería que lo recibiera. Además, tenéis que mirar por vosotros. —Miró a Kate—.

Tú tienes que dar una educación a tus hijos. Y, Matthew, tú tienes que mantener la casa. En cuanto a ti, Nonny, no tienes a nadie a tu cargo. No aceptaré ni un penique de ninguno.

—¿Y qué hay de tus hijos? —preguntó Kate—. ¿Es que no piensas en ellos?

—Ellos están muy bien —dijo Lally—. Las cosas en la ciudad son de otra manera. En la ciudad hay muchos colegios públicos. Y a mí me va muy bien. Tengo todas las habitaciones de la casa ocupadas.

Se produjo un silencio que duró varios minutos, pero Kate y Nonny intercambiaron varias miradas. Kate se acercó a la chimenea y cogió el atizador. Se arrodilló y lo metió entre las ascuas en llamas, agitándolas con una violencia tan inusitada que Matthew se la quedó mirando.

—¿Es que hay que obligarte? —espetó Kate cuando vio que había llamado su atención.

Matthew carraspeó y Lally volvió a mirarlo, expectante.

—Hay que tener en cuenta otro factor. Estábamos comentándolo antes de que llegaras —dijo, hablando atropelladamente, nervioso —. Iría en beneficio de toda la familia que dejaras de tener inquilinos.

Le lanzó una mirada disimulada para ver cómo se tomaba lo que acababa de decir.

Mientras Matthew hablaba, Kate seguía arrodillada junto a la chimenea con el atizador en la mano. Cuando se calló, hizo amago de levantarse, pero la falda nueva de luto, muy tiesa, la entorpeció. Y en lugar de ponerse en pie deprisa se escoró hacia delante con el movimiento inseguro de un camello. No quedó claro si Lally se rio por las palabras de Matthew o por el aspecto camelluno de Kate, que se ofendió de inmediato.

—Yo no veo motivos para la risa, Lally —le dijo—. No es nada agradable para nosotros saber que nuestra hermana es una vulgar hospedera. Madre nunca te lo perdonó. Con el tiempo podría haberte perdonado el mal casamiento, pero jamás te habría perdonado por rebajarte a ser patrona de una casa de huéspedes.

—De alguna manera teníamos que vivir —dijo Lally, pero con ligereza, y mientras hablaba le quitaba el pulgón a una maceta que había encima de la mesa.

—Y no se lo reprocho —intervino Nonny, terciando en la

discusión con una ponzoña repentina—. No entiendo a qué vino tanta prisa por casarte con aquel hombre cuando eso implicaba tener huéspedes.

—Era al revés, Nonny —replicó rápidamente Lally—. Estaba deseando tener huéspedes porque eso significaba que podría casarme con él.

—¡Calma, calma! —dijo Matthew—. No hace falta que nos peleemos. Hay que hablar las cosas con tranquilidad. Llegaremos a un acuerdo. Tampoco es necesario que lo hagamos todo hoy mismo. Mañana es tan buen día como hoy, incluso mejor. Lally estará cansada después del viaje y el funeral, sin un minuto siquiera para descansar. Mañana por la mañana hablaremos.

Lally fue repasando los rostros de todos, como si estuviera escogiendo el semblante más indulgente, antes de añadir algo. Por fin, se volvió hacia Matthew.

—Por la mañana ya me habré ido —dijo apresuradamente, como si se tratara de una cuestión sin consecuencias—. Tengo que volver esta noche. Solo he venido para el entierro. No puedo quedarme más.

—¿Por qué no? —quiso saber Kate, y luego, como si conociera la respuesta a la pregunta y prefiriera no oírla, dio un zapatazo—. Tienes que quedarte. Y no se hable más.

—De todos modos, no vamos a ganar nada por que me quede —insistió Lally—. No voy a coger el dinero, os pongáis como os pongáis, ya sea esta noche o mañana.

Matthew miró a sus otras hermanas. Asintieron en modo alentador.

—Como seguro que no ganamos nada es poniéndonos tercos, Lally —dijo, sin mucho afán.

—Puede que creas que actúas sin egoísmos —dijo Kate—, pero permíteme que te diga que para mis hijos no es nada agradable saber que sus primos van a colegios públicos en la ciudad, donde se juntan con lo más bajo que hay, y que les hacen los recados a tus sórdidos huéspedes. Y, por si fuera poco, supongo que cualquier día de estos los pondrás detrás del mostrador de una verdulería.

Lally no respondió.

—Si regentaras un hotelito, no daría tan mala impresión —opinó Matthew, levantando de pronto la vista con una animación que

traicionaba el hecho de que por primera vez hablaba por propia iniciativa—. Si regentaras un hotel, podríamos montar una sociedad anónima. Y tener todos participación. Podríamos recomendarlo a gente en condiciones. Nosotros mismos podríamos alojarnos cuando estemos en la ciudad. —El entusiasmo aumentaba con cada palabra que pronunciaba. Se dirigía no ya a Lally, sino a Kate—. No es mala idea, ¿verdad que no? —Volvió a dirigirse a Lally—. Ahora sí que tienes que quedarte esta noche —insistió, entusiasta, demostrando que al menos él no había creído de veras que Lally acataría sus deseos.

—No puedo —dijo Lally, débilmente.

—Claro que puedes. —Matthew desestimaba sus dificultades sin oírlas siquiera—. Tendrás que quedarte —insistió—. Tienes una habitación preparada, ¿verdad?

—Está todo preparado —confirmó Nonny—. Les he pedido que encendieran la chimenea y metieran una botella de agua caliente en la cama. —Por si acaso, dio más explicaciones—. Íbamos a apañarte un cuarto aquí, pero con todo el lío no hemos tenido tiempo. Te alojarás en el hotel de la estación. Hemos pedido que te dieran la mejor habitación. La tienen ya lista. Me he acercado a verla. Es una habitación grande y despejada, con una cama enorme. Tiene dos ventanas que dan a la cancha deportiva. Allí estarás más a gusto que aquí. Como es natural, podría meter una cama supletoria en mi cuarto, si quieres, pero creo que para ti será mejor que hagamos las cosas como he dispuesto. Descansarás mejor. Si duermes aquí te pondrás a recordar cosas que es mejor dejar en el olvido.

—Te lo agradezco mucho, Nonny, te agradezco las molestias que te has tomado. Os lo agradezco a todos. Pero no me puedo quedar.

—¿Por qué? —Kate dio voz al gesto de todas las caras.

—¡Porque tengo cosas que hacer!

—¿Qué cosas?

—Varias cosas. No lo entenderíais.

—Podrán esperar.

—No —se obcecó Lally—. Tengo que irme. Esta noche llega una inquilina a la habitación del segundo piso, y tengo que estar para ayudarla a colocar sus muebles.

—¿No tienes su dirección? —preguntó Matthew.

—¿Para qué?

—Podrías ponerle un telegrama y cancelar la cita.

—¿Y qué hago, la dejo en la estacada? —protestó Lally.

—¿Y a ti qué más te da? Luego no la vas a volver a ver. Cuando abramos el hotel tendrás una clientela completamente distinta.

—Yo no voy a abrir un hotel —dijo Lally—. No voy a cambiar nada a estas alturas. Para mí sería insoportable ganar mucho dinero ahora que Robert no está para beneficiarse. Ya es demasiado tarde. Ya soy demasiado vieja.

Se miró las delgadas manos, con las uñas partidas, y una fina urdimbre de líneas marcadas por la suciedad. Y entretanto los demás la miraron a ella. Miraron a aquella hermana, la más joven de todos, y sintieron un escalofrío en el momento en que identificaron su propia decadencia en la de ella. Ellos se habían conservado mejor, solo eso. La adversidad había acelerado la desintegración física de Lally. Pese a que no podían evitarse los huesos torcidos, ni la piel tirante, ni la mirada apagada, Lally transmitía una juventud incomprensible. Todos sintieron un escalofrío. Los reconcomía el resentimiento.

—Empiezo a darme cuenta —dijo Matthew— de que madre tenía razón. Empiezo a entender a qué se refería cuando decía que eras más terca que un árbol.

—¿Eso decía? —preguntó Lally, y el semblante se le iluminó por un momento al tiempo que su mente creaba una visión pertinaz de árboles altos, frondosos y brillantes de sol, recortados contra un cielo tan azul como las plumas del sombrero de una muchacha.

Nonny se puso de pie, presa de la impaciencia.

—¿De qué sirve tanto hablar? —dijo—. Nadie puede hacer nada por una persona tan terca. Que haga lo que le dé la gana. Pero que no se diga que no hicimos todo lo que pudimos.

—Os estoy muy agradecida —volvió a decir Lally.

—¡Ahórrate la gratitud! —estalló Nonny—. Como bien ha dicho Matthew, no lo hacíamos por ti. Queríamos que dejara de volver gente de la ciudad contando que te había visto, hablando de la ropa vieja y astrosa que llevabas, el pelo todo enmarañado, y la cara churretosa incluso, no escatimaban detalles.

—Lally, dime una cosa: ¿tú te miras al espejo alguna vez? —dijo Matthew—. Porque reconozco que me ha dado vergüenza que me vieran a tu lado junto a la sepultura.

—¿Qué te ha pasado, cómo has dejado que se pongan los dientes *así*? —preguntó Nonny.

Entonces, a través de las cortinas se vio que la señal luminosa de la línea de ferrocarril cambiaban de rojo a verde. A través del mudo aire vespertino llegó el sonido lejano de un tren que cambiaba de vía. Y aun cuando la anciana criada entró con la aparatosa lámpara de latón siguió brillando la luz verde a través de los cristales, tan porfiada como un pensamiento.

—¿Qué hora es? —preguntó Lally.

—Tienes tiempo de sobra —dijo Matthew—. Eso es un tren de mercancías. Al tuyo aún le quedan dos horas.

Sus palabras recalcaban la aceptación general del hecho de que iba a marcharse, pero trajeron apresuradamente la bandeja con el té. Mandaron a alguien arriba para ver si los guantes de Lally estaban encima de la cama del cuarto de Kate.

—¿Dónde los dejaste? —preguntaba alguien cada pocos minutos, y la pregunta se desvaneció entre la confusión sin una respuesta satisfactoria.

—¿Quieres asearte? —propuso Nonny—. Así te refrescas para el viaje. Tengo una jofaina en mi cuarto.

Y una o dos veces, reduciendo la voz a un bisbiseo, Matthew se inclinó sobre la mesa y le preguntó si estaba completamente segura de encontrarse en condiciones de emprender el camino. ¿Había comprado billete de ida y vuelta? ¿Tenía calderilla para los mozos?

Sin embargo, Lally no necesitaba nada, y cuando se acercó la hora de su tren, resultó que tampoco quería que la llevaran en coche a la estación.

—¡Pero si está lloviendo! —protestó Matthew.

—Está más negro que la boca del lobo —dijo Kate.

Y todos ellos, inclusive la criada que estaba retirando la bandeja, estuvieron de acuerdo en que ya bastante feo estaba que se supiera que se iba la misma noche en que habían enterrado a su madre, como para encima alimentar el escándalo dándole a la gente la oportunidad de decir que su hermano, Matthew, no hizo ni por llevarla en coche a la estación, con la que estaba cayendo.

—Irán diciendo que ha habido discrepancias con respecto al testamento —dijo Nonny, que al menos conservaba un rasgo de juventud: la excesiva susceptibilidad.

—¿Qué importa lo que diga nadie? —dijo Lally—. Mientras nosotros sepamos la verdad…

—Si todo el mundo adoptara esa postura, el mundo estaría patas arriba —protestó Matthew.

—Hay una cosa que se llama guardar las apariencias —intervino Kate—. Y, por cierto, ¿este abrigo tuyo es negro o es azul? —preguntó de repente, agarrando a Lally del brazo y acercándola a la lámpara para examinarle las mangas.

—Es casi negro —dijo Lally—. Es azul muy oscuro. No he tenido tiempo de preparar el luto, y la vecina de al lado me ha prestado esto. Me dijo que pasaba por negro.

Nonny se encogió de hombros y se dirigió a Matthew.

—Es demasiado orgullosa para aceptar algo de su familia, pero no tanto cuando se trata de aceptar cosas de extraños.

—Me tengo que ir —dijo Lally por fin.

Les estrechó la mano a todos. Echó un vistazo a las escaleras, por las que habían bajado el ataúd esa misma mañana. Puso la mano en el pomo de la puerta. Ellos seguían insistiendo en llevarla en el coche cuando abrió y se echó a la calle.

Oyeron sus pisadas sobre el pavimento en la oscuridad, como las habían oído a menudo cuando era una chiquilla y salía corriendo al pueblo a hacer un recado para su madre. Igual que entonces, se echó el abrigo por encima de la cabeza, con las mangas colgando, y dejó la puerta abierta de par en par. Matthew vaciló un momento y fue a cerrar.

—¿Por qué no has insistido más? —le reprochó Kate, seca.

—Con la gente como Lally no merece la pena gastar saliva. Ellos tienen su forma de ver las cosas y nada les hará cambiar. Averiguar lo que tiene Lally en la cabeza es como intentar coger una hoja al vuelo.

Los tres se quedaron plantados en el frío vestíbulo. De pronto, Kate se echó a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nonny—. En el cementerio estabas estupendamente. Gracias a ti no nos hemos venido abajo. ¿Por qué lloras ahora?

—Lloro por Lally —aclaró Kate—. Vosotros no la recordáis tan bien como la recuerdo yo. Le hice un vestido para su primer baile. Era de muselina blanca, con lazos azules por todo el canesú. Tenía

el pelo que parecía luz. —Kate lloraba con irnos sollozos densos y dolorosos que la hacían temblar e hicieron temblar el cuerpo delgado y reseco de Matthew cuando este la rodeó con sus brazos.

Cuando salió de la casa, Lally echó a correr por la calle en sombras del pueblo exactamente igual a como había corrido años atrás, cuando era una chiquilla. Tenía tiempo de sobra para llegar al tren, pero la excitación de la carrera le provocaba una terrible punzada en el corazón. Apenas si reparó en que debía frenar y adoptar un ritmo normal cuando alcanzó los parches de luz amarilla de las farolas que brotaban de los escaparates y de las puertas abiertas de las viviendas cerca de la plaza. De niña había corrido debido a una excitación mental, pues por aquel entonces le parecía que el pueblecito estaba rodeado de un mundo de luz que estaba alumbrado día y noche. Y en aquel mundo de luz que los cercaba no se podía fracasar en la búsqueda de la alegría y la esperanza, solo había que correr, franquear la vieja entrada del pueblo, cruzar el puente ferroviario a oscuras, seguir por el camino sinuoso y llegar al corazón de dicha excitación. Algún día ella iría más allá.

Y, un día, lo hizo. Pero ahora ya no había alegría en ninguna parte. Más allá de los charcos que proyectaban el resplandor amarillo de las farolas, no había alegrías duraderas en ninguna parte. La vida era exactamente igual, la miraras por donde la miraras, en la ciudad, en el pueblo, y en el sinuoso campo. Seguramente sería igual en los prados y las aldeas, aunque sabía muy poco de ellos. La vida era igual en las tinieblas y a la luz. Era igual para la solterona y para la desaliñada madre de familia. Siempre eras tú misma, independientemente de donde fueras o lo que hicieras. No cambiabas. Sus hermanos y hermanas eran tal y como habían sido siempre. Ella era tal y como había sido siempre, aunque tuviera los dientes podridos y una pluma azul en el sombrero la hiciera parecer ahora una vieja bruja en una comedia. Podías pensar de antemano que podrías hacer algo o ir a algún sitio que implicara un gran cambio, pero no habría ningún cambio real. Solo había una cosa que podía cambiarte: la muerte. Y nadie sabía cómo sería ese cambio.

Nadie sabía cómo era la muerte, pero a la gente le gustaba hacer conjeturas terribles y atormentadoras. Recordó fragmentos del viejo catecismo de un penique que se había aprendido de memoria en el

colegio, distorsionados por una memoria imperfecta y unas emociones confusas. Imágenes de llamas y ánimas desgañitadas retorciéndose en parrillas cobraban forma dentro de su cabeza conforme corría. Ya casi había llegado a la estación cuando dejó de correr, y dando media vuelta desanduvo unos cuantos metros, también a la carrera. Tanteó un muro en sombras, que se alzaba a un lado del sendero en aquel punto, hasta que sus dedos entraron en contacto con los barrotes húmedos y negros de un portón. Era el portón que daba a la casa parroquial, la residencia del párroco. La cancela chocó contra el pilar con la misma determinación feroz con que ella la había empujado. Remontó corriendo el caminillo de grava hasta la casa del cura.

En la oscuridad no dio con la aldaba de metal y aporreó los maderos de la puerta con las manos. Esta se abrió de par en par al cabo de un momento con una violencia a la altura de sus golpes.

—Por el amor de Dios, ¿qué desea? —preguntó una anciana, el ama de llaves del cura, con un delantal blanco que llameaba en medio de la oscuridad.

—¡Quiero ver al párroco! —dijo Lally.

—Está cenando —informó la mujer, señalando con agresividad, y se dispuso a cerrar la puerta.

—Tengo que verlo —insistió Lally, metiéndose en el vestíbulo.

—No puedo molestarlo cuando está comiendo —dijo la mujer—, salvo en el caso de que alguien esté agonizando —añadió. Su cólera ante la molestia estaba siendo sustituida por curiosidad cuando se percató de que la otra mujer era una desconocida—. ¿Quién pregunta por él?

—Lally Conroy —dijo Lally, a quien le resultaban tan fuertes las viejas asociaciones que le vino de manera más natural a los labios el apellido de soltera que el que llevaba desde hacía veinticuatro años.

El ama de llaves cruzó el vestíbulo y abrió una puerta a la izquierda. La cerró tras de sí, pero no encajó bien y volvió a abrirse. Lally oyó la conversación con claridad, aunque también con indiferencia, sentada en la refinada silla de caoba del recibidor. Porque nada iba a desbaratar sus planes.

—Ha venido una mujer que insiste en verlo, padre.

—¿Quién es? —preguntó el cura con voz amortiguada, como si se pasara una servilleta por los labios.

—Dice que se apellida Conroy, y se parece un poco a Matthew Conroy, pero es la primera vez que la veo, y parece una pordiosera.

—Yo he visto a una desconocida en el cementerio con la familia, pero no he hablado con ella. —La voz del cura era lenta y meditativa—. Tengo entendido que había otra hermana, pero la historia era muy triste; ya no la recuerdo. Saldré a hablar con ella —resolvió.

Se oyó una silla arañando el suelo y los pies del hombre resonar en la madera lustrada al atravesar la sala en dirección al vestíbulo.

Lally estaba sentada en la rígida silla, junto al fuego, protegiéndose el rostro del calor de las llamas, que se arrastraban como serpientes por entre los troncos del hogar, pero se puso de pie en cuanto se acercó el cura. Iba a hablar con ella. Oyó en su cabeza el silbato del tren una vez más, aún muy lejano, pero infundiendo su presencia a la noche rural.

Lally se mostró apremiante.

—Llevo prisa, padre. Tengo que irme en ese tren. Lamento haberlo molestado. Solo quería pedirle un favor. —Su voz era tan incontrolable como las llamas que brincaban en la chimenea—. Me llamo Lally Conroy.

—Siéntese, siéntese. —El párroco sacó un reloj de debajo de la capa de la sotana—. Todavía dispone de seis minutos.

—No, no, no —dijo Lally—. No puedo perder el tren. Quería preguntarle si daría una misa por mi madre a primera hora de la mañana. Le mandaré el dinero de la ofrenda nada más llegar a la ciudad. Esta misma noche se lo mando desde la oficina de correos. Hay una recogida a medianoche. ¿Lo hará, padre? ¿Lo hará? — Como si la entrevista ya hubiera acabado, se levantó y empezó a retroceder, en dirección a la puerta. Sin aguardar respuesta repitió la pregunta urgente—: ¿Lo hará? ¿Hará lo que le pido, padre? ¡A primera hora de la mañana!

El sacerdote se fijó en las botas andrajosas y las medias gruesas.

—No tiene usted que preocuparse por ofrecer misas. Su madre era una buena mujer —dijo—. Y tengo entendido que ella misma ha destinado en el testamento una gran suma para que se celebren misas por ella después de su muerte.

—Pero, padre, no es lo mismo que uno deje dinero para que se celebren misas por la propia alma; lo que cuentan son las misas que

ofrecen otros. —Los pensamientos de Lally brincaban de excitación —. Quiero que se dé una misa por ella con mi dinero. Tres misas. Pero que la primera sea enseguida, la de las siete y media. Y tiene que ser con mi dinero. ¡Con mi dinero! —enfatizó Lally.

El cura se inclinó hacia delante con una curiosidad ingobernable.

—¿Por qué tiene que ser con su dinero?

—Tengo miedo… —dijo Lally—. Tengo miedo de que sufra. Tengo miedo por su alma. —Los ojos que contemplaban el corazón en llamas de la chimenea estaban, en efecto, llenos de temor, y cuando cayó un ascua, revelando un abismo de fuego vivo, sus ojos se llenaron de auténtico terror ante el reflejo de su idea en las lenguas rojas del fuego—. Estaba muy resentida. —Lally Conroy se vino abajo por primera vez desde que se enterara de la muerte de su madre—. Me ha guardado mucho rencor durante veinte o treinta años, y ha muerto sin perdonarme. Tengo miedo por su alma. —Levantó la vista hacia el cura—. ¿Las dará en cuanto pueda, padre?

—Las daré —le confirmó el cura—. Pero no se preocupe por el dinero. Las ofreceré por mi cuenta.

—¡No es eso lo que quiero! —exclamó Lally, atropelladamente —. Quiero que se paguen con mi dinero. Es lo más importante, que el dinero salga de mi bolsillo.

Con humildad, el sacerdote aceptó los dictados de la desaliñada mujer que tenía delante.

—Como usted quiera. ¿Hay algo más que le preocupe?

—¡El tren! ¡El tren! —exclamó Lally, y manoseó el cierre de la puerta.

El cura volvió a sacar el reloj.

—Tiene el tiempo justo para cogerlo —la informó—, si se da prisa.

Y le abrió la puerta. Lally echó a correr otra vez por la calle a oscuras.

Por un momento experimentó paz al pensar en lo que había hecho, y mientras corría por el caminillo de grava mojada, recibiendo la lluvia en la cara colorada, fue capaz de ocupar sus pensamientos en asuntos prácticos relativos al viaje de vuelta a casa. Pero cuando entró en el vagón caluroso y agobiante las lágrimas volvieron a rodarle por las mejillas y empezó a

preguntarse si se había explicado bien ante el cura. Asomó la cabeza por la ventanilla del vagón en el momento en que el tren abandonaba el andén y llamó a un mozo que llevaba una bandera verde en la mano.

—¿A qué hora llega este tren a la ciudad? —preguntó, pero el mozo no la oía.

Se llevó la mano a la oreja, pero justo entonces el tren se sumió en las tinieblas, bajo el puente ferroviario. Lally dejó la ventanilla abierta y se recostó en el asiento.

Si el tren llegaba pasada la medianoche, llamaría a la campanilla nocturna del monasterio de los franciscanos para pedir que se oficiara una misa en el acto, por el alma de su madre. Había oído que en el monasterio celebraban misas día y noche. Trató de recordar dónde lo había oído, y quién se lo había dicho, pero su cabeza era un hervidero. Apoyó la cabeza contra los cojines mientras el tren rugía en medio de la noche, y empezó a sumar febrilmente las cuotas que le debían los inquilinos de los cuartos de arriba. Luego le restó al total la cantidad que necesitaría para la comida de una semana para los niños. Le quedarían exactamente dos libras y diez chelines. Por ese dinero podría pedir seis misas, por lo menos. Puede que incluso le quedara algo para encender unas lamparillas en el convento de la Adoración Perpetua. Intentó consolarse con aquellos cálculos, pero cuanto más corría el tren a través de la noche, más recta se sentaba ella en los asientos de felpa roja, que olían a polvo, y se aferraba con fuerza a los reposabrazos, pensando en los tormentos del purgatorio. Cuando unos copos de hollín del motor pasaron volando por delante de la ventanilla del vagón, Lally empezó a rezar en silencio, con unas palabras rápidas e informes que se le agolpaban en la cabeza junto con los manojos de chispas ardientes.

EL PRINCIPITO

I

Más o menos a las cuatro de la tarde, mientras estaba arriba dándole la medicina a su padre, Bedelia creyó oír la voz de su hermano en el local. Bajó corriendo. En el local solo estaba Daniel.

—Me había parecido oír la voz de Tom —dijo—. ¿Ha estado aquí?

Daniel era reacio a traicionar a Tom, pero no era capaz de mentir. Asintió con la cabeza.

—¡Ha roto su promesa! —exclamó—. ¿Qué ha dicho? ¿Con quién venía?

Sin embargo, al parecer se trataba de lo de siempre. Su hermano Tom había estado dándoselas de bonachón, como de costumbre, y había entrado en el local y se había acercado a la barra con una caterva de amigos zánganos a pedir bebidas para todos, ¡como si fuera un cliente! Si dejaban el negocio en sus manos, pocos beneficios iba a sacar, a ese paso.

—¡Cómo puede ser tan bobo! —exclamó, y la impetuosidad del lamento parecía insinuar que hubo un tiempo en que podría haberse esperado algo mejor de él. Pero no era el momento de ponerse sentimental. Tenía que preocuparse por los detalles prácticos de la situación—. Tendré que hablar con él —dijo, resuelta—. Está más claro que el agua que se ha vuelto un borrachuzo.

Pero en el momento en que pronunció aquella palabra supo que «borrachuzo» no era un término ni justo ni apropiado para su hermano Tom. Sus defectos no respondían a lo que pudiera describirse mediante cualquier palabra que connotara edad o decadencia; eran aún defectos de juventud, y de no ser porque

Daniel y ella se verían afectados por su perdición, Bedelia habría visto un punto atractivo en su temeraria prodigalidad. Estando las cosas como estaban, a Tom no se le podía permitir que siguiera así.

—Hay que hacer algo y hay que hacerlo ya, Daniel —dijo—. No he tenido tiempo de decírtelo antes, pero el informe del médico de esta mañana no ha sido muy esperanzador. Dice que no podemos esperar que papá viva mucho más. —Hizo una pausa—. Y ya sabes lo que significa eso —añadió, de forma significativa—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Daniel lo sabía.

—Ojalá pudiera hacerlo yo por ti, Bedelia —dijo Daniel—, pero ya te he explicado en qué posición me encuentro, y…

—¡No, no pasa nada! —lo interrumpió, impaciente.

Comprendía perfectamente su posición. Si su hermano no conseguía ver las cosas a la luz adecuada, de nada serviría que se llevara una mala impresión de Daniel, sobre todo cuando, al igual que el resto de miembros de la familia, no era consciente, por ahora, de que había algo entre Daniel y su hermana. Distinto habría sido si Daniel hubiera sido ya su cuñado. Aunque, aun entonces, seguramente sería más delicado para ella hacer frente a la situación a su manera. ¡Pero no porque le pareciera una tarea excesivamente complicada! Tom era inofensivo. Sería la última criatura de este mundo, de eso estaba segura, que desearía hacer daño a nadie, mucho menos a su propia hermana y al futuro marido de esta. Puede que no quisiera, que tal vez no pudiera, meterse en cintura, pero podía entender de qué manera su proceder y el de ellos iban en sentido contrario, y lo aconsejable de que, si era proclive a no renunciar del todo al suyo, lo pusiera en práctica en otras latitudes.

—A mí me hará caso, lo sé. Lo conozco como si lo hubiera parido. Para mí es un libro abierto. ¿No te dije que jamás sería capaz de mantener la promesa? ¿No te dije que sería una pérdida de tiempo darle otra oportunidad?

Porque si le habían dado una última oportunidad a Tom había sido por consideración a los escrúpulos de Daniel. Había sido un error, no obstante, como bien podía ver ahora el propio Daniel. Lo único que habían conseguido era postergar un trago desagradable que, de otro modo, ya podrían haber pasado y olvidado.

—No pasa de esta noche que me sincere con él —resolvió

Bedelia—. Me lo traeré aquí cuando hayamos cerrado, así no nos interrumpirá nadie. Mientras vosotros cenáis sería un buen momento, ¿verdad? ¡Ah! ¡Aquí viene! —exclamó, pues en ese preciso instante, al otro lado de la puerta verde acolchada que comunicaba el local con las dependencias domésticas, oyeron su voz en tono de guasa, dirigiéndose a sus hermanas pequeñas. Bedelia comprobó el reloj—. ¿No te parece que podrías ir empezando a bajar las persianas? —dijo, y mientras Daniel se disponía a hacer lo que le había sugerido, Bedelia lo miró un poco irritada. Estaba deseando librarse de él y avanzar en sus planes.

Aun así, cuando pasados unos minutos Daniel se fue y ella se quedó a solas en la oscuridad, no se puso en movimiento enseguida, sino que involuntariamente sus ojos se volvieron en la penumbra hacia la pared que había detrás de la zona de la caja, de la que colgaba un calendario ilustrado de una de las numerosas compañías navieras para las que su padre había ejercido de agente. Por encima de las letras amarilleadas y llenas de cresas que sus ojos habían contemplado a diario desde que era niña, y con la misma claridad que si fuera de día, distinguió entre las sombras el gran transatlántico que flotaba en un océano cerúleo. Tom no sería la primera oveja negra a la que echaban a aquel mismo océano. Allá, a lo lejos, estaba el Nuevo Mundo, y aunque solo se pudiera acceder a él cruzando el vasto Atlántico, ¿qué otro remedio había para un manirroto como Tom, que no tenía ningún sentido de sus deberes para con la familia? Muchos jóvenes como él se habían ido condenados y habían regresado transformados en hombres completamente distintos; hombres dignos de respeto, hombres acomodados con el abrigo forrado en piel, dientes de oro, y medios suficientes para alquilar coches y llevar al campo a sus familiares. ¿No le iría bien a Tom allí? No parecía muy probable, pero al menos era posible.

Bedelia interrumpió repentinamente sus cavilaciones, franqueó la puerta acolchada y entró en el saloncito que había detrás del local. Ya habían empezado a cenar. Liddy estaba sirviendo el té, y Alice cortaba el pan. El propio Tom ya había empezado a comer y tenía la boca llena cuando levantó la vista al oír su nombre.

—Quiero hablar contigo, Tom —dijo Bedelia—. ¡Pero ya! —añadió, sin piedad, cuando él protestó que tenía hambre, y se sintió

mal cuando vio que cubría con el platillo la taza de té que Liddy acababa de servirle, creyendo que sería cosa de un momento.

—¿Qué pasa? —preguntó, saliendo de la salita detrás de ella—. Oye, ¿para qué quieres que nos metamos ahí? —dijo cuando Bedelia abrió la puerta y entró en la oscuridad del local cerrado.

—Tengo que decirte una cosa y no quiero que me interrumpan —explicó, parca, su hermana, y le sostuvo la puerta, como habría hecho con un niño pequeño.

—Pero esto está más negro que un tizón —protestó, abriéndose paso con torpeza entre los numerosos estuches de exposición dispuestos en el centro del local.

Bedelia, por su parte, se movía sin titubeos, y cuando lo oyó tropezar con una cosa detrás de otra, le costó mucho abstenerse de comentar su falta de familiaridad con el entorno.

—Ven por aquí —le dijo cuando llegaron al otro extremo del local, donde, detrás de la barra, había un pequeño espacio independiente para uso de los clientes que deseaban algo de intimidad, al que con frecuencia se referían como «el saloncito».

También allí estaba cerrado el ventano que daba al patio trasero, pero a diferencia de los sencillos postigos de madera de la parte delantera, en el panel central del postigo del saloncito alguien había tallado una abertura en forma de corazón, en un arranque de imaginación. A través de aquella abertura entraba suficiente luz para los propósitos de Bedelia. Cuando se giró, distinguió la cara de su hermano.

Tenía un aire sorprendentemente hermoso, y debía reconocerlo, nada disoluto. Pero no le duraría mucho, se dijo, y abordó sin rodeos el tema en cuestión.

—¡Bueno, Tom! Supongo que ya sabes de qué quiero hablar contigo.

Para su irritación, sin embargo, Tom no parecía estar escuchándola. Había levantado una jardinera vieja y resquebrajada de esmalte amarillo, que había encima de una desvencijada mesita de bambú, en la que habían encajado de mala manera un tiesto con un único y mísero tallo de geranio.

—¿Me estás escuchando? —inquirió, porque se lo veía absorto en la mísera maceta.

Él no solo no contestó, sino que levantó la maceta y se la acercó

a la nariz, pasándose el tallo reseco por debajo de las aletas como si fuese una flor de dulce aroma. Bedelia empezaba a pensar que quizá pretendiera burlarse de ella.

—Puede que creas que no me he enterado de que has roto tu promesa —le soltó—. Me he enterado de que tus amigos y tú habéis estado aquí toda la tarde.

Se llevó la satisfacción de ver cómo levantaba la vista, sobresaltado.

—No se te escapa nada, ¿eh? —dijo—. El fiel Daniel te habrá dado un informe completo sobre mi conducta, supongo.

—A ti no te importa de dónde haya sacado la información —le espetó, esforzándose por no perder los estribos tan pronto.

—Todo lo contrario, me importa, y mucho, querida hermana. Porque resulta que te han informado mal.

A ella la pilló desprevenida la réplica, pero solo por un momento.

—¿Estás acusando a Daniel de mentir?

—Yo no acuso a nadie —dijo Tom, con la calma de quien tiene un as en la manga. Bedelia empezó a sentirse incómoda—. Tendré mis defectos, Bedelia, pero no falto a mi palabra.

Eso era cierto. De niño siempre había sido honrado, pero ¿acaso no se decía que el alcohol corrompía el carácter de las personas? Lo miró fijamente.

—¿A quién tengo que creer? —dijo.

—¿Por qué no me crees a mí, Bedelia? —Y entonces, de sopetón, sacó la maceta de la jardinera y se la puso debajo de las narices—. ¿Hueles algo? —inquirió.

Bedelia se apartó instintivamente, pero no antes de percibir el olor punzante que salía de la tierra agrietada.

—¿Huele a *whisky*? —preguntó, sorprendida.

Tom se echó a reír.

—No te falla el olfato, Bedelia —le dijo con alegría. Había recuperado su actitud relajada—. ¿Me crees ahora cuando te digo que no he faltado a mi palabra? Es verdad que he estado aquí con mis amigos esta tarde, y me he llenado el vaso cada vez que llenaba los de ellos, pero no he bebido ni una gota. ¡Ni una! Cuando nadie miraba, lo echaba aquí. —Y blandió de nuevo la maceta—. Además, por lo que se ve le hacía falta que la regaran. Aunque tampoco es

que esté mucho mejor ahora…

Se rio, contento. Achispado, pensó Bedelia.

Percibía una amarga sensación de decepción. Su plan se iba a pique. Ya no había justificación inmediata para sugerirle lo que pretendía. ¿O sí? De pronto, vio una laguna en la justificación de él.

—Te creerás muy listo, ¿no? —le dijo—. Te creerás que iba a aplaudirte cuando me contaras lo listo que eres. Pues te equivocas. —No lo miraba, pero tenía la impresión de que lo había desconcertado, y eso le dio confianza—. Habrías quedado en mejor lugar si te lo hubieras bebido. Muy tonto tienes que ser para desperdiciar así un *whisky* bueno. ¿No te das cuenta de que has tirado el dinero? ¡El dinero! —Casi gritó esta última palabra—. ¿O no llevo razón? —preguntó a la defensiva, porque por un momento tuvo miedo del semblante de su hermano.

Tom dejó la jardinera en su sitio.

—Lo siento, pensé que te alegrarías mucho, Bedelia.

Ella se mordió un labio.

De niño solía decirle eso cada vez que ella lo pillaba haciendo alguna trastada, y siempre se la ganaba. Pero ahora Bedelia se obligó a creer que solo estaba intentando ponérselo más difícil.

—Tom, me temo que eres una de esas personas que necesitan que las protejan… de sí mismos, digo —añadió rápidamente, al ver que levantaba las cejas—. Ha sido fatal para una persona de tu carácter verse en la situación en que te ha puesto la enfermedad de papá. Nunca he sido de andarme por las ramas, y puedo decirte con sinceridad que cuando te he traído hasta aquí pensaba que habías roto la promesa, y estaba decidida a que solo había una posibilidad para ti, la de sacarte definitivamente de este pueblo, alejarte de las malas compañías que tienes, vagos y parásitos que saben que solo han de darte un poco de vaselina para llenarse el buche de alcohol. ¡No, no me interrumpas! Sé que algunos de tus amigos no son tan dados a emborracharte, y que incluso te han prestado dinero, pero te aseguro que lo hacen sabiendo que no van a salir perdiendo. ¡Un chico joven, con tus posibilidades! Tus amigos siempre han sido tus peores enemigos. Y bueno, eso era lo que te iba a decir, pero después de lo que me acabas de contar empiezo a pensar que tu peor enemigo en realidad eres tú mismo. ¡Echar *whisky* del bueno en una maceta! Habrase visto…

Tom miraba al suelo mientras ella hablaba.

—Me parece que tienes razón, Bedelia —dijo en voz baja—. Pero ¿qué solución hay? Entiendo que, como tú tenías el remedio en el primer caso, podrás encontrar otro también esta vez. De hecho, puede que el mismo remedio sea válido en ambos casos.

¿Estaba poniéndose impertinente? De no ser por la delicadeza de la situación, y por la necesidad de manejarla con cuidado, habría perdido los papeles.

—Este pueblo no es sitio para ti, Tom —dijo con frialdad—. Si te fueras, al menos por un tiempo, e hicieras borrón y cuenta nueva, como quien dice, tal vez…

Pero Tom la interrumpió.

—Entonces el remedio es el mismo en ambos casos, ¿no? —Se rio—. Muy bueno, sí. Me recuerda a un chiste que escuché el otro día. ¿Te lo cuento?

Bedelia no estaba para chistes, pero cuando a Tom le daba por contar alguno, no había quien lo parase.

—No pongas esa cara de vinagre. Espérate a que te lo cuente. Había una vez un tipo casado con una marimandona que no podía ni verlo, salvo en las noches de cobranza. Tenía que hacerle la comida al pobre diablo, claro, pero al parecer nunca se sentaba con él a la mesa, sino que le ponía los platos delante de malos modos y sin decir ni media, y mientras él comía, ella se metía en la cocina y se ponía a dar escobazos o a hacer ruido con lo que tuviera en la mano, haciéndole al marido menos caso que a un perro.

»Pues bien, un día, cuando volvió a su casa y se sentó a cenar, ella le puso de mala manera la taza y el plato, como siempre, le tiró unas rebanadas de pan en el plato y le sirvió el té de una tetera marrón vieja que había estado borboteando en el fondo de la lumbre, quizá durante horas. Era una tetera grandota y basta, con un pitorro grande y raro del que el té salía como si algo lo obstruyera, puede que porque así fuera.

»Total, que le echó el té y le dio un empujón a la lechera, para que él se sirviera, y siguió a sus cosas, como siempre, pero aunque no le estaba haciendo ningún caso, al cabo de un momento le dio la sensación de que algo iba mal. Puede que no oyera la cucharilla removiendo el té en la taza. O que no lo oyera sorber el té por debajo del mostacho, pero el caso es que lo miró y, efectivamente,

no había tocado el té. Pasados unos minutos volvió a mirar y vio que la taza seguía llena hasta el borde.

»"A ver, ¿qué te pasa?", le dijo, abandonando la faena y poniendo los brazos en jarra. "¿Por qué no te bebes el té?".

»El pobre hombre se puso colorado como una langosta y la miró como pidiendo perdón. "Es que hay un ratón dentro, Maggie".

»Digo yo que ella se sobresaltaría, porque esas cosas no se las espera una mujer. Ella le lanzó una mirada como diciendo que, en cierto modo, era culpa de él, y fue a echar un vistazo más de cerca. Efectivamente, había un ratón muerto flotando en la taza de té; debía de haberse metido en la tetera cuando estaba en la lumbre y se habría colado por el pitorro, y seguramente era eso lo que lo obstruía. La cosa es que había un ratón.

»"¡Hum!", dijo la mujer. Cogió la taza, se la llevó al fregadero, y con una cuchara pescó al ratón y lo tiró al cubo para los cerdos. "¡Ea!".

»Pero, como antes, no tardó en darse cuenta de que el hombre seguía sin tocar la taza de té que tenía delante, así que volvió a mirar. Pues no, no había tocado el té. Se puso hecha una furia. "Pero bueno, ¿a ti qué te pasa?", le preguntó. Y levantó los ojos al cielo. "Yo te juro por Dios que no hay quien te entienda. ¡Ni quieres el té con el ratón, ni lo quieres sin el ratón!".

Era un buen chiste. O eso le había parecido a Tom cuando lo oyó la primera vez, y ahora, cuando llegó al final, tuvo ganas de reírse otra vez, pero al ver la cara de Bedelia la suya propia se serenó. No hizo amago de explicarle la aplicación de su parábola. En lugar de eso, como si le produjera un orgullo amargo hacer lo que de él se esperaba, se puso de pie.

—¿Cuándo y adónde quieres que me vaya?

A Bedelia se le torció el semblante.

—A América —dijo, sin más. Pero al ver la cara de incredulidad, y luego, peor aún, de confianza, casi se vino abajo—. Es el lugar más obvio —murmuró—. Un país nuevo, empezar de cero…

Él levantó una mano y espantó sus palabras.

—¡Oh, sí, sí! Querida hermana mía. Ya sé que me crees excepcionalmente poco interesado en el negocio, pero alguna que otra vez he hojeado las páginas de los catálogos de las navieras, y me sé toda la cantinela del nuevo mundo. Podemos darlo por dicho.

Vayamos a cuestiones más prácticas. —Se miró el chaleco, que tenía un par de manchas de tierra de la maceta, y se las sacudió—. Qué bien que el traje esté en tan buen estado. Nos ahorramos tener que comprar otro.

¿Aquella iba a ser su actitud? Iba a parecer que lo estaba echando.

—Cualquiera diría que te vas mañana por la mañana —dijo Bedelia.

—Ah, ¿no es así?

—Sabes perfectamente que hay muchos preparativos. Tendremos que llegar a algún acuerdo.

—¿Preparativos? ¿Acuerdo?

—Te corresponde tu parte del negocio, como es natural —explicó con frialdad.

—Ah, eso. Bueno, pues sube corriendo y le dices al viejo que me lo quedo ahora. ¿Cómo está hoy, por cierto? —preguntó de repente, en otro tono de voz—. No he subido a verlo en todo el día.

—Ah, está bien —dijo Bedelia, impaciente—, pero sabes muy bien que él no sabe nada de todo esto. Y no me refiero a ahora; me refiero a cuando…

—Comprendo. Me alegro de que el viejo no esté implicado. Tú te refieres a cuando nuestro pobre padre se vaya al otro barrio —dijo, levantando la vista hacia el techo.

—Naturalmente, habrá que hacer algunos cambios cuando llegue ese momento —dijo con formalidad.

—¡Naturalmente! —repitió Tom muy seco, pero a Bedelia le pareció que empezaba a entrar en razón.

—Como dice Daniel…

—Ah, conque Daniel está también en el ajo…

Bedelia se mordió el labio. Había metido la pata, pero no era el momento de andarse con evasivas.

—Has de saber que Daniel y yo nos vamos a casar —dijo, parca.

—¡Madre mía!

Bedelia veía que estaba francamente sorprendido. Pero se controlaba.

—Supongo que lo haréis después de… —dijo Tom, señalando hacia arriba con el pulgar. Al cabo, le extendió la mano—. ¡Bueno! Os deseo lo mejor. Siento mucho no estar para la boda.

—Eso mismo estoy tratando de explicarte —dijo ella—. No hay ninguna necesidad de que te vayas hasta después. Lo único que Daniel y yo queremos es saber cómo estamos económicamente. Y aun entonces no nos casaremos de inmediato…

Pero Tom no la estaba escuchando. Había levantado la cabeza y, aunque fuera una ocurrencia absurda, Bedelia tenía la impresión de que, en su imaginación, Tom ya estaba muy lejos, quizá en la cubierta de un transatlántico, como los de los calendarios de las navieras, respirando hondo la brisa marina que debía de soplar siempre en el salvaje Atlántico. De pronto, regresó de su ensoñación, regresó al saloncito a oscuras.

—Daniel y tú lo tenéis todo resuelto, debo decir. —Y sonrió esta vez—. Pero no creo que yo encaje en vuestros planes. Si tengo que irme, me iré ya.

—Pero ¿qué pasa con nuestro padre? ¿Cómo se lo íbamos a explicar?

Tom sonrió otra vez.

—No me cabe duda de que encontrarás una manera satisfactoria de resolver eso también.

—¿Y qué pasa con tu parte del negocio? —exclamó Bedelia—. Eso tenemos que arreglarlo. ¿Cómo vas a llevarte lo que te corresponde sin que se entere papá? Ya ves que estamos atados de pies y manos. No puedes irte antes de que muera.

Tom no parecía ver que la situación presentara grandes dificultades. Miró a su alrededor.

—¿Tienes un lapicero? —preguntó—. Os cederé mi parte a Daniel y a ti. ¿Cómo lo ves? Y así, todo resuelto. Será mi pequeño regalo de bodas, o, si lo prefieres, un regalito de despedida.

Pero Bedelia debía salvaguardar su orgullo, o tal vez fuera más correcto hablar del sentido del honor de Daniel.

—Daniel jamás lo permitiría —dijo con frialdad—. Tendré que hablarlo con él. Yo diría que podremos llegar a un acuerdo provisional. Y, después, ya le pediremos a un abogado que redacte un documento en condiciones. Entretanto, te mandaremos el dinero que te corresponda todos los años. —Justo en ese momento, sin embargo, recordó otra cuestión—. Antes que nada tenemos que decidir a qué parte te irás. Lo normal es que la gente acuda a zonas donde ya hay más vecinos de su pueblo, pero en tu caso he pensado

que sería más sensato…

—¡Que sí, empezar de cero! Ya lo he pillado, querida mía, pero creo que eso podrías dejarlo en mis manos. ¿Me puedo ir ya? —Echó un vistazo hacia la puerta.

Bedelia no estaba conforme con que la conversación acabara tan bruscamente.

—En cuanto te instales, nos escribirás, ¿verdad?

En la luz crepuscular del saloncito, Tom se movió de modo que por primera vez su cara quedó fuera del haz de luz del postigo.

—Dejémoslo estar —dijo—. En cuanto os dé mi dirección (mi dirección permanente, digo), me podréis escribir.

Bedelia pensó por un momento que se comportaba de manera un poco extraña, pero luego Tom siguió hablando tan normal, y ella resolvió que había debido de confundirse.

—Y ahora, si no te importa, Bedelia, me vuelvo a cenar.

Cuando ya se había ido, Bedelia se sintió tan agotada que se echó contra la pared del saloncito, saliendo del rayo de luz que durante todo el coloquio había incidido de manera intermitente, formando líneas quebradas, en el rostro de su hermano, pero que ahora caían sobre la pared de enfrente, el contorno intacto, una manchita perfecta de luz dorada con forma de corazón.

II

Aunque su padre vivió aún siete meses después de que Tom se fuera a América, y aunque no tuvieron noticias suyas en todo aquel tiempo, era imposible no pensar que en esta ocasión, al menos, no intercambiarían unas palabras.

—Debería dar señales de vida, ¿no crees? —le preguntó Bedelia a Daniel, que era ya su marido, según salían de la iglesia. Era la misa de aniversario por la muerte de su padre.

Hasta entonces, el silencio de Tom habría podido achacarse al descuido, pero ahora parecía que hubiera algún otro motivo. Tampoco podían consolarse pensando que no se había enterado de la muerte del padre, porque, además de solicitar a la prensa estadounidense que publicara la esquela, le habían puesto un cable a través de Mary Conaty, una antigua criada que había emigrado a

Boston varios años antes y que, en una carta reciente, le contaba a Bedelia que había visto a Tom Grimes por la calle, no solo una vez, sino dos o tres. Le había prometido hacerle una visita, y pese a que no había cumplido aún en el momento de la carta, podía darse por hecho que Mary le habría dado la triste noticia.

Tan seguros estaban de que Tom les escribiría, que Daniel se había adelantado y había incluido su nombre en el periódico, entre los de quienes habían enviado mensajes de condolencias, aunque luego se había mostrado un pelín escrupuloso con el asunto. Bedelia, sin embargo, se burlaba de semejantes escrúpulos.

—Yo habría incluido su nombre de todos modos, aunque hubiera sabido que no daría señales de vida. No podemos permitir que la gente crea que ha desaparecido de nuestras vidas.

Daniel suspiró. Se temía que Tom Grimes hubiera hecho justo eso. Bedelia, en cambio, se negaba a asumirlo.

—Ya escribirá. Cualquier día de estos recibiremos carta —sostenía.

Entretanto, mientras llegaba el momento de conocer sus señas, cada mes Daniel guardaba un porcentaje de los beneficios, un dinero que iba a una cuenta que él mismo había abierto a nombre de Tom al día siguiente de la muerte de su suegro.

—No tiene mucho interés en el dinero, eso seguro —decía Bedelia, mordaz, a finales del segundo año, cuando estaban repasando los libros de cuentas y vio la cantidad a la que ascendían los beneficios de su hermano.

—Yo no pondría la mano en el fuego —discrepó Daniel—. A Tom no había quien lo entendiera.

Sin embargo, Bedelia no esperó a averiguar qué insinuaba con eso.

—Cuenta con ello. Ya verás, cuando lo necesite, dará noticias.

Pero aquella estimación de la naturaleza humana se basaba en la generalidad de los hombres, y no en el individuo en cuestión. Y aunque Daniel no estaba de acuerdo con ella, siguió ingresando el dinero cada mes, religiosamente.

Así pues, no le pilló del todo por sorpresa la tarde en que, sin reparar en quién hubiera en la tienda, Bedelia, toda ruborizada, entró por la puerta acolchada y le hizo señas para que se acercara. Nada más ver que tenía una carta en la mano, sacó la conclusión de

que era del excéntrico.

Pero no era de Tom Grimes. Era de Mary Conaty. Escribía para contar que se había encontrado otra vez con Tom, y que habían conversado un rato largo. Mary sabía que estaban muy preocupados por él, y les escribía para decirles que podían estar tranquilos.

—Está perfectamente, y parece que va prosperando —dijo Bedelia, citando, con la cara toda encarnada—. ¡Qué bien que nos haya escrito! Y que se haya tomado la molestia de contárnoslo todo con pelos y señales. Iba por Tremont Street (que debe de ser una calle de Boston) y hete aquí que se topó con Tom mirando el escaparate de una tienda. ¿Te imaginas, Daniel? ¡Qué casualidad!

Aunque Daniel estaba decepcionado, pues creía que la carta era de su cuñado, no quiso empañar la alegría de Bedelia, y se esforzó por mostrarse esperanzado.

—Bueno, por fin lo hemos localizado. A ver, cuéntamelo todo. ¿Cómo está? ¿A qué se dedica? —Alargó la mano para coger la misiva.

Pero Bedelia reaccionó con cierta reticencia y, actuando como si no hubiera visto la mano extendida, se apartó.

—Ah, luego te la dejo. Es que yo todavía no la he leído bien, solo la he ojeado.

Las evasivas no le pasaron desapercibidas a Daniel, y por un momento se entristeció. Antes de que se casaran, antes de que muriera el patriarca, parecía existir un vínculo más fuerte entre ellos que ahora. A él le gustaba pensar que era un vínculo de confianza, de querer lo mejor para Tom, pero ahora le parecía que solo había sido conchabanza contra él.

Hasta que entró a cenar no volvió a saber nada más de la carta de Mary Conaty.

—Con respecto a la carta que recibí esta mañana, Daniel —empezó Bedelia—, creo que lo mejor será que no se lo comentemos a nadie, al menos de momento. A fin de cuentas, no es información de primera mano, poco se diferencia de los chismorreos, y, por lo que sabemos, Mary Conaty podría estar mal informada de algunas de las cosas que nos cuenta. —Hizo una pausa, y Daniel comprendió que muy a su pesar se había decidido a compartir con él algo que le había parecido indigerible—. Es muy posible que esté equivocada en cuanto al empleo, por ejemplo —añadió, despacio y con cautela,

como si entre una palabra y la siguiente intentara ponderar su reacción.

¡Qué confabuladora nata!, pensó Daniel, con sentimientos encontrados. ¿De verdad creía que le había dicho a qué se dedicaba su hermano? Pero si eso le facilitaba las cosas, él estaba dispuesto a seguirle la corriente, sin rechistar.

—Me parece inverosímil que se haya puesto a trabajar de camarero, ¿verdad? —dijo Bedelia.

—¿Camarero?

A pesar de su determinación a entrar en su juego, Daniel no fue capaz de reprimir la exclamación de incredulidad, pero se arrepintió de la indiscreción al verla encogerse de angustia.

—Bueno, hay que tener en cuenta que en el extranjero uno no se establece de un día para otro —añadió, rápidamente.

Bedelia aceptó de buen grado el apoyo a su hermano.

—La gente se plantea el trabajo de otra manera en América. Allí uno acepta cualquier tipo de empleo, y ninguno se considera peor que otro. ¡No como aquí! Al parecer, es un hotel muy refinado. —En estas hundió la mano en el bolsillo y extrajo el sobre con la carta de Mary Conaty, en el que había escrito el nombre del hotel—. Parker House, se llama —dijo, como si el nombre debiera impresionarlo—. Mary Conaty habla de él como si fuera un gran éxito entrar a trabajar allí.

Era un momento complicado para Daniel, que quería mostrarse a un tiempo amable y también sincero.

—Supongo que a una persona con los orígenes de Mary Conaty un trabajo de camarero le parecerá algo superior, pero me temo que para tu hermano es una humillación, no se puede negar, Bedelia.

Bedelia se encendió al instante.

—¡No solo lo piensa Mary Conaty! Los Westropp, que son los patrones de Tom (alude a ellos en todas sus cartas), le contaron a Mary Conaty que era muy difícil que un joven entrara a trabajar en Parker House. Al parecer Mary les habló de él, porque sabía que estaban en contacto con sus empleados, y ellos le pidieron que se lo describiera. Ella lo hizo y enseguida se acordaron de él. Ya les había llamado la atención, supongo que lo vieron distinto de los demás. Le dijeron que tenía motivos para estar orgullosa de él. Que era como un principito.

Al repetir aquellas palabras de los desconocidos Westropp, la voz se le quebró de repente.

—¿Qué pasa, Bedelia? —preguntó Daniel.

—No, nada, nada —dijo—. Es que me he acordado de una cosa que le decían a Tom hace mucho tiempo, cuando era todavía un niño. Te lo he contado varias veces. Cuando mamá enfermó, yo tenía que cuidarlo, y lo vestía con un trajecito de terciopelo con un cuello de encaje blanco. Siempre me paraban por la calle para verlo bien y admirarlo, y justo eso es lo que decía la gente: que parecía un principito. Se me había olvidado hasta ahora mismo.

Para asombro de Daniel, sacó un pañuelo y se lo llevó a los ojos.

—¡Venga, mujer! —le dijo, pasándole un brazo por los hombros —. No es momento para llantos. Al revés. Ahora, por primera vez, tenemos su dirección, ya no tenemos que depender de terceras personas para ponernos en contacto con él. ¿Cómo podemos estar seguros de que recibió los otros mensajes? Ahora, en cambio, podemos escribirle directamente a él. Una carta dirigida a Parker House le llegará, seguro.

Se mostraba tan confiado que Bedelia guardó el pañuelo. Pero la carta que mandaron al hotel Parker House aquel mismo día volvió sin abrir, con una nota al dorso de parte de la dirección que decía que Tom Grimes había dejado el puesto sin facilitarles una dirección a la que remitirle el correo. En el hotel no estaban al tanto de su paradero.

—¿Y ahora qué hacemos? —gimoteó Bedelia, mirando la carta devuelta.

En efecto, era un revés, Daniel tenía que reconocerlo, pero estaba decidido a no tomárselo demasiado a pecho.

—Tú no te preocupes. Tendremos noticias suyas dentro de poco.

Sin embargo, veintisiete años pasaron desde el día en que Daniel hizo aquel comentario tan poco profético hasta que volvieron a saber algo del principito. Y no es que se olvidaran de él en todos aquellos años. Para empezar, contaban con un recordatorio mensual constante, cada vez que ingresaban dinero a su nombre en el banco, si bien sus reacciones no eran idénticas, y la de Daniel, de hecho, había perdido toda la compresión con el paso de los años. Al

principio solo se había preocupado de su propia honestidad e integridad al poner aparte el dinero, escrupulosamente, y también le complacía ver cómo se acumulaba al principio. Cada mes, al completar la transacción en el banco, le hacía el mismo comentario al cajero: «Bueno», decía, con complacencia, «aquí lo encontrará si algún día viene a buscarlo». Y en el camino de vuelta solía cavilar, con cierta dosis de orgullo, en la manera en que una pequeña cantidad de dinero va aumentando cuando se deja intacta, sumando y generando intereses. Conformaba ya una cantidad bastante considerable.

Pero, por algún motivo, a medida que se acumulaba el dinero la actitud de Daniel empezó a cambiar. Se magnificaron unos escrúpulos que habrían debido de menguar con los años. Y si bien antes no había dado apenas importancia a que un hombre abandonara una pequeña parte de un pequeño negocio, la verdadera naturaleza de aquella pérdida alcanzaba ahora cotas gigantescas, para todos los implicados, salvo para el propio Tom.

—No creo que tenga ni idea de la cantidad a la que asciende a estas alturas —le comentó a Bedelia.

Y empezó a variar los comentarios en el banco:

—La sorpresa que se va a llevar cuando aparezca y descubra lo que tiene aquí esperando.

Luego, cuando los años transcurridos desde que Tom se fuera comenzaron a medirse en décadas, Daniel empezó a pensar en la proporción inversa entre la suma y los años de que Tom dispondría para disfrutarla. Aun en el caso de que apareciera aquel mismo día, de qué le iba a servir. Se hizo presente una sensación de inmensa lástima por Tom, interrumpida solo por la lástima por sí mismo. Porque Tom sería un hombre más rico de lo que él sería jamás. Porque las cosas no habían prosperado, como auguraban los viejos tiempos, cuando Matthias Grimes aún vivía y él era un simple empleadillo fascinado por el establecimiento en el que humildemente servía. Ahora miraba con tristeza el localito y se preguntaba cómo había podido verlo como un negocio grande y boyante, porque a veces, sobre todo al atardecer, antes de que encendieran las lámparas, le parecía una cajita de cerillas, y costaba creer que un tercio de los beneficios que había generado hubieran dado lugar a una suma tan grande como la que figuraba a nombre

de Tom Grimes en el banco. Ni a Bedelia ni a él les lucían tanto los beneficios. De hecho, era muy poco probable que el negocio entero, instalaciones, existencias y clientela, valiera la mitad de la suma del banco. Y aunque siempre había considerado que se le daban bien los números, estaba desconcertado ante lo que le parecía una falacia matemática. ¿Cómo era posible que la parte hubiera llegado a superar al todo? Bedelia y él lo habían hecho lo mejor que habían podido. ¿Qué había ocurrido para que su éxito no alcanzara las expectativas de su ambición? ¿O era acaso que sus ambiciones habían sido distorsionadas, desproporcionadas para lo que era posible conseguir?

¿Quizá el negocio había sido siempre una cajita de cerillas, y sus sentimientos en el pasado no más que las ilusiones de un empleadillo sin un chelín?

¡Pero qué inmensas ilusiones debían de haber sido para codiciarlo tanto y que le pareciera tan importante evitar que Tom Grimes diera al traste con él!

Y cuando se quedaba allí por las noches hasta tarde, a veces se planteaba qué habría sido de él si Tom Grimes se hubiera mostrado inflexible y no hubiera renunciado a lo que le correspondía por derecho de nacimiento. Pero no lo cavilaba en profundidad, porque era muy poco probable que su vida hubiera cambiado sustancialmente. Habría dejado el empleo de Grimes & Hijo, pero solo para meterse detrás del mostrador de un negocio similar, seguramente en el mismo pueblo, porque aunque ahora se le antojaba que una vida como la que él había llevado no tenía nada de noble ni de elevado, sabía que aquel conocimiento filosófico solo lo había obtenido como fruto de la edad y la experiencia, y que no había habido nada dentro de él en su juventud que lo engendrara. Había optado por el único camino que se le abría a la sazón.

Solo hallaba un consuelo, el de pensar en los pequeños favores que había tenido ocasión de hacerle a la gente de vez en cuando, esto es, las veces que había fiado a las pobres criaturas que recurrían a él, muertos de vergüenza, sin dinero para pagar los alimentos que necesitaban. Si hubiera seguido siendo tendero por cuenta ajena toda su vida, no habría tenido la posibilidad de hacer aquellos favorcillos. De modo que las noches que pasaba en la tienda, mucho después del cierre, pensando en algunas de aquellas

pobres personas con las que había entablado amistad, recobraba el ánimo, lo bastante para poner fin a las sombrías reflexiones, apagar la vela y subir a meterse en la cama.

La actitud de Bedelia era completamente distinta. Ni siquiera al principio le había parecido necesario reservarle a Tom unos dividendos tan altos. A fin de cuentas, no aportaba nada al negocio, un factor que según ella había que tener en cuenta cuando calculasen el porcentaje de beneficios que le correspondía. De ahí que, desde el primer momento, le diera un poco de rabia ver a Daniel calarse el sombrero e ir al banco cada mes. Durante los primeros años tras la muerte de su padre, hizo todo lo posible por disimular sus recelos. Veía que el negocio iba considerablemente bien, pero no terminaba de crecer. Un día, cuando Daniel le enseñó el registro, ella dijo: «¿No tendría que aportar Tom algo de capital?».

Pero aceptó el argumento de Daniel de que eso solo complicaría la contabilidad, porque empezaba a estar ya muy harta de verlo constantemente con la cabeza metida en los libros. Se encogió de hombros. A fin de cuentas, él sabrá lo que hace, pensó, recordando lo competente que era en tiempos de su padre.

Con el paso del tiempo, no obstante, la promesa que encarnaba Daniel empezó a parecer tan solo la habilidad del siervo.

Si no, ¿por qué no habían prosperado más? A su esposo no le faltaba diligencia, pero algunas veces Bedelia lo veía echar serrín en el suelo, abrir o cerrar los postigos, y se le pasaba por la cabeza que a él lo que le interesaba no era el negocio, sino el local en sí, el objeto tangible al que podía prodigar todos sus cuidados y atenciones.

Estaba también la cuestión de que dudara tanto en adoptar la actitud del propietario en lo tocante a fiar. Esto le causaba tantas preocupaciones que el médico le advirtió que evitara irritarse. Y en los años que siguieron al nacimiento de su único hijo, los pensamientos de Bedelia se volcaron en temas domésticos del día a día.

Más adelante, cuando vio los libros de cuentas, sus recelos se transformaron en resentimiento. Habían pintado la tienda hacía poco, por dentro y por fuera, y aquello causó estragos en los beneficios. Examinó la columna de números registrados a nombre

de su hermano.

—Ah, conque también se va de rositas con esto… —dijo, furiosa. Se giró hacia Daniel—. No me importaría si le hiciera falta —añadió. Porque estaba firmemente convencida de que a su hermano le habían ido bien las cosas en América y que por eso nunca se había molestado en escribirles para reclamar su parte—. Sin duda, se reiría solo de pensarlo a estas alturas. Para él será una nimiedad. Los estadounidenses tienen una escala de valores completamente distinta a la nuestra, mientras que…

Miró desconsolada la tienda a su alrededor. Paradójicamente, desde que la habían pintado parecía menos boyante que antes, y pensó que en las estanterías recién pintadas la mercancía parecía más pequeña que de costumbre. ¿O era solo impresión suya? Obedeciendo a un impulso, salió al almacén que había en la parte trasera y echó un vistazo. Antes tenían más mercancía, sin duda. Volvió, resuelta a exigirle a Daniel una explicación, pero cuando llegó a la tienda y lo vio enfrascado en el registro, como siempre, la explicación vino sola. No era posible invertir dinero en dos direcciones al mismo tiempo, y ella sabía que había una cantidad considerable pendiente de cobrar procedente de los créditos.

El problema del crédito provocó acaloradas discusiones en vida de su padre.

—Lo siento —oía murmurar a Daniel—, pero no estoy en condiciones de fiarle bajo mi propia responsabilidad.

Detrás del mostrador, al otro lado de la tienda, con cuidado de no ser vista, ella había aplaudido la sensibilidad con que hacía frente a una situación complicada. Puede que lo tomara por eso, porque nunca se planteó que lo que dijera fuera la pura verdad, y que en cuanto él mandara empezaría a dar crédito a todo *quisque*.

Al principio solo a alguna que otra persona, y muy de tarde en tarde. Bedelia encontraba una entrada en el libro y cuando lo interrogaba acerca de la conveniencia de confiar en Fulano de Tal, él se limitaba a menear la cabeza.

—Es que estaban muy mal, Bedelia. Si nadie les fiara, se morirían de hambre.

—Pero ¿por qué tienen que recurrir a nosotros? ¿Por qué no van a otra parte?

Daniel siempre tenía lista la respuesta.

—Seguro que nos pagarán si están en condiciones de hacerlo.

—¿Y si no? —Apenas si era capaz de contener su irritación.

Pronto, los libros estaban a rebosar de deudas. Con tanto dinero comprometido, ¿cómo iban a llenar el almacén como en el pasado? Tal vez, como decía Daniel, les pagaran todo con el tiempo, pero entretanto ¿adónde iban a ir a buscar dinero para un adelanto?

En aquellos momentos era muy complicado pensar en el dinero de Tom, muerto de risa e inútil en el banco. De haberse ingresado a nombre de ellos, la cosa no habría sido tan grave, pero a Daniel solo le habría satisfecho la solución de ponerlo a nombre de su cuñado.

—Podríamos haberlo usado de manera provisional —se quejó Bedelia un día, con amargura.

El que no pudieran no parecía sino una prueba más de que la escrupulosidad de Daniel había limitado su capacidad de dar impulso a sus propios intereses.

Pero Daniel no daba su brazo a torcer.

—Es más seguro no disponer de lo que es de otro.

—¡De otro, dice! —exclamó Bedelia, escueta.

Solo era capaz de repetir con indignación las palabras de Daniel. Porque, en realidad, el dinero bloqueado le parecía cada vez más de ellos, y consideraba que la única razón que les impedía hacer uso de él era de orden técnico.

—Estoy convencida de que su intención era que nos quedáramos nosotros con su parte, a modo de regalo de bodas —dijo un día—. Cuando le dijimos que se lo mandaríamos en cuanto nos comunicara sus señas, lo único que dijo fue que lo dejáramos estar. No le presté mucha atención en aquel momento, pero ahora recuerdo claramente que me miró con un gesto peculiar, y aunque entonces no lo entendí ahora creo que nunca tuvo intención de facilitarnos su dirección. Dicho de otro modo: era su manera de decirnos que nos quedáramos el dinero.

A Daniel le parecía muy posible que Bedelia tuviera razón. Semejante actitud habría sido compatible con la generosidad natural de Tom. Pero no podían contar con ello, no tendría relevancia sobre sus circunstancias actuales, significara lo que significara para ellos la interpretación de su carácter.

—Puede que sea verdad eso que dices, Bedelia —contestó, un pelín seco—. Pero me temo que tus palabras de nada servirían con

el director del banco. Te equivocaste al no pedirle que hiciera una declaración por escrito.

Como si eso aún fuera posible, Bedelia suspiró.

—Ay, ojalá pudiéramos ponernos en contacto con él.

Sus discusiones siempre concluían con aquel deseo, con una sola diferencia: mientras Daniel lo deseaba con la esperanza de beneficiar al ausente, Bedelia lo hacía con la esperanza de que ellos sacaran partido.

—¡Bueno, quién sabe! Cualquier día de estos podría dar señales de vida, cuando menos te lo esperes.

Lo había dicho tantas veces que había dejado de tener otro significado que el de marcar el punto final a una conversación dolorosa.

Esta vez, sin embargo, Bedelia lo despreció abiertamente.

—¿Cuántas veces habré oído eso mismo? ¿Sabes lo que creo? Pues te lo voy a decir: yo creo que ha muerto.

Impresionado por su falta de tacto, Daniel la miró.

—Puede que lleve años muerto —dijo—. A fin de cuentas, es muy raro que Mary Conaty no se lo volviera a encontrar, o que nadie de aquí lo haya visto. Ay, cada vez que pienso en ese dinero arrumbado en el banco, con lo bien que nos vendría a nosotros…

Daniel estaba anonadado. ¿Es que no tenía sentimientos? Cómo podía hablar de la vida de su hermano de una forma tan cruel. Para él era completamente distinto. Era una cuestión de negocios. No los unían lazos de sangre.

—Si hubiera muerto, el dinero sería nuestro —dijo—, salvo en el caso de que se casara o tuviera hijos.

Era otro factor que debían tener en cuenta.

Llegados a este punto, sin embargo, Bedelia lo tranquilizó, segura de que su hermano no estaba casado.

—Habría reclamado lo suyo sin pensárselo, si hubiera sido el caso —dijo—. Por muy descabelladas que fueran sus ideas, su mujer lo habría apeado del burro en un periquete. Aunque hubiera ganado dinero a espuertas al otro lado del océano, a ella no le habría convencido dejarnos a nosotros las pocas libras que haya en esta orilla. Y si muriera, nos pondría un pleito para echarle el guante a nuestro dinero. Yo creo que puedes estar seguro de que no se casó.

Dado que el conocimiento de la psicología femenina de Daniel

quedaba estrictamente limitado al contacto con la mente de Bedelia, optó por dar por bueno el razonamiento de su mujer.

—Puede que haya algún modo de verificar esas cosas, y de interponer una contrademanda por gastos que se nos deben. Podríamos tener acceso al dinero si una orden judicial confirmara su fallecimiento. —Daniel había almacenado aquella información por si alguna vez les resultaba de utilidad.

—¿Quién te ha dicho a ti eso? —exclamó Bedelia, incrédula, pero con un destello de interés en la mirada.

Y no porque pretendiera recurrir a la ley todavía. Era como si su mente tuviera dos compartimentos. En uno no solo era capaz de tolerar, sino incluso de acoger con los brazos abiertos la idea de que Tom estaba ya muy lejos de cobrarse su recompensa, pero en el otro se negaba categóricamente a creer semejante cosa. La fuerza de la costumbre se lo impedía. ¿Cuántas veces en los años pasados no se había sobresaltado Bedelia al oír una voz en la tienda, creyendo que era la de su hermano? Y en los días posteriores a la sugerencia de solicitar una confirmación que lo diera por muerto, una suerte de nerviosismo culpable la hacía saltar con violencia al oír cualquier voz desconocida.

—Esperaremos todavía un tiempo antes de dar ningún paso —sentenció.

Daniel propuso que, entretanto, volvieran a escribir a Mary Conaty.

Bedelia le escribió esa misma noche.

Sin embargo, hasta cuatro meses después no llegó respuesta, y no de parte de Mary Conaty.

—La pobre Mary Conaty ha muerto, Daniel —informó nada más ojear lo escrito en la primera hoja.

—Bueno, pues asunto zanjado… —dijo Daniel, en un tono grosero para él.

—No, espérate —exclamó Bedelia, repasando la carta con la mirada, y saltando al nombre de la rúbrica—. Es de su hija Biddy, y Biddy dice que… —Volvió al principio—. ¡Qué amable! Va a buscar a Tom. No te lo vas a creer. Biddy iba con su madre aquel día en que Mary se lo encontró en la puerta del hotel Parker House. Hay que ver… Naturalmente, por aquel entonces era una niña, pero dice que se acuerda muy bien de él. Es que Tom era guapísimo, ¿verdad

que sí, Daniel? Tenía mucha presencia, yo siempre lo he pensado. De todos modos, de alguna manera o de otra tuvo que ser impactante, para que una niña lo recuerde. Tuvo que causarle una honda impresión, para que esté dispuesta ahora a echarnos una mano, aunque seguro que también lo hace por su madre; Biddy sabía lo mucho que quería Mary Conaty a nuestra familia. Tengo que escribirle ahora mismo y darle las gracias por el ofrecimiento.

Y así se inició una correspondencia frenética entre Bedelia y Biddy Conaty, cartas que ambas enviaban con regularidad, cada cierto tiempo, como cañonazos, sin esperar siquiera una respuesta-salva.

Daniel tenía serias dudas de que aquella joven fuera a triunfar donde su madre había fracasado, pero debía reconocerle la eficacia. Porque en la tercera carta Biddy les contó que, tras barajar que Tom Grimes pudiera estar muerto, había consultado el registro de defunciones remontándose hasta la fecha de la última vez que lo vieron con vida. Una tarea considerable para una joven, pensaba Daniel. Y, al no encontrar evidencia alguna del fallecimiento de tal persona, Biddy concluyó que había muchas probabilidades de que viviera todavía. Pero añadió, a juicio de Daniel con mucha astucia, que debía de ser un hombre muy mayor, y seguramente estaría incapacitado, de ahí que su siguiente propuesta fuera investigar en todos los hospitales del estado, las residencias para desahuciados, y hasta las instituciones que daban cobijo a ancianos indigentes.

—Mi pobre hermano —decía Bedelia cuando llegaron a aquella parte de la carta.

Se esforzaba por sentir compasión, pero lo único que sentía realmente era un renovado entusiasmo por la búsqueda.

—¡Qué amable, Daniel! —exclamaba, conforme llegaban al buzón una carta detrás de otra, dando alas ya a pequeñas esperanzas, ya a pequeños temores—. Debe de ser una chica encantadora. Cuando todo esto termine, tenemos que invitarla a que venga algún verano. Tiene parientes por parte de madre a las afueras del pueblo, claro, pero no parece la clase de chica que disfrutaría en el corazón del país, sin comodidades de ningún tipo. Le propondremos que se quede en nuestra casa.

—Es una chica fantástica, sí —convenía Daniel—. Ya verás como encuentra a Tom.

—Lo encontrará, sí, lo encontrará —decía Bedelia.

Aun así, recibieron con algo parecido a la conmoción el cable en el que Biddy Conaty afirmaba haber hecho precisamente aquello que ellos habían vaticinado tan a la ligera. Creía haber encontrado a Tom Grimes.

La noticia dejó a Daniel inexplicablemente inquieto.

—Ha encontrado a Tom Grimes —informó Bedelia—. Está enfermo —prosiguió, emocionada—. Biddy lo ha encontrado en un hospicio para moribundos.

Hablaba como si no sintiera ni padeciera, y Daniel se fijó en que llamaba a su hermano por su nombre y apellido. Pero no le sorprendía, porque él tampoco sentía nada.

—¿Ha hablado con él? ¿Qué le ha dicho? —preguntó por fin.

—Todavía no ha ido a verlo —dijo Bedelia—. Solo nos ha escrito para informarnos de que ha dado con él. La residencia está en un lugar llamado Norwood. Solo ha estado en contacto con el personal, por carta y por teléfono. —De pronto, cayendo en otro aspecto del asunto, se detuvo en seco—. Tendremos que resarcirla por todos los sellos y cables —dijo—. No podemos permitir que haga todo esto a pérdida. Esperemos que no haya hecho muchos gastos.

Daniel no le dio importancia.

—Bah, no te preocupes. Eso nos parecerá una insignificancia, si lo ha localizado.

Siempre podían servirse del dinero del propio Tom, pero antes de poder echarle mano tendrían que hacer mucho papeleo. Entretanto, tendrían que sacar de alguna parte dinero contante y sonante. Tendrían que pedir un préstamo contando con devolverlo con el patrimonio de Tom Grimes.

—Es una pena que no haya esperado a verlo para escribirnos —dijo.

—Por favor, Daniel, me parece que es el comentario más ingrato que he escuchado en mi vida. La pobre muchacha no habrá podido esperar para darme la noticia. Aunque no espero que lo entiendas. A fin de cuentas, no es hermano tuyo. —Sacó el pañuelo—. ¡Mi único hermano! —sollozó—. ¡Y pensar que está a la muerte en un asilo para desahuciados! ¡Moribundo!

Daniel, sin embargo, no perdió la compostura.

—Un hombre llamado Tom Grimes está moribundo —dijo, parco

—. No es del todo imposible que se trate de tu hermano, pero tampoco lo es que sea otra persona completamente distinta que por casualidad se llame como él.

Tan atónita estaba Bedelia que solo fue capaz de mirarlo boquiabierta, con un gesto que rayaba en la imbecilidad.

—¡No, si yo diría que es él! —se apresuró a añadir—. Y he hecho mal en criticar a la chica. Hay que reconocer que se ha encargado de todo con mucha diligencia.

Sí. Biddy Conaty no había escatimado esfuerzos. Había hecho todo lo factible. Fueron los hechos que sacó a la luz lo que resultó ser insatisfactorio, tal y como reveló su siguiente carta.

> Queridos amigos:
>
> El sábado pasado fui a Norwood, como les dije. Averigüé que, tal y como me habían informado las autoridades, había allí un paciente que respondía al nombre de Thomas Grimes. No pudieron darme mucha información sobre él, dado que era un paciente ingresado de urgencia, llegado en ambulancia desde una casa de huéspedes de un barrio pobre de la ciudad. Todo apunta a que el pobre hombre había perdido el conocimiento como consecuencia del agotamiento.

Bedelia se mordió el labio, pero siguió leyendo:

> Cuando lo ingresaron yo no pude verlo. Estaba muy débil, pero fue capaz de dar su nombre, que se correspondía con el que había dado a la dueña de la pensión, que llamó para preguntar por él varios días más tarde. Cuando las autoridades la interrogaron, sin embargo, no pudo facilitarles ningún dato útil, dado que se había instalado en su establecimiento la víspera del colapso. Esta persona, a la que procuraré ir a ver, evidentemente no sabía nada en absoluto de él. Solo llamaba al hospital por si la acusaban de negligencia, puesto que el hombre estaba muy flaco y parecía desnutrido. Llevó sus cosas al hospital.

Pensé que entre sus pertenencias encontraría algo que sirviera para identificarlo, pero lógicamente las autoridades habían tenido la misma ocurrencia y lo habían revisado todo, sin éxito. Solo había unos pocos efectos personales, un jersey de lana muy usado, un rollito de franela roja con dos imperdibles, una cuchilla de afeitar, una brocha, un par de botas de recambio y un horario de trenes. El contenido de los bolsillos no tenía ningún interés para la identificación.

En este punto era evidente que había un cambio en la caligrafía, y el momento en que retomaba la carta quedaba señalado por una tinta de distinto color. Decía así:

Desde que empecé la carta he tenido varias interrupciones, y estoy segura de que se estará usted preguntando por qué no voy al grano y le cuento si he vuelto a Norwood. Pues sí, he vuelto.

Y me temo que la visita no ha sido tan satisfactoria como yo esperaba. El pobre hombre ha intentado colaborar todo lo que ha podido, pero era verdad lo que decía el personal administrativo de que estaba muy mal y se debilitaba enseguida. La enfermera decía que la cabeza la tenía completamente en su sitio cuando se trataba de acatar órdenes sobre medicamentos y cosas así, pero parecía incapaz de entender por qué había ido yo a verlo. Por supuesto, no he podido hacerle muchas preguntas, pero me las he apañado para ir introduciendo poco a poco en la conversación unos cuantos nombres para ver si le resultaban familiares. Primero he nombrado a mi madre, y luego la he nombrado a usted, tomándome la libertad de llamarla por su nombre de pila. Luego, poco a poco, he empezado a hablar de Irlanda. Creo que cuando he aludido a «la vieja patria», como la llamaba siempre mi madre, ha sido cuando le ha cambiado un poco el gesto, pero, claro está, es muy difícil juzgar el estado de ánimo de los ancianos, y la enfermera me ha dicho que podía tratarse de una mera contracción nerviosa.

Yo, sin embargo, estoy convencida de que le cambió la cara, por eso me animé a decir algo más sobre los viejos tiempos que mi madre me contaba, y esta vez no hubo duda: hizo una señal de que reconocía lo que le decía. Al menos, se llevó las manos a la cara, igual que un niño. Yo creo que debió de sentirse mal, o algo. Me dio mucha pena, y en ese momento me convencí del todo de que se trataba de su hermano.

Caray, me temo que esta carta no va a resultarle muy satisfactoria, pero solo espero que me crea cuando le aseguro que he hecho todo lo que estaba en mi mano. Iré a verlo otro día, por supuesto, y le he facilitado mi dirección al personal del hospital, que me notificará cualquier cambio. Quizá, si mejora, podré interrogarlo un poquito sobre su juventud.

Espero que se encuentren bien. Ojalá tuviera más información.

Atentamente,
Biddy Conaty

P. D.: Acabo de caer en que estarán pensando que no he dicho si lo reconocí o no, puesto que ya les dije que lo conocí siendo yo niña. Pero como comprenderán, los años lo han cambiado mucho, por no hablar de la enfermedad y la necesidad. Además, yo siempre he pensado que la gente que guarda cama nunca está del todo como tiene que estar, sobre todo en un hospital. Y, al fin y al cabo, yo era muy niña cuando se supone que lo vi, y seguro que en todo ese tiempo he podido confundirlo con otra persona.

B. C.

—¿Pero tú estás oyendo esta sarta de sandeces? —exclamó Bedelia en el mismo resuello con que leía la última línea—. Al final sí que va a ser un poquito lerda. O eso, o en realidad nunca lo vio. A mí me da igual lo que dice de la edad y esas cosas: si alguna vez

ha visto a Tom Grimes, tendría que ser capaz de reconocerlo, salvo que sea tonta de capirote. —Repasó de nuevo la carta con un gesto de exasperación—. ¿No podía decirnos si tenía la misma complexión que nuestro Tom, si tenía las mismas facciones? —Pero era demasiado exasperante planteárselo siquiera—. ¿Y esto dónde nos deja? ¿Ahora qué hacemos?

La situación era extraordinariamente complicada. Incluso Daniel se dio cuenta de que estaban en un brete.

—De todos modos, lo mejor será que le mandemos algo de dinero —dijo por fin—, y le pidamos que se encargue de que a ese hombre no le falte de nada.

Porque una cosa estaba clara: si era el hermano de Bedelia, no se había convertido en el millonario que a ella le gustaba imaginar.

—¿Y si no es nuestro Tom? —protestó Bedelia.

Daniel negó con la cabeza.

—No creo que nos suponga mucho gasto, sea quien sea —dijo—. O, al menos, no creo que el gasto se prolongue mucho tiempo. —Y estiró la mano y cogió la carta.

—A saber. La chica dice algo de ir a verlo otra vez cuando mejore.

—«Si mejora», no «cuando mejore» —corrigió Daniel—. Y yo no creo que vaya a mejorar —añadió.

—¿Me estás diciendo que crees que se va a morir y nos va a dejar en la ridícula situación de no saber con seguridad si es mi hermano o no? —Era como si la totalidad de los años, con sus varios grados de suspense, se hubieran comprimido en un único momento insoportable—. ¡Cómo puede ser tan idiota esa chica! —Se retorció las manos—. ¡Y pensar que todo se resolvería en un segundo si yo pudiera echarle un solo vistazo, solo uno!

No era más que una forma de hablar, la expresión de su irritación y su enfado, pero en ella estaba la semilla de una idea que bastaba con liberar para que germinara.

—¿No estarás pensando en ir hasta allí, no, Bedelia?

—¿Tú estás chalado? ¿O te crees que lo estoy yo? —A Bedelia, en aquel momento, le pareció inverosímil la idea de ir a América.

Sin embargo, solo cinco días más tarde, Daniel, en calidad de agente, tras acelerar las formalidades con la compañía naviera, partió con Bedelia rumbo a Cork para embarcarse en el *SS Samaria*

rumbo al puerto de Boston.

La travesía fue mala. La niebla con que zarparon en Cork no se levantó en todo el camino, y la sirena de niebla sonó constantemente. Bedelia por poco no se vuelve loca. Los primeros cuatro días de viaje no salió del camarote, presa de unos mareos mortales.

Daniel no lo pasó tan mal. Se hizo al barco en un día o así, y se entregó a distracciones como el tejo y adivinar cuántos nudos habían recorrido cada día. También estaba muy pendiente de las marsopas, y se interesaba una barbaridad por los buques que se cruzaban, sobre todo de noche, cuando estaban alumbrados y parecían hoteles flotantes. Una vez le pareció ver un tumulto en el agua, posiblemente una ballena. Además, hizo amigos, pero no les hablaba de ellos a Bedelia, porque se irritaría aún más.

Hasta el quinto día no subió a la cubierta Bedelia, debilitada y con la cara descompuesta.

Era muy típico de ella que su primer y único encuentro con el resto de pasajeros se produjera con una figura angulosa vestida de luto de los pies a la cabeza. Su marido había muerto en el transcurso de su primer viaje de regreso a Inglaterra, a la que volvían después de cuarenta años, y ahora se disponía a enterrarlo en Estados Unidos. El ataúd estaba en la bodega.

Antes de conocer a Bedelia, la mujer no había hablado con nadie en todo el viaje, pero con ella hizo buenas migas al instante. Se las veía constantemente paseando por la cubierta y manteniendo conversaciones aciagas. Al cabo de un día o dos, Daniel empezó a percibir que la leve repugnancia que los demás pasajeros experimentaban por la viuda se había hecho extensiva a Bedelia, también de negro. De hecho, una tarde estaba en el bar, donde, pese a ser abstemio, pasaba mucho tiempo porque allí estaba el tablón de noticias, en el que publicaban los resultados de varias competiciones, y un inglés al que no había visto hasta ese momento levantó el vaso en dirección a las dos mujeres, visibles a través de las claraboyas, que paseaban arriba y abajo por la cubierta.

—Qué repelús pensar que el tipo está en la bodega, ¿eh? —dijo el hombre—. ¿Y no habría sido mejor enterrarlo allí mismo, en vez

de tanto trasegar con ese pobre diablo?

Por un momento, los dos hombres tuvieron una funesta visión del ataúd en la bodega, bien sujeto, sin duda, y atado, pero en cuyo interior visualizaron al difunto, como un volante, meneándose adelante y atrás con los incómodos movimientos del agua. Se rieron con embarazo.

—Me juego lo que sea a que mi señora no se tomaría tantas molestias —añadió el hombre, pero la calidez de su voz insinuaba una relación tan afable que la mente de Daniel conjuró enseguida la imagen de una mujer grandota, con la cara colorada y el pecho siempre desparramándose arriba y abajo por la risa.

Como si el inglés le hubiera leído el pensamiento, señaló de nuevo hacia donde las dos mujeres de negro, que ya habían dado la vuelta entera a la cubierta, arrancaban la segunda ronda.

—Es una antipática, no hay más que verla. Seguro que tiene un muy buen motivo para llevar al pobre fiambre de vuelta a los Estados Unidos. Mire qué cara tiene. No soporto a las confabuladoras.

Daniel descubrió sobresaltado que el inglés había confundido a Bedelia con la propietaria del cadáver. Demasiado violentado, demasiado abochornado para corregirlo, masculló una excusa y se dirigió al salón. Pero no fue capaz de quitarse de la cabeza la despectiva descripción de Bedelia.

A la pobre Bedelia daba pena verla. Más tarde, mientras Daniel intentaba concentrarse para hacer su predicción de la velocidad del buque aquel día, volvió a verla pasar. La otra mujer había bajado. Bedelia estaba sola. Le impactó su mal aspecto; el aire salobre y violento le apartaba el pelo lacio de la cara flaca. Había envejecido mucho en los últimos meses. Últimamente no parecía ella. Quizá la hubiera desatendido. Salió corriendo para reunirse con ella en cubierta.

—Ah, estás aquí, Bedelia. Esta noche hay un concierto —dijo—. Estaba pensando que podríamos quedarnos.

Bedelia lo miró escandalizada.

—Me temo que a mí no se me olvida el motivo de nuestro viaje con la misma facilidad que a ti, Daniel —replicó. Y, apartándose, reanudó la caminata por la cubierta con paso luctuoso.

Sin dejar de vigilarla, Daniel resolvió que, en cierto sentido,

tenía razón. Él había disfrutado el viaje; mucho, en realidad; pero no le parecía que hubiera de sentirse culpable por ello. Naturalmente, para él Tom Grimes era solo su cuñado. Aun así, habían pasado cuarenta años desde que Bedelia lo vio por última vez. Quién se iba a imaginar que sus sentimientos estuvieran aún tan a flor de piel.

Sin embargo, si bien Daniel disfrutó considerablemente la travesía, cuando llegaron al otro lado no se sintió ni una pizca menos perdido e inseguro que ella.

Para empezar, jamás habían oído un estrépito semejante en toda su vida. Mientras se alejaban del muelle se oían sirenas, y cuando supuestamente dejaron atrás el babel de la zona portuaria el taxi salió a una calle por la que pasaba un tranvía eléctrico, con un ruido tan ensordecedor que se quedaron mudos, uno al lado del otro, esperando con desesperación que se les revelara el auténtico carácter de la ciudad. Pero, dado que Biddy Conaty les había reservado un hotel cuyo único mérito era su cercanía al hospital, que estaba situado en un barrio pobre, al cabo de pocos minutos se encontraron aproximándose a una calle poco mejor que cualquiera de las que habían transitado, y empezaron a pensar que toda la ciudad debía de ser igual de clamorosa y atronadora.

Y justo antes de que el taxi se detuviera al otro lado de la calle se fijaron en que en el punto donde confluían un callejoncito y la vía principal se había concentrado una muchedumbre.

—¿Habrá habido un accidente? —preguntó Bedelia, dudando si bajarse del coche.

Pero Daniel la obligó a apearse y emprender las escaleras del hotel. En el peldaño más alto, sin embargo, Bedelia se detuvo y echó un vistazo. Al gozar de una visibilidad total por encima de las cabezas de la multitud, vio claramente lo que ocurría, lo vio, sí, pero ¿lo entendió? No. Desconcertada, se apretó contra Daniel, porque a través de un agujero de lo que parecía una sábana blanca normal y corriente, levantada con ayuda de un marco de madera, sobresalía una cabeza negra llena de pelo, y justo en el momento en que Bedelia miró, un hombre de entre la multitud agarró algo, no distinguió el qué, una piedra o un nabo, algo grande y redondo, en cualquier caso, y apuntando directamente hacia la cara negra y sudorosa, o eso parecía, falló por solo un centímetro.

—¡Dios santo! Pero ¿qué están haciendo? —exclamó, mareada y desfallecida.

Le pasaron por la cabeza retazos confusos de comentarios que había oído sobre linchamientos y sobre la ley de la calle, y se llevó las manos a la cara, y entonces, rápidamente, uno detrás de otro, media docena de hombres alzó los brazos y lanzó misiles a la cabeza puesta en la picota.

—¿Qué es eso, Daniel? —gritó de nuevo.

—Vamos dentro.

Fue todo lo que Daniel pudo decir, pero ninguno de los dos era capaz de mover ni un músculo.

Entonces, mirando entre los dedos, Bedelia vio el objeto redondo volar otra vez por los aires, en esta ocasión emitiendo un ruido nauseabundo al dar de pleno en la cara del negro y estallando y salpicando todo, la cara sudorosa y la sábana, con una masa pulposa y suave.

Se le encogió el corazón. Por un momento creyó que era la cara carnosa de la víctima lo que había estallado, pero luego se dio cuenta de que había sido una especie de calabaza de aspecto grotesco y antinatural, que nunca antes había visto. Y el negro, sin poder limpiarse la suciedad de los ojos y la boca, agitaba la cabeza para quitarse de encima las salpicaduras de la masa nauseabunda. Pero Bedelia vio que, antes de poder liberarse del todo de aquella pasta, el hombre abría la boca inmensa y soltaba una carcajada. Mientras frente a la caseta un empresario con bata blanca procedía aparatosamente a pagar a quienes habían acertado, la multitud estalló en un aplauso.

Se trataba de un espectáculo de feria. Disgustada y desdeñosa, Bedelia se metió en el hotel, seguida por Daniel. Ya era mala suerte que hubiera sido testigo de semejante cosa en semejante momento. Aun así, solo se trataba de una manifestación pública, pero les dio una pista sobre cierta diferencia de actitud, que ellos mismos sufrirían en sus carnes al cabo de poco, en el ámbito de lo privado, por acontecimientos que estaban por venir. Si esperaban presenciar un espectáculo de feria, habían acudido al lugar adecuado.

Habían acordado que Biddy Conaty se reuniría con ellos en el hotel,

de modo que no les pilló por sorpresa que nada más acceder al vestíbulo la joven que estaba allí sentada se levantara y se les acercara. Para su agitación, en cambio, no estaban tan preparados.

—¡Cuánto me alegro de que por fin estén aquí! —exclamó, y un penoso rubor se le extendió por la bonita cara.

Ha muerto, pensó Bedelia, y así lo dijo.

—Sí, anteanoche —les informó la joven, casi con indiferencia, y a continuación les reveló el resto de la historia, como si la muerte fuera un mero detalle, una cuestión sin apenas importancia, en comparación con lo otro que tenía que contarles. Ni siquiera le dio tiempo a Bedelia a recuperarse de lo que, al fin y al cabo, era un duro golpe. Parecía no pensar más que en sí misma, por el motivo que fuera. De hecho, temblaba, y a duras penas construía un discurso coherente—. Tienen ustedes que perdonarme, pero ha ocurrido lo peor. No se lo conté en las cartas, porque en aquel momento no me parecía que tuviera importancia, pero ahora me doy cuenta de que tal vez tendría que haberlo dicho. Verán, además de mí, había un hombre que iba a visitar a su hermano; yo lo sigo llamando así, pase lo que pase. El otro visitante era un hombre muy rico, un agricultor del Medio Oeste que se había venido a vivir a la costa este, y un día, no recuerdo exactamente cómo, se enteró de que su hermano estaba en el hospital y fue a verlo, porque al parecer Tom (así lo llamaba) había trabajado para él hace años y lo tenía en muy alta estima. Debo decir que al principio me parecía un hombre muy generoso. Le llevaba al pobre moribundo fruta y revistas y toda clase de cosas, y les pedía a las enfermeras que no escatimaran en nada, y que le mandaran a él la factura. Yo no dije nada porque, como es natural, su hermano podría haber estado en el Medio Oeste todos esos años en que nadie sabía de su paradero, y si no se le caían los anillos por trabajar de camarero, perfectamente podría haberse puesto a hacer de jornalero.

Biddy no era consciente del efecto que sus palabras tenían en Bedelia, cuya agitación aumentaba por momentos. Lo que a sus ojos había sido un empleo digno para alguien que luchaba por salir adelante no parecía coincidir con la visión de Biddy. Después de tantísimo tiempo, Daniel recordó su propio comentario de que Mary Conaty podría considerar el oficio de camarero como algo bueno. Pues bien, sin duda su hija tenía otra opinión.

Bedelia, con la cabeza bien alta, dio una respuesta en consonancia:

—Ejerciera el oficio que ejerciera, sigue siendo mi hermano y se merece toda nuestra consideración.

Daniel notó que el rubor le coloreaba las mejillas. Por la prepotencia de su mujer, incluso allí, incluso en Estados Unidos, donde las cosas eran tan distintas; qué orgullosa era.

Biddy prosiguió.

—A decir verdad, no vi nada de malo en que ese otro hombre fuera tan amable con su hermano. Si hubiera estado en mi lugar tal vez habría obrado de otra forma, pero cuando me di cuenta de que estaba reclamando el cuerpo las cosas tomaron otro cariz. Se atribuyó la organización del funeral y me vi obligada a pararle los pies. Fui al hospital y les expliqué que venían ustedes de camino, y que estarían aquí a tiempo para el entierro.

—¿Y qué dijeron ellos? —quiso saber Daniel.

—No hace falta que les transmita todo palabra por palabra… —repuso Biddy con delicadeza, pero al ver que Daniel fruncía el ceño superó los escrúpulos por la sensibilidad de los recién llegados—. Bueno, pues el hombre dijo: «¿Y quién demonios son esos dos?». Creo que lo juzgué mal desde el principio. Es un poquito ordinario, y de los que cuando se enfadan montan una buena. Le expliqué todo enseguida, como es natural, y él me respondió una cosa que me dejó totalmente patidifusa. Me dijo que, que él supiera, Tom Grimes no había pisado Irlanda en toda su vida, que el propio Tom le había dado a entender que había nacido en Estados Unidos, allí mismo, en el Medio Oeste, de hecho. «¡Pero eso no puede ser!», respondí yo, y empecé a contarle todo lo que sé sobre su hermano. —Titubeó—. Sobre nuestro Tom Grimes, digo, pero él se echó a reír. A mí me sentó muy mal, como comprenderán. Y me dijo que hacía treinta años que conocía a Tom Grimes y que jamás le había oído hablar de la vieja patria.

Bedelia no podía seguir escuchando aquello.

—¿Me está diciendo que nos ha hecho cruzar el Atlántico para buscar una aguja en un pajar? —exclamó. A pesar de la buena presencia de Biddy, Bedelia se acordó de que su madre fue antaño su sirvienta—. Debo decir…

Pero los acontecimientos por los que había pasado Biddy en las

últimas horas la habían transportado a un estado de excitación que la hacían inmune a la cólera de Bedelia. En efecto, le restó importancia, como si fuera una nimiedad.

—No lo entiende —dijo, con impaciencia—. Es mucho peor de lo que cree. No he podido comunicarme con ustedes en toda la semana, mientras estaban en alta mar, pero días antes de que muriera, aunque no hubiera nada demostrable, tuve una corazonada, solo una corazonada, sin duda, pero ya sabrá usted que algunas veces son completamente de fiar. Pues, como le decía, tuve la corazonada de que era posible que el hombre del Medio Oeste no lo supiera todo. Decía que jamás había oído al pobre Tom hacer alusión a la vieja patria. Pues bien, si fuera su hermano, no sería raro, ¿verdad? Lo de no contarle a nadie que se había rebajado a ser un simple obrero habría sido para él una cuestión de orgullo. Incluso puede que tuviera alguna idea en la cabeza, que no quisiera avergonzarlos a usted y a su familia. ¡Nunca se sabe! ¡Y hay algo más en lo que no había pensado hasta ahora! Yo estaba juzgando a Tom a partir de cosas que habían dicho mi madre y otros conocidos de Irlanda. Hablaban una y otra vez de su tierra, pero claro, vivían en el campo, así que ¿cómo no iban a estar siempre recordando los arbustos de majuelo, el cuco y las codornices, las ciénagas y los caminillos? Su hermano, en cambio, vivía en un pueblo, ¿a que sí? No habría mucho que recordar, ¿verdad?

Involuntariamente, a Daniel se le pasó por la cabeza que Bedelia se había equivocado con respecto a la segunda generación de los Conaty, cuando comentó lo mucho que valoraría la chica quedarse en su casa y no con los parientes de su madre.

—Bueno, como decía, empecé a sentir el pálpito de que quizá no me equivocaba con el pobre hombre, y entonces, la última vez que lo vi antes de que muriera, aunque estaba mucho más débil, claro, y no podía hablar, me convencí casi del todo de que era su hermano. —Se encogió de hombros—. Solo era una sensación, claro, pero, como le decía…

Pero Bedelia también era una mujer. Conocía aquellas corazonadas.

—¡Ya lo sé! —exclamó.

Daniel vio que, a ojos de Bedelia, Biddy estaba del todo exonerada, se había reintegrado en su papel de confidente y aliada.

Bedelia la agarró de un brazo.

—¿Insinúa que el hombre ese es un impostor? ¿Insinúa que está intentando reclamar a nuestro Tom? —En las mejillas le ardieron sendas manchitas febriles, y se giró hacia Daniel—. Ay, ¿qué clemencia nos hemos encontrado? Con lo que he sufrido en ese barco horrible, en ese camarote asfixiante, con la sirena de niebla dale que te pego… pero no ha sido en vano. Ha sido la Providencia, un acto de Dios. Ese hombre se ha enterado de lo del dinero, me imagino —exclamó febrilmente—, y se cree que va a quedárselo. ¡Eso es! Se cree que si da argumentos suficientes, podrá…

La voz de Daniel, sin embargo, no vaciló.

—Cálmate, Bedelia, te lo ruego. Si ese hombre hubiera sabido lo del dinero, lo cual, debo decir, es muy poco probable, y si tuviera intenciones de quedárselo, cosa también muy poco probable, dado que Biddy dice que es muy rico… Pero si fuera posible semejante cosa, ¿no ves que va por mal camino para que prosperen sus intereses? Está haciendo todo lo contrario. El dueño del dinero es nuestro Tom. Su Tom Grimes no podría reclamarlo de ninguna de las maneras. No, cariño mío, me temo que nos enfrentamos a algo más difícil aún de comprender.

—Pero ¿qué…? —empezó Bedelia.

Daniel se encogió de hombros. E incluso Biddy pareció incapaz de dar una razón para la actitud persuasiva del hombre del Medio Oeste.

—Él dice que solo quiere hacer el bien con un fiel sirviente —dijo, pero al mirar el sencillo pero respetable atuendo de Bedelia, se ruborizó por haber empleado el término «sirviente». Una parte de su entusiasmo menguaba. Con cierto nerviosismo, prosiguió—: Ha comprado una parcela en el cementerio y ha encargado un ataúd precioso, y dice que…

Pero antes de contarles nada de la estatua conmemorativa, de la cual había visto una foto de muestra, se acordó de otra cosa, hundió la mano en el bolso con cierto apuro y extrajo un robito de papel.

—Aquí está el dinero que me mandaron por cable para los gastos del funeral —dijo. Era evidente que Biddy no había estado a la altura del hombre del Medio Oeste—. Espero que no piensen que todo esto ha sido culpa mía —añadió, y no solo se la veía muy poco resuelta, sino que estaba claro que en aquel momento se arrepentía

de haberse involucrado en el asunto. Pero entonces se recompuso, hasta el punto casi de desafiarlos—. No me parece que importe mucho, en realidad, si, total, ya ha muerto, y la estatua que el hombre está construyendo es preciosa. Me enseñó una foto del catálogo de la funeraria. No podría haber elegido nada mejor. Lo cierto es que no ha reparado en gastos… —Insinuó que solo el monumento ya costaba más que todo el dinero que ellos le habían enviado—. También le ha encargado varias misas —añadió al cabo de un momento—. Se lo sugerí yo. Tom llevaba una medalla al cuello, ¿saben? Yo no lo sabía cuando les escribí la primera vez. Solo lo he sabido cuando ya había muerto. La enfermera me preguntó qué hacer con ella. Le pedí que se la dejara puesta, claro, pero no le di mayor importancia hasta que no volví a mi piso. De pronto, pensé que la medalla era la prueba de que se trataba de nuestro hombre. Pero cuando me puse en contacto con el señor Coulter (así se llama el del rancho), me dijo que no indicaba nada. Dijo que jamás había conocido a un irlandés que no llevara una medalla siempre encima. Que si un irlandés se emborrachaba, o sufría un atropello, lo primero que uno veía al abrirle la camisa era una medallita. He hecho todo lo que he podido, pero él me ha desmontado todos los argumentos.

Entonces, percatándose quizá de que la responsabilidad que había recaído con contundencia sobre sus hombros ya no era suya, se animó.

—Puede que ustedes consigan imponerse, ahora que están aquí. A ustedes quizá les haga caso. Le dije que llegaban hoy. —Consultó el reloj con aire culpable—. Le dije que iríamos directos al hospital en cuanto llegasen.

Muy atento, Daniel agarró a Bedelia por la cintura.

—¿Te ves capaz, Bedelia?

Naturalmente, solo podía haber una respuesta a la pregunta. Todo dependía de ella. Se puso de pie.

—Vamos.

Daniel quería aplacar primero a las dos mujeres. Detestaba el melodrama.

—No creo que un desconocido del Medio Oeste se atreva a rebatir la palabra de la mismísima hermana del difunto.

Solo tenía una preocupación, que las autoridades del hospital les

permitieran verlo.

—Me han asegurado que no colocarán la tapa mientras no identifiquen ustedes el cuerpo. No cerrarán el ataúd hasta que llegue el coche fúnebre a la morgue —añadió Biddy.

El portero les paró un taxi.

Daniel instaló a las dos mujeres. Él se sentó junto a Bedelia, pero naturalmente no esperaba que ella tuviera ganas de hablar.

Volvió la cabeza hacia la ventanilla. Daniel, que se sentía en la obligación de ser educado, le prestó toda su atención a Biddy.

—Las autoridades hospitalarias se han portado muy bien, teniendo en cuenta la irregularidad del asunto —cotorreaba Biddy —. En realidad, les pareció una bobada inmensa oponerse al ofrecimiento del otro hombre. Si de todos modos iba a tener un entierro católico, no entendían que me alterase tanto. —A pesar de la solemnidad del momento, soltó una risita—. Pensaron que me alegraría de que tuviera un funeral tan elegante a cuenta de otro.

Sin embargo, al ver la cara que ponía Daniel, se contuvo.

Se acercaban al hospital. Bedelia, que había oído todo el parloteo de la chica, como en un sueño, miraba por la ventanilla del taxi, donde un número desproporcionado de personas parecía apresurarse por las aceras abarrotadas. Entre ellos, aquí y allá, en más de una ocasión, creyó ver a varios jóvenes curiosamente parecidos a Tom, aunque ninguno tan guapo como él. Había sido tan guapo que Bedelia se planteó que su belleza hubiera desempeñado cierto papel en su perdición. Se preguntó si habría llevado bien los años transcurridos desde que se vieron por última vez. Debía prepararse para un cambio grande en él, se decía, pero la idea no calaba del todo en su mente. Seguía viéndolo igual que la última vez, joven, alegre, y bromista, y se le vinieron a la cabeza las palabras que tantas veces había empleado para describirlo. Era un principito. Lentamente, las lágrimas le empañaron los ojos y se derramaron por sus mejillas. Por primera vez desde que era una niña no había connivencia en el corazón de Bedelia. Toda consideración económica se había desvanecido. Era como si un ángel de luz se hubiera sentado a su lado en el taxi en sombras, iluminándolo todo con un resplandor cegador.

Daniel, que la miraba con disimulo, observó que un gran cambio se operaba en ella, y no supo cómo tomárselo. Solo esperaba que no

se viniera abajo. Estaban ya muy cerca del hospital. Alargó la mano para tranquilizarla con una palmadita en la rodilla.

—No te arrepientes de que hayamos venido, ¿verdad? —preguntó, y se quedó sorprendido con la vehemencia de su respuesta.

—No, al revés, me alegro, me alegro mucho, Daniel —contestó.

Y era verdad. Tenía el corazón a rebosar de amor por su hermano, su hermano pequeño, que tantos quebraderos de cabeza le había dado siendo niño, su hermano jovial e insensato, cuyo encanto había encarnado tanto peligro que ella tuvo que intervenir en su destino, por su propio bien; su hermano, que tras una palabra suya había cortado todos los vínculos con su hogar y su familia, y se había ido a aquella tierra desconocida.

Durante años Bedelia había creído que jamás volvería a verle la cara, y ahora resultaba que después de todo sí que lo vería. Verlo en la muerte, ni más ni menos que en vida, comparado con la agonía de no volver a ver aquel rostro nunca más, supondría un dolor exquisito, casi placentero. Porque era su Tom. En su corazón estaba segura de ello.

El taxi se detuvo.

—¡Ya hemos llegado! —informó Biddy.

—¡Por aquí, Bedelia! —dijo Daniel conforme subían las escaleras.

—¡Por aquí, por favor! —les dijo una enfermera que los condujo por un pasillo blanco muy largo.

—¡Bueno! —exclamó Daniel involuntariamente cuando la enfermera abrió la puerta del depósito donde los aguardaba el cadáver.

¡Bueno! Habían pasado cuarenta años desde que Bedelia vio por última vez la silueta que yacía ante ella, derrengada, más dura que una piedra. Cuarenta años desde que había visto aquella cara. ¿O no era la misma? Ante la pobreza y la enfermedad que conllevaban, Bedelia se refugió en una duda repentina.

¿Sería posible que los otros tuvieran razón, y que no se tratara de su hermano? Nadie podía cambiar tanto, eso seguro, ni siquiera transcurrido tanto tiempo, ni siquiera en la muerte.

¡Esa nariz! Tom nunca había tenido un aire tan demacrado en torno a la nariz. El pelo, aunque blanco, era recio y duro, como el

de Tom. Pero ¿no era Tom más alto? Los ojos de Bedelia se fijaban en un detalle detrás de otro, desesperadamente. Y entonces una voz, no, varias voces, empezaron a atenazarla.

—¿Y bien? —dijeron ellos, Daniel, y Biddy, y alguien más que ella no se molestó en mirar—. ¿Es él? ¿Es?

Examinó otra vez la cara del difunto. Pero, si era su hermano, algo los había separado, algo había cortado los lazos de sangre, y Bedelia ya no lo reconocía. Y si fuera yo la que estuviera ahí, pensó, él tampoco me reconocería. No significaba nada que ambos hubieran salido de la misma matriz. Ahora eran dos desconocidos. Desconcertada, se giró hacia Daniel.

—No estoy segura, Daniel —gimoteó—. No lo sé…

Sintió que todos la miraban fijamente, y una voz nasal, ya estridente, ya débil, como una voz oída bajo los primeros efectos de un anestésico, empezó a repetir lo mismo una y otra vez.

—Esto no es natural, ¡no, no es natural!

Y entonces, mientras la sacaban de allí, oyó que una mujer empezaba a gritar con histeria, y solo confusamente comprendió que la mujer que se comportaba de una manera tan inapropiada ella era misma.

Bedelia avanzó a trompicones y se dejó ayudar por los demás para entrar en el taxi. Porque allí era donde el ángel se le había aparecido y se había sentado a su lado, derramando a su alrededor el resplandor del amor. ¿Y no lo sentiría de nuevo como antes, cuando iba al encuentro de Tom? Porque ahora, también, muerta ya toda la complicidad, había abierto el corazón al dolor por la pérdida de Tom. Pero su corazón era un recipiente demasiado viejo y resquebrajado para contener emoción alguna, por valiosa que esta fuera, por insignificante que fuera la gota.

No había ningún ángel en el taxi. Era sofocante y claustrofobia, y olía mucho a pies.

TRASTEVERE

Los semáforos estaban cambiando en la esquina de Madison con la Sesenta y nueve. Para que le diera tiempo a cruzar, la señora Traske apretó el paso. Luego, nada más alcanzar el otro lado, oyó que la llamaban por su nombre. ¡Qué bonito que la parasen por la calle en su primer día de regreso en Nueva York! Se giró, expectante. Pero el joven que la había llamado no había cruzado a tiempo el semáforo, y ahora un rio de coches discurría entre ellos. Desde la ribera contraria la saludaba frenéticamente, y aunque la señora Traske no era capaz de ubicarlo, se quedó parada esperando, con una sonrisa de confianza.

¿Quién sería? Su cara le resultaba ciertamente familiar, así que siguió sonriendo. Parecía agradable, entusiasta e inteligente. Cuando el semáforo volvió a cambiar, salió disparado.

—¡Señora Traske! ¿Se acuerda de mí? Paul Martin. Nos conocimos en Roma.

De haber contado con un instante más, lo habría ubicado ella sola. Era uno de los jóvenes poetas que había conocido aquel verano. Roma estaba llena de poetas, pero este era el más majo, con diferencia.

—¡Claro que sí! —repuso—. Me llevó usted al Trastevere, a mí y a mi hija.

Le estaba especialmente agradecida de que hubiera incluido también a Gloria; las hijas jóvenes y guapas eran a veces más difíciles de distraer de lo que la gente creía. Por otro lado, ¡para él debía de haber sido más fácil mostrarse agradable con Gloria que con una novelista de mediana edad! La mayoría de los poetas de Roma trataron con cierto desprecio a la señora Traske, sobre todo cuando se enteraron de que se alojaba en la via Véneto. Por suerte, tenía ya una edad en la que era capaz de perdonarse a sí misma por

anteponer la comodidad al ambiente. La estancia en Roma tocaba a su fin cuando conocieron a Paul. Al enterarse de que no habían estado en el Trastevere, al otro lado del río, se ofreció inmediatamente a acompañarlas. Programó una tarde muy interesante, y —lo que más le agradecieron ellas— sugirió concluir la jornada visitando a unos amigos suyos que vivían en un piso en un majestuoso *palazzo* medieval del barrio.

—Lo hacía a usted aún en Roma, señor Martin —dijo, y, dando por hecho que los dos iban en la misma dirección, se echó a andar.

Pero él ni se movió ni le soltó la mano. De hecho, la apretó con más ímpetu, y ella se dio cuenta de que estaba alterado. Lo raro era que en cierto modo parecía transmitirle su aflicción.

—Ay, señora Traske, no sabe la alegría que me ha dado levantar la vista y verla. Estaba en una cabina al otro lado de la calle. Usted, de entre todo el mundo, he pensado. No sabía que estuviera en Nueva York. *Tenía* que llamarla. ¿Se acuerda de mis amigos del Trastevere, con los que cenamos aquella noche…? Simon Carr y Della.

Estaba realmente trastornado. No paraba de enjugarse la frente.

—¡Ha sido levantar la vista y verla! —exclamó—. ¡A alguien que los conocía! Yo es que me acabo de enterar, ¿sabe? Hace un momentito. No conozco aún los detalles, pero, ay, Dios, señora Traske, ¡se ha suicidado! Della… ¡Anoche!

—¡No me diga! —Ahora fue *ella* quien le apretó la mano—. Qué horror. No sabe lo mucho que lo siento. —Lo sentía por él; estaba muy alterado… Aquella joven que ella solo había visto una vez. Naturalmente, también lo sentía por ella, y por su pobre marido. Sin embargo, su conmiseración inmediata se dirigió al joven que tenía delante. Era *muy* joven en su dolor—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Había otra mujer?

Paul se quedó petrificado. Levantó las manos a modo de protesta.

—¡Simon vivía por y para ella, en cuerpo y alma! —exclamó.

—¿Entonces qué ha pasado?

—¡Eso es lo peor de todo! Que no lo sé. Solo sé que Della ha muerto. Justo iba a hacer una llamada a Roma, allí —dijo, indicando la cabina con la cabeza—, cuando la he visto. Dios, es increíble. Estaban locamente enamorados. Usted misma lo vio con

sus propios ojos la noche del Trastevere.

Se aferró a ella, ahora con las dos manos.

—Lo que me da miedo es que Simon se suicide también. No será capaz de vivir sin ella. —Se le desencajó la mirada—. Y Della no descansará en su tumba sin él. Lo…

Pero, en ese momento, la señora Traske liberó las manos.

—Ande, no diga tonterías —dijo. De pronto estaba impaciente —. Vamos a seguir andando —propuso—. Mejor aún, acompáñeme a mi hotel y comamos algo. Está aquí al lado. Lo verá todo con otros ojos cuando haya comido. Así podremos hablar.

Pero Paul saltó como un resorte.

—¡No puedo! —exclamó—. Tengo que llamar a Roma. Puede que tenga que volver enseguida. —Se quedó plantado delante de ella otro instante—. ¡Gracias otra vez por estar aquí!

Y se marchó.

Sobresaltada, la señora Traske siguió su camino sola. Pobre chica, pensó; o joven, más bien, porque seguramente Della era algo mayor que su marido. ¿O no? Puede que solo se llevara esa impresión por la dependencia de él. Daba igual. Era muy triste. En cuanto a los temores del señor Martin por que se produjera un doble suicidio, francamente, le importaba un bledo. Ella, que había enviudado siendo muy joven, y había tenido la sensatez de no hacer pública mediante el matrimonio una segunda relación, tardía pero profundamente satisfactoria, tenía su propio concepto del amor.

¿Qué había ocurrido en realidad, pese a todo? Lo único que recordaba de Della es que era muy guapa, con los ojos bonitos y el pelo negro y brillante. La noche que Gloria y ella pasaron con los tres jóvenes tendría que haber sido por completo gozosa; sin embargo, no lo fue. Una o dos veces le había dado la impresión de que Della era demasiado dominante, pero como a los muchachos no parecía importarles —todo lo contrario—, la señora Traske no había visto motivos para preocuparse.

Mientras caminaba por Madison Avenue, empezó a hacerse preguntas. A ella le apetecía comer menos que a Paul. Sintió el impulso de llamar a Mack, pero se contuvo. Acabaría de llegar a su despacho, tras reunirse con ella en el barco y haberla acompañado al hotel para que se instalara. Además, cenaría con él. Se detuvo. Debía de estar cerca de Central Park. Ah, sí, distinguía las copas de

los árboles. Tal vez pasearía un ratito al sol. Según sus amigos de Nueva York, Central Park era peligroso, pero en pleno día seguro que no. Según el señor Martin, ¡no tanto como el amor! Porque a pesar de que lo había desairado, Paul le había dado que pensar con su rocambolesca concepción del amor. La señora Traske atravesó la avenida y avanzó en dirección al parque. Se saltaría el almuerzo. Pasados los cuarenta, saltarse una comida no tenía ninguna importancia. En Roma no había sido capaz de hacerlo. Allí tenía ganas de comer todo el rato. Le entraba un hambre canina solo de pasar por una de aquellas callejas dedicadas por completo a la comida, negocios enteros consagrados a un producto: queso, pasta, salchichones; tenderetes de fruta y verdura dispuestos con tanto respeto por el color, la forma y el tamaño como los mosaicos de los talleres vaticanos. Al pasar por delante, sus dedos se morían por apretar un higo carnoso o un melocotón lozano, para comprobar si era tan perfecto como aparentaba. Pero le daba miedo desencadenar una avalancha que la enterrara hasta el cuello en manzanas y peras, higos, tomates, pomelos, melones, berenjenas…

El día del Trastevere había tomado un almuerzo excelente en su hotel, y sin embargo, tan pronto como cruzaron el Ponte Palatino ya estaba otra vez famélica, asediada por los aromas que salían por vaharadas de las ventanas de los pisos, olor a aceite caliente, ajo, orégano. El paseo que dieron le multiplicó el hambre. Paul se lo había enseñado todo: basílicas, criptas, palacetes, fuentes, *piazzas*. Era incansable. Lo que más les gustó fueron las callejas, como la via dell'Atleta, que los sumergió en la atmósfera del Trastevere, con cáscaras de naranjas bajo sus pies y ropa tendida de vivos colores sobre sus cabezas, como banderines.

Pensando en lo que le había pasado en una de aquellas callecitas, la señora Traske no pudo por menos de sonreír. Hacía un calor intenso y todos estaban sudando, de ahí que, pese a llevar solo un ligero vestido de seda, se sintiera francamente aliviada cuando el cielo descargó unas pocas gotas de lluvia en sus brazos desnudos. Alzó la cara para recibirlas, «como si», dijo Gloria luego, «¡como si fueras una flor, mamá!». ¡Solo que no era lluvia! Arriba, muy por encima de ellos, vio el trasero desnudo de un chiquillo, sostenido

por los recios brazos morenos de su madre.

¡Lo que se rieron…! Luego, Paul, con sumo tacto, sugirió que quizá deberían darse prisa, dado que Della los estaría esperando. Le gustaba comer temprano, porque trabajaba, explicó Paul; siempre estaba dispuesta a comer nada más llegar a casa después de la oficina.

—¡Ah, no podemos hacerla esperar! —dijo la señora Traske, que desde el principio había dado por hecho que comerían en el piso. Le parecía la razón de ser de la visita. Ya habían visto bastantes viejos *palazzos* desde fuera.

—¡Ya verá el piso que tienen! —exclamó Paul—. Se lo he dicho ya, ¿no? Está en uno de los *palazzos* más antiguos de Roma, con ventanas con balcones y puertas claveteadas. Y tienen un jardín en la azotea. ¡Ahí es! —anunció cuando accedieron a un *piazzale* del que salía una calle más angosta que una zanja.

Impresionados, se detuvieron a contemplar la inmensa fachada ornamentada que se proyectaba por encima de la vía pública.

—Tiene también sus inconvenientes, claro, como puede ver —dijo Paul cuando se acercaron y los asaltó un olor acre procedente de los cubos de basura a rebosar que aún no habían vaciado. Los contenedores, como cornucopias, derramaban una profusión de pinzas de langosta, cabezas de pescado, cáscaras de huevo, flores podridas y pulpa de fruta descompuesta. Y cuando pasaron junto al suntuoso montón un enjambre de moscas se elevó en el aire con un fulgor iridiscente, siseando igual que una bandada de ocas.

—Lo lamento —se disculpó Paul—. Es el precio que hay que pagar a cambio de vivir en este barrio. ¡Pero miren las tallas! —Señaló la parte alta del magnífico pórtico.

No obstante, tuvieron problemas para dejar atrás los contenedores, e incluso en el vestíbulo tuvieron que abrirse paso entre una horda de niños pequeños que jugaban en el suelo de mármol y los peldaños más bajos de la grandiosa escalera, también de mármol. El vestíbulo estaba infestado de niños. Eran muy dulces, muy atractivos, pero la señora Traske hubo de agarrarse las faldas para zafarlas de sus deditos mugrientos. Cuando alcanzaron las escaleras, no le quedó más remedio que reírse a carcajadas de un bebé gordo que intentaba escalar el gran peldaño de mármol. El pañal, cargado de orina, le colgaba igual que una ubre y dejaba un

rastro de humedad tras él, dondequiera que entrara en contacto con los peldaños.

—¡Parece un caracol! —exclamó Gloria, que lo levantó y lo hizo a un lado para poder pasar, aunque en realidad la amplia escalinata era tan ancha que perfectamente podrían haberlo rodeado. Los tres podrían haberla subido uno al lado del otro. Una escalera espléndida. Y en las paredes enlucidas había magníficos medallones de cerámica, aunque los niños se habían empleado a fondo con tizas y ceras hasta donde alcanzaba su altura.

—No les recomiendo que se fijen demasiado —les advirtió Paul, incómodo.

Y, ciertamente, la señora Traske acababa de ver un dibujo muy ordinario. No todo era obra de los niños, en absoluto. Como no quería abochornar al joven, se embarcó en un lugar común.

—Me fascinan los grafitis —dijo—. Hace poco he leído un artículo interesantísimo sobre el tema.

Las palabras apenas si habían salido de su boca cuando una puerta se abrió más arriba y una voz dijo:

—¿Por qué habéis tardado tanto? Estamos muertos de hambre.

Tal confianza resultaba acogedora, y las Traske apretaron el paso, pero cuando la señora Traske llegó al rellano no pudo evitar detenerse de nuevo y maravillarse ante el suntuoso rojo veneciano de las paredes, tan acorde con el blanco puro de la puerta y los remates del arquitrabe.

—¡Qué color, es glorioso! —exclamó, dirigiéndose al hombre del rellano. ¿Simon?

Él sonrió.

—Fue una extravagancia por nuestra parte decorar el rellano, porque legalmente no es nuestro. Se supone que es comunitario, pero como estamos en la planta más alta nos arriesgamos a meterle mano también, ya que estábamos remozando el resto.

Gloria y Paul ya habían llegado.

—¡Yo siempre digo —dijo Paul— que este rellano es el preludio de lo que está por venir! —Pasando de largo, abrió de par en par la puerta del piso.

Al atisbar la habitación, la señora Traske contuvo el aliento y soltó otra exclamación eufórica.

—Pareces sorprendida, mamá —dijo Gloria con aspereza—. Y

mira que el señor Martin ha intentado prepararnos.

La señora Traske sonrió a su hija, agradeciéndole que la ayudara a transformar su sorpresa en términos de apreciación más diplomáticos.

—Pero ¿quién podría estar preparado para unos colores tan dramáticos? —replicó la señora Traske rápidamente—. Ese rubí brillante, y ahora este verde. Es el mismo verde del *campanile* —añadió cuando, entrando en la habitación, vio la cúpula de Santa María in Cappella a través de uno de los grandes ventanales del extremo más alejado. Se giró hacia su anfitrión.

—¿Es artista su mujer? —preguntó.

Sin motivo aparente, Simon y Paul soltaron una risa; bastante ruidosa, además.

—Bueno, lo digo porque es la habitación de un poeta —murmuró. La estancia exigía un homenaje a la altura.

En aquel momento, se abrió la puerta de una cocinita y salió una joven. ¿Della? Al igual que su marido, se ahorró las presentaciones y se integró inmediatamente en la conversación. De nuevo, la familiaridad propició que las Traske se sintieran a gusto.

—¿La habitación de un poeta? —repitió la joven, inquisitiva, y echó un vistazo en derredor, como una extraña—. Tendría que haber visto la habitación donde vivía antes de que nos casáramos —añadió, aunque agarrando a su marido del brazo y estrujándoselo con cariño. Indicó con la cabeza los grabados de la pared—. Los grabados eran de Simon, claro. Yo solo les puse marcos nuevos. Y el escritorio antiguo era suyo, lo único que hice fue decaparlo y encerarlo. Y los libros son suyos… —Pero frunció ligeramente el ceño, porque algunos libros estaban un poco ajados. Apretó el brazo con más fuerza—. Creo que la idea del color también fue tuya, ¿no? ¿O fue de Paul? —Extendió el otro brazo y atrajo a Paul hacia sí—. ¡Yo solo pago! —Se dirigió a la señora Traske—. Puede que tenga usted razón. Puede que sea la habitación de un poeta, pero con el tono una octava o dos más alto… dinero mediante.

Aquella clase de alusión al dinero habría incomodado a la señora Traske de no ser porque los jóvenes —los dos— estaban encantados con Della. Se notaba.

—Debo explicarle —intervino Paul— que Della tiene uno de los mejores trabajos de Roma. —Se rio—. Por eso se mudaron aquí… y

yo también.

¿Vivía Paul con ellos? La señora Traske se lo planteó. La habitación era tan espaciosa que no podía haber muchos dormitorios más allá.

Fue como si Paul le leyera el pensamiento.

—No vivo *con* ellos. Pero sí *de* ellos.

En estas, de nuevo los tres se echaron a reír, y la señora Traske rio con ellos. No obstante, se dio cuenta de que a Gloria Della le parecía, más bien, abrumadora. Qué personalidad tan potente. Allí de pie, en medio de su preciosa habitación, agarrada a los dos hombres, representaba, de pronto, una imagen extravagante en la mente de la señora Traske, la imagen de un mástil decorado con cintas que, con cada giro, atraían cada vez más a los hombres hacia ella.

—Simon, ¿no vas a ofrecerles nada de beber? —Liberándose, Della cogió una copa vacía que, claramente, había sido suya y luego la soltó—. Yo ya no quiero más —dijo, y costaba mucho no sentir que se trataba de una amonestación dirigida a ellos, por haber llegado tarde. Aun así, la señora Traske y Gloria aceptaron las copas que les ofrecieron sin preguntarles siquiera, y la señora Traske empezó a dar sorbos a la suya para dar ejemplo a Gloria, que aborrecía el Campari; le costaba tragarlo tanto como un jarabe para la tos.

—Qué bien que hayan venido —dijo entonces Della, inesperadamente—. Paul nos ha hablado mucho de usted.

La señora Traske empezaba a esbozar su sonrisa autocrítica, con la que solía agradecer los elogios demasiado superficiales hacia su trabajo, cuando Della prosiguió:

—De su generosidad con la juventud, digo.

Cuánto se alegró entonces la señora Traske de aquellos comentarios sinceros sobre el sueldo de Della, porque si hubieran estado escasos de dinero habría pensado que la joven estaba intentando pedirle un préstamo. Tal y como estaban las cosas, se le pasó por la cabeza que esperasen algo de ella, algo que no fuera dinero. Se volvió hacia Simon.

—Lamento decir que no he leído sus poemas —murmuró.

Della cogió su vaso vacío.

—¡Normal! —terció—. No están publicados. —Y antes de que la

señora Traske pudiera decir nada más, levantó una mano como haciendo una advertencia—. Y no vaya a proponer leer los manuscritos, salvo en el caso de que sea usted egiptóloga o especialista en jeroglíficos. —Y, estirando los brazos, volvió a agarrarse a los dos hombres—. Se hacen llamar escritores, pero nadie es capaz de descifrar sus escritos. —Soltó una carcajada—. ¡Y cometen faltas de ortografía! —Volvió a reírse—. No saben siquiera lo que significan las palabras. ¿Sabe lo que pensaba este caballero de aquí? —Se apretó más contra Paul—. ¡Que temerario era lo mismo que timorato! Y este de acá. —Estrechó el brazo de su marido—… creía que histerectomía es sinónimo de lobotomía. Aunque no es de extrañar; todos los filósofos medievales creían que la matriz era el centro de las emociones. —Los soltó—. Ay, son un caso perdido. No sé qué sería de ellos si no me tuvieran a mí.

Y, efectivamente, la señora Traske empezaba a pensar que era ella quien les confería fuerza. En la espaciosa habitación donde Gloria y ella permanecían aparte, como personas al margen, los tres jóvenes parecían tan unidos como cuando estaban cogidos del brazo.

—Trae el vaso de la chica —le ordenó Della a Simon—. Y, si estamos todos listos, vamos a cenar ya.

Pero la puerta que franqueó fue la misma por la que ellos habían entrado, y, al abrirla, los guio hacia el rellano.

—¿No comemos aquí? —quiso saber la señora Traske.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había dado a entender que se sentía defraudada. No había visto bien la habitación, no había examinado los grabados ni los libros, y, sobre todo, no había tenido tiempo de acercarse a la ventana para contemplar las magníficas vistas al Trastevere. Echó una mirada pesarosa en derredor.

—¿Le molesta? —preguntó Della, casi ofendida, sosteniendo la puerta.

La señora Traske no pudo evitar sentirse en un compromiso.

—Nos conformaríamos con cualquier cosa aquí mismo —dijo, nerviosa—. A Gloria no le importa echar una mano. Es muy buena cocinera. Prepara unas tortillas deliciosas.

Lo cierto era que, tras meses viviendo en hoteles y comiendo en la calle, ella también habría echado una mano de mil amores. Se

acordó otra vez de los tenderetes de fruta y verdura, y casi pudo sentir el chasquido de las judías tiernas bajo sus dedos y el roce de las espinacas.

Della, sin embargo, les había dado la espalda.

—Nunca comemos en el piso. Hay una *trattoria* en el sótano del edificio; deben de haber visto el letrero en el vestíbulo cuando han subido. Cenamos ahí todas las tardes; de hecho, aquí solo comemos en muy contadas ocasiones.

—Ocasiones tristes, no alegres —apostilló enseguida Paul—. Si alguno está enfermo o algo así.

—El olor a comida flotando toda la noche en el piso me repugna —añadió Della.

Aun así, la señora Traske no estaba conforme.

—No tendríamos que haber venido a cenar, entonces —murmuró.

—Pero ¿por qué dice eso? —dijo Simon—. No es que Della esté cansada, ni nada parecido; simplemente, podemos permitirnos comer fuera, gracias a su trabajo.

—Eso es —convino Della, con más agrado—. ¡Si no fuera por mi trabajo, es probable que no comiésemos ni fuera, ni aquí! —Se dio cuenta de la sorpresa de Gloria, y señaló a su marido con la cabeza —. Él me lo paga de otra forma. —Hizo una pausa—. Él lava los pañales. —Cuando tanto la señora Traske como Gloria fracasaron en ocultar su asombro, soltó una risa que parecía un aullido—. ¡En sentido figurado! No tenemos pañales de bebé.

La señora Traske miró a Simon con nerviosismo. Al ver que tanto Paul como él se reían, ella también intentó unirse a la hilaridad. Gloria los miraba fijamente.

—No se preocupen —susurró Paul mientras bajaban las escaleras, en tono tranquilizador—. Della sabe lo que hace. Las extravagancias de otros para ella son ahorro.

Pero a la señora Traske ya no le preocupaban sus obligaciones sociales.

—¿Llevan mucho tiempo casados? —se interesó.

—Tres meses, más o menos. —Paul se acercó un poco más—. Llevaban un tiempo conviviendo en Londres, pero cuando a Della le salió el puestazo en Roma decidieron casarse. —Bajó aún más la voz —. No creo que a Simon le hiciera gracia la idea del matrimonio al

principio. A eso se refería Della con lo de los pañales. Pero tenía claro que no podía vivir sin ella. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Yo tampoco puedo vivir sin ella. Estoy aquí con una beca, y me alojo en una *pensione* aceptable, pero… en fin, siempre estoy aquí. Me temo que yo también me apoyo en ella. Della es de esa clase de personas. Yo había oído hablar de esa gente, pero jamás había conocido a nadie así. Gente cuyo punto fuerte es una especie de imán para las personas como Simon y como yo, bastante inútiles en lo que a la vida cotidiana se refiere. ¡Es cierto! —recalcó cuando la señora Traske lo miró con socarronería.

Habían llegado al final de la suntuosa escalera, y ya veía un letrero grasiento en la pared, así como una escalera más empinada y oscura que conducía a la *trattoria*.

La *trattoria* era pequeña pero estaba abarrotada. Cuando Della apareció, sin embargo, el patrón, bajito y gordo, con la cara brillante de sudor, safio corriendo para recibirla, casi rodando, como una pelota, y empezó a hacer reverencias y a indicarles la única mesa libre, en la parte del fondo, junto a la puerta de servicio.

—*Signori! Signora!*

Pero, de pronto, reparó en la señora Traske y Gloria y se le borró la sonrisa. Creyendo que iban solas, empezó a ponerse nervioso y le sudó aún más la cara; bien podrían habérsela embadurnado en aceite. Por un momento fue como si el hombre encarnase una forma de vida inferior a punto de dividirse en dos mitades capaces de seguir dando la bienvenida a ambos grupos al mismo tiempo. Pero como aquello era imposible, dio una palmada y, llamando a un camarero con un mandil negro que le llegaba hasta las botas, le ordenó que atendiera a las extranjeras.

—*La carta per le inglese!* —exclamó. Entonces, al darse cuenta de que iban todos juntos, una sonrisa beatífica de alivio se le dibujó en el semblante—. *Momento!* —le gritó al camarero—. *Carta per tutti!*

Sin esperar a que el otro acatara la orden, fue hasta una mesa de servicio y volvió a toda prisa, repartiendo un puñado de cartas tan grasientas y manchadas de vino que resultaban hasta suculentas.

—*Prego*. —Le dio una a Della—. *Prego*. —Otra a la señora Traske —. *Prego, prego, prego* —repitió, repartiendo una a cada uno. Pero al

instante siguiente las recogió y las descartó. Igual que un director de orquesta que obvia las partituras, empezó a recitar de memoria las delicias de su cocina—. *Pollo al diavolo? Saltimbocca? Abbacchio alla cacciatora*? Hoy es tierno. —Le dedicó una reverencia a Gloria —. Como los ojos de la *signorina*. —Entonces, conspirador, bajó la voz y susurró—: *Ossobuco*. Hoy es… —Se interrumpió y, dándose un beso en la punta de los dedos, los levantó hacia el cielo. Al ver que no obtenía respuesta, se quedó callado un momento y luego volvió a levantar la voz—. ¡Filete! —exclamó. Solo esa palabra. Ya no era un restaurador, sino un generalísimo. Levantó una mano para atraer su atención—. *Momento!* —exclamó, y desapareció tras las puertas de servicio. Cuando emergió de nuevo, lo hizo triunfante, con una pieza de carne cruda en la palma de la mano; rezumaba sangre que le chorreaba por los dedos—. Nunca un filete como este. —Dijo, solemne—. ¡Nunca!

Todos salvo la señora Traske y Gloria, escrutaron de cerca el filete. Della incluso lo levantó y le dio la vuelta. Pero Simon le guiñó un ojo a Gloria y puso cara de fingida consternación.

—¿Y qué arreglamos con eso, si somos cinco?

—*Scusi?* —Angelo tardó en captar que se trataba de una broma. Y, muy ofendido, frunció el ceño—. ¡Hablo de la pequeña novilla *dalla* que sacamos el filete! —dijo con dignidad—. *Molto* filete, *molto!* —corrigió. Y, dando por hecho que la comanda estaba hecha, le tendió la carne al camarero. Una vez liberadas las manos, las juntó con autoridad—. ¡Filetes *per tutti*! —exclamó.

La señora Traske habría preferido una tortilla, y Gloria detestaba los filetes. Para colmo de males, Della gritó cuando el pequeño patrón se marchaba: «¡Poco hechos!».

—*Capisco*! —confirmó Angelo, ya a punto de escabullirse.

—Pero yo… —arrancó Gloria.

Angelo se detuvo.

Había sido Simon quien lo había hecho parar.

—Un segundo, Angelo —dijo—. Hoy creo que probaré el *ossobuco*.

—¡Simon! —Della estaba atónita—. ¡Sabes muy bien que odias los guisos!

—*Ossobuco* —repitió Simon.

—¡Simon! —Della lo agarró por un brazo—. Va a tardar un

siglo… Veinte minutos, por lo menos. ¿O es que no lo sabes? Tú no estás dispuesto a esperar tanto.

Pero Angelo estaba deseoso de agasajarlos.

—¡Para el *signore*, no! —intervino. Midiendo con prudencia la distancia que lo separaba de las otras mesas, bajó la voz—. Para el que viene *dalla* calle, sí, tal vez, pero *per il cliente*… il *signore*… No, no. Yo me encargo, ahora mismo. —Levantó cinco dedos sebosos—. *Cinque minuti*.

Della se reclinó.

—Lo nuestro tráigalo en cuanto esté listo, Angelo, no espere —ordenó. Seguía estando desconcertada. Se dirigió a la señora Traske —: Creo que jamás lo he visto comer *ossobuco* —dijo. Y a Angelo, que se alejaba—: ¡Poco hechos!

La señora Traske la miraba fijamente. Dijeran lo que dijeran los otros dos, le parecía que Della estaba cansada. Por supuesto, podía ser por el hambre, porque había cogido un bollo y había empezado a sacarle la suave miga.

—A Simon y a Paul les viene muy bien. Ellos también almuerzan aquí. Bueno, si es que están levantados a la hora de comer… —De pronto lanzó una mirada extraña a la señora Traske—. ¿Usted a qué hora empieza la jornada?

Sorprendida, la señora Traske vaciló.

—¿Cuando estoy en mi casa, dice, o aquí en Roma? Esta mañana no hemos madrugado mucho, porque Paul nos advirtió que nos esperaba un día duro pateando las calles y disfrutando de las vistas.

Al ver que Paul asentía, Della le dedicó una sonrisa afectuosa.

—¿De verdad les has enseñado todo? Ha tenido que ser un día especialmente duro para ti.

Paul rio.

—Della opina que escribir poesía no es un trabajo —dijo.

—¡Pero si se casó con un poeta! —protestó la señora Traske, sintiéndose en la obligación de defender a la joven.

Fue una sorpresa descubrir que, en realidad, la había ofendido.

—Yo me casé con un hombre, un hombre como cualquier otro, espero —dijo Della con brusquedad—. No sé por qué habría de disculparle nada a cuenta de su trabajo. *Yo* me sentiría insultada si alguien me disculpara algo a cuenta del *mío*.

—No, pero… —arrancó la señora Traske en el momento en que

Gloria alzaba la voz.

—Mi madre tampoco espera que le disculpen nada —dijo, acalorada—. ¡Pero no es lo mismo que si fuese abogada o pediatra! Cuando está trabajando no duerme, ni come, y cualquier cosa la irrita. ¡Los escritores a veces están trabajando cuando creemos que solo están mirando por una ventana! ¿O no lo sabía usted? —preguntó muy enfadada, y su madre, como una niña pequeña, no pudo por menos de sonreír.

Por suerte, Della no se había ofendido. Todo lo contrario, se lo pasaba de lo lindo.

—¿Quieres decir que Simon, aquí presente, podría estar trabajando cuando duerme como un tronco a las tres de la tarde?

Gloria no era de las que se dejan achicar.

—Me parece muy injusto —dijo—. Es cierto que su cerebro podría estar trabajando, inconscientemente, y eso agota mucho. El artista siempre se ha considerado una figura sacrificial, y…

—¡Gloria! —La señora Traske no podía permitir que siguiera por ese camino—. Es que ha estado leyendo *La interpretación histórica de la literatura*… —le dijo a Della a modo de disculpa.

Della desestimó la disculpa con un gesto de la mano, sin embargo, y azuzó a la chica.

—Continúa —le rogó—. Me interesa. Por lo que veo, consideras que mi marido es una criatura especial.

Gloria, insegura de pronto, miró a su madre, como pidiéndole ayuda, pero la capa de hielo era muy fina; jamás soportaría el peso de las dos.

—Pues… —dijo Gloria, despacio, para ganar tiempo mientras rebuscaba en su mente—. Los escritores y los artistas, y otros parecidos, tienen unas percepciones muy particulares, ¿o no está de acuerdo?

Della la miró con expresión grave. Y a continuación, con la misma gravedad, miró a Simon.

—Opinas… —Hizo una pausa—. ¿Opinas que este pueda ser una especie de chiflado?

Al oír esto Paul soltó una carcajada, y la señora Traske se habría reído también de no haberse sentido un tanto angustiada por Gloria, que en cualquier momento podía echarse a llorar.

Pese a todo, la chica era demasiado vehemente.

—¡Si quiere verlo así…! Supongo que hay quien cree de verdad que los poetas están chiflados. ¡Solo porque no miden el éxito según el dinero! —Le ardían las mejillas.

Y Della parecía conmovida. Le puso una mano en el brazo a la chica.

—Qué bonito tiene que ser tenerte como hija —dijo con una dulzura real, pero acto seguido se volvió bruscamente hacia la señora Traske—. Naturalmente, es cierto que ustedes, los escritores, están por encima del dinero, ¿verdad? —Y, para asombro de la señora Traske, sus ojos le escudriñaron el vestido, con no poca insolencia, y se detuvieron en el broche de ópalo y diamante.

Impelida a defenderse, la señora Traske miró a los ojos a Della.

—Mi marido era corredor de bolsa —explicó.

En aquel momento, por fortuna, llegaron los filetes.

—Vamos a empezar —dijo Della cuando todos salvo Simon estuvieron servidos—. Pobre Simon. Te dije que iba a tardar veinte minutos. ¿A que ahora te arrepientes de no ser uno más del rebaño?

—*Momento, momento* —cloqueó Angelo.

—Despacito, Gloria, que te va a sentar mal —dijo la señora Traske, intentando refrenar a su hija, aunque se solidarizaba con los motivos por los que engullía; los filetes, efectivamente, estaban casi crudos.

Por muy despacio que comieron —y hasta Della comió despacio —, todos acabaron antes de que Angelo regresara llevando con mucho orgullo a la altura del pecho el plato con el *ossobuco*.

—Qué buena pinta —dijo Gloria al tiempo que le acercaba el plato vacío a un camarero.

—Huele que alimenta, Simon —dijo Della, y en el momento en que Angelo retiraba su plato ella alargó la mano y rescató el tenedor.

Inclinándose sobre la mesa, clavó el cubierto en el *ossobuco*. Para asombro de todos los comensales, Simon, que acababa de empuñar su tenedor, lo dejó caer sobre el plato con estruendo.

—¿Qué, Simon, qué te pasa? —preguntó Della—. Solo quería…

Simon no la miraba. Empujó el plato hacia el centro de la mesa.

—Si querías esto, ¿por qué no lo has pedido? Toma. Para ti.

—¡Pero Simon…! —Della estaba tan desconcertada que dejó el tenedor en el aire, a medio camino hacia su boca. No se dio cuenta

de que la carne se desprendió de las púas. Luego, despacio y con mucho cuidado, la recogió, la puso en su platillo y dejó el tenedor en la mesa, poniéndolo recto, como si estuviera preparando un servicio—. Solo quería ver si estaba rico —dijo, en un tono bajo y apagado para ella.

—No lo quiero —insistió Simon.

Todos los miraban, estupefactos.

—¿Quieres un filete, entonces? —preguntó Della.

—No. No tengo hambre —dijo Simon—. Cómete esto si quieres.

Della miró el plato lleno que tenía delante.

—Pero es que no quiero. Ya me he comido lo que he pedido… Yo solo… —Y dejó de tratar de disculparse—. No seas ridículo, Simon. Pediremos el postre cuando hayas acabado. Cómetelo —ordenó, empujando el plato. Se dirigió a Paul, exasperada—. ¿Qué mosca le ha picado? Dile que se deje de chiquilladas. —Se volvió hacia su marido—. Cómete eso, Simon.

Simon, no obstante, se había reclinado y llamaba a Angelo.

—Llévese esto —dijo, señalando el *ossobuco*.

Angelo lo miró fijamente.

—No se apure, Angelo —se apresuró a explicar Della—. Es que no tiene hambre. —El patrón cogió el plato pero, sin hacer amago de retirarse, lo sostuvo bajo, como un plato de exposición. Della se levantó de la silla y le susurró al oído—: Muévase. —Y, en voz alta —: Y tráiganos el postre. —Se giró hacia los comensales—. ¿Qué os apetece? ¿Fruta? ¿Queso? —A Gloria se dirigió con amabilidad, como si fuera una niña—: ¿Te apetece una *cassata*?

Abochornados, todos asintieron para aceptar algo que, por lo visto, se les imponía por decreto.

No parecía que la incomodidad fuera a pasar. Al rememorarlo ahora, la señora Traske, caminando bajo el sol, tuvo la sensación de que en aquel incidente —más que en ningún otro momento— había un atisbo del motivo por el que la joven se había suicidado. Pero no. Según su recuerdo, después de aquello todo había ido bien. Nada más se dijo sobre el *ossobuco*. Simon se puso, de pronto, de mejor talante. De hecho, el siguiente cuarto de hora fue el rato más agradable de toda la velada. No tardaron en estar a gusto, y por primera vez Simon mostró un interés real en las Traske y su viaje.

—¿Cuánto tiempo estarán en Roma? —les había preguntado.

—Todavía no lo sé —replicó ella sin pensar demasiado, con la sola intención de mantener la conversación en terreno seguro—. Tenemos intención de ir a Milán pasado mañana, pero, no sé cómo, cuando veníamos para acá desde Florencia dejamos atrás Viterbo, y me han dicho que…

—Ah, sí, sí. No puede irse sin haber visto Viterbo. —Se echó a reír—. Aunque, bueno, yo solo he estado una vez, hace años, y no vi gran cosa. Iba borracho. Muy borracho. —Se giró hacia Paul—. ¿Te acuerdas de aquel día? —Volvió a dirigirse a la señora Traske—. Habíamos alquilado un coche viejo y teníamos que devolverlo en Roma, pero no esperábamos que aguantara el viaje. Íbamos conduciendo cuando vimos la señal de Viterbo, y tuvimos el pálpito de que debíamos visitarlo, así que nos desviamos. Se nos ocurrió que podíamos comer allí. Pero después de pasar por algunas de las calles del casco antiguo (Viterbo es *todo* calles antiguas, *todas* tortuosas, *todas* oscuras, *todas* húmedas, hasta en los días más calurosos), en fin, no nos pareció gran cosa, y desde luego no nos pedía el cuerpo comer allí. Total, que estábamos intentando salir de la ciudad cuando el coche dio una sacudida. ¡Pum! Y luego otra, pum. Pum, pum, pum. ¿Te acuerdas, Paul?

Paul se desternillaba de risa.

—¡Sigue, sigue!

Simon continuó.

—¿Se imagina pinchar en un lugar como ese? Nos miramos, desesperados, nos encogimos de hombros y decidimos seguir. Con el pum, pum, pum, pum, pum, pum. Empezamos a pensar que habíamos pinchado las cuatro ruedas. Y luego, para darle un poco más de emoción al asunto, aunque cuando llegamos la ciudad parecía un pueblo fantasma, sin un alma, *ahora* aparecía gente por todos lados. Hombres, mujeres, niños; sobre todo, niños. Los niños echaron a correr detrás de nosotros, gritando y soltando alaridos. Yo pisé el acelerador. En un sitio así de atrasado, una manada de niños es peor que una manada de lobos. Intentamos poner cierta distancia, y pensé que estábamos cogiendo velocidad cuando, de repente, los niños se quedaron atrás. En realidad, se habían parado en seco y se habían arremolinado. La última vez que los vi nos miraban con la boca abierta. En aquel momento, la cabeza se me fue hacia atrás. El suelo había desaparecido bajo el coche. Se oyó

un golpetazo y luego un chapoteo muy fuerte. No habíamos pinchado. ¡Habíamos enfilado unas escaleras que daban al río!

—Ay, Simon, a mí nunca me habías contado esa historia —dijo Della—. Yo quiero ir. Quiero ver esas escaleras.

Reía con tal felicidad que la señora Traske pensó que tal vez, después de todo, el incidente del *ossobuco* no hubiera tenido más consecuencias.

—¿Y cómo sacaron el coche del río, señor Carr? —quiso saber Gloria.

Pobre chica. Cómo se reían de ella.

—Nunca indagues más allá del final de una buena historia, Gloria —dijo Paul—. Ya podría habértelo dicho tu madre.

Todos estaban exultantes de nuevo.

—Desde luego, no nos perderemos Viterbo después de esto —dijo la señora Traske, y empezó a ponerse los guantes—. Lo cual significa que pasaremos un día más en Roma, así que ¿por qué no vienen mañana a almorzar conmigo a mi hotel?

—Pero es que Della no almuerza —adujo Simon, consternado.

—Yo pico cualquier cosa en la cafetería —explicó Della.

—Ah, qué pena —dijo Gloria.

La señora Traske se volvió hacia Paul, al que Angelo había liberado de su silla separando la mesa de la pared.

—Tal vez Simon y usted… —empezó.

Los dos hombres miraron a Della, inseguros.

—¿Por qué no? —dijo ella—. Para Simon sería toda una novedad. —Hizo una pausa—. Una novedad con respecto a estar en la cama, digo.

De nuevo, por un momento, a la señora Traske se le encogió el corazón ante lo que aparentaba ser una mofa innecesaria, pero, una vez más, los jóvenes parecían considerarlo bajo una luz muy distinta, porque los dos se echaron a reír. Estaba decidido que los jóvenes irían a comer.

Entretanto, avanzaban en dirección a las escaleras, y Paul se había adelantado para buscar un taxi.

—¿A qué hora? —preguntó Simon.

—¿Le parece bien a las doce del mediodía? —propuso, y estaba a punto de felicitar a Angelo por la comida cuando este los despidió con una reverencia, con la cara brillando en medio de la sala

caldeada, como si sudase glicerina.

Della, que había estado observando al pequeño patrón, de pronto le habló a su marido.

—¡Simon! Se me había olvidado. No puedes ir. Mañana tienes que almorzar *aquí*. ¿Verdad que sí, Angelo? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí, sí, *signora*. —Angelo meneaba la cabeza arriba y abajo.

Della extendió un brazo y lo acarició.

—Es usted un cielo, Angelo —dijo, antes de agarrar a Simon del brazo y avanzar en dirección a la puerta—. Angelo te guarda el *ossobuco* para mañana —le explicó—. Los guisos mejoran de un día para otro, porque los sabores se potencian al asentarse durante la noche. —Entonces se volvió hacia la señora Traske y extendió una mano—. Ya vendrá usted a Roma en otra ocasión —dijo con indiferencia.

Simon no dijo nada, y, sin saber muy bien por qué, la señora Traske no lo miró cuando le estrechó la mano. Se había apartado de Della, según había apreciado la señora Traske por el rabillo del ojo. Emprendió el ascenso de la escalera mal iluminada, y cuando llegó a la calle Paul las esperaba ya con el taxi. Estimó que lo mejor sería que sus amigos le explicaran lo del almuerzo. Gloria y ella se metieron en el coche.

Mientras se alejaban, se giró para mirarlos a los tres, de pie en el bordillo. Simon era más alto de lo que parecía, y Della era muy muy bajita. La imagen del mástil decorado con cintas era absurda, pensó la señora Traske, y hasta la descripción que Paul le había hecho de ella, la de una torre de fortaleza, dejó de parecerle válida. La señora Traske se detuvo. ¿Era posible que Della no fuera fuerte en absoluto, sino que en todo aquel rato hubiera estado reuniendo fuerza, y no desprendiéndola, como creían los dos jóvenes?

A la señora Traske le sorprendió descubrir que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se las enjugó y miró a su alrededor en busca de un banco. La habían agotado sus esfuerzos por sondear las razones que mueven al ser humano, y ahora se sentía curiosamente sola. Suspiró y consultó su reloj. No le gustaba llamar a Mack en horario de oficina, pero quizá por una vez lo haría. Puede que se escapara para tomar un café con ella. Estaría bien pasar un rato con él en aquel momento banal del día, sin necesidad de esperar a las horas

nocturnas, más discretas.

Exhaló otro suspiro. Qué corta era la vida. Y se acordó de una cosa que le había dicho Mack una vez, a la que ella no había dado ninguna importancia en su momento. Ella había comentado que no le veía mucho sentido a casarse a su edad, cuando ya no tenían mucho que darse el uno al otro, y él había meneado la cabeza, en desacuerdo.

—Al menos no nos empobrecemos el uno al otro.

¿Estaban cometiendo un error ella y Mack? A pesar de la frecuencia con que discutían y descartaban la idea de casarse —se reían solo de pensarlo—, quizá, al fin y al cabo…

Había llegado a una de las verjas que daban a la calle; habría una cabina cerca. Llamaría a Mack. Incluso por teléfono sabía animarla, hacerla feliz, hacerla reír. Aceleró. Para una mujer de sus años, avanzaba a paso ligero.

Notas

[1] El apelativo suena igual que muggy, adjetivo que designa un tiempo de desagradable calor y humedad. (Las notas de esta edición son de la traductora). < <

[2] El título original del cuento es «The Will», un sustantivo que, por un lado, hace alusión al testamento, pero, atendiendo a otra acepción, también podría traducirse como «la voluntad»; por ejemplo, la de la protagonista. <<

MARY LAVIN (East Walpole, Massachusetts, Estados Unidos, 1912 - Dublín, 1996). Hija de padres irlandeses. Cuando cumplió diez años, su familia regresó a Irlanda.

Sus cuentos se publicaron en revistas como Atlantic Monthly, Harper's Bazaar y The New Yorker. Su primer libro de relatos, *Tales from Bective Bridge*, apareció en 1942: fue un gran éxito de crítica y público y ganó el Premio James Tait Black Memorial. Más adelante, recibió la Guggenheim Fellowship en dos ocasiones y el Premio Katherine Mansfield. En 1992 fue nombrada Saoi de Aosdána, el más alto reconocimiento literario irlandés; no en vano, V. S. Pritchett dijo de ella: «No se me ocurre ningún escritor que haya profundizado más, y con menos miedo, en el corazón irlandés».